



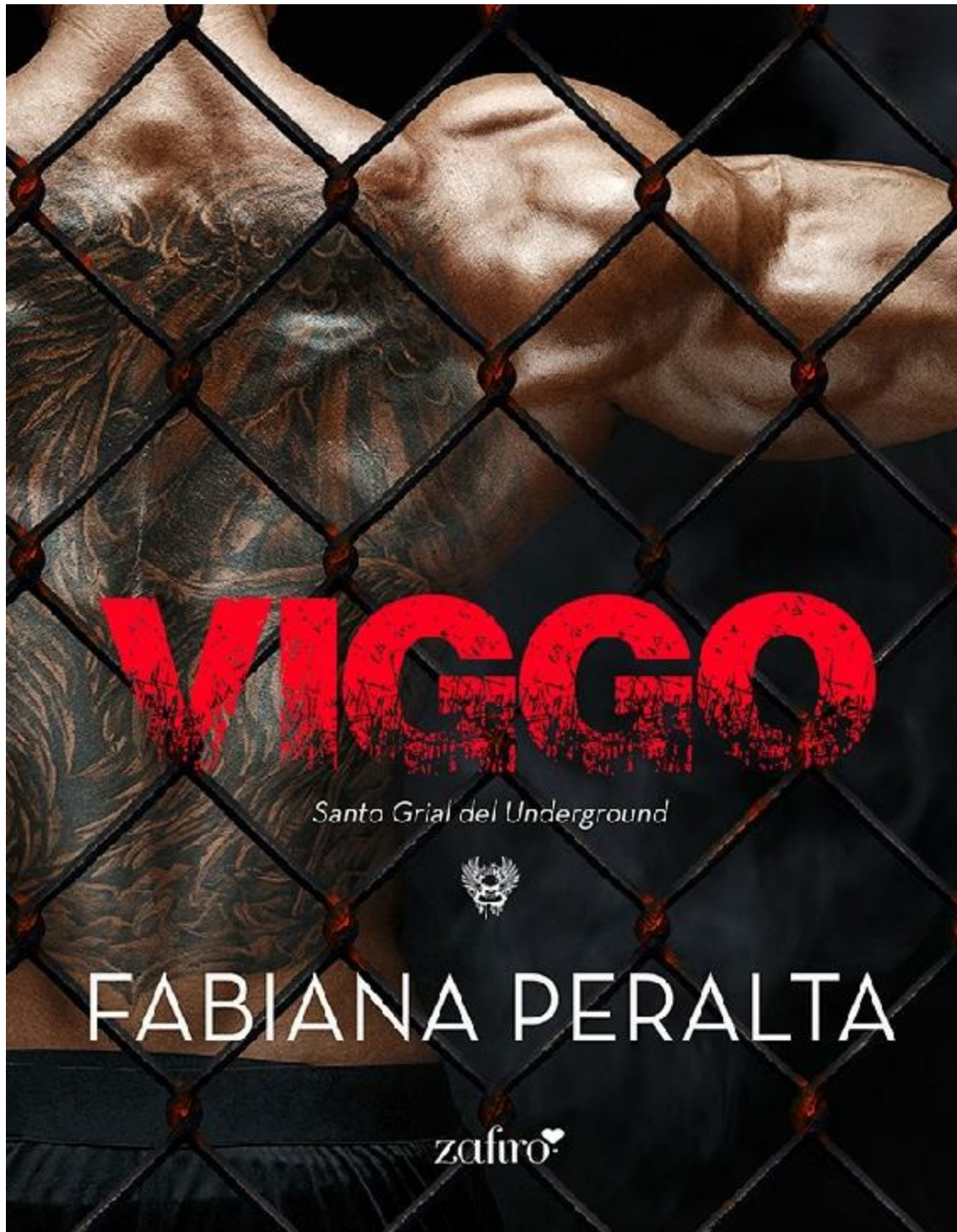
WIGGO

Santo Grial del Underground



FABIANA PERALTA

zafiro[♥]



Índice

Portada

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Agradecimientos](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo uno](#)

[Capítulo dos](#)

[Capítulo tres](#)

[Capítulo cuatro](#)

[Capítulo cinco](#)

[Capítulo seis](#)

[Capítulo siete](#)

[Capítulo ocho](#)

[Capítulo nueve](#)

[Capítulo diez](#)

[Capítulo once](#)

[Capítulo doce](#)

[Capítulo trece](#)

[Capítulo catorce](#)

[Capítulo quince](#)

[Capítulo dieciséis](#)

[Capítulo diecisiete](#)

[Capítulo dieciocho](#)

[Capítulo diecinueve](#)

[Capítulo veinte](#)

[Capítulo veintiuno](#)

[Capítulo veintidós](#)

[Capítulo veintitrés](#)

[Capítulo veinticuatro](#)

[Capítulo veinticinco](#)

[Capítulo veintiséis](#)

[Capítulo veintisiete](#)

[Capítulo veintiocho](#)

[Capítulo veintinueve](#)

[Capítulo treinta](#)

[Capítulo treinta y uno](#)

[Capítulo treinta y dos](#)

[Capítulo treinta y tres](#)

[Capítulo treinta y cuatro](#)

[Capítulo treinta y cinco](#)

[Capítulo treinta y seis](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)

[Referencias a las canciones](#)

[Notas](#)

[Créditos](#)

PlanetadeLibros



Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Viggo habita en la oscuridad desde hace mucho tiempo y cree que sus dolorosos recuerdos son necesarios para no olvidar que merece cada día de sufrimiento.

Buscar un poco de paz sería lo más sensato, pero su dañado cerebro se empeña en todo lo contrario. En el Underground ha encontrado la forma de purgar su pena, pues dentro de la jaula se convierte en el propio verdugo de su destino.

Cuando sube al ring no lo hace por dinero; lo que desea es sufrir, sangrar, que lo golpeen..., aunque ciertamente ningún dolor físico parece ser suficiente para extirpar su eterna culpa.

Cuando Kaysa aparece en su vida, él intenta alejarla por mil razones que considera indiscutibles: ella es joven, dulce, inocente... y no necesita que nadie la lastime más de lo que ya está.

Sin embargo, aunque no se la pueda permitir, el cuerpo de Viggo sabe lo que quiere, y la quiere a ella. Por ese motivo rechazarla se ha convertido en un gran problema, pues ahora no sólo la desea sino que también podría estar enamorándose de ella.



VIGGO

Santo grial del Underground

Fabiana Peralta

Agradecimientos

Escribir no es un trabajo en el que uno salga de su casa para ir a cumplir con una jornada laboral y luego regrese; por eso, esta novela está dedicada a mi compañero de vida, con quien hace treinta y un años que comparto aventuras.

Amor, gracias por tu paciencia con mis descabellados horarios de trabajo, y por enseñarme todo lo que sé del amor; eres, sin duda, el engranaje necesario para que pueda dedicarme a lo que me dedico, porque siempre haces posible que todo funcione.

A mis hijos, a los que parí, y a los que luego ellos me regalaron. Luciano, Antonella, Nico y Ro, gracias por ser comprensivos cuando tengo que acabar de escribir y no puedo verlos, y sobre todo gracias por impulsarme a que continúe haciéndolo aun cuando saben que van a tener que decirme «y, ma... ¿terminaste?

Necesitamos verte y que nos cocines algo rico».

A mi Lola, mi nieta; desde que llegaste hace un año, nos cambiaste la vida a todos en esta familia.

A Esther y a Mireia, por su paciencia y su espera cuando les digo «un capítulo más y estará listo».

A todo ese ejército en la editorial, cuyos miembros son los encargados de la puesta a punto de mis novelas.

A vos, Kari; no te busqué, pero la vida se ocupó de presentarnos y cruzarnos en nuestros respectivos caminos. Me acompañas casi desde antes de que yo

misma supiera quién era Fabiana Peralta y te convertiste en una persona muy especial para mí. Gracias por esos momentos en que sólo nosotras nos entendemos. Por cierto, ¿cuándo me invitas a probar tu tarta de ¡¡colibrí!!? Ja, ja, ja, ja. Por muchos más momentos desternillantes como ése, por muchos más momentos buenos y, también, por otros que no lo sean tanto, porque es en esas situaciones cuando uno descubre el verdadero valor de las personas.

A las chicas que llevan adelante mis grupos en las redes sociales; mil gracias por la ayuda inestimable que me brindan, trabajando a diario para que nada decaiga. Me encantaría que viviesen al lado de mi casa para poder verlas a diario.

Por último, quiero agradecer el apoyo y la lealtad de todos los *bloggers* y lectores, que han hecho posible que hoy tengan en sus manos mi decimotercer libro. Ustedes me acompañan desde que comenzó esta aventura, hace casi seis años, y a veces creo que un simple «gracias» no es suficiente para retribuirles todas las ocasiones en las que iluminan mi rostro cuando leo sus mensajes. Su entusiasmo y emoción es la razón por la que cada día me siento frente al ordenador a escribir.

Dicho todo esto, ahora los invito a que juntos nos sumerjamos en los oscuros pasillos del *underground*. Espero que esta nueva aventura los deje con ganas de mucho más.

Nos volvemos a encontrar en la próxima historia.

Es sencillo, si quieres lograr lo que te propones y que las cosas te salgan bien, debes estar siempre en movimiento, en búsqueda permanente de tus deseos. Quedarte sentado esperando que algo pase sólo te hará perder el tiempo. Si quieres alcanzar lo que quieres, debes salir a buscarlo y esforzarte hasta encontrarlo. Que no te detenga el miedo, pues al final a lo único que debes temerle es a quedarte de brazos cruzados y a no poder llegar hasta el lugar que deseas.

GEORGE EDWARD WOODBERRY

Prólogo

Sebastopol, Crimea, año 2014

Cuando estaba a punto de terminar el mes de febrero aparecieron hombres enmascarados con uniformes no acreditados en el centro político de la península, y se apoderaron de los edificios gubernamentales y del aeropuerto, sitiando las bases del Ejército ucraniano.

Después de una relación marcada por la enemistad y la sospecha, finalmente, tras la organización de un rápido memorándum que no fue reconocido por la comunidad internacional, la República Autónoma de Crimea y la ciudad portuaria de Sebastopol fueron anexadas a Rusia, y no constituía ningún secreto que muchos de sus habitantes vivían atemorizados ante un posible estallido de guerra entre Ucrania y Rusia, puesto que el mundo exterior consideraba que la segunda había robado un pedazo de la primera.

Meses después, la tensión en Crimea aún continuaba.

Cabe destacar que una parte de la población estuvo de acuerdo con la intervención de Moscú, así que la división política en la ciudad era abiertamente preocupante; sin embargo, lo más inquietante era la situación de los pequeños comerciantes del lugar, puesto que antes, para poder trabajar, sólo debían negociar con bandidos —ya que la mafia ruso-ucraniana hacía tiempo que había arrojado sus redes allí, y las facciones se establecieron con fuerza tras la caída de la Unión Soviética—, pero en ese momento, además, debían hacerlo también con la policía rusa, y todo era tres veces más caro que en el pasado. Toda esa situación había sumido la ciudad, que siempre había estado sostenida por el turismo, en un gran paro, ya que nadie quería visitar un sitio flanqueado por milicias.

En los alrededores se podía advertir la fuerte custodia por parte de las tropas.

Militares uniformados, y otros hombres que usaban casacas verdes y portaban armas, patrullaban la zona con el fin de evitar un posible ataque del Ejército ucraniano, ya que dichas tropas consideraban ilegal el proceso de adhesión rusa; lo cierto era que, a pesar de parecer integrantes de las Fuerzas Armadas de Rusia, y de utilizar el mismo tipo de armamento, sólo se trataba de grupos de autodefensa locales, y que, según el propio presidente de la Federación Rusa, nada tenían que ver con los regimientos de esa nación.

Por tal motivo, y dadas las complejas circunstancias, que saltaban a la vista, algunos de los habitantes de Sebastopol vivían angustiados y en un marco realmente incierto, sin saber si la ciudad se convertiría en la nueva Kosovo o en la nueva Bosnia.

Los padres de Ekaterina trabajaban muy duro para que ella y su hermano pudieran gozar de la educación que ellos nunca tuvieron; desde hacía años, regentaban un pequeño restaurante que en ese momento intentaba, con mucho ahínco, sobrevivir a las continuas crisis económicas que, año tras año, azotaban a los ucranianos, diezmando sus ingresos, pues Dmytro Zelenko, el patriarca de la familia, era un luchador incansable, al igual que Nadya, su mujer. El matrimonio no se detenía ante ninguna adversidad con tal de sacarlos a todos a flote, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera para conseguirlo, para lograr un futuro digno para sus hijos.

Esa noche, después de cerrar el local de comidas, la familia se trasladó al comedor en la casa que Dmytro y Nadya habían construido junto a su negocio.

Allí, en un ambiente tenso, el padre se sentó en la cabecera de la mesa y comenzó a hablar, y su voz sonó grave y determinante, pillando por sorpresa a sus hijos con un anuncio.

—Bohdan, Ekaterina, vuestra madre y yo hemos tomado una decisión y queremos hacéroslo saber. Hemos resuelto dejar Sebastopol y trasladarnos a Kiev.

—¿Y el restaurante? Papá, tus sueños están aquí... —intervino Ekaterina, sabiendo que lo que decía era muy cierto.

—Podemos empezar de nuevo allí. Tu padre y yo creemos que éste ya no es un lugar seguro para que vosotros crezcáis y os forméis —acotó Nadya, sin dejar que su esposo respondiera, y le hizo una seña imperceptible a la muchacha para que se callara.

—De todas formas, hace tiempo que aquí las cosas no están yendo bien, así

que partir de cero en una ciudad donde todo funciona correctamente no resultará tan difícil —explicó Dmytro, pero por alguna razón no parecía muy convencido

—. Tenemos algunos ahorros —añadió—; eso será suficiente para que podamos volver a empezar.

»Bohdan, hijo, te noto inquieto y sé que quieres decir algo.

—Ya te he comentado infinidad de veces que quiero dejar de estudiar y ayudar en el negocio, pero tú, papá, no me escuchas. Muchos de mis amigos trabajan para echarles una mano a sus familias, no sé por qué no me lo permites.

—¿Cuál sería la diferencia? Sabes perfectamente que tu madre y yo nos arreglamos sin problemas en el restaurante; como has dicho, ya hemos hablado de ello, y tú y tu hermana sólo debéis centraros en obtener una licenciatura... Eso os dará mejores posibilidades de empleo. Este año cumples los dieciocho años y ya has obtenido tu título de secundaria superior —Dmytro apoyó una mano en el hombro de su primogénito y le dio un ligero apretón—, por lo que, en Kiev, podrás acceder a tu posgrado y terminarlo, Bohdan.

—Padre, si yo trabajo con vosotros, podremos agregar más mesas y atender a más turistas; de esa manera, el dinero que entrará en casa será mayor y no nos veremos obligados a irnos de Sebastopol.

—Ya no hay lugar aquí para nosotros. Sé que amas esta ciudad, porque es el lugar donde tú y tu hermana habéis nacido, y agradezco, además, tus buenas intenciones, hijo, pero no seamos soñadores y aún menos necios... Por mucho que transformemos el local, ¿quién querrá venir a visitar Sebastopol si este sitio se ha convertido en una ciudad infestada de grupos armados y estamos bajo la amenaza del estallido de una guerra en cualquier momento? Este negocio ha dejado de ser rentable en Sebastopol —afirmó refiriéndose al restaurante—; sólo trabajamos con algún que otro lugareño que pasa a por una comida rápida. Las

mesas sobran, Bohdan, ¿qué sentido tendría agregar más si las que hay casi nunca se llenan?

—Tiene que haber otra salida, papá.

—No la hay, hijo; la única que nos queda es irnos y recomenzar.

»Ekaterina, ve con tu madre y comenzad a empaquetarlo todo. Tú, muchacho, ayúdame a empapelar las vidrieras del local; cuanto antes lo dejemos todo listo, antes podremos marcharnos. El tío Marko, que como bien sabéis vive en Kiev desde hace dos años, ya nos ha encontrado un apartamento en el que instalarnos hasta que hallemos un buen lugar donde abrir un nuevo restaurante.

—Ven, hija. He conseguido algunas cajas, así que embalaremos sólo lo necesario y dejaremos aquí los muebles —explicó Nadya—. Tu padre ya tiene comprador y, con lo que obtenga por ellos, podremos adquirir otros en Kiev. No te aflijas... —la tomó por el hombro y besó su sien—, estaremos bien.

—¿Cuándo nos vamos? —se atrevió a preguntar la chica, abatida por toda la situación.

—Esperamos poder hacerlo mañana mismo —indicó el padre.

—¿Tan pronto?! Creía que al menos podría despedirme de mis amigos.

—La situación está difícil, Ekaterina —refirió la madre—; necesitamos dejar esta ciudad a la mayor brevedad, antes de que las fronteras se cierren a cal y canto y ya no podamos salir de aquí.

—Aún hay puntos fronterizos débiles, debemos apresurarnos —concluyó Dmytro.

En un par de horas, la camioneta estuvo cargada con lo indispensable. Dmytro tenía planeado levantarse muy temprano al día siguiente para poder negociar la venta de los muebles con el comprador que ya tenía, y luego emprenderían el viaje tal y como lo habían planeado.

Aunque Ekaterina sabía que sus progenitores tenían razón, ya que no era ajena a la situación que se vivía en su ciudad natal, no podía dejar de sentirse angustiada. La incertidumbre de dejar atrás el sitio donde había crecido la hacía sentir muy triste y no podía verlo con la objetividad que sus padres le

solicitaban. Con tan sólo quince años, muchas veces es difícil ser ecuánime, y ella no era la excepción. Bohdan tampoco estaba conforme con la decisión; de

hecho, cuando su padre le permitió hablar, dejó clara su postura, y por eso a simple vista se notaba su pésimo humor, pues el joven no se preocupaba por ocultarlo. Él tampoco quería marcharse, puesto que en esa ciudad portuaria estaba toda la vida que conocía; aquél era el sitio donde, aunque no siempre, habían sido felices.

—Id a descansar —ordenó Dmytro cuando todo estuvo concluido—. Mañana emprendemos el viaje y conquistaremos una nueva vida, una mucho mejor para todos, y cambiad esas caras: si no creyera que esto es lo mejor para mi familia, no nos iríamos...

De pronto, unos golpes en la puerta interrumpieron su discurso; él se acercó a mirar por una rendija de la cortina de la ventana antes de abrir y, al ver de quién se trataba, una extraña expresión de preocupación asaltó su semblante.

Inmediatamente le ordenó a su esposa que se fueran todos dentro.

—¿Quién es, Dmytro?

—Me buscan a mí. —Nadya y su marido se miraron y parecieron comprenderse—. Id, encerraos en la habitación y no salgáis por nada.

— *Папа*, ¿qué sucede? —preguntó Bohdan, que se percató de que algo no andaba bien—. Déjame quedarme contigo.

—Ve dentro con tu hermana y con tu madre; no discutas conmigo, haz lo que te digo.

Si bien las voces no eran de alguien conocido, Ekaterina captó claramente cómo su padre nombraba a un tal Vanko; sin embargo, no se podía oír con nitidez lo que decían, pero decidió quedarse callada y se abrazó a su madre.

—¿Quiénes son, mamá? —inquirió Bohdan—. ¿Por qué estás tan nerviosa?,

¿quién es ese Vanko al que papá ha mencionado?

Su hermano, que era más impulsivo que ella, no pensaba quedarse al margen y dejar de preguntar.

—Vosotros no os preocupéis; papá lo arreglará todo y mañana nos marcharemos muy lejos de aquí.

«¿Qué hay que arreglar? ¿Por eso nos vamos?», pensó Ekaterina, pero continuó en silencio, mientras su hermano negaba con la cabeza.

La muchacha miró con detenimiento la habitación de sus padres, que estaba pintada en tonos ocres. A ella siempre le había gustado ese sitio de la casa, ya que allí se había sentido segura toda su vida. A menudo, cuando era pequeña y alguna pesadilla nocturna invadía su descanso, acudía a esa estancia y se acurrucaba en la cama, en medio de sus padres, donde hallaba el refugio que precisaba para volver a conciliar el sueño.

Sin embargo, de repente sintió que el aire, denso y húmedo, se estancaba en sus pulmones cuando oyó el sonido de varios disparos. Al instante supo que ese dormitorio había dejado de ser la protección necesaria para lo que fuera que ocurría en la sala de la casa.

Nadya le cubrió la boca y sofocó un grito propio; los ecos de las detonaciones aún retumbaban en sus oídos, confundiéndose con el miedo que se filtró de inmediato por los huesos de la adolescente y por cada célula de su ser. Ekaterina comenzó a temblar sin poder evitarlo. Bohdan, en cambio, intentó zafarse de los brazos de su madre, que había soltado a su hija para detenerlo; el joven quiso acudir a brindarle ayuda a su padre, pero Nadya comenzó a rogarle entre susurros que no saliera.

—Papá me necesita, *мама*. [2](#)

—Ya se irán, por favor... —le rogó entre sollozos—. Debemos quedarnos aquí hasta que lo hagan. Bohdan, no salgas, te lo suplico, hijo; esa gente es muy peligrosa.

Los tres sabían que en ningún lugar de la casa se encontrarían a salvo, aunque, al parecer, su madre prefería creer que sí..., cosa que, por supuesto, muy

pronto pudo comprobar por sí misma que era falsa.

La puerta del dormitorio fue derribada como si se tratara de un castillo de naipes y un hombre vestido con un traje marrón irrumpió en la estancia. Bohdan, que formaba parte del equipo de atletismo en la escuela y estaba en muy buena forma física, quiso enfrentarlo, pero éste era casi un gigante y lo redujo de inmediato. El corazón de Ekaterina latió descontroladamente, rápido y furioso.

Nadya permaneció abrazándola, pero, por mucho que los abrazos de su madre siempre resultaran sanadores y reconfortantes, poco fue lo que ella pudo hacer cobijándola contra su pecho.

—Déjenlo, por favor, no le hagan daño —les rogó al ver que otro hombre que acababa de entrar también se encargaba de darle una paliza al chico. La mujer siguió suplicando entre sollozos, pero todo fue en vano, pues sólo detuvieron sus golpes y patadas cuando lo vieron devastado, yaciendo semiinconsciente en el suelo.

Bohdan, finalmente, dejó de resistirse. Se advertía que su pecho se retraía en severos jadeos, intentando coger oxígeno, pero estaba sin aliento y seriamente magullado.

—¿Qué tenemos por aquí?

Un tercer hombre entró en la habitación y se acercó a las mujeres. Podría haber sido guapo, a no ser por la maldad presente en sus ojos, que sólo hablaban de terror y oscuridad. Mientras Ekaterina, entre temblores, estudiaba su rostro, Nadya se puso frente a ella, transformándose en un escudo humano para su hija.

—Por favor, mi marido les pagará todo lo que les debe, pero no nos hagan daño.

El tipo quiso coger a la muchacha por el brazo y tirar de ella hacia él, pero su madre no estaba dispuesta a permitir que la apartara de su lado, así que le hizo frente.

Invadido por la ira ante la resistencia, el tipo la golpeó en el rostro y, cogiéndola del brazo, la arrojó al suelo como si ésta fuera un simple papel.

— *Mama*.

Ekaterina temblaba más intensamente al ver la brutalidad empleada con su madre.

—Déjela, es una niña, tiene apenas quince años; se lo pagaremos todo —dijo Nadya poniéndose de pie rápidamente, al tiempo que intentaba continuar protegiendo a su hija.

—Por supuesto que nos cobraremos hasta el último céntimo de lo que nos deben, siempre lo hacemos. ¿Así que estaban a punto de irse? —El hombre la miró amenazante, acercándose demasiado a ella—. ¿Pensaron que podrían dejar Sebastopol sin que Vanko se enterara?

—Nooooo, no nos estábamos escapando —intentó explicar Nadya, titubeante

—. Cuando nos instaláramos en Kiev, mi esposo pensaba llamarles para darles

nuestro nuevo paradero. No nos haga daño; déjenos ir a trabajar para poder pagar nuestras deudas... Ése es el objetivo, se lo prometo.

La madre no dejaba de rogarle, pero ella y Ekaterina sabían muy bien que todo cuanto dijera e hiciera resultaría inútil; la perversidad en el rostro de ese hombre era verdaderamente espeluznante.

Por otra parte, la muchacha estaba segura de que los disparos que habían oído minutos antes habían impactado en su padre; algo le decía que él no estaba bien, ya que, en caso contrario, sin duda estaría allí, ayudándolas. Después de ver cómo habían golpeado a Bohdan, no resultaba difícil deducir la suerte que ellas también correrían.

En ese momento, oculta parcialmente tras el cuerpo de Nadya, y sin dejar de temblar, Ekaterina vio cómo aquel tipo, sin ningún signo de vacilación, levantó la mano que empuñaba una Desert Eagle, [3](#) apoyó el cañón en la sien de su

madre y disparó.

La chica aulló, desconsolada y desgarradoramente, al ver cómo el cuerpo de Nadya se desplomaba, inerte y ya sin vida; su sangre se esparció por las paredes y también cubrió parte de su rostro y salpicó todo su cuerpo, y el olor a cobre llenó sus pulmones. Aunque el tiro había sonado con mucha fuerza, casi ensordeciéndola, Ekaterina oía su propia respiración, pesada, retumbándole en los oídos. Estaba invadida por el pánico y la impresión, ya que, además de que nunca antes había visto a una persona muerta, acababa de ver cómo asesinaban a su madre de una manera atroz, y a sangre fría; sin duda era el momento más traumático e intenso de su vida.

Cuando aquel hombre le puso las manos encima, intentó luchar aun sabiendo que cualquier esfuerzo sería infructuoso; no obstante, el propio instinto de supervivencia le decía que tenía que intentarlo, que al menos debía hacerlo para no sentir que se entregaba tan fácilmente.

Chillando, levantó la mano con furia para golpearlo en la cara, pero su brazo fue detenido por éste; el pequeño cuerpo de Ekaterina, sin duda, no podía competir con la fuerza de ese tipo, pero siguió esforzándose para no hacerle las cosas tan sencillas.

La mirada demoníaca del extraño envió una ola de pánico que recorrió toda la columna vertebral de la adolescente. Miró su mano aferrada a su brazo y su vista se posó en los tatuajes que éste tenía, un cráneo y las tibias cruzadas, un arma como la que había usado para matar a su madre, un cuchillo y la letra ka; en los nudillos tenía tatuado el nombre Natasha y luego, en cada dedo, llevaba diferentes símbolos: un círculo con un punto, una letra a y diferentes cruces.

Sabía que en el mundo criminal esos tatuajes tenían significados escalofriantes.

«Mantente a salvo», se repitió continuamente.

«Lucha, libérate», recitó en silencio, como si fuera un mantra.

Tironeó de su agarre, pero esas manos parecían grilletes en sus brazos. Por

último, un golpe en la mandíbula aplicado con conocimiento y mucha violencia la derribó, logrando que todo se tornara negro, y perdió la conciencia.

Pasó algún tiempo hasta que despertó.

Aturdida, empezó a recobrar el conocimiento; estaba en una especie de caja de metal.

Intentó tocarse el maxilar, el sitio donde había recibido el impacto que la había noqueado, y entonces se percató de que estaba maniatada, incluso también tenía los pies sujetos y la boca, además, precintada. Le dolía cada milímetro del cuerpo, aunque no parecía tener ningún hueso roto. Ekaterina permaneció con los ojos muy abiertos y atenta, pretendiendo que su visión se acostumbrara a la oscuridad para poder dilucidar dónde se encontraba; sin embargo, el lugar estaba demasiado oscuro y frío, y no lograba descifrar nada... Tal vez se trataba del golpe que había recibido, que aún la mantenía atontada.

De pronto todo comenzó a balancearse, así que no fue difícil conjeturar que ese sitio era la caja de un camión. Inmediatamente, su mente se transformó en el rollo intrincado de una película de terror, con escenarios horribles y sangrientos, mientras ella luchaba por mantener a raya sus nervios y calmarse.

Una alarmante mezcla de confusión y miedo hizo que intentara llamar a su hermano; necesitaba saber si él estaba allí con ella. Sin embargo, con la mordaza que llevaba puesta en la boca no conseguía articular palabra. Presa del pánico, sintió unas infinitas ganas de llorar, pero la muchacha sabía que ése no era el mejor momento para rendirse; debía permanecer alerta y fuerte, aunque el miedo amenazara con pillarla por completo.

No podía creer el horror que estaba viviendo. Esos hombres habían asesinado a sus padres y en ese momento la tenían cautiva; sabía que Bohdan, al menos hasta que permaneció consciente, no estaba muerto, a él sólo lo habían golpeado, pero luego se desvaneció, así que no estaba ciento por ciento segura de lo que había ocurrido con él... y tampoco sabía lo que ocurriría consigo. Elevó una plegaria y rogó en vano por que todo se tratara de una espantosa pesadilla de la que pronto se despertase; sin embargo, pese a su negación por aceptar la realidad, tenía claro que no era así, pues los golpes dolían de

manera muy real.

Su estómago, entonces, se contrajo con temor, y un estremecimiento le recorrió el cuerpo ante la comprensión de todo lo sucedido: el ataque, la matanza en la casa... en pocos minutos pasó a ser huérfana y, después, prisionera.

El viaje fue largo, tanto que Ekaterina perdió la noción del tiempo. En un momento dado percibió que el camión se detenía, a la vez que notó su cerebro apagado por el miedo y la desolación.

En Sebastopol a menudo se emplean diferentes lenguas para expresarse, así que resultaba muy normal oír hablar a los habitantes en diferentes idiomas, entre ellos el tártaro de Crimea, el ucraniano, el romaní, el polaco y el húngaro, pero el noventa y siete por ciento de la población se expresaba en ruso. Miró hacia el lugar de donde procedían las voces expresándose en ese idioma y reconoció el dialecto ucraniano del tipo que había asesinado a su madre; tenía grabada su voz y su acento en la memoria, y pudo reconocer claramente que era él.

— *Shestyorka*, [4](#) los que traigo van para la facción de América. La chica tiene que ser entregada en la granja del *pakhan*. [5](#) Semyon, encárgate de que llegue sana y en muy buenas condiciones, es muy valiosa. *Nu, ty ponimaesh*. [6](#) Allí será más útil, pues es demasiado joven para las calles. Y el chico... va para el *gulag* [7](#)

bratva; [8](#) estoy seguro de que destacará; será provechoso, pues tiene condiciones y, con entrenamiento, saldrá bueno.

—Muy bien, *obshchak*. [9](#)

«¿El chico?, ha dicho el tipo. ¿Acaso se refiere a mi hermano? ¿Él está aquí conmigo? ¿Por qué no puedo oírlo?», se planteó la muchacha.

Ekaterina sollozó... abatida. No entendía por qué ese hombre decía que ella

era valiosa. No podía presuponer el destino que le darían a su vida, pero, teniendo en cuenta todo lo que había ocurrido, supo que lo que le esperaba de ninguna forma iba a ser algo agradable.

No quería separarse de Bohdan; sus padres estaban muertos y él, por tanto, era su única familia. Estaba convencida de haber oído decir América, por lo que surgieron infinidad de preguntas y conjeturas en su cabeza... ¿Quizá ése era su destino? ¿Qué podía hacer ella allí, en un continente desconocido y donde el idioma supondría una gran barrera?

Sin poder contenerse, se arrancó a llorar más fuerte, a la vez que se retorció en el suelo del camión, procurando librarse de las cuerdas que la mantenían amarrada. Sin embargo, todo intento resultaba en vano... En ese momento oyó un quejido y, aunque no podía hablar, emitió sonidos guturales, esperando una respuesta de Bohdan; estaba segura de que estaba allí con ella.

—No llores... —le dijo éste entre gemidos y casi sin aliento. Su voz había sonado rota, entrecortada. Aunque sólo podía oírlo, estaba convencida de que esos malnacidos lo habían lastimado gravemente; no obstante, al parecer no contaban con la posibilidad de que Bohdan recuperara la conciencia.

Las horas pasaron y, en la no tan hermética caja de metal, entró la poca claridad que se filtró cuando el día empezó a clarear. Al cabo de algunas horas más, la oscuridad de una nueva noche los sumió en la deshumanización. El frío invernal los tenía temblando, pero ése era el menor de sus problemas. A ratos, ella lloraba y Bohdan intentaba calmarla.

—Es nuestro destino. —Bohdan se arrastró hasta ella y le quitó la cinta de la boca con mucho esfuerzo, y luego besó su frente—. Tienes que tranquilizarte para lograr permanecer viva, y debes sobrevivir por papá, por mamá y por mí.

Debes hacerlo; te prometo que te encontraré y nos liberaré a ambos, pero tú prométeme que, pase lo que pase, te mantendrás a salvo. *Ya tebya lyublyu!* [10](#) No lo olvides jamás, mi Katia —le dijo su hermano, empleando el diminutivo de su nombre.

— *Nie.* [11](#)

—Prométeme que te mantendrás a salvo, Katia, ¡promételo!

— *Ya obeshchayu.* [12](#)

En lugar de sosegarla, las palabras que salieron como un débil hálito de la boca de Bohdan no hicieron otra cosa que desesperar todavía más a Ekaterina.

En aquel momento el ruido del metal retumbó en sus oídos y se estremeció cuando la puerta se abrió de golpe y un hombre que olía a rancio subió a la caja del camión de un salto. Ella se hizo un ovillo en el suelo, pero éste no venía a buscarla a ella, sino a Bohdan. Chilló al ver que se lo llevaban; las lágrimas que se formaron en sus ojos rápidamente corrieron por las mejillas, y la conmoción de lo que ocurría le sacudía el pecho y le dolía demasiado.

Se dispuso a dar batalla, retorciendo su cuerpo, cuando luego fueron a por ella; no pensaba dejar que se la llevaran tan fácilmente.

Al ver que su boca no estaba encintada, el hombre que le había arrebatado la vida de su madre le cruzó el rostro de un sopapo y volvió a colocarle la cinta.

—Basta, perra, o vuelvo a noquearte —le gritó.

Sin embargo, la furia en sus palabras no la asustaron; no podía dejar que la doblegaran, necesitaba demostrarles que ellos no podrían con ella, que no estaba dispuesta a aceptar tranquilamente lo que pretendían hacerle. Se dio cuenta entonces de que el miedo, lejos de paralizarla, la envalentonaba. Su padre siempre decía que Ekaterina era una guerrera y que no había nada que la detuviese para conseguir lo que anhelaba.

Le cubrieron los ojos para que no pudiese ver dónde la llevaban, pero ella se las ingenió para apartar un poco la venda, así que pudo reconocer el lugar: incluso con esa poquísima luz le fue suficiente como para ver que estaban embarcando en el puerto de Odessa.

Ekaterina continuó retorciéndose con el fin de imposibilitarle la tarea al tipo que cargaba con ella al hombro, pero entonces el gigante tatuado la arrancó de su agarre, la arrojó al suelo y, a modo de lección, comenzó a patearla.

—Haz las cosas más fáciles, perra, o te prometo que te destinaré a otro sitio peor de ese al que vas.

La violencia de esa gente no tenía medida; lo más sensato hubiera sido

mantenerse sumisa y acatar las órdenes, pero su yo interior no tenía lógica y es que, simplemente, Ekaterina no podía aceptar que esos tipos tomaran su vida en sus manos y decidieran como mejor quisieran el giro de su destino.

El puerto en el que estaban era uno de los más grandes e importantes de Ucrania, y el oxígeno que la ciudad necesitaba para respirar comercialmente.

Gracias a comentarios que había oído por boca de su padre, estaba al tanto de que allí se establecía una de las facciones del crimen organizado, la *Solntsevskaya bratva*, que era el mayor y más poderoso sindicato de la mafia rusa.

En dicha ciudad, el mayor negocio criminal era el tráfico gestionado por éstos y sus congéneres ucranianos prorrusos, que distribuían drogas, personas y armas que partían para Europa, África, y América, respectivamente, y donde el método más usado para que las autoridades mirasen hacia otro lado es el soborno.

Obviamente que la situación política de Ucrania en ese momento los había dejado en una total indefensión en esos temas, y por eso el crimen organizado había podido prosperar. Los criminales ucranianos se unieron a los rusos sólo por el interés comercial que estos negocios generaban ante el hecho de que Sebastopol había sido tomada por los segundos, razón por la cual el negocio de las bandas ucranianas en Odessa había quedado más endeble, pues se rumoreaba por ahí que el nuevo primer ministro designado en Crimea era sospechoso de haber sido un conocido gánster, y se temía que, por ello, sería fácil conseguir que éste hiciera la vista gorda y transformase el lugar en una zona libre para el contrabando, transformándose así en el principal centro de fraude con salida al Mar Negro...

Se sentía exhausta y sin fuerzas después de la tunda que le habían dado antes de introducirla en la bodega del barco que supuso que debía llevarlos a América.

Para su extrañeza, Ekaterina se encontró con que no era la única mujer allí, pues había unas cinco más, que estaban en la misma lastimera situación que ella; la mayoría de ellas sollozaban, pero no hablaban unas con otra. Todas estaban sumidas en su propia desgracia y claramente atemorizadas por la

suerte que correrían.

El barco en el que estaban siendo transportadas era uno de esos cruceros lujosos que realizan viajes alrededor del mundo, lo que le hizo deducir, entonces, que no sólo estaba ocupado por ellas, sino también por pasajeros normales. En ese momento se le ocurrió que tal vez, si todas se unían y empezaban a gritar,

conseguirían que alguien las oyera y las liberara. Pero todas estaban tan asustadas que el miedo las paralizaba, incluso a ella, así que esperó paciente.

Como le había dicho Bohdan, debía permanecer a salvo y, si hacía eso, lo único que quizá conseguiría sería más magulladuras en su ya amoratado cuerpo.

Sus pensamientos, descontrolados, no se detenían. No había sabido nada más de su hermano, y eso provocaba que entrara en desesperación; por fin entendía las palabras de Bohdan al despedirse, pues éste sí se dio cuenta en ese preciso instante de que iban a separarlos y que no sabrían más el uno del otro.

A medida que empezaron a pasar los días, las fuerzas de todas las prisioneras empezaron a mermar. La ración de comida que les daban era mínima, así como también el agua. Muchas de las chicas se veían débiles y enfermas, y por supuesto era una manera de actuar deliberada de sus captores, para que no tuvieran energía suficiente como para luchar o mostrar oposición.

Al principio no le fue difícil calcular los días que llevaban cautivas, e incluso pudo saber, en una ocasión en la que el navío se detuvo, dónde estaban, ya que allí subieron más muchachas y refirieron haberlo hecho en el puerto de Estambul, en Turquía, en la parte conocida como el Cuerno de Oro. Sin embargo, con el correr de las horas..., los días y las noches empezaron a no tener diferencia; no había manera de saber cuánto tiempo había transcurrido desde que partieron del puerto de Salipazari, la terminal portuaria al otro lado del conocido puente de Gálata.

Había ciertas normas establecidas que se habían dejado claras de antemano; las dejaban ir al baño por tandas y acompañadas por guardias, y nunca salían de la bodega. Apenas fueron subidas a la embarcación, las encadenaron unas a

otras con grilletes en los tobillos, que a su vez estaban amarrados a las estructuras del barco, para que a ninguna se le ocurriera un intento de fuga hacia cubierta.

Todo era una pesadilla increíble de calcular. Ekaterina trataba de mantenerse cuerda, pero a ratos la situación la superaba.

¿Quién podía pensar que ese lujoso crucero servía de fachada para esconder en sus entrañas el tráfico de personas?

A simple vista, lo único que se podía captar era la versión glamurosa y desenfadada de unas vacaciones en el mar. Estaba dentro de una ciudad flotante cargada de ilusiones, lujo y felicidad para los pasajeros libres; sin embargo, en las tripas del barco todo era sufrimiento y sueños rotos, una prisión bajo el agua para ellas.

Esa noche los motores del navío volvieron a apagarse y Ekaterina esperó alguna señal; quizá ya habían llegado a América, se dijo, pero le desconcertaba saber que muchas de las chicas que estaban allí habían oído que se dirigían a España. De ser así, algunas bajarían antes.

El cansancio, la debilidad y la falta de oxígeno la hicieron sentir mareada y aturrida. Finalmente, tras tanto aguardar, se durmió; cuando despertó fue por los puntapiés del guardia que le ladraba órdenes.

—Levántate; vamos, muévete.

Las hicieron formar en una fila y, a medida que iban avanzando para subir a la caja de un camión que era transportado dentro de la bodega del crucero, les dieron a tomar un cóctel de pastillas.

—¿Qué es esto? ¿A dónde nos llevan?

—¿Aún tienes fuerzas para envalentonarte y cuestionar las órdenes? Haz lo que se te dice y cállate la boca si no quieres que te golpee; veo que justo se te están empezando a curar los moretones con los que llegaste.

La joven mantuvo las pastillas bajo la lengua, pero el tipo la cogió con fuerza por el mentón, obligándola a que abriera la boca para comprobar si se las había tragado. Cuando éste se dio cuenta de que no lo había hecho, su puño se estrelló en el estómago de Ekaterina, dejándola doblada y sin aire; luego, el guardián recogió las píldoras que habían caído al suelo y se las metió en la boca, casi ahogándola. Inmediatamente, cogió un botellín de agua y tiró de su cabeza hacia atrás, vertiendo el contenido a borbotones en su garganta para que las tragara.

—Te revelas y es peor. —La risa sarcástica del guardia fue como puñales en su pecho—. Zorra estúpida, haz lo que se te dice y lo pasarás mejor, aprende de tus compañeras.

Cuando despertó se encontraba muy desorientada. Sentía como si hubiera

dormido durante días. Inspeccionó a su alrededor, sin reconocer el entorno, mientras se sentaba con gran esfuerzo, pues estaba muy débil. Miró su tobillo y siguió con la vista la cadena hasta su compañera, pero la tobillera estaba ahora aferrada sólo a una cañería, no a una pierna. Entonces se fijó en las demás y se dio cuenta de que eran muchas menos.

—¿Dónde están las otras chicas? —preguntó, pero nadie contestó, sólo se encogieron de hombros.

La devastación aparecía escrita en el rostro de todas las que allí estaban.

—Creo que... nos han cambiado de barco —acotó débilmente una de las muchachas, que estaba bastante cerca de ella.

Ekaterina miró nerviosamente el suelo; se sentía asfixiada, como si estuviera sumergida debajo del agua, y pensó que no era justo lo que hacían con todas ellas... no era justo que les robaran sus vidas y las moldearan en sus manos para decidir qué hacer con ellas.

Ira, frustración, cansancio, inseguridad... eran algunos de los sentimientos que experimentaba. Atrás había quedado la angustia, para dar paso a nuevas emociones. Ni siquiera había tenido tiempo para llorar a sus seres queridos;

se lo habían arrancado todo, y ya lo único que importaba era sobrevivir... y esperar a ver cuál era el nuevo destino.

Los Ángeles, California, año 2014

En la boda de su mejor amigo, bailaban todo lo cerca que el vientre de ella les permitía. Daniel Carter estaba seguro de que jamás se cansaría de mirarla; no podía dejar de asombrarse de su belleza, y lo mejor de todo era que ella era suya, y estaba convencido de que Dios lo había premiado poniéndola en su camino. A menudo consideraba que realmente no se la merecía, pues era una mujer muy paciente; pasaba tantas horas sola... porque los horarios de Daniel en el hospital eran verdaderamente un caos, pero London era supercomprensiva y una gran compañera, además de guapa, perfecta y, estaba seguro, una inminente gran madre.

El doctor Carter cerró los ojos y se acurrucó en su cuello para impregnarse del aroma de su piel y su perfume, y en ese momento llegaron a su mente los recuerdos de la primera vez que la vio...

Por ese entonces, él preparaba su tesis y se había ido a trabajar en ella a la cafetería en la que preparaban sus *waffles* preferidos, ya que, en casa de su padre, sus hermanos pequeños —los hijos que su progenitor tuvo con su segunda esposa, después de que su madre muriera de una brusca leucemia— se pasaban todo el día correteando de aquí para allá y no había silencio en ninguna parte de la vivienda. Debido a esa falta de tranquilidad, incluso se dispuso a mudarse solo, pero su padre creyó que era por algo que él tenía contra su nueva mujer, así que, para evitar un conflicto, decidió esperar un tiempo por el bien de las relaciones familiares.

—Lo de siempre. —Daniel miró hacia el sitio en el que solía sentarse y descubrió que estaba libre—. Llévame a la mesa que suelo ocupar, por favor

—dijo tendiéndole el dinero al empleado, sin levantar los ojos del libro que estaba leyendo.

—¿Qué se supone que es lo de siempre y cuál es la mesa que sueles ocupar?

¿Podrías iluminarme?

La voz que oyó lo sacó del ensimismamiento en el que estaba mientras esperaba a que le cobraran. Alzó la vista y se topó con dos ojos marrones profundos que lo miraban interrogantes; una visión surrealista lo asaltó, pues estaba seguro de que así debía de ser una ninfa de la mitología griega, un ser mágico originario del poder de la naturaleza... como la que tenía en ese instante frente a él.

—Tú no eres Shaw.

—No, no lo soy; lo estoy reemplazando, tiene permiso para ausentarse del trabajo unos cuantos días.

—¿Y tú... eres?

La muchacha que estaba tras el mostrador lo observó durante unos segundos y luego abrió su tentadora boca para hablar. La vista de Daniel se mantuvo fija en su perfecto arco de Cupido, y casi podría jurar que deseó mordérselo. Ni siquiera se preocupó de disimular la atracción instantánea que la chica le había producido; por el contrario, esperaba que ésta pudiera leer en su mente todo lo que imaginaba que su boca podría hacerle.

—¿Qué vas a querer?

Volviendo de su embelesamiento, Daniel entrecerró los ojos y miró el broche identificativo que la chica llevaba prendido en su pecho; su nombre le pareció el adecuado, pues parecía una joven con carácter y no podía llevar sino el nombre de una ciudad con carácter.

—London —dijo él llamándola por el nombre que acababa de leer—, deberías considerar ser más amable con los clientes.

—Estoy aquí para tomar nota de tu pedido, no para hacerte reverencias. Por otra parte, mi nombre está a la vista, así que no veo la necesidad de tener que decírtelo; además, resulta evidente que ya lo has leído. Y, finalmente, no te he

faltado al respeto, sólo estoy intentando proveerte de lo que sea que vayas a querer, así que... ¿vas a ordenar algo? No eres el único en la fila y me estás retrasando.

Su risa sonó sonora y estridente al ver que ella tenía malas pulgas y, aunque a la muchacha le pareció que él era guapo y lanzado, y su sonrisa, la más encantadora que había visto jamás, no dio su brazo a torcer y siguió actuando de manera indiferente.

A su vez, Daniel también aceptó su actitud, ya que consideró que así, toda enfurruñada, estaba muy atractiva, aunque estaba convencido de que, cuando sonreía, tenía el poder de eclipsar el sol.

—Ok, London, quiero un *waffle* de bayas y helado de vainilla, y un moka helado grande. Estaré sentado... —miró y señaló hacia el lugar que aún permanecía libre— en aquella mesa.

—Enseguida te lo llevo, son veintiséis dólares.

—¿Y cuánto me costará que me facilites tu teléfono?

Ella entrecerró los ojos y Daniel pudo ver la ira brotando en sus mejillas, que al instante se tornaron de color carmesí, mientras que sus ojos soltaban chispazos.

—Olvídalo, era una broma; aunque, si quieres dármelo, te aseguro que no te arrepentirás.

—Si no deseas nada más... da paso al resto de la gente —le pidió London, entregándole el cambio.

Pasaron varias semanas y Daniel, con tesón, se esforzó por convencer a London para que le diera la oportunidad de llevarla a una cita; sin embargo, la muchacha era más terca que una mula y nada de lo que intentaba surtía efecto, así que decidió dejar de hacerlo, pero no porque desistiera de conseguirlo, sino porque optó por cambiar de estrategia; antes jamás le había rogado a ninguna chica y eso siempre le había funcionado la mar de bien, así que resolvió volver a su antigua táctica y puso en marcha el plan ese mismo día.

Nunca se había obsesionado tanto con una mujer como con London, y estaba determinado a lograr que ella cediera ante él costara lo que costase.

—Conmigo no te va a funcionar esa indiferencia —le dijo la joven—, así que puedes irte a paseo, porque no me interesas.

—Por supuesto... Aunque... para ser que no te intereso, parece que sí lo hago.

»Cóbrate lo mismo de siempre, pero para llevar.

Al tercer día...

—¿Tampoco te quedas hoy?

Daniel la miró intensamente a los ojos y, conteniendo una sonrisa triunfadora, le contestó:

—Me están esperando. —Señaló hacia la calle—. Por favor, que el pedido sea doble.

London miró disimuladamente hacia el lugar que éste había indicado con el dedo y vio que una chica muy pero que muy guapa lo aguardaba allí; lo que ella desconocía era que Riley era la novia del mejor amigo de Carter, además de ser su compañera en la residencia médica que ambos realizaban.

—Mañana es mi último día en la cafetería —dijo procurando entablar una conversación con el muchacho, ya que éste hacía unos días que se mostraba indiferente. Tal vez se había cansado de intentar llegar a ella; la mujer que lo esperaba fuera era una clara muestra de que ya había encontrado compañía.

—Oh, eso significa que regresa Shaw, ¡qué bien! Y tú... ¿qué harás?

—La semana que viene empiezo a trabajar en un estudio de danza, el International Dance Academy (IDA) Hollywood. Hace tiempo que esperaba esta oportunidad, y por fin se me ha presentado. La danza es mi vida, así que... si mañana no te veo, suerte con tu tesis.

—¿Bailas...? —Daniel disimuló no estar al tanto, pero lo cierto era que hacía tiempo que había hecho sus investigaciones; ella asintió—. Bueno, en ese

caso...

si no te veo de nuevo, te deseo suerte en ese nuevo camino que vas a emprender.

¡Qué casualidad! Mañana es un día decisivo para ambos, porque es la fecha en la que entrego mi tesis.

—Seguro que te irá bien, has dedicado muchas horas a prepararla. Estoy convencida de que te ha quedado perfecta. —Ella sabía de su dedicación a ese trabajo, tras tantos días viéndolo en la misma mesa rodeado de libros y apuntes.

—Eso espero.

—Y después de aprobar tu tesis... ¿qué sigue?

—Bueno, entonces estaré doctorado en la especialidad de médico obstetra y ginecólogo.

—¿Ya eres médico?

—Sí, hace dos años que soy médico general y estoy haciendo la residencia en el Ronald Reagan UCLA Medical Center; estuve cuatro años en Connecticut para sacarme mi licenciatura en la Universidad Wesleyan, pero, aunque la ciudad me dio una gran acogida, a decir verdad, no veía la hora de regresar a California.

Por ese motivo hice aquí la especialidad. Amo las playas de Los Ángeles, crecí en ellas; adoro surfear, la vida al aire libre, la naturaleza...

—¡Daniel! ¿Vamos?

Riley había entrado a buscar al joven médico, y a éste no se le escapó la forma en la que London la miró de pies a cabeza y luego cómo fijó su vista en la mano con la que la chica tocaba su brazo.

—Ya te alcanzo, Ri.

—¿Tu novia? —preguntó London, sin poder contenerse.

—No, es la novia de mi mejor amigo —la informó cuando Riley se fue.

—Lamento haber sido tan odiosa contigo todo este tiempo; debo reconocer que me hubiera gustado conocerte mejor.

—Aún estamos a tiempo... Ambos vivimos aquí; cambias de trabajo, no de ciudad.

Después de esa primera cita, jamás volvieron a separarse. Un año después, Daniel la invitó a que fueran a uno de los conciertos de verano en el Hollywood Bowl y se encargó de todo..., llevó comida y vino, lo tenía todo planeado.

London no era una chica de grandes lujos; era muy sencilla y, como tal, apreciaba más las cosas simples que las muy elaboradas, así que, mientras esperaban a que comenzara el espectáculo, el doctor Daniel Carter se declaró y, por supuesto, London aceptó. Dos meses después se casaron, y desde entonces ella pasó a ser la señora London Carter.

Por esos días estaban en la dulce espera del nacimiento de su bebé. London cargaba con un abultado vientre de treinta y cinco semanas, y muy pronto serían bendecidos con la llegada de su primer hijo.

Por suerte todo marchaba estupendamente. Daniel estaba más que listo y ansioso por recibirlo entre sus manos; había asistido a cientos de partos desde que se doctoró como médico obstetra, pero siempre anheló el momento de asistir el alumbramiento de su propio hijo, y por fortuna eso estaba cercano a ocurrir y, por tal motivo, se sentía un gran privilegiado.

Con sólo mirarlos uno podía darse cuenta de que la vida de la pareja era perfecta, tal y como siempre la soñaron desde que iniciaron su relación.

Quienes los conocían podían afirmar con vehemencia que no había en el mundo dos individuos que se amasen tan incondicionalmente como lo hacían

ellos.

El amor que London y Daniel se profesaban era épico, y también de novela, y esa noche, además de estar felices por lo maravillosa que era su vida, festejaban el amor y la unión de sus mejores amigos, Riley y Weston, quienes finalmente habían dado el gran paso en su relación y se acababan de casar.

—¿De qué te ríes?

—Recordaba lo difícil que fue que me concedieras la primera cita.

—Es que eras un arrogante; tú pensabas que todas las mujeres debían caer a tus pies sólo por sonreírles y elevar una ceja.

—Adoras mi ceja, siempre me besas la cicatriz en ella.

—Adoro todo de ti, que es diferente, doctor Carter.

Daniel la besó y luego hundió el rostro en su cuello. Amaba a esa mujer como el primer día, y estaba seguro de que así sería siempre.

El amor que ellos compartían era intenso, puro, leal, del tipo que dura toda la vida. Lo tenían todo para ser felices y sólo vivían para serlo.

Capítulo uno

Época actual...

¿Es posible perder todos los recuerdos?

¿Es posible olvidarte de quién fuiste?

Seguramente te estarás contestando esas preguntas en tu cabeza y estarás diciendo con total rotundidad que no, que eso sólo puede ocurrir si tienes algún tipo de amnesia o algún daño cerebral, o quizá si han empleado contigo técnicas con fármacos o algún tipo de terapia psiquiátrica o bien porque tal vez has sufrido algún tipo de traumatismo.

Sin embargo, ninguno de éstos era el caso de Kaysa.

¿No?

¿En serio?

A decir verdad, a veces ella estaba ciento por ciento segura de que no, y otras, no tanto, porque sus recuerdos eran sombras descontroladas en su cabeza.

Por las noches, al quedarse sola en su dormitorio, intentaba con ahínco recordar algo más que no fuera la vida que llevaba allí, en ese momento, pero, cuanto más lo ambicionaba, más se frustraba al no poder conseguirlo. Su mente estaba en blanco, todos sus recuerdos se habían esfumado, borrado, como si su cerebro fuera un disco duro que se hubiese reseteado.

Lamentablemente, en aquel lugar no había nadie que hubiera llegado en la misma tanda que ella, así que hilar hechos de su pasado parecía imposible.

Gracias a que se manejaba muy bien entre fogones, la tuvieron en cuenta para dirigir la cocina después de que la anterior cocinera se fuera; en ese momento, Kaysa, nombre de identificación que le habían asignado allí, ya que no recordaba el suyo propio, era la encargada de organizar la alimentación de todos en la finca.

Desde que lo empezó a hacer, encontró un nuevo rumbo en su vida y a diario se sentía agradecida de poseer los conocimientos culinarios que tenía, puesto que se trataba de una actividad de la que disfrutaba plenamente. Sin embargo, siempre representaba una gran incertidumbre no poder recordar cómo había aprendido aquella tarea, pues no resultaba nada agradable no tener una historia que contar. Intentar convivir con sus lagunas mentales, y en cierta forma aceptarlas, era una labor ardua que día a día debía vencer.

Desde que Kaysa tomó el control en la cocina, Nataliya, otra de las internas del recinto, una hermosa y ensoñadora chica de veintitantos años, pasó a ocupar el puesto de primer ayudante.

A diferencia de ella, su compañera sí tenía recuerdos de su vida pasada. Era de nacionalidad rusa y, después de graduarse en la universidad, y ante el ciclo de pobreza que se vivía en su país y la falta de empleo, hacía poco más de tres años que había dejado su pueblo natal, en la región occidental de Rusia, con la

promesa de que se iba a América a trabajar como camarera. Incluso le prometieron que, después de establecerse, sus posibilidades laborales se multiplicarían con el tiempo. Asimismo le explicaron que, con celeridad, conseguiría un visado de trabajo en la tierra de las oportunidades, ya que ella, al igual que otras chicas, había entrado de forma ilegal en el país. Sin embargo, al pisar el suelo de Estados Unidos no tardó en comprobar que todo había sido un gran engaño, pues la hicieron prisionera, al igual que a ella, y allí estaban, padeciendo un encierro y llevando una vida que nada tenía que ver con sus sueños.

Kaysa y Nataliya se habían vuelto cercanas, pero cuidando de no demostrar esa proximidad frente a los guardias, ya que no querían que las separasen.

Decidían a diario el menú y lo llevaban a la práctica, contando, claro está, con la ayuda de otras muchachas, que eran las encargadas de trocear y echar una mano en la preparación de los ingredientes que componían cada plato.

En la finca había reglas muy establecidas, y horarios que jamás se pasaban por alto: ésa era la forma para que todo funciona de manera muy cronometrada.

A los primeros que cada día alimentaban era a los guardianes; éstos, todos hombres fortachones encargados de la seguridad del recinto, se turnaban en tres

turnos para comer. Después de eso, las celdas se abrían para que las reclusas pudieran ir a los grandes comedores, donde eran alimentadas todas a la vez.

Durante la comida no se les estaba permitido hablar unas con otras; las reglas eran explícitas y todas las conocían. Cumplirlas era lo mejor que podían hacer para no tener que lamentar recibir ningún castigo.

Entre otras cosas, ésa era una de las razones por la que Kaysa amaba su trabajo en la cocina; allí se les permitía hablar entre ellas y eso era realmente muy liberador, aunque debían cuidar de lo que hablaban, ya que, si los guardias que merodeaban por allí consideraban que habían estado confabulando contra ellos o conversando sobre algo que no tuviera nada que ver con la actividad que llevaban a cabo, podían decidir que merecían castigos que realmente no querían ni saber en qué consistían.

—Tú, ven conmigo —le ordenó el guardián, mirándola fijamente a los ojos y sujetándola por el codo para que se pusiera de pie. Se encontraban en el comedor, a punto de cenar.

—¿Yo?

—Sí; tú eres Kaysa, la encargada de la cocina, así que ven conmigo. Camina por delante con la cabeza mirando al suelo y las manos tras la espalda; ya sabes las reglas, así que no sé por qué te las estoy explicando.

Nataliya, que estaba sentada a su lado, la miró sin que el vigilante lo advirtiera. Cerró los ojos levemente para infundirle ánimos; hubiese querido abrazarla y confortarla, decirle que no pensara y que sólo dejara que las cosas sucedieran, porque era imposible hacer nada para que no fuera así.

Kaysa se puso de pie, haciendo lo que se le acababa de indicar, y comenzó a alejarse del comedor, avanzando por uno de los pasillos de la comuna.

Cuando empezó a hacerlo, guiada por el guardián, de inmediato supo hacia dónde se dirigían, y en pocos segundos sintió que sus piernas no eran del todo seguras para sostenerla; advirtió, además, que su corazón se ponía a latir con fuerza sin que pudiera detenerlo. Con prontitud, un nudo se le atascó en la garganta y la boca se le secó.

Por mucho que hubiera olvidado, estaba segura de que nadie en su sano juicio podía aceptar el destino que ellos daban a sus vidas.

Estaba convencida, al mismo tiempo, de que sus recuerdos se habían esfumado como forma de protección por lo que le tocaba vivir allí en el *gulag*, porque eso era ese sitio... aunque ellos lo quisieran disfrazar con otros nombres, no era más que una cárcel a la que todas habían llegado sin haber cometido delito alguno.

Un tiempo atrás ya le había tocado pasar por la situación a la que estaba segura que se estaba encaminando de nuevo; sin embargo, ilusamente, Kaysa había creído que, al ser necesaria para alimentarlos, no la volverían a someter otra vez a eso.

Se sintió muy tonta mientras continuaba caminando, ya que comprendió que ella, al igual que todas las mujeres que habitaban ese campo de trabajo forzado, no eran más que seres sin importancia para ellos; sólo les servían para la actividad a la que se dedicaban, traficar con personas.

Sintió el instinto de tocarse el pecho, para apaciguar el dolor que sentía dentro de éste, pero mantuvo sus manos tras la espalda, consciente de que era lo más seguro. Hasta ese momento había preferido pensar que era alguien significativo, y eso muchas veces obró positivamente para continuar adelante en su día a día; no obstante, la mera verdad era que podía ser reemplazada fácilmente por cualquiera de sus compañeras... Nadie estaba seguro ahí dentro, porque ellos eran los únicos dueños de sus vidas.

« *Pomogi mne, Bozhe!* » [1](#)

La puerta se abrió y se quedó estática en la entrada.

—Pasa —le exigió el guardián con autoridad, haciéndola avanzar de un empujón—. Aquí la tiene, doctor Pávlov.

—Está bien, Mijaíl, puedes marcharte, no necesito nada más. Kaysa —el nombre que le habían puesto en el *gulag* vibró en la profunda voz del médico, haciendo que ella se estremeciera— sabe muy bien las reglas, no intentará nada estúpido, descuida.

—Estaré fuera como siempre, por si me necesita.

El doctor Alexandr Pávlov, comúnmente llamado Sasha por sus pares de la *bratva*, permaneció de espaldas, ordenando la mesa que contenía el instrumental

quirúrgico, ignorándola y transformando el silencio en algo ensordecedor que lastimaba sus oídos, aunque pareciera una broma decirlo.

Finalmente, y aunque ella se mantuvo con la cabeza dirigida hacia el suelo, advirtió que él se movía del sitio en el que se encontraba, ya que sus sentidos estaban en alerta constante.

De inmediato el calor corporal debido a su cercanía invadió el cuerpo de Kaysa. Ésta cerró los ojos y sintió cómo posaba una de sus manos, enfundadas en guantes quirúrgicos, en su mentón. A continuación, Sasha —como generalmente se apoda a los Alexandr en Rusia— le levantó la cara, obligándola a enfrentarlo.

—Bienvenida. Mírame. —Kaysa abrió los ojos lentamente y se encontró con unos ojos de un color azul intenso y penetrante que la observaban. Nunca lo había visto tan de cerca, pero, aunque el color era vivo, la mirada era gélida, por lo que supo al instante que esos ojos habían visto mucho más de lo que cualquier persona era apta para ver a lo largo de toda una vida. Alexandr la contemplaba incluso de un modo extraño, como si ella fuera una criatura de otra especie; su mirada la paralizaba—. Supongo que ya te imaginas para lo que estás aquí. —Su voz le hizo sobresaltarse, y entonces Sasha subió una mano y le acarició un hombro, calmándola—. No temas, no te haré daño... Sólo ve y quítate la ropa; luego ponte la bata que encontrarás allí y, cuando regreses, recuéstate en la camilla.

Él acababa de afirmar que no le haría daño; sin embargo, le ofrecía un destino nefasto a su vida.

—¿Por qué?

—¿Cómo has dicho?

—He preguntado... por qué... —volvió a decir, sabiendo que no tenía derecho a ningún cuestionamiento por su parte, pero era tanta la impotencia que experimentaba que no podía controlar lo que decía.

El doctor Pávlov entrecerró los ojos y agitó la cabeza de un lado a otro, en señal de desaprobación.

Él siempre trataba a Kaysa amablemente cuando ésta le servía su almuerzo y su cena; era verdad que varias veces su mirada se convertía en una un tanto

intimidante, pero no de la forma en que solían intimidarla los guardias. Alexandr utilizaba con ella una mirada hambrienta, que en ocasiones parecía traspasar su ropa.

Por lo general, él no se privaba de hacerlo siempre que tenía la oportunidad de verla, y a menudo era fácil sospechar que incluso inventaba situaciones para que eso ocurriera. Cuando se cruzaban, premeditadamente o no, Sasha siempre la observaba con fijeza durante extensos segundos, hasta que al final le indicaba que podía marcharse.

Se trataba de un hombre joven y apuesto a su manera —a diferencia del anterior médico del programa, que era mayor—, y en una de las tantas veces que tocó que Kaysa lo sirviera, se enteró de que no sólo era el nuevo doctor del recinto, sino que, además, era el príncipe heredero que sucedería al *pakhan* de la *bratva*. Su padre, Symon Pávlov, era el actual jefe de la organización, pero, como al parecer estaba muy enfermo, muy pronto el legado de la jerarquía pasaría a sus manos. A menudo, cuando ese imperio criminal organizaba sus reuniones, daba grandes banquetes que se llevaban a cabo en esa finca, y Kaysa siempre era la elegida para atenderlos.

—Sabes que gozas de beneficios que otras no tienen, porque... digamos que me caes bien —explicó él pausadamente, pasándose luego la lengua por sus mullidos labios—, así que no tires de la cuerda, porque puede romperse.

—Me necesitan en la cocina —explicó con la voz temblorosa—; con el correr de los meses ya no seré tan útil y no quiero dejar de hacer mis tareas de cocinera.

—Nadie es irremplazable aquí, y lo sabes muy bien, así que no... no tengo por qué recordarte que tú sólo debes acatar las órdenes que se te dan.

—¡Por favor...!

—Ekaterina... sabes que no hay opción.

—¿Qué ha dicho?

—Nada —pareció arrepentido, pero pronto recuperó su postura magna—, no he dicho nada. Dejemos de perder el tiempo: desvístete y recuéstate, no me hagas llamar a los guardias, ni emplear la fuerza para que acates lo que se te está ordenando; deja de hablar, sabes que no es algo que se te permita, y mucho

menos hacer estos cuestionamientos... y mira que en verdad estoy siendo muy condescendiente contigo, sé que lo sabes.

Kaysa asintió y luego, sumisamente, bajó la cabeza; mirarlo a los ojos, salvo que él se lo indicara, estaba prohibido, pero a menudo ella lo hacía y a él parecía gustarle.

La chica caminó hacia donde se le había indicado y, sin poder dejar de titubear en sus acciones, se desvistió despacio con la única intención de dilatar el momento, momento que era inevitable. Reuniendo un coraje que no estaba segura de poseer, realizó una profunda respiración con el fin de cobrar valor. Se puso la bata que colgaba del gancho y salió. Caminó despacio bajo la atenta mirada de Sasha, y éste se acercó a ella, tendiéndole la mano para que se subiera a la camilla.

—Pon los pies en los estribos.

«Esto es humillante», pensó la joven.

Nunca había experimentado un pánico tan intenso, ni siquiera la primera vez que había pasado por esa situación.

Kaysa estaba convencida de que jamás había estado con un hombre; aunque sus recuerdos se habían esfumado por alguna razón, estaba ciento por ciento segura de que nunca había estado íntimamente con nadie; sin embargo, debía permitir que un desconocido viera sus partes íntimas, sin poder negarse a hacerlo.

«¿Habré estado enamorada alguna vez...?»

—Relájate —la voz de Alexandr la devolvió a la realidad—, sólo te haré pruebas de rutina y, a partir de mañana, al despertar, empezaremos a tomar tu temperatura basal para determinar el mejor momento en que tu cuerpo estará preparado para recibir el implante.

Dicho de esa forma, todo parecía muy normal en su voz, pero para Kaysa no lo era y muy pronto las lágrimas comenzaron a derramarse por el rabillo de sus ojos sin que ésta pudiera detenerlas.

—Cálmate. Esto sólo es para constatar que estás sana.

—¿Por qué yo?

—Muchas veces no hay que preguntarse por qué, sino para qué; lo que debes pensar es que esto ayudará a una de nuestras familias a cumplir sus sueños.

«¿Y qué hay de los míos?», se dijo mentalmente... pero se abstuvo de hablar, ya que comprendía muy bien que ella era sólo un nombre sin ningún significado para nadie. En ese sitio, sólo era una persona a la que no se le permitía tener sentimientos, y mucho menos anhelos.

Por supuesto que no era justo, pero nada en su vida lo era... Ni siquiera podía recordar quién había sido antes de llegar allí, de dónde procedía, quiénes eran sus padres, porque toda persona tiene raíces y era obvio que ella también las tenía; incluso a veces fantaseaba con que tenía hermanos...

—Sería bueno que te sintieras feliz por ser útil para que otras personas también lo sean. —Las palabras del médico interrumpieron una vez más los pensamientos de Kaysa—. Aquí te cuidamos, te damos un techo y comida, y hacemos tu vida mucho más fácil de lo que es en el exterior; tú no estás expuesta a los peligros que enfrentan el resto de los mortales, porque, aquí, nosotros velamos por tu bienestar.

»La finca fue creada para eso; sólo estás devolviéndonos de alguna forma todo lo que hacemos por ti.

—Como si tuviera elección.

Él se la quedó mirando durante un buen rato... Luego, tomándola por sorpresa, le dijo:

—¿Quieres elegir? ¿Eso es lo que quieres? —Sasha se tumbó ligeramente sobre ella y contuvo la respiración, al tiempo que le acariciaba el brazo—. Es complicado, sabes quién soy, sabes que soy el hijo del *pakhan* y que muy pronto seré el que dirija todos los clanes que integran esta familia, así que... Kaysa, yo tal vez pueda hacer tus sueños realidad. Si yo quisiera, todo podría

volverse posible... Eso significa, además, que puedo protegerte más que cualquiera. —Se inclinó para hablarle al oído—. Sin embargo, no debes olvidar que también podría obligarte a cualquier cosa, si lo deseara... pero eso no es lo que quiero...

tú... puedes hacer que las cosas sean más fáciles y yo también puedo hacer que lo sean para ti. No es mi intención emplear la fuerza; te estoy dando la posibilidad de elegir, deberías saber que nadie aquí la tiene.

La proximidad de Sasha hizo que todo el vello del cuerpo de Kaysa se le pusiera como escarpías al sentir su aliento rozar contra su piel. Miro por el rabillo del ojo, instándose a dejar de temblar, y noto cómo su polla empujaba contra la parte frontal del pantalón de su uniforme de médico. Hacía tiempo que la muchacha presentía que él tenía una obsesión con ella, y en ese momento estaba comprobándolo; su propuesta había sido tácita y, aunque no tenía experiencia con hombres, sabía muy bien a lo que se refería con sus palabras.

—Mi dulce y pequeña Kaysa, tengo el poder suficiente como para que tu vida sea mejor a mi lado. Soy el heredero, y sólo tengo que coger lo que deseo, y tú eres mía, yo te elegí, sólo que me encantaría que te entregaras sin tener que forzarte.

Alexandr pasó su lengua por la mejilla de la muchacha, y ésta debió ser fuerte para contener una arcada, temiendo que notara la repugnancia que le causaba, pues Kaysa sabía muy bien que no era conveniente ofenderlo ni enojarlo, ya que temía por lo que pudiera pasarle si eso ocurría.

Su mano, que había recorrido el brazo de la chica con suavidad, bajó lentamente hasta sus muslos. Ella intentó apretarlos en vano, y lloró en silencio, consciente de que no tenía ninguna posibilidad de detenerlo. Él simplemente tomaría de ella lo que deseara, aunque su discurso fuera otro. Acababa de decirlo él mismo, tenía el poder; además, fuera estaba el guardia, que se encargaría de sostenerla para él de ser necesario.

Kaysa lo sabía muy bien, a menudo llegaban a sus oídos historias de sometimientos forzados; historias que, aunque no podía comprobar, sabía

fehacientemente que eran ciertas. Hasta ese momento ella se había mantenido a resguardo, pero al parecer esos días de gracia estaban llegando a su fin.

Los dedos de Alexandr empezaron a deslizarse por su vagina; estaban enguantados, pero el látex dejaba pasar el calor de sus yemas. Kaysa apretó los dientes y tembló sin cesar.

—Relájate, pequeña.

Fue entonces cuando la puerta del consultorio se abrió de golpe, provocando que él se apartara de su cuerpo.

—No puede entrar, señora; el doctor está ocupado.

—Fuera de mi camino —ordenó una voz femenina, que parecía furiosa.

—¿Qué haces aquí, Tatiana?!

—Señor, lo siento... —se disculpó el guardia, y no pasó inadvertido para Kaysa el cambio en la mirada de Alexandr, que se transformó rápidamente y sin esfuerzo en una muy oscura y brusca cuando la fijó en éste.

El verdadero mal existe en todos nosotros, sólo que algunos tienen posibilidad de desarrollarlo y otros no. Alexandr Pávlov podía parecer, a simple vista, que habitaba en la luz, mostrando siempre una sonrisa en sus labios para intentar parecer un ángel, pero todos en el *gulag* sabían muy bien que él residía en la oscuridad.

Sasha se movió presuroso, apartándose más del lado de Kaysa, y avanzó hasta alcanzar a la pelirroja que acababa de entrar; luego la cogió por el brazo, sacándola fuera casi a rastras.

El ruido de la puerta cerrándose pesadamente hizo que la chica se sobresaltara, mientras permanecía tendida en la camilla, con los pies apoyados en los estribos ginecológicos. Los gritos del exterior no le pasaron inadvertidos, pues, aunque las puertas y los muros fueran muy gruesos, el enojo en la voz de Alexandr era audible, aunque no se pudiera discernir con claridad lo que decía.

Capítulo dos

—Sabes que tienes terminantemente prohibido venir aquí.

—Soy tu esposa, y fui educada acorde a las normas de la organización a la que tu padre y el mío representan, pero cuando te casaste conmigo sabías perfectamente que no estaba dispuesta a dejarme pisotear sólo por el hecho de ser mujer.

—Cuando me casé contigo sabía muchas cosas —la agarró por el mentón y sus dedos se enterraron allí, haciendo presión en su rostro—, pero no que eras una perra infértil que jamás me daría descendencia. Tú y tu familia os encargasteis de mantener el secreto muy bien guardado.

—¿Crees que a mí no me afecta no poder ser madre? ¿Crees que es algo que me hace feliz? ¿Crees que para mí es fácil criar al bastardo que trajiste a casa y fingir que lo quiero como si fuera mío?

—No hables así de mi hijo. Deberías estar agradecida de que te haya dado la oportunidad de sentirte madre.

—¿Agradecida porque me obligaras a criar al hijo de una de tus putas?

»Esa que tienes ahí dentro, ¿es tu nueva zorra?

—Vete ahora mismo, Tatiana. Ivann —se refirió al guardaespaldas de su mujer—, ¿qué mierda hace ella aquí? Tienes instrucciones, y sabes que no acepto fallos; luego hablaremos de esto.

—Señor, ella eludió la seguridad; vine tras ella apenas la localizamos.

—Maldita seas, ¿crees que puedes hacer lo que te dé la real gana? —La cogió del brazo de mala manera y decidió obligarla a entrar en una habitación que también se usaba de consultorio en esa parte del recinto. La empujó con fuerza y, cuando la metió dentro, le gritó a todo pulmón.

—¿Quién mierda te crees que eres para desobedecer una de mis órdenes? Soy el futuro *pakhan* y no voy a tolerar que nadie, ni siquiera tú, lo haga.

—Sasha, por favor, estoy desesperada, no sé qué más hacer para llamar tu atención, no soporto más que me ignores. Te amo, Alexandr, es lo único que he hecho desde pequeña, soñar contigo, con ser tu esposa, pero yo parezco no existir para ti. Hace semanas que no pasas por casa.

—¿Y crees que de esta manera, poniéndome en ridículo ante la gente que dirijo, lograrás algo?

Su polla aún permanecía dura, pero no porque deseara a su esposa. Tatiana advirtió su bragueta abultada y se abalanzó sobre él, pasando su mano por encima de su hinchado miembro.

—Yo puedo darte eso que necesitas.

—Déjame...

—No me rechaces, Sasha. Sé lo que necesitas y cómo lo necesitas.

Se había vuelto loco cuando había tenido a Kaysa a su merced, con los pies en los estribos, con su vagina rosada expuesta ante él... Esa chica le parecía una cosita irresistible y sólo deseaba que Ekaterina fuera suya. No había podido resistirse a tocarla, y si Tatiana no los hubiera interrumpido, quizá en ese instante estaría enterrado en ella, desflorando su virginal coñito.

Miró a su esposa y se dio cuenta de que estaba demasiado caliente como para volver en ese estado con Kaysa; se dijo que quizá podría follarse a su mujer y así calmarse un poco, ya que, cuando tuviera a Ekaterina para él, no quería no poder contenerse... así que tomó de Tatiana lo que necesitaba: rudo y rápido, la puso de espaldas contra la pared, levantó su falda, apartó su ropa interior y se enterró rápidamente en ella.

—¿Esto es lo que querías?

—Te amo, Sasha.

Alexandr no necesitaba oír esas cursilerías, sólo conseguir alivio, así que, como Tatiana no paraba de hablar, le cubrió la boca, apoyó su frente tras su nuca y empezó a moverse con embestidas más rápidas y más profundas,

esperando que todo terminara cuando antes.

Cuando consiguió el alivio, buscó unas toallas de papel y se limpió, acomodó su ropa y le dijo:

—Que ésta sea la última vez que vienes aquí, la próxima no conseguirás un polvo. Hoy has tenido suerte de encontrarme cachondo.

Tatiana se abalanzó, furiosa, contra él ante el cinismo de su marido. Sasha estaba reconociendo en su cara que su calentura era debida a la joven con quien lo había pillado en su consultorio, y no se preocupaba en disimular.

—Eres un malnacido.

—No finjas decoro. Ambos hemos obtenido lo que queríamos, y tú te has ofrecido voluntaria para que me quitara las ganas; cuando has notado mi erección sabías muy bien que no era gracias a ti que estaba empalmado.

Ella lo golpeó en el pecho y él le cruzó el rostro de una bofetada que la hizo tambalear.

—Estás haciendo que me arrepienta de haberte follado.

Tatiana en ese momento lloraba y Sasha se sentía hastiado de oír su gimoteo, así que abrió la puerta y enfrentó a Ivann.

—Llévatela ya mismo de aquí.

Kaysa bajó las piernas y permaneció sentada en la camilla. El guardián estaba dentro, atento a sus movimientos, ya que en el lugar había muchos elementos punzantes y era obvio que no iba a dejarla sola ni por un instante.

Después de extensos minutos, Sasha regresó.

—Fuera —le indicó a Mijaíl—. Luego hablaremos de lo que acaba de suceder, sabes que aquí nadie puede interrumpirme.

La pesada puerta del consultorio se cerró haciendo un agudo chasquido, y él respiró sonoramente y le indicó a Kaysa que lo mirase.

—Tan inocente y pura.

Su mano, ya desnuda, acarició su rostro.

—No temas, nadie puede hacerte nada mientras yo esté a tu lado.

Kaysa se estremeció. No tenía ni idea de a qué se refería al decir esas palabras, ¿quién podía hacerle daño, además de él?

Alexandr cerró los ojos con fuerza, oprimiendo las imágenes en su cabeza, y rechinó los dientes. Le hervía la sangre de rabia.

—Te vendrás conmigo.

—¿Qué...?, ¿a dónde? No me quiero ir de aquí; éste es mi hogar, yo soy la encargada de la cocina.

—Cállate —ordenó con voz autoritaria, al tiempo que se aproximaba a ella—.

Tú sólo harás lo que se te diga que hagas.

La cogió por la nuca y reclamó su boca; la besó con ansias, desesperación y derecho. Su lengua no pidió permiso, simplemente se introdujo en su cavidad, buscando ávidamente la suya. Hacía unos instantes que se había derramado en su esposa, pero eso no había acallado las ganas que sentía por ella. Más bien al contrario, se había follado a Tatiana pensando en Kaysa.

—Tú eres mía, ¿lo entiendes?, y sólo yo sé lo que es conveniente para ti. Me necesitas tanto como yo te necesito. Mira cómo me pones; he llegado a este punto porque, cuando se trata de ti, todo es una puta locura que ya no quiero evitar. Necesito... enfriar algunos de los calientes deseos que me provocas.

»¡Eres una gran provocadora! Sé que lo sabes.

—Yo no hago nada.

—Oh, sí, cariño, haces mucho... No tienes idea de cuánto haces cada vez que me miras, estoy más allá del enloquecimiento cuando de ti se trata.

Kaysa negó con la cabeza; estaba realmente asustada, no sabía dónde quería llevarla y, por otra parte, la forma en la que estaba hablándole la asustaba.

Sasha volvió a apoderarse de sus labios.

—Tú, y sólo tú, despiertas esta bestia dentro de mí. Nunca he necesitado a ninguna mujer como te necesito a ti, y ya no quiero evitarlo, Kaysa, tú serás mía, porque así lo he decidido. Desde el primer día que te vi, la idea de estar con cualquier otra mujer que no fueras tú me molestó; deberías sentirte halagada de que el príncipe de la *bratva* te prefiera por encima de cualquier otra.

Ella asintió sin saber qué contestar; temía que no había escapatoria ante sus declaraciones.

—No me tengas miedo. Dime, por favor, que no me temes. ¡Dímelo! —le exigió, y ella asintió de nuevo, obligada ante su tono de voz autoritario.

Luego le realizó las pruebas que debía practicarle; tuvo que hacer un gran esfuerzo por concentrarse y comportarse de forma profesional.

De pronto, el doctor Pávlov se alejó de ella y caminó hacia la puerta, abriéndola con furia.

—Mijaíl, espera a que Kaysa se vista, llévala a su celda y quédate toda la noche en su puerta, cuidando de que nadie entre.

—Cómo usted ordene, señor.

Kaysa realmente no entendía nada de lo que estaba pasando. Él había hablado de llevársela de allí, pero de pronto estaba mandando que la devolvieran a su dormitorio. Todo era muy confuso... incluso le había indicado al guardia que la protegiera. ¿Por qué?, ¿qué peligro corría?

Él había cambiado su actitud después de que apareciera esa mujer. Tatiana, la había llamado él; señora, había dicho Mijaíl...

Capítulo tres

Viggo odiaba el mes de septiembre.

Si en sus manos estuviera el poder de eliminarlo del calendario, con seguridad que lo haría... aunque, en verdad, cualquier día de su vida, desde aquel tan fatídico, era como vivir en el infierno; simplemente respirar, para él, resultaba su puto castigo diario.

A menudo buscaba en vano la manera de agobiarse para no pensar, pero nada de lo que hacía parecía ser suficiente para conseguir adormecer su cerebro; hiciera lo que hiciese, sólo se trataba de una tarea perdida, una partida que jamás ganaba.

Dejó escapar un suspiro de frustración, y su compañera en la cama lo miró asombrada.

Su mirada no era de disgusto, pues se la veía muy satisfecha. Él sabía muy bien lo que ella anhelaba, por eso se la había follado hasta que se había corrido tantas veces que sus piernas se habían adormecido. Sin embargo, y a pesar de la forma en la que su polla pareció activarse mientras le hacía todo tipo de fascinantes cosas cuando se la tiró, él no se sentía igual; para Viggo nada funcionaba.

Minutos atrás había necesitado un polvo salvaje, caliente, exigente, tal y como era su vida, y Savannah se lo había dado tal y como lo necesitaba, sin poner ninguna objeción a cuanto se le ocurriera hacerle a su cuerpo. No obstante, en ese momento en el que ya se había corrido, sabía que lo vivido no alcanzaba ni alcanzaría nunca para que su cerebro tomara nota y se involucrase tanto como lo estaba su compañera de cama, y no es que fuera por ella, pues Savannah era una mujer sumamente hermosa y muy atractiva, con el cabello castaño oscuro y los ojos grises; era una latina muy caliente. El problema era que él estaba vacío por dentro.

Viggo permaneció tumbado de espalda mientras se fumaba su cigarro, y persistió, con los ojos cerrados, mientras Savannah trazaba un camino con la punta de los dedos sobre sus tatuajes.

Su toque era cálido, pero lo sentía como cuchillas afiladas, y estaba a punto de apartarla bruscamente cuando ella se detuvo y lo cuestionó.

—¿Por qué no me hablas?, ¿por qué es tan difícil llegar aquí?

Tocó su pecho y posó su mano sobre su corazón, y él reaccionó inducido por el remanente de adrenalina de la lucha de esa noche, que aún corría por sus venas.

—Porque no tengo corazón, ya deberías saberlo.

—No, no te levantes.

—Sabes que conmigo no va lo de acurrucarse, no nos conocemos de ahora.

Apagó el cigarrillo, cogió el whisky que estaba sobre la mesita de noche y sorbió directo del morro de la botella caminando hacia el baño. Viggo contaba con un amplio espacio para él; ocupaba la casa de huéspedes que estaba junto a la piscina y en la que a menudo nadie entraba.

Cuando entró a formar parte del equipo, ésa fue una de sus condiciones, pues su privacidad y su soledad eran uno de sus bienes más preciados, a los que no estaba dispuesto a renunciar. Si bien de vez en cuando compartía ratos con el resto de los luchadores del equipo de Zane, prefería estar solo, rodeado de su oscuridad.

De camino arrojó el condón en la basura y luego se metió en la ducha. Su cabeza era una coctelera y ni el alcohol lograba adormecer sus pensamientos.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta acristalada, Savannah cogió la manija y la abrió.

—No quiero ser grosero... Hemos pasado un buen momento, pero ya se ha acabado. Sabes que no soy de los que comparten nada más que sexo. —Su voz sonó grave, como una advertencia letal.

—Siempre me dejas ducharme.

—Hoy no.

Ella quiso acariciarle el rostro, pero los reflejos de Viggo funcionaban a la perfección, así que cogió su mano por la muñeca, deteniéndola antes de que

consiguiera tocarlo. Gruñó de forma gutural, como si pensar en el contacto de su mano le produjera repugnancia, la miró a los ojos, volvió a beber del morro de la botella y luego le dijo:

—Vete, nena, no me fastidies.

Estaba jodidamente tenso.

Viggo la apartó ligeramente para que le permitiera cerrar la puerta tras meterse de nuevo en la ducha y abrió de inmediato los grifos; el rumor del agua cayendo sobre su musculoso y tatuado cuerpo silenció parcialmente los insultos de Savannah.

—Maldito desconsiderado. Te arrepentirás, necesitarás descargar tu polla y no te permitiré que lo hagas en mí.

—Blablablá... No es la primera vez que dices eso. Además —añadió sólo para escucharse a sí mismo—, como si tu coño hiciera alguna diferencia.

—Cobarde, habla fuerte para que te oiga.

Él limpió el cristal de la mampara, que estaba empañado, y tras volver a beber otro sorbo de whisky, le soltó:

—Descuida. —Después añadió, claro y en un tono de voz lo suficientemente elevado—: Meterla en tu coño es lo mismo que usar mi mano.

Savannah abrió de nuevo la puerta y quiso pegarle una bofetada.

—Te he dicho que no quería ser grosero, ¿por qué no te has ido cuando debías hacerlo? Si me hubieras hecho caso, te habrías ahorrado este maltrato por mi parte. Mira lo que me haces hacer.

»Lárgate de una vez: tú viniste a meterte en mi cama, yo no te llamé.

La furiosa mujer se marchó dando grandes zancadas y haciendo berrinches; sin

embargo, no era la primera vez que lo hacía humillada de esa manera. Al parecer, por mucho que Viggo intentara alejarla, Savannah no se daba por vencida y siempre regresaba con la esperanza de penetrar en su corazón.

Lo que ella no quería entender era que hacía demasiado tiempo que en su pecho sólo había un gran agujero, y que su corazón sólo latía porque ése era su castigo.

Viggo terminó de ducharse y salió chorreando agua; sin detenerse en el camino, cogió una toalla del estante y la envolvió a sus caderas; su físico, a sus

casi treinta y un años, intimidaba. Medía un metro noventa y tres, y su cuerpo era una aglomeración de músculos debido al entrenamiento intenso que a diario le daba; pesaba cerca de los cien kilos y su piel, en su mayor parte, estaba cubierta por mucha tinta. Su melena y larga barba ayudaban a darle ese aspecto rudo y atemorizante que destacaba cada vez que subía al ring.

Pasó directo hacia la barra donde había más bebidas, ya que había acabado el contenido de la botella de whisky.

A lo lejos podía oírse música. A menudo, después de las luchas, las fans eran invitadas a la mansión, así que no resultaba extraño que estuvieran de fiesta en la casa principal. Tener a alguna mujer a mano tras un combate ayudaba a bajar los niveles de testosterona y de adrenalina.

De repente el aire zumbó con la descarga de un relámpago ante la presencia de una tormenta inminente, y accedió al interior de la casa de la piscina, colándose a través de los grandes ventanales.

Cogió otra botella de Johnnie Walker, el whisky escocés que él acostumbraba a beber cuando ansiaba adormecer sus pensamientos, y, haciendo girar el tapón con los dientes, lo quitó para continuar bebiendo del morro de la botella. El bourbon ya había conseguido anestesiar su garganta, así que el líquido ambarino pasaba del tirón. A continuación se internó en el vestidor, donde se vistió con ropas holgadas, un pantalón de lino de color blanco y una camiseta sin mangas marrón; recogió su larga cabellera enmarañada en un moño descuidado y se calzó unas chanclas. Volviendo a coger la botella por el

cuello, se preparó para salir de allí al tiempo que cogía las llaves de su motocicleta.

—¿A dónde crees que vas? —A sus espaldas se oyó una voz ronca y autoritaria que preguntó desde la entrada. No necesitaba darse la vuelta para saber de quién se trataba; sin embargo, se giró para enfrentarlo.

—Zane, salgo por ahí simplemente, necesito despejarme. Creía que tú también estabas en la fiesta.

—Ariana no tenía ganas.

Se trataba de su mánager, entrenador y amigo, y el único que sabía los verdaderos motivos por los cuales Viggo se metía en la jaula a pelear cada vez; los demás lo intuían... no es que no supieran lo que le había pasado, pero

ninguno tenía detalles suficientes de su calvario. Ariana, la mujer de Zane Mallic, quizá era la otra persona que sabía un poco más.

—Has bebido, así no saldrás.

—No me jodas, no será la primera vez que monte mi moto con una botella de whisky en mi interior.

»Además, ¿cuál es la diferencia entre morir a golpes en un ring y morir bajo las ruedas de un coche en la carretera?

—La diferencia es que me tocará ir a reconocer tu cuerpo a mí, y tendré que verte con los sesos explotados.

—No creo que sea peor que lo que viste y viviste en Afganistán.

Zane puso los ojos en blanco, y se apostó en la entrada para no dejarlo pasar.

—Deja de comportarte como mi maldita niñera.

—Pues yo creo que no me he equivocado al pensar que necesitabas una cuando he visto salir llorando a Savannah.

—Uff... esa niña, ¡Dios! Se mete en mi cama y luego no quiere aceptar mis reglas.

—Esa niña... hace tiempo que es una mujer, y tú lo sabes mejor que nadie, porque, desde que te has dado cuenta de ello, la has dejado entrar en tu cama.

Está enamorada de ti —afirmó.

—Sabes perfectamente que he sacado esa palabra de mi vocabulario. No me interesa ese sentimiento. El amor es una puta mierda que te deja destrozado.

—Mírate, tus demonios están desencajados hoy. ¿Hasta cuándo, Daniel?

—No me llames así, soy Viggo. Daniel Carter hace tiempo que no existe.

—Pues yo creo que sí existe, porque, si fuera de otro modo, no estarías tan desquiciado sólo por el hecho de que entramos en el mes de septiembre.

—¿Crees acaso que no quiero dejar de sentirme tal como me siento?

—No lo parece... Hace cuatro años que te conozco, y una vez resurgiste de tus cenizas para convertirte en Viggo, el guerrero; ahora sólo tienes que dejar ir el pasado y vivir. Fíjate en mí, ¿qué mierda debería haber hecho yo? ¿Empuñar mi pistola reglamentaria y acabar con mi vida, sólo porque perdí una pierna en combate y me dieron la baja?

»Soy mucho más que una pierna; ya ves, seguí adelante, me reinventé, y soy feliz de otro modo.

—Tenías el apoyo de Ariana, no estabas solo.

—No siempre lo tuve.

—Lo tuviste en el momento oportuno.

—Deja de victimizarte; tú tampoco estabas solo, pero decidiste alejar a todos los que quisieron acompañarte.

»Todos, alguna vez, hemos tenido que perder una parte de nosotros mismos para luego resurgir; es el precio que hay que pagar ante la adversidad.

—Sal de mi camino, Zane, sabes que me iré de todos modos.

—Deja de culparte por lo que pasó.

—Jamás dejaré de hacerlo... Apártate, no deseo continuar con esta estúpida conversación.

—Vayamos a entrenar, eso te calmará.

—Crees saberlo todo, ¿verdad? ¡Maldición! Nadie tiene una putísima idea de cómo me siento —soltó mientras se cogía la cabeza con ambas manos.

Zane dio un paso firme y se aproximó a él. Quien no lo conocía jamás podría imaginar que bajo los pantalones llevaba puesta una pierna ortopédica. Como él solía decir, él era quien llevaba la prótesis, no al revés. Permitir eso sería dejarse vencer por la fatalidad.

Zane golpeó levemente su bíceps, animándolo.

—Me vendrá bien hacer un poco de lucha... o es que... ¿acaso temes que te vuelva a vencer? En el combate de hoy ni siquiera te has cansado; tu oponente te duró sólo unos pocos segundos, así que no tienes excusa.

—Las últimas tres veces te he ganado yo, bastardo arrogante; no volverás a ganarme, el alumno superó al maestro hace tiempo y lo sabes muy bien.

Picarlo siempre funcionaba, pues Viggo era invariablemente una llama ardiendo y no podía resistirse a ningún desafío sobre el ring que se le propusiera; allí era el único lugar en el que se abstraía y se convertía en una máquina de tirar golpes.

—Veremos si no pierdes y, por tanto, dejas de estar invicto. Me siento en forma para recuperar mi marca.

—Estoy en mi mejor momento, eso no ocurrirá.

—Vayamos al gimnasio entonces, y midámonos.

Pasaron por la sala donde el resto de los luchadores que pertenecían al equipo de Zane estaban pasando el rato. El representante miró al chófer y le hizo señas para que despejara la casa de intrusos; no quería generar ningún tipo de habladurías, así que sólo quería por allí a los suyos. Los tres luchadores que también vivían en la mansión habían sido reclutados en diferentes oportunidades por el excombatiente y, al igual que Zane, eran exsoldados de la fuerza de la coalición que prestaron servicio en la guerra de Afganistán; todos acabaron con la baja, pero por diferentes motivos.

Éstos se percataron enseguida de lo que sucedía y lo confirmaron cuando Zane, mientras él y Viggo cruzaban la sala para salir y acceder al gimnasio que estaba al otro lado de la casa, dijo:

—Necesitamos un árbitro. ¿Quién se ofrece?

—Guau, tenemos diversión de la buena —consideró Ziu—. Lo siento, cariño,

—le dijo a la pelirroja que acababa de tirarse y que en ese momento estaba en su regazo—. Vete con tus amigas; Geovanni os llevará.

—Pero... si acabamos de llegar.

—Geo. —Nix apremió al chófer para que se encargara de las visitas.

Ellos eran como una gran familia y, aunque a menudo permitían a las *groupies* de las artes marciales mixtas (las MMA) acceder a ellos, cuando había algún problema, las cosas se solucionaban en privado.

—Vamos, señoritas, la fiesta ha terminado por hoy, vayamos saliendo.

Todos los luchadores habían sustituido sus nombres verdaderos por otros que los representaban en el combate, lo que comúnmente se denomina en la jerga *nombres de guerra*; cada uno había optado, a la hora de subirse al octógono, por seudónimos que representaban a dioses y divinidades vikingos.

—Yo me encargo de las apuestas —intervino Ziu.

—Volveré a ganar, así que, si no queréis perder vuestro dinero, apostad por mí
—les aconsejó Viggo, sonando muy confiado.

—Seré el árbitro y apostaré por Zane. Apestaras a whisky, Viggo; creo que hoy no tienes posibilidad de tumbarlo, has elegido un mal día para darle la revancha al Hitman [1](#)—soltó Igor.

—Vete a la mierda —vociferó Viggo a éste, y le dio un tosco empujón cuando pasó por su lado.

—Bien... yo también tomaré partido por Zane. Lo siento, pero creo que no tienes ninguna oportunidad, Viggo; Igor tiene razón, eres una cubeta de whisky andante —se mofó Nix.

—Si gano, vosotros seréis los siguientes, idiotas. Os usaré de *sparrings* el resto de la semana y no sólo perderéis vuestra dinero, juro que os haré pedazos.

¿Aceptáis? En caso contrario, no entraréis en el gimnasio.

Si de medirse se trataba, los cinco actuaban como jóvenes de secundaria, pues siempre estaban listos para competir y ninguno reulaba ante un desafío. Por otra parte, que al mánager le faltase una pierna no significaba impedimento alguno para ser considerado un digno rival como cualquier otro, ya que, a pesar de esa carencia, Zane desarrollaba su vida de manera muy normal, incluso practicaba todo tipo de deportes.

Entraron en el gimnasio y, mientras los contendientes se preparaban para el combate cuerpo a cuerpo, los demás se encargaron de acondicionar la jaula que usaban a diario para entrenar.

Zane se quitó los pantalones y luego fue al vestuario para ponerse unos cortos, y Viggo hizo lo propio, pues allí siempre había ropa de deporte extra.

Zane finalmente se quitó su impresionante prótesis de titanio fabricada con impresión 3D, lo que lo dejó en una desventaja aparente que, para quien no lo conociera, estaba más que a la vista.

—Bien —dijo Viggo—, ¿quieres el protector? Te dejo decidir también el estilo: ¿grecorromano o libre?

—Ponte el protector en la cabeza, pero no por mí, sino por ti; no quiero que llegues lastimado a tu próximo combate... Las apuestas están fuertes y no deseo perder pasta porque te haya dado una paliza.

Viggo se rio jactancioso y negó con la cabeza, pero no replicó nada, sencillamente acomodó el nudo en su pelo para dejarlo mejor sujeto.

—Como si eso fuera posible, cabrón. Sin embargo... te daré el gusto, pero sabes demasiado bien que no lo necesito.

—En nuestra jerga no existen técnicas ilegales, eso está de más aclarar.

Haremos lucha libre.

—Será como tú prefieras, aunque sabes perfectamente que me las puedo arreglar para que no me toques ni un pelo con tus puños.

—Deja de presumir, que mis manos no están atadas; además, te recuerdo que muchas de las técnicas que sabes las has aprendido de mí.

La lucha estilo libre, o lucha olímpica, consiste en derrotar al oponente mediante el uso de llaves, derribos, barridos a las piernas y técnicas de sujeción.

El ganador es el primero que logra que el contendiente toque con los dos hombros la lona el tiempo suficiente para que el árbitro pueda advertirlo.

—¿Estás listo? —preguntó Zane cuando entraron en el octógono después de que les aplicaran los vendajes en las manos.

—Siempre lo estoy...

Cuando ambos luchadores estuvieron dispuestos, Nix tocó la campana y el combate comenzó.

Derribar a Zane podía parecer la parte más fácil, pero, cuando luchas en

función de tus limitaciones, esas limitaciones pueden ser en realidad una gran dificultad para tu adversario.

Cómo las reglas las estipulaban ellos, pactaron de antemano que sería un solo *round*, sin descanso, hasta que alguno de los dos tuviera lo que se denomina *muerte súbita*.

Viggo fue derribado en primera instancia por Zane, ya que éste, hábilmente, utilizó su cuerpo para apoyarse en él y, por ende, empleando toda la fuerza de su torso mediante un *suplex* vertical, 2 hizo un puente para lanzarlo a la lona. Ziu, Nix e Igor festejaron la pronta maniobra que puso en aprietos al luchador estrella del equipo; sin embargo, nuestro guerrero Viggo era muy hábil, razón por la cual cayó de forma tal que sus brazos evitaron que sus hombros chocaran contra la colchoneta. Zane, rápidamente, se giró, aplicándole una llave que de ninguna manera tomó a Viggo por sorpresa, pues sabía que su amigo era un gran oponente y un acérrimo sobreviviente, y por supuesto estaba acostumbrado a todas sus argucias.

Así que, de ese modo, el entrenador lo sujetó por detrás, haciendo que Viggo mordiera un poco de polvo en la jaula. Manteniendo la posición, le sostuvo el cuerpo con ambas piernas.

—¿Qué pasa? ¿Tan pronto te dejarás vencer por tu maestro? Creo que estás perdiendo tu toque, Viggo; tu estupidez y tu lloriqueo te están volviendo débil,

¿o tal vez sólo se trata de que te estés haciendo mayor?

Viggo realizó un sonido gutural y todas las venas de su cuerpo parecieron hincharse, al igual que sus músculos parecieron abultarse más de la cuenta.

—Sólo estoy dándote ventaja para que creas que soy un rival fácil, pero tú sabes que no es así y que puedo acabar contigo en el momento en el que yo lo decida.

Viggo, en ese instante, demostró que no sólo era un rival traicionero, sino que además estaba acostumbrado a no respetar ninguna regla, así que le aplicó un codazo en el vientre a su contendiente, una maniobra que no era legal en la

lucha profesional, por supuesto, pero sí en el circuito clandestino, en el *underground*, en el que ellos acostumbraban a transitar. Inmediatamente, Zane, que también parecía haber olvidado la parte del contacto directo, comenzó a estrangular a su oponente, para luego procurar quitarle el aire golpeándole una y otra vez las costillas.

Los otros luchadores que obraban de espectadores se dieron cuenta de inmediato de que todo se estaba saliendo de control, pero, ante la fuerza de esos dos titanes sobre el octógono, ninguno se atrevió a meterse. Los dejaron continuar para que se quitaran las ganas; al fin y al cabo, de eso se trataba, de que sacaran la mala energía haciendo lo que mejor sabían hacer, luchar para conseguirlo.

La fuerza y las agallas de ambos eran descomunales. Por fortuna, los dos llevaban puestos los protectores en las cabezas, porque, si no, estarían claramente mucho más magullados ante los golpes que uno y otro se propinaban, aunque Zane tenía un corte en el labio del que manaba sangre.

—Pero ¿qué mierda están haciendo?

La voz de Ariana puso fin a la brutal contienda, ya que Zane, al oír a su esposa, se distrajo y Viggo aprovechó para que los hombros de éste tocaran el suelo.

Con el aspecto de una homicida, la recién llegada los fulminó con la mirada.

—Noooo, Ariana, noooooooooo... Dooooos, ¡maldición!... —se quejó Ziu—.

Me has hecho perder diez de los grandes. Joder, chica, nos has arruinado la diversión.

—No utilices las palabras «Dios» y «maldición» en la misma oración, Ziu, es una falta de respeto —lo reprendió la mujer que acababa de entrar, poniendo los ojos en blanco.

—Al diablo, ¡eran diez de los grandes, como para no blasfemar! —volvió a lamentarse éste.

Viggo continuaba a horcajadas sobre Zane y se mofó de él; señalando a los ojos, le dijo:

—Concentración, maestro; perder por eso es un error imperdonable. Cuando subes al ring, bloqueas todo lo que ocurre a tu alrededor... Ésa fue tu primera lección cuando me subí a un octógono y ahora tú la has olvidado.

Zane se movió rápidamente, cogiendo por sorpresa a Viggo, y, colocándose a horcajadas sobre su torso, le contestó:

—Si deseas ser un luchador de MMA exitoso, entierra la parte de ti que no deseas que se sepa, porque, cuando permitas a tus demonios subir contigo al ring

, ten por seguro que tu oponente lo sabrá, y lo empleará en tu contra. Si no estás dispuesto a eso, simplemente retírate, porque por mi parte te aseguro que no volverás a subirte a un octógono si sé que no estás en condiciones de hacerlo.

Apesta a tabaco y alcohol. Tú eres tu principal enemigo, debes reaccionar.

Zane rodó por encima del cuerpo de su amigo, y Viggo, al ser liberado por éste, se puso en pie. Aún seguía cabreado con la vida; no obstante, le tendió una mano para ayudarlo a levantar, pero su representante no aceptó la asistencia, así que gateó y, ayudándose del cerco de alambre, se puso en pie. Igor había recogido su pierna y, sin demora, entró en el octógono y se la entregó.

—Parecen dos adolescentes, arreglando las cosas a golpes. ¿Alguien va a explicarme lo que está sucediendo? Mira tu ojo, Viggo, y tú, Zane, mira tu labio.

Ariana aún permanecía con los brazos en jarra, contemplándolos incrédula, al tiempo que intentaba entender qué narices sucedía entre su esposo y su mejor amigo.

Viggo pasó por su lado quitándose el protector de la cabeza.

—Ya sabes, chica lista, la mierda está ahí y no siempre se puede controlar.

Zane bajó de la jaula con el labio sangrando.

—Ahora no, Ariana —la advirtió cuando ésta quiso añadir algo más.

—Perfecto. Si alguno tiene hambre, he preparado algo para comer.

Capítulo cuatro

Estaban sentados en torno a la mesa, comiendo lo que parecía ser un *risotto*, Igor, Ziu, Nix, Zane, Ariana y los dos preparadores físicos que formaban parte del equipo —Tao, que era de origen chino, y Kanu, que había nacido en Hawái, ambos expertos en variadas disciplinas de lucha libre y artes marciales.

Todos vivían en esa enorme y lujosa mansión, al estilo de las villas italianas, ubicada en el pueblo de Atherton, en el corazón de Silicon Valley; sitio donde, al parecer, los ultrarricos habían decidido establecerse desde hacía ya algún tiempo.

Sin duda, el estado dorado, como se llama al estado de California en Estados Unidos, es el elegido para que los millonarios establezcan sus vidas, así que ése era el lugar ideal para instaurar sus peleas de *underground*, ya que sus exclusivos habitantes continuamente buscaban diversiones excéntricas en las que ocupar su tiempo.

—¿Cuándo vuelve Agatha? —preguntó Igor, rompiendo el silencio reinante.

—Hago lo que puedo con la comida —acotó la mujer de Zane, consciente de que era la peor cocinera de la historia.

—Lo sé, Ariana, pero esto sabe terrible; creo que ni un perro se lo comería —comentó, mostrando el pegote que era el arroz.

—Me dijisteis que estabais hartos de las ensaladas; fuisteis vosotros los que quisisteis arriesgaros a que preparara una comida más elaborada, así que ahora no os quejéis; soy fisioterapeuta, no cocinera.

—Somos luchadores... —intervino Ziu—, necesitamos alimentarnos y con tus ensaladas nos morimos de hambre.

—Nuestra dieta juega un rol importantísimo debido al alto gasto calórico que realizamos en las sesiones de entrenamiento y lucha. Hay que solucionar esto —

insistió Nix—. Sabemos que Ariana hace lo que puede, pero estamos perdiendo mucho peso.

—Lo sé. Mañana contrataré a una cocinera para que cubra el puesto hasta que Agatha esté repuesta —les aseguró Zane—. No creí que su enfermedad se alargara tanto.

—Esta tarde me he encargado de preparar batidos —recordó Igor—, todos debemos colaborar.

—Gracias por comprender la situación de Agatha y por cooperar en lo que podáis; os doy mi palabra de que mañana lo solucionaré. Contrataré a una cocinera para que nos mantenga bien alimentados a todos.

—Dejad de quejaros —declaró Viggo entrando con una gran fuente repleta de pasta, que dejó sobre la mesa—. Ahí tenéis hidratos de carbono, comed. Yo también quiero colaborar hasta que regrese Agatha. Ariana no puede con todo: es la encargada de organizarnos la agenda e incluso a veces ejerce de nuestra publicista, además de ser, por supuesto, quien se ocupa de tratar nuestras lesiones deportivas... y, como si eso no fuera suficiente, hace dos semanas que cocina para nosotros.

—Vaya, esto sí que es sorprendente. El gran Viggo teniendo consideraciones conmigo.

—Ariana —ladeó la cabeza y se quedó mirándola—, sé que no soy expresivo, que tengo un carácter difícil...

—¿Sólo difícil? —lo interrumpió.

—Bien, tengo un carácter terrible, lo asumo, pero sabes que te aprecio y te

respeto; lamento lo que le hice al rostro de tu hombre.

—Eres el ogro del bosque, Viggo, pero a pesar de todo te quiero —respondió ella. Se hubiese levantado a abrazarlo, pero sabía que él no era adepto a las demostraciones de cariño. Esa barrera, Viggo, por alguna extraña razón, sólo la rompía con Agatha, la cocinera, y muy de vez en cuando con ella.

—Fabuloso. Estoy aquí sentado oyendo declaraciones mutuas de amor de mi mujer para con el ermitaño. Esto es increíble.

—Lo increíble es que, al parecer, Viggo no se ha mirado al espejo, porque su ojo tiene una buena marca de tu puño, cariño. No te pongas celoso, tú lo eres todo para mí, sólo que me molesta que siempre arregléis las cosas de esa manera.

—Somos luchadores de la vida, nena; para nosotros no hay otra forma de combatir nuestros demonios si no es dentro de la jaula.

Viggo se unió a la mesa en un intento por demostrar que no era el ermitaño que todos creían y comió en silencio; por supuesto era raro verlo en esa parte de la casa, ya que solía aislarse, pero esa noche necesitaba distracción para no seguir pensando.

Así que, cuando comenzó a hablar, fue más extraño aún.

—He estado viendo algunos vídeos de Ukrainian Phantom —manifestó Viggo, refiriéndose al luchador al que Ziu debía enfrentarse en su próximo combate —. Su debilidad está en las piernas, así que creo que debes atacarlo ahí si quieres tener alguna posibilidad. Debes entrar y salir rápido de su periferia para no quedar a su merced. Creo que deberás trabajar mucho en tu velocidad y en alguna combinación de patadas y puños.

—Voy a ganarle, no te preocupes.

—Me preocupo, por supuesto; todos deberíamos preocuparnos. El hijo de puta ha ingresado recientemente en nuestro circuito y está consiguiendo posicionarse muy bien en las apuestas, pero sabemos que no es bueno estar

rodeado por esa gente. Ellos no sólo se ocupan del negocio de las peleas ilegales, la *bratva* es sinónimo de drogas, armas, trata de personas, tráfico de órganos...

hay que apartarlo de nosotros.

—Viggo tiene razón —intervino Zane—. El cabrón no sólo es un luchador del *underground*, sino que es sabido que participaba en el circuito de peleas en Boston, donde es de público conocimiento que los combates son a muerte. Es el luchador consentido de la *bratva*, pero debemos encontrar el modo de que entienda que este *underground* es nuestro santo grial y que no hay sitio para su organización en él.

»El bastardo está dejando fuera de combate a muchos contrincantes. Si bien aquí sólo puede valerse de su cuerpo, pues no está permitido que use ninguna arma, todos sabemos que es un asesino y que ahora se deleita rompiendo extremidades.

»Ziu —el nombre vibró en su voz con tono enérgico—, creo que Viggo tiene razón: necesitas una estrategia para esta pelea. Ya sabes, si limpias tu jardín de maleza, sólo te quedarás con la tierra, y eso es lo que ellos quieren hacer,

limpiarnos a todos y ganar poder en el estado donde la facción opera; quieren manejar este circuito también.

—Aún falta... y ganaré como siempre, no se preocupéis; al ucraniano se le acabará la buena racha conmigo.

En ese momento entró el chófer, que acababa de regresar.

Capítulo cinco

No había conseguido dormirse, a pesar de lo tarde que era, después de que el guardia la trajera de regreso del consultorio de Alexandr.

Cuando llegó por la noche, se sentía devastada, pero era sumamente consciente de que nada podía hacer para cambiar el rumbo de su destino.

Tras oír el gozne de la puerta y el ruido característico del pestillo de la

cerradura que le indicaba que su celda estaba cerrada a cal y canto, ansió en vano tener una ducha para meterse bajo el agua y así poder borrar todas las huellas que los dedos del doctor Pávlov habían dejado sobre su piel; debería conformarse con coger una toalla del precario baño donde sólo había un retrete y un diminuto lavamanos, humedecerla y enjabonarse en éste; inmediatamente, se desnudó y se frotó con ira el cuerpo hasta que su piel casi sangró.

En aquel momento sus pulmones lucharon por obtener más aire mientras intentaba quitarse la sensación espantosa que le había dejado el manoseo del médico. Se sintió impotente y asqueada.

No obstante, por simple supervivencia sabía que debía permitir que las cosas sucedieran, porque ella no veía ninguna forma de evitar lo que en esa prisión hacían con todas ellas.

«Tal vez debería ser menos cobarde y acabar finalmente con mi vida; eso resolvería todos mis problemas, ya que jamás me acostumbraré a aceptar lo que pasa aquí dentro.»

Se tocó la frente y se masajeó el pecho, sentía un dolor muy agobiante.

El pensamiento invadió su mente y no era la primera vez que comprendía que jamás acabaría de tocar fondo porque siempre existiría una nueva manera para humillarla o someterla; se sentía agotada y sin fuerzas, y no estaba segura de poder soportar pasar por esa situación de nuevo, aunque tampoco estaba segura de cómo conseguir terminar con todo, ya que siempre estaba muy vigilada por

los guardias; a pesar de ello, se le ocurrió que podía intentarlo cuando estuviera en la cocina, ya que allí había cuchillos muy afilados que podían servir para tal fin.

Lloró hasta que el cansancio y la angustia tomaron su conciencia en sus manos; desvalida, se hizo un ovillo sobre la cama, encogiéndose lo máximo que pudo, como si de ese modo tratara de desaparecer de la faz de la tierra, y se durmió.

Un hilito de sol rabioso derramaba su luz a lo largo de las paredes de cemento, introduciéndose por la alta claraboya, que era la única muestra de que fuera había vida, ya que en la celda todo lucía gris y melancólico.

Adormilada, abrió los ojos tras el calor de una mano sobre su muslo.

—Hola, nena; ya ha amanecido.

Su instinto provocó que quisiera sentarse y cogerse de las piernas como protección, pero sabía muy bien que eso no era lo que se esperaba que hiciera.

—Ya sabes cómo es esto —dijo Alexandr Pávlov, que la miraba como si ella fuera la octava maravilla del mundo—. Relájate y abre las piernas para que pueda tomarte la temperatura.

Los ojos de Kaysa lo miraron suplicantes, intentando en vano que éste se detuviera, pues la humillación que sentía devastaba su alma.

—Shh, relájate, pequeña. No te haré daño, eso es lo último que quiero; tú eres como un gran tesoro para mí.

Sasha levantó una mano y pasó los nudillos por su rostro, acariciándola.

Estaba siendo muy amable y le hablaba pausadamente, pero ella sabía muy bien que sólo era un lobo disfrazado de cordero.

—No me he puesto guantes para que nuestro contacto no sea tan frío —le explicó como si eso fuera menos doloroso; por el contrario, era mucho peor sentir que su tacto era más carnal todavía.

—Abre las piernas, Kaysa. Sé que quieres hacerlo, pero estás preocupada por lo que pueda pensar; no tienes que temerme y mucho menos avergonzarte ante mí.

La muchacha sabía muy bien lo que se esperaba de ella, las reglas en el *gulag* estaban para acatarlas, así que lo hizo vacilante, y Alexandr, entonces, apartó su ropa interior hacia un lado y la observó antes de introducir el termómetro en su vagina; parecía obnubilado mirando esa zona tan íntima de ella, incluso

se relamió los labios mientras la observaba, y le dijo:

—No te imaginas lo mucho que te deseo. Eres tan bella... me vuelves loco, Kaysa. Voy a convertirte en una reina, te aseguro que a mi lado eso es lo que serás. Voy a hacer que tu vida cambie tanto que no podrás creerlo.

—Yo...

—Shh, no digas nada. Sé que lo deseas tanto como yo, serás la mujer del futuro *pakhan*.

Después de que el termómetro digital pitara avisando de que ya había capturado la temperatura, el médico lo retiró de su interior y sustituyó éste por sus dedos. Había querido contenerse, pero tenerla así frente a él con las piernas abiertas, y tan expuesta ante su vista, lo hizo flaquear.

Pasó los dedos por su hendidura y ella tembló; afortunadamente, Sasha parecía no darse cuenta de que los temblores que Kaysa experimentaba no eran a causa del deseo, sino porque lo rechazaba de plano. Aquel hombre estaba tan obsesionado con hacerla suya que no advertía la repugnancia que a la chica le provocaba su tacto.

—Mírame, no cierres los ojos —le ordenó con la voz muy oscura y cargada de necesidad.

Kaysa obedeció, ya que no tenía otra opción.

Abrió los ojos lentamente y fijó su vista en esos sombríos espejos azules que contenían las peores intenciones para con ella.

—Muy bien, así es como te quiero, mi buena niña; me encanta que seas disciplinada y que hagas lo que te pido. Quiero que notes lo mucho que te deseo, cariño. Voy a complacerte y, a cambio, sé que tú harás lo mismo.

—¿Por qué yo?

La pregunta salió de su boca sin que Kaysa se diera cuenta; fue como un pensamiento en voz alta, en realidad.

La frase hizo que él retirara los dedos de su interior y la mirara sin entender por qué planteaba esa pregunta; incluso parecía cabreado de que fuera tan reiterativa, pues la noche anterior también había lanzado el mismo cuestionamiento.

Alexandr se abalanzó sobre ella y la cogió con fuerza por el mentón.

—Porque te elegí —le dijo muy cerca de sus labios y de manera enervada. Su aliento moteó su piel, haciéndola sacudirse—. Te lo dije anoche; lo que decidí para ti debería hacerte sentir sumamente halagada, cualquiera en tu lugar lo estaría, no entiendo que no comprendas lo muy afortunada que eres, mi pequeña.

Inclinándose más sobre ella, le mordió los labios y luego los lamió. Kaysa los mantenía cerrados.

—Eres hermosa. Tienes una belleza angelical y eres mía, toda mía. Bésame, dulce Kaysa.

Ella cerró los ojos.

—¡No!, te he dicho que no los cerrarás. Quiero que me mires en todo momento.

Las comisuras de sus labios se levantaron en una sonrisa oscura, y luego se volvió a acercar lo suficiente como para que sus labios hicieran contacto con ella nuevamente.

La joven suspiró y se esforzó por controlar su agitada respiración y los temblores que experimentaba en cada célula de su cuerpo. Por supuesto que no quería que sucediera lo que estaba pasando, pero no se le ocurría mejor opción que colaborar; temía por su integridad física, ya que allí todo se arreglaba con castigos muy brutales. Por tanto, comprendió que era mejor no hacer enojar a Sasha; además, sus pensamientos se tornaban confusos por momentos, ya que convino que era necesario ser justa, pues él la estaba tratando bien.

Tomó algo de tiempo para que conectaran de nuevo, pero Sasha finalmente lo

hizo. Besó sus labios despacio y luego se abrió paso en ellos, hundiendo la lengua en su boca.

La muchacha lo dejó conducir la situación, y tímidamente intentó imitar el movimiento. Al colisionar sus lenguas, Alexandr dejó escapar un sonido gutural y se frotó contra su muslo, enseñándole lo duro que lo ponía.

—Kaysa... —dijo él, separándose al fin—. Tenemos que esperar, cariño; no será aquí donde te haga mía, ni te imaginas lo que te tengo preparado.

Ella lo miró confundida.

—Créeme cuando te digo que te convertiré en mi reina.

Kaysa asintió, tal vez por el alivio que significaba que él se hubiera detenido.

Luego levantó su mano y le preguntó:

—¿Puedo?

—Cariño, soy todo tuyo, por supuesto que puedes; no sabes lo feliz que me estás haciendo.

Kaysa acercó su mano temblorosa y acarició su cuadrada mandíbula. Aunque no podía desearlo, debía reconocer que él olía bien. Quería encontrar algo bueno en ese hombre, algo que la tranquilizara, ya que no tenía escapatoria.

—Vístete. —Su voz sonó firme—. En algunos minutos un guardia vendrá a por ti.

Sasha parecía cambiar abruptamente de humor. De pronto estaba frío y distante, demostrándole que tenía todo el poder y toda la autoridad para lo que decidiera, y de repente era sólo dulzura y promesas.

Frente al cambio súbito de humor que acababa de experimentar, la chica retiró su mano, como si caminara sobre arenas movedizas.

—¿Para qué? —preguntó tímidamente.

—No te he autorizado a preguntar; deberemos trabajar tus cuestionamientos.

Tú sólo haz lo que te ordeno.

Finalmente se marchó de allí, dejándola sola y confusa.

Tras varios minutos, que le parecieron eternos, las sirenas anunciaron que era la hora del desayuno y que muy pronto las celdas serían abiertas para que las internas fueran al comedor.

Eso la puso frenética y sólo hizo que comprobara lo que ya presentía desde hacía un largo rato, pues se había dado cuenta de que era tarde y de que no la habían ido a buscar para que fuera a la cocina como cada mañana.

No es que la joven tuviera a su disposición un reloj para mirar la hora, eso no estaba permitido, como así tampoco nada que le indicara qué día y qué mes de qué año era, por lo que tenía que valerse de lo que estaba a mano para tener una

simple noción del tiempo, que por supuesto no siempre aseguraba que fuera el correcto, así que ella, al igual que sus compañeras, se guiaban por cómo el reflejo del sol entraba por las ventanas y eso lo asociaba a las actividades del recinto.

Estaba asustada. Alexandr Pávlov le había dicho que la vendrían a buscar y ella asumió que era para cumplir con sus tareas habituales, pero nada estaba transcurriendo igual que siempre.

Mientras esperaba, se hizo la cama, se aseó y peinó, se lavó los dientes y, de forma obsesiva, se cepilló la lengua.

La incertidumbre la estaba inquietando.

Por suerte no pasó mucho tiempo más hasta que comenzó a percibirse el chasquido de las puertas de las celdas cuando los guardias pasaron, abriéndolas; sin embargo, los minutos transcurrieron en vano y la suya jamás se abrió.

El silencio se extendió de pronto en el ambiente y fue un infierno en sí mismo,

que la llevó a moverse para alcanzar la puerta y golpearla con los puños cerrados, tan fuerte como sus fuerzas se lo permitieron. Kaysa la aporreó con dureza una y otra vez, hasta que las manos comenzaron a dolerle.

—Estoy aquí, abran la maldita puerta —gritó hasta lastimarse la garganta—.

Tengo que ir a la cocina. Se han olvidado de mííí, abraaaan.

Chilló y chilló repetidas veces de forma inútil, hasta que se dio cuenta de que nadie le contestaría. Finalmente se sentó en la cama y se hizo un ovillo, sosteniéndose las piernas con las manos y apoyando el mentón en éstas. Ansió poder ver a Nataliya, anheló que su única amiga allí dentro estuviera cerca de ella para tranquilizarla. Ellas, a menudo, buscaban apoyo la una en la otra, y ésa era la manera que hallaron para sobrevivir al encierro al que eran sometidas; tanto ella como Nataliya podían encontrar en el rostro de la otra las emociones por las que pasaban y eso sucedía con sólo una mirada.

De pronto se oyó el ruido de la cerradura y Kaysa se puso en alerta, esperando que le dijeran que se dirigiera a la cocina. Aún guardaba un mínimo de esperanza, pero eso no sucedió. Por el contrario, Mijaíl, el mismo guardia que había venido a por ella durante la cena la noche anterior, apareció tras la puerta tan pronto como ésta se abrió. Kaysa saltó de la cama al verlo y apoyó su

espalda contra la pared en el rincón más lejano, como si eso pudiera detener a aquel hombre; por alguna razón, ese tipo le causaba más temor que el resto de los guardianes.

—Vaya, vaya, sí que eres una zorrita con suerte...

El guardia se rio socarronamente después de soltar esa frase y se acercó más a ella.

Kaysa no creía tener ninguna suerte, más bien opinaba que su mala fortuna empeoraba con cada minuto que pasaba.

—Ponte esto en la cabeza.

—¿Por qué?

Malditas preguntas que salían de su boca sin que se lo propusiera.

—Sólo hazlo; no me des trabajo, no quiero tener que sedarte, ya que tengo órdenes de no ser rudo contigo. —Se rio—. A la zorra hay que tratarla entre algodones —se mofó sacudiendo la cabeza, y demostrando que no estaba muy de acuerdo con lo que le habían ordenado—, así que haz las cosas fáciles para ambos. Cooperera y lo pasarás mejor.

Luego sacudió la mano, en la que sostenía una capucha de tela negra.

—Coge esto y tápate la cabeza; vamos, no me hagas perder el tiempo.

Kaysa, temblorosa, tendió una mano; nunca había prestado demasiada atención a ese guardia, pues no se le había permitido levantar la vista en presencia de ninguno, así que, cuando levantó la mirada para enfrentarlo y coger la funda, un escalofrío la recorrió de punta a punta, atravesándola como un rayo y provocando que ésta cerrara los párpados.

«No grites», oyó una voz interior que le susurraba en su cerebro; una voz que la atizaba y la empujaba a calmarse.

Abrió los ojos lentamente, consciente de que no podía permanecer así durante mucho tiempo, e intentó centrarse, pero su vista volvió a fijarse en los tatuajes de la mano del guardia. Inducida por una especie de hechizo al verlos, Kaysa se tambaleó al comprobar que ésa era la mano que a menudo aparecía en sus sueños empuñando un arma, la pesadilla recurrente que tanto la atemorizaba por las noches y que acababa cada vez que el disparo detonaba. Era una pesadilla que no

tenía sentido en su confusa mente, pero que la aterraba y la hacía despertar sobresaltada cada vez que invadía su descanso.

Al ver que la joven no reaccionaba, Mijaíl se movió, demostrándole que su paciencia se había acabado, así que, cogiendo el toro por los cuernos, le puso bruscamente la funda sobre la cabeza. La tela era lo suficientemente fina como para que pudiera continuar respirando, pero lo suficientemente gruesa como

para apagar su visión. Intentó resistirse cuando éste agarró sus manos tras su cuerpo para maniatarla con una brida.

—Maldición, zorra, no pelees contra mí, que no quiero una reprimenda por tu culpa. Dime si esta mierda te aprieta demasiado.

A pesar de esa petición, el silencio permaneció, pues ella no le contestó; estaba enmudecida y no podía dejar de temblar.

—¿Eres estúpida? Habla y dime si la brida te está lastimando.

—No-no... —Su voz salió entrecortada.

—Bien, camina entonces. Yo te guiaré.

Capítulo seis

Viggo salió muy temprano esa mañana para comenzar con la rutina diaria de entrenamiento a la que su cuerpo era sometido para estar en la forma física en la que estaba.

Había dormido muy mal; durante la noche las pesadillas lo visitaron en varias oportunidades, más que de costumbre, así que su humor era más agrio de lo que ya era a menudo.

Cuando empezó a sentir el agotamiento muscular en sus piernas, aminoró la marcha y destapó una bebida isotónica que llevaba consigo, de la que bebió para rehidratarse; después de acabarla, y sin perder el ritmo que había cogido, corrió de regreso a la mansión. Ese ejercicio bien podría haberlo hecho en la cinta de correr, pero prefería salir y despejar un poco su mente.

El viento golpeaba su rostro mientras lo cortaba con su cuerpo. Entró en la villa y, de inmediato, se dirigió al gimnasio, donde encontró a Tao y Kanu, organizándolo todo para comenzar con la preparación física del equipo; ninguno de sus compañeros merodeaba aún por allí.

—Viggo —dijeron a modo de saludo ambos preparadores cuando entró, y él asintió con la cabeza.

Manteniendo el ritmo, pegó un salto y se acercó a chocar sus puños con éstos.

Seguidamente se dirigió hacia un gran muro de escalada que había hecho construir en el gimnasio para cuando no podía ir a hacerlo sobre roca. Adoraba el desafío y la fuerza que conseguía en sus manos y el equilibrio que le demandaba ese deporte a su cuerpo.

Tao se percató de que subía sin colocar ningún elemento que lo protegiera si se caía, así que se apresuró a poner las colchonetas en el suelo.

Viggo gruñó cuando se percató de la acción del preparador físico y pareció como si la maniobra le diera más ímpetu para escalar; cuando llegó a la cima, se

lanzó desde arriba, dejando que su cuerpo se estrellara en caída libre sobre la protección que a duras penas Tao había colocado.

—¿Estás loco? No puedo creer cómo tu locura crece a pasos agigantados cada día —lo reprendió Tao.

—¿Quién cojones te ha pedido que pongas algo bajo mi culo?

—Yo... —La voz de Zane retumbó en el gimnasio y al instante el rumor de las voces de los demás luchadores invadieron el ambiente.

Viggo estaba de pie, con los puños apretados a ambos lados de su poderoso cuerpo, y se veía enorme, con aspecto predador.

—Esperaba que la noche se hubiera llevado un poco de tu mierda, pero veo que sigues tan incoherente como ayer.

»Guarda esa pose de superhéroe esperando al enemigo para cuando subes al ring, a mí no me atemorizas —añadió Zane, pasando directo a la bicicleta estática.

—Por favor, justo me estoy despertando y no quiero oír que seguís discutiendo como si fuerais un maldito matrimonio en guerra —se quejó Nix, subiéndose a una de las cintas; éste llevaba un batido de proteínas en la mano.

Una mujer pequeña pasada de peso y ataviada con un vestido floreado y con un delantal de cocina que cubría mínimamente su pechera entró risueña, caminando lentamente y preguntando a viva voz:

—¿Dónde está mi gigante malhumorado?

—Agathaaaa, has regresaaadooo.

Viggo se apresuró a ir a su encuentro y la cogió en brazos como si la mujer fuera una de las chicas delgadas y curvilíneas que subían al ring a presentar la publicidad en cada *round*.

La besó interminablemente en la mejilla, haciéndola girar mientras él reía a carcajadas ante sus protestas.

—Bájame, me estás mareando; eres un bruto, y estás todo sudoroso, y hecho un asco.

—Te he extrañado, *viejita* —pronunció la última palabra en español.

—No me comprarás por hablarme en mi idioma.

—¿Cómo estás? —le preguntó finalmente cuando la depositó en el suelo.

—Después de tu sacudida, estoy toda descalabrada otra vez. Mi hernia discal me lleva a maltraer... ya sabes, hay días que no puedo ni sostenerme en pie.

—¿Y por qué has vuelto si todavía no te encuentras bien?

—Porque un pajarito me ha contado que tú anoche ocupaste mi puesto de trabajo, tratando de quedártelo.

—No hay nadie que pueda sustituirte, lo sabes perfectamente.

La mujer mayor, poniéndose de puntillas, cogió el rostro de Viggo y lo observó más de cerca.

—Tu ojo no tiene buen aspecto. Parece que tu último oponente también tenía muy buena pegada.

—Deja de burlarte de mí, que seguramente ya te has enterado.

—Si llego a estar yo aquí, os hubiese dejado un ojo morado a cada uno. —Un silencio se profundizó entre ambos, hasta que Agatha lo rompió—. Déjalos ir, muchacho.

—No puedo... Mi pasado siempre será como mi sombra, persiguiéndome allá a donde vaya.

—Tu respuesta, entonces, contesta tu anterior pregunta. Tú eres la razón por la que he arrastrado mi vieja osamenta hasta aquí. Sé lo que significan estas fechas para ti.

—No tenías que hacerlo, sabes que odio que me tengas lástima.

—Si eso es lo que crees, estás equivocado. He venido para confiscarte el whisky, por si se te ocurre volver a subirte a un ring borracho, y en el caso de que, de todas maneras, lo hagas, no será tu contrincante quien te mate a golpes...

Te juro, Viggo —hizo la seña de juramento besando sus dedos cruzados— que te partiré la cabezota dura que tienes con mi rodillo de amasar en el caso de que se te ocurra hacer una estupidez como la del año pasado.

—¿Te das cuenta de mi mala suerte? Los idiotas de esa noche ni siquiera fueron tan buenos como para aprovechar la ventaja que les estaba dando.

»De todos modos, si lo que pretendes es hacerme sentir culpable diciéndome que has regresado antes de tiempo de tu recuperación por mí, deberías saber que mi cuerpo no alberga ni un recoveco vacío para una nueva culpa.

—Te haces el duro, pero en el fondo sé perfectamente bien que no lo eres, y que... —la regordeta mujer palmeó su pecho—... tienes el alma llena de sentimientos que pretendes ocultar para protegerte a ti mismo de tus demonios.

Pero a mí no me engañas, Daniel... Si fueras como quieres aparentar ser, hace tiempo que hubieras seguido adelante con tu vida.

—Esta conversación no tiene mayor sentido, me voy a continuar con el entrenamiento.

Capítulo siete

El viaje parecía interminable, pero quizá era sólo porque Kaysa no lograba dominar su incertidumbre.

Deseaba llegar de una vez por todas al sitio donde la estaban llevando, para saber qué era lo que el destino le tenía preparado en esa ocasión.

Lidiar con lo desconocido hacía sonar todas sus alarmas internas, haciendo que la intensidad del momento absorbiera toda la energía de su cuerpo, y es que estaba convencida de que nada que viniera de parte de Alexandr Pávlov podía ser bueno para ella.

Después de casi más de una hora, el vehículo en el que era transportada se detuvo. Kaysa permaneció atenta a los ruidos, en silencio, demostrando que era una persona de palabra, ya que se había comprometido a que se mantendría tranquila y callada, con el fin de evitar que le metieran cualquier mierda en las venas para sedarla.

De todas maneras, se sentía como en una nube, pues la adrenalina que circulaba por su cuerpo lo hacía a niveles anormales, provocando que estuviera incluso mareada.

Rápidamente distinguió la voz de Mijaíl, que conversaba con alguien, y por una fracción de segundos le pareció haber vivido esa escena en algún otro momento, ella atada de pies y manos dentro de una furgoneta o camión, siendo trasladada; lo experimentó como un momento ya pasado, pero no le dio mayor importancia, pues decidió que sólo se trataba de un *déjà vu*.

—¿El jefe ya ha llegado?

—No, todavía no lo ha hecho, pero llamó para indicar que le diésemos toda la privacidad dentro de la casa.

De pronto el vehículo reanudó la marcha, pero lo hizo por un breve espacio de

tiempo, pues no tardó en volver a detenerse.

—Hemos llegado —le anunció la voz de Mijaíl, después de que oyera cómo se abría la puerta de la furgoneta en la que había sido transportada hasta allí.

El guardia la ayudó a bajar, y de inmediato tiró de la capucha que le cubría la cabeza; la luz del día dañó sus retinas, cegándola y provocándole dolor.

—Toma, colócate estas gafas oscuras; te ayudarán hasta que te acostumbres a la luz natural.

Incapaz de diluir los pensamientos de las profundidades de su mente, Kaysa no lograba dejar de temblar. Hacía tanto tiempo que no veía el sol que no podía creer la forma en la que las hojas de los árboles brillaban, al igual que todo a su alrededor. Escaneó el entorno rápidamente y se sorprendió de la apariencia de todo cuanto observó.

—No compliques las cosas... Se nos ha indicado que te demos libertad de movimiento, pero hay ciertos perímetros que no puedes traspasar. Para tu información, te diré que la casa está fuertemente vigilada, lo que significa que tienes la protección que se nos ha exigido que te demos, pero el jefe es quien decide lo que puedes y lo que no puedes hacer, así que... aquí también hay reglas, tal como las había en la finca. No las desobedezcas si no quieres tener problemas.

Kaysa asintió con la cabeza.

—Camina, vayamos dentro.

Cuando la joven quiso dar un paso, se sintió mareada; evidentemente el escenario afectaba a su estado, pues hacía demasiado tiempo que no estaba en un espacio abierto y eso provocaba que se sintiera débil.

El guardián la sostuvo de un brazo y comenzaron a caminar.

Kaysa podía sentir su corazón a través de la camiseta y el fino suéter que se le permitió ponerse; el clima estaba fresco, aunque no era un frío extremo que no se pudiera soportar.

—¿Que hacemos aquí?

—Pronto descubrirás por ti misma para qué te han traído aquí. Camina —le ladró éste de malos modos.

Mijaíl la guio, rodeando la furgoneta, para descubrir que se encontraban frente a una mansión de estilo contemporáneo. El ruido del romper de las olas se percibía muy cercano. Continuaron andando. Se fijó en que la edificación estaba hecha de hormigón blanco pulido, acero y cristal y, cuando entraron, Kaysa no pudo creer el lujo de esa propiedad... Las extensas paredes de cristal le permitían sumergirse en las impresionantes vistas que ofrecía el acantilado donde estaba construida la casa, frente al océano, en Sea Cliff, en San Francisco.

—¿Dónde estamos?

—Haces demasiadas preguntas; no estoy autorizado a darte ninguna información.

Cogiéndola casi por sorpresa, el guardia se inclinó y levantó una de sus piernas, enfundadas en su pantalón de lino, y le colocó una tobillera de rastreo; inmediatamente se cercioró de que quedara bien sujeta.

—Ven aquí —ordenó, y la arrastró bruscamente hacia uno de los grandes ventanales—, mira hacia fuera —le espetó de manera intimidante—. Como ya te he dicho, hay guardias apostados en el exterior, vigilándote; si violas el perímetro, es decir, si intentas salir de esta propiedad, esta tobillera enviará una señal por radiofrecuencia... y saldrán a cazarte, y tú no quieres eso, ¿no es cierto? Porque sabes muy bien lo que les pasa a los que no acatan las reglas, y te prometo que, si en ese momento el jefe no está aquí, me encantará darte tu buen merecido.

Kaysa asintió con la cabeza.

—Confírmame que lo has entendido bien; quiero oírtelo decir fuerte y claro.

—Lo he entendido.

—Bien, entonces me voy.

—Espera... ¿qué se supone que debo hacer aquí?

El guardia puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Qué mierda sé yo de lo que tienes que hacer, descúbrelo tú misma.

Además, deja de hacerte la tonta, pues, para haber llegado hasta aquí, debes de ser una gran zorra.

Tras decir eso, Mijaíl se marchó, dejándola sola.

No sabía qué hacer. Primero se sentó en el suelo e inspeccionó el dispositivo que el guardia le acababa de colocar en el tobillo; luego, acercándose a uno de los enormes ventanales que daban al océano, miró hacia el infinito. Suspiró con

fuerza, eso era como una gran jaula de cristal; podía ver el exterior, pero no podía disponer a dónde ir, lo que indicaba que continuaba estando prisionera, aunque de una manera elegante.

Se alejó de allí y se tocó la frente. No sabía muy bien cómo actuar, ni siquiera sabía si en la vivienda había más gente aparte de ella y los vigilantes que se veían fuera, custodiando el perímetro de la casa.

Miró a su alrededor y a continuación empezó a recorrer la mansión con pasos vacilantes; no tardó en darse cuenta de que, en varios lugares estratégicos, había instaladas cámaras que seguían sus movimientos.

Recorrió la cocina y se asombró de lo bien equipada que ésta estaba; se imaginó preparando algún plato en ella; para una cocinera, ese sitio era una maravilla y se sintió emocionada. Todos los electrodomésticos, al parecer, eran de última generación y se veían muy lujosos, como toda la casa. Sobre la isla de la cocina había dos platos dispuestos, y dos copas para ser llenadas por un vino que descansaba dentro de un decantador sobre la encimera.

Lo observó todo, pero no tocó nada.

Pasó por el horno y le llamó la atención un papel que estaba adherido a éste; estaba en inglés, idioma que había aprendido en el *gulag*.

Ésta es tu cocina, prepara algo rico para que podamos compartir; más tarde iré a verte.

La nota estaba escrita de puño y letra, en una caligrafía apurada, desigual y bastante desordenada; no había ninguna firma, pero ella sabía muy bien quién la había dejado ahí.

Un escalofrío invadió su cuerpo, haciendo que tuviera que frotarse los brazos para proveerse de un poco de calor, pero, sin darle mayor importancia, continuó con su escrutinio, pues sabía que necesitaba calmarse. Abrió uno a uno los armarios y descubrió que estaban llenos de suministros, igual que la enorme nevera, que estaba rebosante. Allí había provisiones para sustentar a un batallón.

Dudó, ya que sobre la isla sólo había dos platos para ser llenados con la comida que se suponía que debía preparar; no obstante, calculó que tal vez se esperaba que siguiera cocinando, en ese caso para todos los guardias que estaban custodiando la casa.

Realizó una fuerte respiración y continuó recorriendo la vivienda; nada en aquel lugar desentonaba, todo estaba pensado en función de la edificación y de cada ambiente. Lujo, confort y estilo sobresalían a raudales.

Había varios dormitorios, todos enormes y con vistas al mar, pero sólo en uno encontró un *outfit* completo sobre la cama, compuesto por un vestido negro de un género que parecía ser adherente, medias negras de seda con una fina costura en la parte posterior, ropa interior de encaje y unos *stiletos* negros con un tacón de no menos de quince centímetros. Acarició las prendas con la palma de la mano; se notaba a simple vista que la calidad de éstas era ostentosa. En sus fantasías, siempre había soñado vestirse de manera normal, y no con la camiseta holgada de color negro y el pantalón de lino tipo pijama que le hacían usar en el *gulag*; a menudo, cuando se metían en la despensa con Nataliya, aprovechaban para hablar del mundo exterior, y ella le contaba su corta experiencia en el modelaje; le describía un ambiente de *glamour* y fantasía con el que ambas soñaban.

Miró a su alrededor, dándose cuenta de que allí tenía todo eso al alcance de su mano, sólo que, para poseerlo, debía aceptar ser la golfa de Alexandr Pávlov.

De todos modos, no tenía otra opción; las cosas eran blancas o negras. Que estuviera ahí no significaba que tuviera elección..., o hacía lo que se esperaba que hiciese, o simplemente se atenía a las consecuencias que su desobediencia le acarrearía.

Él era su dueño, y ella simplemente debía aceptarlo.

Se despertó sobresaltada cuando una mano le apartó el pelo del rostro.

—Lo siento, lo siento, no debí quedarme dormida —dijo ella, asustada al ver que él había llegado y Kaysa no había hecho nada de lo que se le había indicado.

—Shh, tranquilízate; estabas cansada, anoche casi ni dormiste.

La chica miró extrañada a Sasha, que estaba sentado junto a ella en la enorme cama, y el desconcierto la invadió; no sabía cómo era posible que él estuviera al tanto de que ella no había tenido un buen descanso.

—Yo lo sé todo de ti, cariño —contestó él, dejándola más desconcertada aún, y hasta dudó acerca de si, en vez de pensarlo, lo había expresado en voz alta.

Miró la ropa que estaba a su lado. La joven se había recostado admirando la textura de las prendas y, sin poder concretar el momento, se había quedado dormida.

—¿Te han gustado?

—Todo es muy bonito.

—Pensaba que te encontraría vestida con esto, para eso lo dejé aquí. Kaysa, debemos ponernos de acuerdo —la sujetó por el mentón—: cuando te solicito algo, simplemente espero que lo hagas.

—Lo lamento, de verdad. —Hizo un gran esfuerzo para articular las palabras, pues Alexandr la asustaba mucho. Intentó ponerse de pie, pero él evitó que lo hiciera.

—Comprendo que todo esto es nuevo para ti, y por tal motivo hoy voy a disculparte, pero que no se vuelva a repetir. Tú estás aquí para complacerme, solamente para eso.

Ella asintió con la cabeza, sin levantar la vista, evitando enfrentarlo.

—Iré a preparar la cena —anunció de forma sumisa.

—No es necesario; sabía que estabas durmiendo, así que he pedido que nos traigan la cena hecha. Ven conmigo, quiero enseñarte algo.

Esperó hasta que ésta se levantara y, cuando Kaysa lo hizo, se acercó, le besó el cuello y soltó su pelo.

—Eres asombrosamente hermosa. Quiero que lleves siempre el pelo suelto cuando estás conmigo.

La cogió de la mano y la guio hasta un amplio vestidor del que colgaban prendas de todos los estilos, ordenadas por colores; también había estanterías atestadas de zapatos de todos los modelos.

La muchacha abrió los ojos como platos.

—¿Te gusta? Todo esto —hizo un movimiento con su mano, abarcando por completo el vestidor— es para ti. Quiero que te vistas para mí, Kaysa. Voy a poner el mundo a tus pies; sólo debes obedecerme y complacerme, y verás lo

bien que lo pesaremos juntos. Comprobarás que no te mentí cuando te dije que te trataría como a una reina.

»Sé que estás un poco abrumada, pero te daré tiempo para que asimiles todo esto. Voy a hacerte mía en todos los sentidos.

«Sé que tarde o temprano tendré que ceder, porque no hay otra opción, porque él sólo tomará lo que ya está decretando que es suyo, o sea, yo, pero siento

que no estoy preparada. Sus mensajes son contradictorios: me dice que me tratará como a una reina, que pondrá el mundo a mis pies, pero también sé que eso sólo será bajo sus condiciones.»

—¿Qué piensas?

—Nada, sólo que no puedo creer todo lo que me estás diciendo; es decir, estaba acostumbrada a los horarios y a las normas del recinto, y ahora no sé cómo actuar..., no sé qué puedo decir o qué no; no quiero molestarte, ni ofenderte, simplemente no sé cómo lidiar con esto. No sé qué está bien que haga y qué no. Entiendo lo que esperas de mí, y...

—Sólo quiero enseñártelo todo... Quiero que todas las sensaciones que tu cuerpo experimente de ahora en adelante sean generadas por mí, quiero que cada sensación la aprendas a sentir porque yo te la enseñe.

—Gracias.

Su teléfono sonó y Alexandr se alejó a regañadientes. Miró el visor de su móvil y frunció el ceño, poniendo en evidencia que no le gustaba el nombre que acababa de leer en la pantalla.

—Ve a darte una ducha, puedes disponer de todo lo que está en esta habitación; tengo que atender esta llamada. Luego vístete con la ropa que elegí para ti y baja. Si no quieres molestarme, lo que tienes que hacer es complacerme, ésas son las reglas; no violes el perímetro que tu pulsera te permite usar, que es toda la casa, y luego sólo hazme feliz complaciéndome en todo lo que yo te pida que hagas.

Kaysa asintió con la cabeza y él salió de la habitación, dejándola sola.

Finalmente, después de atender esa comunicación, Alexandr Pávlov tuvo que irse. Ni siquiera se despidió de Kaysa; ella simplemente vio desde el piso

superior que se marchaba; a través de las paredes de cristal, lo vio caminar apresuradamente y subirse a un SUV negro con cristales tintados.

Se sentía extraña vestida de esa forma, por supuesto que no estaba acostumbrada. El reflejo que el espejo le proyectaba no se parecía a ella; incluso, cuando se subió a los tacones, pensó que no podría dar ni un solo paso, pero increíblemente, cuando lo hizo, notó que no eran tan difíciles de usar como había imaginado que sería.

La ropa le quedaba perfecta, como si hubiese sido hecha a su medida.

Resultaba evidente que Sasha había pasado demasiadas horas observando su físico, ya que le había comprado todas las prendas de la talla exacta que necesitaba.

En el tocador encontró una gran variedad de maquillajes, pero prefirió no tocarlos, pues se sentía más cómoda con la cara lavada. Por alguna razón, era como si supiera que nunca le había gustado usarlos; sin embargo, era consciente de que, si Alexandr prefería verla maquillada, tendría que aprender cómo hacerlo sin que se viera exagerado.

De todos modos, en ese momento su preocupación estaba en otro aspecto.

Desconocía si debía aguardar a que él regresara; no quería fallar nuevamente en cuanto a lo que se esperaba que ella hiciera, pero tampoco sabía de qué

forma podía averiguarlo. Bajó la escalera y se dirigió a la cocina; sobre la encimera había una fuente con *pelmeni*, un tipo de pasta rellena de carne que suele acompañarse con *smetana*, una crema agria; era un plato tradicional de la cocina rusa.

Sentada en una de las banquetas altas en la barra de la cocina, esperó y esperó, hasta que se dio cuenta de que la espera era inútil; era obvio que Pávlov no regresaría, al menos no para cenar junto a ella. Su estómago rugió, estaba hambrienta; sin embargo, los nervios que formaban un nudo en su garganta no la dejaban sentirse cómoda como para comer. Finalmente, el paso del tiempo la doblegó, así que, cuando estuvo realmente segura de que él no volvería, calentó su plato y cenó. Todo estaba exquisito.

Cuando terminó de comer, se quitó los tacones y puso orden en la cocina.

Luego subió vacilante al dormitorio que se suponía debía ocupar y,

deshaciéndose de la elegante ropa que llevaba puesta, buscó en el vestidor prendas adecuadas para meterse en la cama y se acostó.

Capítulo ocho

Otro día más en el infierno, otro día más de tormento y de culpas que jamás lo dejarían vivir en paz.

La autocompasión siempre hacía su entrada y lo dejaba con el cerebro atiborrado de imágenes que jamás cesaría de ver.

La noche lo encontró atravesado sobre la cama y enredado entre las sábanas, tras zamparse una botella de whisky.

Viggo sabía que debía parar de beber, pero, al menos, con el licor lograba dormir un rato... aunque las pesadillas tenían otros planes para su descanso, y esas noches lo visitaban a menudo y cada día eran más nítidas y más salvajes y realistas.

Se sentó en la cama, sobresaltado; le faltaba el aliento y la garganta le ardía como si hubiera gritado muy fuerte, y seguramente lo había hecho. En el sueño

recurrente que siempre tenía, lo hacía una y otra vez; invariablemente era la misma pesadilla, que terminaba cuando él empezaba a rogar y a suplicar a gritos por una indulgencia que jamás llegaba.

Se levantó tambaleándose e intentando juntar los pedazos que quedaban de él tras ese horrible sueño.

Sus sienes martilleaban con fuerza.

Se dirigió al baño deshaciéndose de su bóxer y se metió bajo la ducha. A veces sentía que iba a volverse loco.

Abrió el agua fría esperando que ésta lo ayudase a despabilarse de una buena vez; aguantó bajo el chorro y se apretó la cabeza con ambas manos, intentando aligerar el dolor. Se frotó también el pecho, pues aún sentía la sensación de los hechos vividos en la pesadilla. Miró a su alrededor y trató de sosegar; sin embargo, sabía que nada ni nadie podría darle nunca más tranquilidad a su vida, él simplemente vivía anclado en esa noche y no había forma de dejarla atrás.

Tampoco había manera de continuar hacia delante, porque esa noche su vida se había destrozado para siempre.

Por la mañana hizo su rutina de entrenamiento como de costumbre; fatigar sus músculos con el esfuerzo era lo único que le hacía comprender que estaba vivo, pues había días que se sentía muerto en vida.

Por la tarde, volvió a entrenar, pues necesitaba descargar la ira que sentía.

Estaba frente al saco de boxeo, golpeándolo sin parar. Sus nudillos sentían cada puñetazo, pero nada importaba; en el dolor hallaba cierta satisfacción, ya que, mientras lo experimentaba, era como si incansablemente golpeará al monstruo que cada noche aparecía en sus pesadillas. La rabia dentro de él nunca se calmaría, y al menos así podía acallar lo que bullía como un hierro candente, quemándolo de dentro hacia fuera.

—Viggo... debes descansar. Mira, tus nudillos están sangrando. ¿Acaso estás intentando rompértelos? —lo riñó el entrenador mientras caminaba hacia él.

—Zane, conozco mi cuerpo, no te aflijas; si lo que te preocupa es que no esté en condiciones para la lucha de la próxima semana, sabes que lo estaré.

Cogió el saco de boxeo, deteniendo su balanceo, dándole un pequeño respiro, ya que hacía casi media hora que estaba azotándolo sin parar.

—A decir verdad, sé que no estás intentando romperte ninguna parte del cuerpo; no me preocupo por eso, sólo trato de detenerte. Sé que tu estado físico es el adecuado para ser el despiadado luchador que siempre eres cuando entras en la jaula, lo que me inquieta es el estado mental con el que llegarás al combate.

—Quizá me vuelva loco de una buena vez y todo se acabe por fin.

Sus palabras sólo demostraban mucha amargura.

—La autocompasión no te lleva a ningún sitio, sólo te destruye cada día un poco más. ¿Por qué te haces esto? Nunca te entenderé; nadie merece autoflagelarse de esta forma. Eres un luchador, sólo debes decidirte y luchar realmente contra los demonios que acechan tu mente. Eres médico, sabes perfectamente que hay profesionales adecuados para ayudar a que tu psique deje

de ser ese gran agujero negro del que no puedes salir. ¿Cuándo dejarás de autoinfligirte un castigo que no mereces?

—Ése es el problema, tú y yo no opinamos lo mismo. No quiero salir de esa oscuridad porque considero que cada sufrimiento que padezco es lo que me merezco. No comprendo lo que ves cuando me analizas, porque conoces muy bien los hechos, así que no entiendo cómo no puedes ver que soy el único culpable de lo que pasó.

—Me agotas... Estamos a punto de sentarnos en la sala de vídeo para estudiar los movimientos de Phantom, ¿te apuntas?

—Me doy una ducha rápida y voy.

Viggo llegó con hielo envolviendo sus manos; todos lo miraron, pero nadie dijo nada. Estaban un poco acostumbrados a verlo entrenar hasta un punto que ningún mortal normal podría soportar, pero él, en ocasiones, no parecía ser una persona corriente.

Igor le lanzó un botellín de cerveza, que Viggo atrapó en el aire; lo destapó con los dientes y luego se sentó.

—Bien, ya estamos todos —comentó Zane dándole al «Play» para iniciar el vídeo de Ukrainian Phantom.

Después de ver tres combates, Zane le pidió a cada uno de ellos que realizara su análisis de lo que acababan de ver.

Todos hablaron de las patadas y de los *uppercuts* 1 que éste lanzaba, pero entonces Viggo intervino.

—Al maldito le gusta jugar al gato y al ratón.

Zane se rio de pronto, porque Viggo siempre leía muy bien a los oponentes, haciéndolo más allá de la técnica que éstos empleaban.

—Sólo da golpes aquí y allá, para que se confíen, y luego los destruye, les quita toda dignidad, los aniquila de forma tal que quedan avergonzados y humillados sobre el ring. Le gusta y disfruta el crujido que hacen los huesos cuando los rompe... Mirad su rostro, sólo frunce ligeramente la boca cuando eso ocurre. Es el único gesto que se puede apreciar en él y es casi imperceptible; no sube al ring en busca de la gloria, sólo lo hace por instinto, y eso lo vuelve más despiadado. No muestra emociones, le importa una mierda lo que la gente grita;

el tipo es una máquina luchando y la tinta que cubre su cuerpo lo hace verse mucho más oscuro... El cabrón no tiene misericordia.

—Todos los análisis sirven. Necesitamos estudiar su técnica, pero también leer sus pensamientos, porque, para ganarle, siempre es preciso entrar en la

mente del oponente para adelantarnos a lo que vendrá.

»Ziu, éste es un rival muy difícil, lo que no significa que no le podamos vencer, pero te mentiría si te dijera que no tienes que ser cuidadoso. Hay maniobras que es preferible evitar para no quedar enganchado en su llave favorita, la del talón; la mayoría de las sumisiones que ha conseguido al desembarcar en el *underground* de Los Ángeles las ha logrado en el suelo, mediante un derribo de tijera que luego termina en esa táctica. El tipo es un constrictor cuando consigue derribarlos, jamás desaprovecha una oportunidad que se le presenta y, además, quiere tu lugar en la tabla, pues quiere quedarse con el campeonato de este año. No parará hasta llegar a quitarle el título a nuestro equipo. Además, los rusos que lo dirigen quieren el poder del *underground*, pero éste es nuestro santo grial y, por supuesto, queremos continuar manejando las apuestas. Siempre hemos sido un equipo sólido, así que debemos demostrarle que aquí mandamos nosotros; hace tiempo que lideramos este tatami, y así debe seguir siendo.

»Phantom es un gran luchador de judo y lucha libre, y su registro de peleas lo convierte en uno de los más experimentados, porque de momento está invicto.

Es joven, tiene sólo veintiún años, y está obligado a triunfar siempre; es de todos conocido que, si está con la *bratva*, es porque no tiene otra elección... Ellos son sus dueños, y por lo que he podido averiguar esto es así: él no es miembro de la organización, sino que simplemente lo reclutaron.

»Nos movemos por fuera de las peleas oficiales, pero no por eso vamos a dejar que en nuestro *dojo* 2 desembarque un asesino; queremos a la *bratva* lejos de nuestro *underground* y somos los encargados de hacer que eso suceda.

Viggo paseaba la mirada por sus compañeros de equipo, ninguno se hacía una idea real de la dimensión de las palabras de Zane excepto él, puesto que, cuando justo comenzó en la lucha libre, le tocó sacar de en medio a otra máquina de aniquilar que la *bratva* pretendía introducir en ese santo grial, como ellos

llamaban al lugar donde se llevaban a cabo las peleas clandestinas de MMA.

Que la mafia hiciera su desembarco y consiguiera poder allí no sólo significaba muerte, sino también tráfico de personas, de órganos, drogas y cualquier otro delito que los hiciera multiplicar su dinero.

Capítulo nueve

Habían pasado varios días desde la última vez que había visto a Alexandr Pávlov. Después de que él se marchara sin despedirse tras la llamada que había recibido, Kaysa no había vuelto a tener noticias suyas.

Por la casa tampoco había estado Mijaíl, el guardia, y cuando intentó preguntarle a otro de los centinelas, sólo consiguió de vuelta una mirada sombría y un profundo silencio, como si ella le estuviera hablando a una pared.

No sabía qué esperar ante tanto mutismo por parte de todos. Lo que más la desorientaba era que no creía que se tratara de que el príncipe de la *bratva* hubiera desistido de sus planes con ella; de ser así, estaba más que segura de que ya la habrían devuelto al *gulag*.

Sin saber qué hacer para ocupar las horas del día, puesto que la soledad pesaba de forma ominosa, uno de esos días se dedicó a recorrer por completo la enorme casa. Durante la visita descubrió una gran habitación repleta de libros; al principio dudó en coger alguno de las estanterías que iban del techo al suelo, así que se sentó frente a ellos durante gran parte de toda esa jornada, mirando los lomos y estudiando sus títulos. Finalmente, a la mañana siguiente, decidió cruzar la línea imaginaria que al parecer la separaba de los ejemplares y cogió uno de cartografía.

La cámara que estaba allí instalada se movió, siguiendo sus movimientos, mientras ella pillaba el libro; a continuación se apartó ligeramente de la estantería y se sentó en el suelo. Tardó en abrirlo, pues esperaba que alguien entrara y la regañara por haberlo cogido, pero eso no sucedió, así que, al comprobar que los minutos transcurrían y nadie aparecía por allí para impedir que lo leyera, se atrevió a hacerlo.

Buscó un mapamundi y con un dedo resiguió la superficie hasta localizar Ucrania. Nataliya le había comentado muchas veces, cuando tenían la

oportunidad de hablar a solas en ruso, que su acento poseía una gran reminiscencia del dialecto ucraniano.

Continuó hojeando el libro, una lujosa edición que parecía de colección, ya que la cubierta estaba forrada en suntuoso cuero, y buscó en éste un mapa de Ucrania. Cuando por fin lo halló, empezó a leer uno a uno los nombres de las ciudades; quizá alguna funcionaba como disparador y sus recuerdos regresaban al leer el nombre del lugar donde tal vez había nacido.

Finalmente, después de leerlas todas, comprendió que su mente seguía tan en blanco como cuando había comenzado. Frustrada al ver que su estratagema había fallado, se abrazó al ejemplar y se recostó en el frío azulejo del suelo; al parecer no había esperanza para recordar, y la sensación de fracaso levantaba la cabeza una vez más, abriéndose paso y apoderándose del momento.

Los siguientes días regresó a la biblioteca; allí pasaba horas leyendo y así descubrió que el tiempo avanzaba más rápido en esa prisión de lujo. Una de esas tardes, antes de que el anochecer hiciera su entrada, salió del cuarto de lectura y subió a la habitación para darse una ducha. Luego, como cada día, pensaba preparar algo sencillo para comer y, después, acostarse hasta que el sueño llegara.

Entró en el dormitorio de la primera planta y tuvo que hacer un gran esfuerzo por introducir en sus pulmones unas cuantas moléculas de aire al ver la ropa que estaba extendida sobre la cama. Cerró los ojos y aceptó con dolor lo que aquello significaba: él aparecería esa noche, sus días de gracia habían llegado a su fin.

Se irguió jadeando y, con determinación, acabó de entrar, para luego pasar directamente al baño. Tras darse una ducha, bajó a preparar algo para cenar, dispuso la mesa para dos y, una vez que lo tuvo todo preparado, subió para arreglarse.

Se puso la ropa interior que estaba sobre la cama, un exquisito sujetador de encaje francés y unas braguitas que hacían juego con éste, en color rojo, y, después de enfundarse las medias, se subió a unos zapatos de tacón en satén negro y suela roja.

«Corre.» Esa palabra era un clamor en sus pensamientos. «¡Corre!»

Pero sabía que no había lugar hacia el que correr.

Tantos días pasados en el recinto le habían enseñado que revelarse era mucho peor que aceptar su destino.

«¡Corre!»

La palabra seguía destellando en su cabeza como si se tratara de un aviso de peligro.

Cogió el vestido negro que descansaba sobre la cama y se lo metió por la cabeza; luego pasó los brazos por las aberturas de las mangas y dejó que la tela abrazara su piel, cubriendo el sujetador francés y las finas medias de seda con ligero, que antes también se había puesto.

Kaysa se acercó con pasos vacilantes hasta el espejo que estaba dentro del vestidor y miró su reflejo. Las manos le temblaban, pero logró cerrar la cremallera del vestido. Alisó la tela con sus palmas sudorosas y, de paso, aprovechó para secarlas un poco. La prenda le quedaba perfecta; la confección resaltaba sus curvas donde debía resaltarlas. Ella era más bien delgada; no es que tuviera sinuosidades muy acentuadas, pero tenía buenos senos y ese vestido de corte entallado le quedaba que ni pintado.

Comenzó a recogerse el pelo, pero luego recordó que Alexandr le había indicado que lo quería suelto cuando estuviera con él, así que fue hacia el tocador, donde había visto unas pinzas de esas que hacen rizos, y las cogió; durante la semana había estado averiguando cómo usarlas.

Cuando acabó, debía reconocer que se veía sofisticada, y que el atuendo y el cabello, tal como se lo había arreglado, le resaltaban los ojos, los ángulos de las mejillas y la curvatura de las cejas. Estaba segura de que no le hacía falta un pintalabios de mierda, ni maquillarse los ojos, pero en el tocador también había maquillaje para que lo empleara, así que, con el fin de complacer a su dueño, lo hizo sin ningún entusiasmo.

Bajó la escalera y, cuando llegó al final de ésta, se encontró con Sasha sentado

en el sofá, bebiendo whisky. Al verla, sus ojos destellaron lujuria con una mezcla de malicia. Ya se estaba imaginando todo lo que le haría. Kaysa no pudo sonreír, a pesar de que lo intentó; estaba aterrada, y en ese instante pensó en Nataliya y en lo que su amiga siempre le decía...

«No luches, coopera; es mejor realizar una fuerte respiración y esperar que todo pase a terminar amoratada por los golpes. Total, tarde o temprano tendrás que hacer lo que quieren que hagas; sólo bloquea tus pensamientos, piensa en algo bonito y aléjate mentalmente de ese momento. Éste es nuestro destino, sólo debes aceptarlo.»

Dicho parecía muy fácil, pero ahí, frente a él, todo era más dificultoso.

—Estás preciosa, dulce Kaysa.

Alexander se acercó a ella y la cogió de una mano para que girara sobre sí misma y él pudiera observarla. Luego la agarró con posesión por la cintura y la pegó a su cuerpo. El hombre ya estaba duro y ella lo percibió. Se aproximó tanto que pensó que iba a besarla, así que cerró los ojos, pero el beso nunca llegó.

—Vayamos a cenar; he visto que has preparado algo y tengo hambre de comida, además de ti.

Kaysa asintió; su respiración era más dificultosa aún, pero intentó calmarse.

Alexandr la apartó de su cuerpo, pero se quedó con su mano en la suya.

—Kaysa, no voy a hacerte daño; no me tengas miedo, sólo quiero enseñarte lo mucho que te deseo.

Intentó serenarse. Él trataba de ser amistoso, debía reconocerlo. Entonces lo miró a los ojos y, con la voz vacilante, le habló.

—Está bien, sólo déjame acostumbrarme.

Comieron casi en silencio. Sasha alabó la comida y lo devoró todo. Ella apenas si picó algo de la ensalada, pero él no pareció reparar en eso. La joven

tenía un nudo en el estómago y nada le pasaba por la garganta. El médico insistió en que bebiera un poco de vino, a pesar de que, por supuesto, Kaysa no estaba acostumbrada; sin embargo, no quería contradecirlo, así que permitió que le sirviera, aunque apenas se mojó los labios.

—Como te habrás dado cuenta, hemos perdido la oportunidad de calcular tu ovulación.

Se quedó estática al oírlo hablar y levantó lentamente la mirada del plato para enfrentarlo. Se le puso la carne de gallina y notó que él lo había advertido.

—Que no haya venido por aquí no significa que haya olvidado que has sido elegida para ser fecundada.

La chica volvió a asentir, conteniendo las ganas de llorar.

—¿No vas a preguntarme por qué no he venido?

—No sabía si podía hacerlo.

Se quedaron en silencio mirándose, hasta que él decidió hablar.

—Mi padre ha fallecido.

—Lo siento...

Ella no sabía qué más decir. Tal vez se lo estaba contando para que lo consolara, o tal vez no... No sabía cómo era la relación que tenían ambos, así que sólo le quedaba actuar a tientas, improvisando sobre la marcha.

—Está bien, era algo que estábamos esperando. Seguramente habrás oído en las reuniones en las que te ha tocado servirnos que estaba enfermo.

Kaysa asintió.

—Con su muerte, he tenido que hacerme cargo de muchas cosas de las que ya venía haciéndolo a medias. Ahora soy el nuevo *pakhan*. Puedes felicitarme.

Ella se levantó lentamente y él entrecerró los ojos, esperando lo que iba a

hacer. Se paró a su lado y acarició su frente, despejándola de su pelo; sus manos temblaban, pero sabía que era mejor hacer lo que él estaba esperando que ella hiciera, pues resultaba evidente que Sasha esperaba que de alguna forma lo confortara.

—Siento lo de tu padre, de verdad.

Alexandr la cogió por la cintura y la arrojó sobre su regazo, sosteniéndola del trasero sobre él. La abrazó, hundió su mejilla contra su pecho y respiró sonoramente; parecía cansado.

—Serás un gran *pakhan*, estoy convencida de que sabrás llevar muy bien los negocios de la familia.

—He sido entrenado toda la vida para cuando llegara este momento, pero sin duda preferiría que mi padre estuviera aquí.

—Lo sé. —Acarició su espalda e intentó olvidarse de lo que ese hombre buscaba en ella y se centró en los sentimientos de la persona que necesitaba consuelo en sus brazos, y hasta por un instante sintió pena por él.

Sasha se movió, cogió la copa de vino y sorbió de ella. Luego se la tendió y le dijo:

—Bebe, esto te tranquilizará un poco.

Volvió a mojarse los labios, pero él insistió en que bebiera más. Le costó tragarlo.

—No estoy acostumbrada a este tipo de bebidas, no me gusta mucho.

—Mi pequeña Kaysa —pasó el revés de la mano por su brazo—, a mi lado aprenderás todos los placeres de los que la gente goza. Ven conmigo.

—Tengo que recoger la mesa.

—Luego, ahora ven.

Empezó a caminar en dirección a la escalera. Ella había empezado a temblar;

no quería hacerlo, pero no podía detenerse.

Sasha levantó su mano y se la besó mientras continuaba caminando. Se detuvo junto a la escalera y la miró; su gesto tierno se había esfumado.

—Sube y espérame en la cama, desnuda. Tengo que ocuparme de algunas llamadas.

Ella se disponía a hablar, pero él la interrumpió.

—¿Qué problema tienes? Sólo haz lo que te digo.

Kaysa asintió y subió cogiéndose con fuerza del pasamanos. Estaba por pasar lo que tanto habían hablado con Nataliya, sólo que nada sería como ella había soñado. Su única amiga en su encierro en la finca le había sabido contar lo que se sentía cuando un hombre y una mujer intimaban, pues Nataliya había tenido algunos novios antes de caer en manos de la *bratva*, así que no era virgen como ella. Le había explicado que la primera vez dolía, pero que no era un dolor insoportable porque el placer muy pronto se abría paso, haciendo olvidar el malestar, y más si estabas con el chico de tus sueños; incluso le contó que los besos ayudaban mucho con el deseo, y que muy pronto su vagina se acostumbraría a recibir el miembro del hombre que ella eligiera para ser el primero.

Pero Alexandr no era el chico de sus sueños; es más, nunca había tenido uno y sabía que nunca lo tendría tampoco.

Lo que estaba a punto de pasar no era algo que ella estuviera deseando que ocurriese, todo se resumía en lo que él anhelaba.

Pasaron varios minutos antes de que percibiera pasos ascendiendo por la escalera, y entonces su corazón pareció latir a más velocidad. Sasha le había

dicho que lo esperase desnuda, pero ella se había dejado puesto el sujetador y las bragas y, aunque tenía muchas ganas de llorar, debía contener las lágrimas.

La puerta no tardó en abrirse y Alexandr Pávlov entró tironeando de su corbata; la arrojó sobre la poltrona que estaba en un rincón y de inmediato

echó mano a los botones de su camisa.

Era delgado pero bien definido; cada músculo se le marcaba correctamente, demostrando que no sólo se cuidaba en las comidas, sino que, además, hacía algo de ejercicio para mantener el físico de esa manera; no era nada exuberante, más bien tenía el aspecto de un modelo de pasarela.

Después de que pateara sus zapatos, se quitó los pantalones y los calcetines y lo dejó todo sobre el butacón. Se dio media vuelta y miró a Kaysa hambriento.

El bulto bajo el bóxer era ya evidente. Ella estaba aterrorizada; se había cubierto con las sábanas hasta debajo del mentón y permanecía con la vista fija en el techo.

—Quítate de encima las sábanas.

Ella lo hizo, reprimiendo su timidez.

—Te dije que te desnudaras.

—Pensé que así estaba bien por el momento.

—Tú no pienses, sólo haz lo que te digo.

Se acercó a la cama, pero no se metió en ella, pues se quedó de pie mirándola, esperando que hiciera lo que le había ordenado.

El mentón de Kaysa comenzó a temblar sin que pudiera evitarlo. Estaba conteniendo las lágrimas, pero no sabía hasta cuándo lo conseguiría. Apartó un poco más las sábanas que cubrían su tersa piel y se sentó en la cama; primero desabrochó el sujetador y, cuando se lo empezó a quitar, oyó claramente el gemido que escapó de la boca de él. No quería mirarlo, era demasiado intimidante tenerlo de pie junto a ella contemplando cómo terminaba de desvestirse. Tal vez hubiera sido preferible haberle hecho caso y no tenerlo de espectador, pero era demasiado tarde para arrepentimientos.

Los tirantes del sostén lamieron sus brazos y no hubo mucho más por hacer, sólo apartarlo. El frío que sintió al descubrir sus senos hizo que sus puntas se pusieran duras; atinó a cubrirse, pero no quería ser regañada nuevamente.

—Eres hermosa, has hecho bien en desobedecerme, pero que no se repita. Sin embargo, reconozco que me has dado un gran espectáculo quitándote el sujetador frente a mí. Quiero morder tus pezones rosados... Mira cómo has hecho saltar mi polla. Quítate las bragas ahora.

Se recostó en la cama y por el rabillo vio que él se bajaba el bóxer. Iba a empezar a chillar en cualquier momento, deseaba salir corriendo de aquella habitación, pero escaparse no era posible, así que respiró profundamente y, aunque no quería mirarlo, resultó casi imposible no hacerlo... Él estaba acariciándose a sí mismo, tenía la boca abierta y jadeaba, y su miembro se veía enorme. Kaysa se bajó las bragas y él, de inmediato, se subió a la cama.

—Por fin serás mía. Por fin te entregarás a mí.

Sus palabras no podían ser menos ciertas: ella no estaba entregándose, sólo estaba haciendo lo que él quería que hiciera, acatando sus órdenes, cumpliendo con sus deseos.

—Sé que estás nerviosa, así que no dilataré más el momento. Sé perfectamente que eres virgen, pues noté que tu himen aún estaba intacto cuando te revisé.

Nada era como Nataliya le había contado... No había besos, no había deseo por su parte, no había amor, ni entrega, ni pasión. No había nada, sólo una gran pena dentro del pecho.

Alexandr se colocó sobre ella y le ordenó que abriera bien sus piernas para que pudiera encajar su cuerpo en el hueco. A continuación, le mordió un pezón y lamió sus puntas. Kaysa no podía dejar de temblar, y el frío de su saliva cuando se apartó hizo que sus pezones le dolieran demasiado. El médico respiraba con dificultad y frotaba su erección contra los labios de su vagina. Inmediatamente bajó una mano, cogió su pene y lo puso en su entrada. Kaysa se agarró de las sábanas y se aferró a ellas, esperando lo que inevitablemente iba a suceder.

Sasha empezó a hacer presión; no fue suave, ni tampoco lo había hecho lentamente como Nataliya le aseguró que sería la primera vez que un hombre la hiciera suya. No se preocupó por si le hacía daño, ni se detuvo para que

ella se acostumbrara a su grosor; simplemente fue en busca de lo que quería conseguir, y lo obtuvo. Las lágrimas fueron incontenibles y se derramaron por el ángulo

externo de sus ojos. Le estaba doliendo más de lo que pensaba que iba a dolerle, y no veía el momento de que él dejara de moverse y de jadear sobre ella. Parecía que con cada envite tomaba más impulso y Kaysa sólo deseaba que aquello acabara de una vez.

Finalmente, él pareció quedarse sin respirar y luego soltó la respiración contenida y gruñó en el instante en el que se vació por completo en ella. Después de eso agitó las caderas una vez más y se desplomó sobre su cuerpo.

Alexandr estaba sudoroso, y Kaysa sentía mucho asco de todo lo que acababa de pasar.

«¿Cómo puede gustarle esto a Nataliya?», pensó.

Lo que había pasado había sido horrible, repugnante, y se sentía sucia por dentro y por fuera.

Por suerte él se apartó rápidamente de ella y se levantó de la cama. Aún no había dicho nada y esperaba que no lo hiciera, pues no quería tener que contestarle porque se rompería. Su cerebro, por otra parte, estaba apagado, como si hubiera dejado de funcionar.

Se secó las lágrimas cuando vio que él estaba a punto de entrar en el baño, pero éste la sorprendió y se giró en ese instante.

—Tu coño apretado es mejor de lo que había imaginado; ya vuelvo, no te muevas de ahí.

Alexandr Pávlov se la folló dos veces más. En una ocasión se quejó de que parecía una muerta y le ordenó que se moviera, que agitara las caderas imitando su ritmo, y ella tuvo que hacerlo. Luego, cuando él se derramó, no tardó en dormirse a su lado y ella agradeció que por fin se hubiera saciado.

Haciendo un gran esfuerzo porque el movimiento de la cama no lo despertase,

se levantó a hurtadillas y se metió en el baño. Le temblaban tanto las rodillas que se dejó caer en el suelo con la espalda pegada al mármol de la pared y se las abrazó, dejando que su llanto saliera y purgara todo su dolor. Lloró un largo rato, pero debía regresar a la cama. Sin embargo, antes quería lavarse, así que se metió bajo la ducha, donde continuó llorando mientras lavaba cada centímetro de su piel hasta que sintió que estaba lo suficientemente limpia, aunque estaba

segura de que no había manera de limpiar la huella que él había dejado en su piel.

Luego se metió muy despacio en la cama y se quedó en la orilla para no tocarlo. Quería salir de esa habitación, pero sabía que no podía hacerlo, así que se quedó mirando el techo hasta que, en algún momento de la madrugada, el peso de los acontecimientos provocó que se durmiera.

Capítulo diez

Notó que la cama se movía y, de inmediato, aunque aún estaba adormilada, advirtió que dos manos se posaban en su entrepierna para abrir sus muslos. La humedad y el calor de una lengua no tardaron en cogerla por sorpresa cuando se dio cuenta de que Sasha estaba lamiendo su vagina. Le pareció asqueroso que él hiciera eso; en realidad, nada que él hiciera lo podía considerar bien, lo odiaba con demasiada intensidad.

Quiso apartarse, pero sabía que no le estaba permitido hacerlo, así que apretó los dientes y se quedó quieta intentando soportar la situación mientras pretendía apartar su mente de lo que estaba sucediendo.

Experimentó un gran estupor cuando Sasha se apartó de golpe y levantó la cabeza para vociferarle:

—¿Qué mierda has hecho?

—¿Qué? Nada —se apresuró a decir—, acabo de despertarme.

—¿Te lavaste anoche mientras yo dormía?

Alexandr estaba arrodillado en la cama; sus cabellos estaban revueltos y la miraba con un cabreo espeluznante.

—Eeh... tenía ganas de hacer pis.

—Te lavaste —dijo él, y no era una pregunta, sino una afirmación.

—Sí..., aproveché para hacerlo.

Sasha agitó su brazo y le cruzó la cara de un bofetón.

—¿Quién cojones te dijo que podías hacerlo?, ¿quién? ¡Dímelo!

Kaysa se masajeó la mejilla en la que había recibido el golpe y se apartó el pelo de la cara.

—Lo siento, no pensé que podría molestarte.

—Tú no tienes que pensar: yo decido cuándo haces cada cosa, yo decido cuándo te puedes quitar mi olor, mujer estúpida. Sólo yo decido cuántas veces te

marco con mi semen, tú no decides una mierda.

Con cada frase que emitía, le soltaba un golpe, hasta que empezó a hacerlo sin cesar, como si con cada uno que le propinase tomara más impulso para darle el siguiente. Primero Kaysa intentó protegerse, pero Alexandr parecía enajenado y la atacaba de una forma bestial. La fuerza de aquel hombre era muy superior a la suya, por supuesto, así que dejó de defenderse cuando se dio cuenta de que era en vano luchar por detenerlo; incluso en cierto momento los azotes dejaron de dolerle, porque su carne ya estaba demasiado adormecida de tantas bofetadas y guantazos que había recibido. Entre tanto castigo, sólo percibió cuando él le dio la vuelta, poniéndola boca abajo, y la penetró por detrás. Todo pasó muy deprisa, y sin duda eso fue más doloroso que cuando lo hizo por delante. Ella gritó y rogó, pero todo cuanto dijo fue inútil. La sodomizó sin descanso, desgarrando su culo, hasta que se cansó de hacerlo; ya se había derramado en ella dos veces, pero continuaba envistiéndola sin parar, y Kaysa sentía que ya no tenía más fuerzas ni para llorar.

Finalmente sintió un gran alivio cuando su polla salió de ella y de inmediato sintió los chorros de semen que le mojaban la espalda y salpicaban también un poco su trasero.

Alexandr gruñó hasta que vació la última gota de su deseo y luego le dijo:

—Así, marcada por mí, es como te quiero, porque tú eres mía.

La giró en la cama para que lo mirara y levantó la mano, provocando que con gran dificultad ella intentara protegerse con las manos. No obstante, esa vez no fue necesario hacerlo, ya que él sólo había movido la mano para limpiarle la sangre que brotaba por la comisura de su labio.

—Mira lo que me has hecho hacer, ¿por qué me desafías? Te advertí de que no seguiría soportando tu desobediencia.

Se levantó de la cama y fue hacia el baño, y no pasó mucho tiempo hasta que comenzó a oírse la ducha.

Kaysa se quedó inmóvil, asimilando el dolor de todo su cuerpo magullado, hasta que él volvió a salir del baño. A lo lejos podía oírse un grifo abierto. De inmediato, Alexandr se arrodilló a su lado en el suelo; llevaba una toalla anudada en la cintura y se inclinó para besarla con delicadeza y acariciarle la frente.

Luego se puso de pie y la levantó en sus brazos, llevándola con él hacia la bañera.

Kaysa no sabía qué esperar. Le dolía todo, pero más que nada le dolía el alma; él la había vejado de todas las formas en que había querido hacerlo.

La depositó en la bañera, que estaba ya bastante llena, cogió un paño y comenzó a lavarla.

—Ahora sí, puedes asearte. Sólo quiero cuidarte y tú no me dejas hacerlo.

»Quédate ahí el tiempo que quieras.

La miró compungido, como si un rasgo de arrepentimiento asomara en su cara,

y añadió:

—No quería que fuera así, dulce Kaysa, pero no me has dejado elección. ¿Por qué me desobedeces? El agua te dará alivio, le he puesto unas sales de árnica.

Dicho esto, se levantó para marcharse.

Capítulo once

Se quedó petrificada dentro del agua hasta que él salió de la estancia; luego las lágrimas brotaron solas. Sin embargo, aún lo podía oír deambulando por la habitación, así que no podía abrir su llanto en canal como deseaba hacer.

Finalmente, el sonido de la puerta le indicó que ya se había ido.

Entonces, cuando comprendió que por fin se había quedado sola, se permitió sacar fuera toda la impotencia que sentía. Chilló con fuerza, ya que ése era el único lugar de la casa en el que sólo había una cámara en la entrada.

Experimentó una gran frustración y se sintió más desdichada que nunca; ya no era sólo una esclava que estaba obligada a ser un vientre sustituto y una donante de óvulos para que hicieran lo que quisieran con su hijo, sino que también era la esclava sexual del nuevo *pakhan* de la *bratva*, y, si antes no tenía escapatoria, en ese momento todavía mucho menos.

Vivía en una casa enorme, donde el lujo abundaba, pero no tenía conexión con el mundo exterior más que lo que abarcaban sus ojos. Se trataba de un lugar paradisíaco donde cualquiera estaría agradecido de vivir, pero para ella no era más que una nueva prisión. Su vida ya no sólo había dado un cambio drástico en cuanto al lugar en el que vivía, sino que la *bratva* también se había llevado la poca dignidad que le quedaba.

Cuando el agua comenzó a enfriarse, decidió salir. Le costó mucho hacerlo, pues a duras penas si pudo levantar las piernas para dar un paso fuera, pero, aunque le supuso un gran esfuerzo, finalmente lo consiguió.

Cogió una toalla limpia y envolvió su cuerpo en ella. Debía dejar de llorar, debía serenarse. Sólo esperaba que él no regresara pronto y le diera tiempo a

recuperarse de todas las lesiones que le había dejado.

Se miró en el espejo del lavabo y notó que se le había hecho un derrame en uno de los ojos, tenía varias magulladuras en el rostro y un corte profuso en la comisura del labio. Dejó caer la toalla al suelo y observó el resto de su cuerpo; le dolía cada palmo de piel y estaba segura de que pronto le aparecerían más moratones. Tenía ganas de hacer pis, así que caminó con dificultad hasta el váter.

Cuando se sentó y empezó a orinar, el ardor que sintió fue casi insoportable; estaba convencida de que allí abajo estaba también muy lastimada. Cogió un poco de papel y se secó suavemente con golpecitos delicados. Recordó en aquel momento que en el mueble había un espejo de mano y se trasladó lentamente para buscarlo. Cuando lo encontró, volvió hacia el retrete y levantó una pierna sobre éste, puso el espejo apuntando a sus partes íntimas y cerró los ojos antes de mirar.

Cuando los volvió a abrir, se dio cuenta de que estaba más lacerada todavía de lo que suponía, ahí abajo todo eran destrozos. Sintió más dolor del que sentía antes de comprobar el estado en el que se encontraba. Contuvo un sollozo y se compadeció de sí misma. Se cubrió la boca con una mano y apartó el espejo al considerar que ya era suficiente, no quería seguir admirando la obra de Alexandr Pávlov.

Suspiró sonoramente. Se sentía menos esperanzada, su suerte no era mejor que en el *gulag*, tan sólo había tomado otro rumbo, pero su existencia era igual de anodina que antes. No es que en algún momento hubiera tenido esperanza, era sólo que Alexandr, a veces, la desorientaba porque la trataba bien; sin embargo, no era más que un sádico enfermo que se excitaba infligiéndole dolor.

Salió del baño y entró en el dormitorio. Las sábanas manchadas de sangre eran la viva prueba del maltrato que había recibido, y el ambiente olía a él. No deseaba volver a acostarse en esa cama, así que se trasladó al vestidor, donde se puso ropa cómoda y que no le apretara; incluso decidió no ponerse ropa interior para que nada le rozara en sus partes lastimadas, y buscó refugio en otra de las habitaciones de la casa.

Se pasó todo el día tumbada en la cama.

A la mañana siguiente, despertó desorientada. No había dormido bien, pues se había despertado en varias ocasiones recreando lo sucedido. Además, su cuerpo estaba exhausto y los dolores no habían menguado, sino que, por el contrario, se habían hecho más presentes, como un claro recordatorio de la bestialidad de

Sasha. Arrugó la nariz y se puso una mano en el estómago mientras recuperaba el aliento. Ya no le quedaba nada de la persona que alguna vez fue y que no recordaba ser. Ni siquiera le quedaba su decoro. Se sentía sucia y mancillada, pero debía reponerse, debía continuar sobreviviendo.

«Prométeme que te mantendrás a salvo —le decía una voz en otra de sus pesadillas recurrentes, una voz que no podía identificar si pertenecía a una mujer o a un hombre—. Te prometo que te encontraré y nos liberaré a ambos, pero tú prométeme que, pase lo que pase, te mantendrás a salvo.»

Ella confiaba en que esa promesa se la había hecho a alguien de su pasado, y esperaba esa liberación, aunque en momentos como ése pareciera más una quimera que algo real.

Pasó otro día más sumida en sus miserias. Le costaba continuar después de lo que había pasado, y mantener los sentimientos bajo control no resultaba nada fácil. El resto del día se echó a llorar cada vez que se acordó de todo cuanto había ocurrido; estaba tan desgana que ni siquiera le entusiasmó la idea de continuar leyendo.

Cuando logró bajar a la cocina, encontró sobre la encimera un teléfono móvil, que no se preocupó en comprobar, pues estaba convencida de que sólo podía recibir llamadas. También había calmantes, una pomada cicatrizante y más sales de árnica.

—Como si eso pudiera borrar todo el daño que me hizo —pensó en voz alta, y al instante se arrepintió; las cámaras podían haber captado lo que había dicho.

El móvil no tardó en sonar. Se quedó mirándolo repiquetear sobre la barra central y supo que no era bueno hacerlo esperar. Lo cogió en su mano y

contestó empleando el ruso, no tenía ganas de pensar en inglés.

— *Slushayu* —dijo, algo así como «le escucho».

—¿Por qué me hablas en ruso? Sólo lo hago con la familia.

—Lo lamento; lo he hecho sin pensar, no quería ofenderte.

—No lo has hecho. Quiero saber cómo te sientes; mañana por la noche iré a verte, pero deseaba oír tu voz.

Kaysa empezó a temblar cuando él le dijo que regresaría tan pronto; aún estaba bastante lastimada y demasiado dolorida, pero, claro, eso a él no le importaba en absoluto.

Intentó que su gesto no fuera capturado por la cámara, así que se dio media vuelta para que eso no sucediera.

—Prepara algo rico para que cenemos juntos. Me quedaré a dormir contigo; quiero cuidarte, mi dulce Kaysa.

—Claro...

—¿Me extrañas?

—Sí, por supuesto, estoy deseosa de verte. —Ella sabía que era conveniente decir lo que él deseaba escuchar para no ponerlo frenético; ya había comprobado su furia y no quería volver a padecerla.

—No te separes del teléfono que compré para ti; quiero poder hablar contigo cada vez que tenga ganas de hacerlo.

—Despreocúpate, lo llevaré siempre conmigo por toda la casa —le aseguró.

—Bien, veo que vas entendiendo. *Do svidániya*.

Ella se quedó perpleja. Sasha era muy cambiante: primero la había regañado por hablar en ruso y en ese instante se estaba despidiendo diciéndole adiós en

ese idioma. De pronto comprendió que la estaba autorizando a emplear esa lengua con él, así que respondió intentando parecer entusiasmada.

— *Uvidimsya pozzhe* —se despidió diciéndole algo así como hasta pronto.

—Por supuesto, mi pequeña y dulce Kaysa.

Capítulo doce

Estaban preocupados; debían conseguir con urgencia un cirujano ortopédico, ya que el pie de Ziu no tenía buen aspecto y, si seguían perdiendo el tiempo, la lesión podía complicarse más de la cuenta y eso podía significar que nunca más podría regresar a la jaula. El propio Viggo le había recolocado los huesos en su sitio, y había considerado que necesitaba estudios más complejos para saber en qué estado se encontraba la rotura; si bien era médico, ésa no era su especialidad, aunque siempre los había asistido con lo básico.

El médico del *underground* también lo había visitado y recomendó que se le practicara una resonancia, así que en ese momento Zane estaba buscando entre sus contactos la manera de llevarlo a que se le practicara esa prueba pero sin que su entrada quedase registrada en el hospital.

El maldito ucraniano se había llevado el triunfo, y había ocurrido lo que tanto temía el equipo.

Si bien al principio Ziu parecía tenerlo todo bajo control y logró ser él quien lo derribó inicialmente, Phantom pudo torcer la maniobra en el suelo y lo volteó, tomando el control de la llave. Lo siguiente que sucedió fue el ruido que hicieron los huesos del pie de Ziu cuando éste le rompió el tobillo.

Viggo no pudo estar presente en la lucha, porque precisamente le estaban vendando las manos para cuando fuera su turno, pero había visto ese momento luego, varias veces, gracias a las grabaciones que Zane siempre realizaba para que, visionándolas, corrigieran los errores cometidos.

Los luchadores del *underground* vivían en un ámbito donde las explicaciones a terceros eran siempre un arma de doble filo, porque éstas podían llegar a los oídos equivocados, así que untar las manos con dinero era indispensable para

tener la mejor atención a su disposición cuando eso fuera preciso.

Para que los caminos de las luchas clandestinas funcionaran, se necesitaba

tener de su lado a mucha gente con poder, políticos, ricos y famosos, y contactos en todos los lugares para que nada saliera a la luz, así que, si bien era mucha la pasta que se ganaba, también era mucha la que se invertía en cubrir el rastro.

Las apuestas ilegales, de valores incalculables, eran un círculo al que no todo el mundo tenía acceso, salvo que estuvieses dispuesto a apostar muy fuerte.

—¿Cómo está Ziu? —le preguntó Viggo a Ariana cuando la vio descendiendo por la escalera.

—Se ha dormido; la morfina que le has administrado ha hecho efecto.

—Odio cuando salimos fuera de Atherton, pues estas complicaciones me ponen de los nervios. Se supone que hay atención médica pagada y a nuestra disposición en cada ciudad en la que peleamos, pero para Ziu está tardando mucho.

—El idiota del director del *underground* de aquí es un inepto. De todas formas, cálmate; si la vida de Ziu estuviera en peligro, ya estaría en un hospital.

Sólo hay que meterlo en una máquina para escanearlo, así que por eso está tardando; hay que buscar el hueco para que no quede registrado. Una sala equipada con máquinas desfibriladoras, respiración asistida y todo lo que hay en una UCI o incluso un quirófano son más fáciles de aprovisionar en cualquier parte, pero este aparato no se puede mover de donde está.

—Lo sé, lo sé. Tal vez hubiese sido mejor que lo metiéramos en el helicóptero y lo llevásemos de regreso a Atherton. En nuestra ciudad todo es más sencillo.

—Mañana hay más luchas, no nos podemos ir todavía. El dinero de las apuestas ya está en juego. Vosotros ocupaos sólo de las peleas y dejad de preocuparos por Ziu, que Zane y yo nos encargaremos de todo.

—Lo sé, mierda. Sólo estoy buscando soluciones.

—Tenemos que hallar la manera de quitar de en medio a ese maldito ucraniano. Si me tocara pelear con él, juro que sería quien terminase con los huesos rotos.

Viggo permaneció en silencio. Sabía muy bien que quien tarde o temprano se cruzaría con Phantom sería él, pues el ucraniano quería su título de campeón.

No es que quisiera menospreciar a sus compañeros, que también eran excelentes luchadores, pero él era el amo del *underground* y eso era lo que el competidor de la *bratva* buscaba; con las lesiones que provocaba no hacía más que ganar popularidad entre los apostadores.

Esa noche Viggo había vuelto a ganar casi sin esfuerzo. Estaba cansado de cruzarse con contendientes que no estaban a su altura; estaba harto de que nadie fuera capaz de lastimarlo y darle lo que él buscaba, castigo. A veces se dejaba golpear a propósito para recibir un poco de dolor, pero ninguno era lo suficientemente rudo como para hacerle daño. Quizá lo que debía hacer era dejar de entrenar tan duro, para que las luchas fueran más igualadas, pero entrenando conseguía bajar la ansiedad que siempre lo agobiaba.

—Ey, Viggo, te estoy hablando.

—Lo siento, estaba... —miró a Nix—. No me hagas caso. Dime, ¿qué decías?

—Nada, que es evidente que estás en tu mejor momento físico, no hay rival existente para ti. ¿Te has dado cuenta de cómo gritaban todos cuando has salido?

Te adoran.

Se encogió de hombros; no le gustaba pensar que la gente lo veneraba, él no creía merecer la admiración de nadie, sino repudio, pero comprendía que el público no lo sabía y por eso actuaba así. Con todo, estaba seguro de que él no era ejemplo de nada. Sin embargo, por mucho que se esmerase en ser borde y en comportarse como un verdadero capullo, nadie parecía advertirlo y eso lo

fastidiaba.

Cuando se subió por primera vez a un ring no era tan bueno como lo era entonces; los años que llevaba luchando dentro de la jaula de MMA le habían dado la experiencia suficiente como para convertirse en el mejor. Al principio, siempre terminaba bastante magullado y golpeado; en ese momento sólo era así cuando él lo quería. Ésa había sido una de las razones por las que había elegido esa vida... pues consideraba que dentro de ese deporte podía purgar de alguna forma su falta y asumir la condena que él mismo se había impuesto, una condena que debía pagar de por vida, porque él no merecía ser feliz ni un solo día de su existencia. La culpa, la desazón y la soledad eran lo único que merecía sentir.

Era su dolor, y se lo había ganado.

Capítulo trece

—Hola, nena —dijo Alexandr cuando entró en la sala de la mansión y encontró a Kaysa mirando fijamente a través del ventanal que colindaba con el acantilado

—. Ven a recibirme.

La chica contuvo la respiración al oírlo y luego se dio media vuelta; habían pasado unos pocos días desde que él estuvo ahí y se apropió de su virginidad y de su honra. La había maltratado hasta saciarse y la había dejado sangrando y sin poder apenas andar.

La joven caminó en su dirección y luego pensó que era mejor fingir que estaba entusiasmada de verlo, ya que intuyó que eso lo pondría contento.

Apresuró su paso para ir a su encuentro y, cuando llegó a él, lo abrazó como si realmente le diera satisfacción verlo; escondió su rostro en su cuello y le entraron náuseas al oler su perfume, ese aroma que ella podía sentir en su piel desde que él la había hecho suya a la fuerza.

—Hola, Sasha.

Apoyó la mejilla contra su pecho y cerró los ojos, intentando soportarlo, ya que no podía quedar en evidencia. Ocultó su repugnancia lo mejor que pudo y se aventuró a colaborar para no ganarse otra tunda y otro sometimiento, aunque, por más que ella no se negara, lo iba a sentir como tal.

—Dios, me encanta mi nombre en tu voz, haces que suene de manera mágica.

La tomó por el mentón haciendo que lo mirara y estudió su rostro. Aún tenía rastros de la paliza que le había dado, pero entonces empezó a besarla con delicadeza.

Kaysa contuvo la respiración, esperanzada en que mostrarse agradable fuera un buen ardid para que él no perdiera la calma.

—Ven conmigo. —La cogió de la mano y la guio hasta el sofá; allí tironeó de ella y la sentó en su regazo—. ¿Sabes? En momentos como éste desearía no ser

quien soy para poder hacerte mi mujer y que todos vieran que eres mía. Sé que no es justo que permanezcas aquí entre las sombras.

«Quítame la tobillera si crees eso. ¿Por qué me tienes como tu prisionera, entonces?», pensó Kaysa, pero sabía que sólo eran palabras sin sentido..., las palabras que emitía un sádico loco por completo, que estaba tan contaminado por dentro como lo estaba por fuera a causa de esa horrenda organización que dirigía.

—No sé si tengo derecho a pedirte algo... Tú me dirás si puedo; si no, lo entenderé —añadió Kaysa.

—Sólo quiero complacerte.

¿Qué podía decirle, si lo odiaba? Se limitó a asentir.

—Tú eres mi paz; te miro y veo la inocencia de tu rostro... Me hace sentir mejor persona saber que puedo tenerte así, entre mis brazos.

Ella asintió de nuevo; parecía una conversación de dementes, pero había estado reflexionando durante todos esos días atrás en los que él no había ido a

verla y había llegado a la conclusión de que no podía evitar que Pávlov tomara lo que quisiera de ella, pero tal vez, si se mostraba sumisa y complaciente, podría obtener ciertos beneficios a cambio de ser su esclava sexual. No es que lo aceptara, jamás aceptaría la vida que ellos habían decidido darle, pero alguien en sus pesadillas le pedía que salvaguardara su integridad física y eso era lo que haría, sobrevivir, hasta que esa persona llegara para rescatarla.

—Nataliya..., la chica que me ayudaba en la cocina.

Cuando pronunció el nombre de su única amiga dentro del *gulag*, sintió un ramalazo de nostalgia. No le importaba convertirse en la puta de Pávlov si de esa forma podía ayudar a Nata.

Él la miró durante unos instantes con los ojos cargados de ironía y, sin decir nada, le apartó el pelo de la cara y sonrió antes de comenzar a hablar.

—Mi dulce Kaysa, sé que te aburres todo el día aquí sola... pero quiero que me extrañes, quiero que me desees cuando no me ves. Si traigo a esa chica para que te haga compañía, no tendrás tiempo de pensar en mí.

—Te equivocas, siempre pienso en ti. ¿Acaso, cuando tú estás haciendo lo que sea que haces cuando no vienes, no me desees?

—Siempre te deseo... Me vuelves loco, cosita dulce. Hacía mucho tiempo que te tenía ganas.

La besó y acarició uno de sus senos sobre la blusa de seda que ella llevaba puesta; a pesar de que lo hacía sobre la tela, sintió que la palma de su mano la dejaba en carne viva.

—Dios, eres tan tierna... mi pequeña Kaysa.

Después de cenar fueron a acostarse. Él se mostró comprensivo, revisó sus laceraciones y vio que estaban casi cicatrizadas.

—¿Has estado usando los medicamentos que te envié?

Ella miró hacia el suelo y asintió.

—No te avergüences —le indicó sujetándole el mentón y obligándola a que lo mirase—. Quiero enseñarte todo lo que me gustaría que me hicieras, quiero que te vuelvas una experta dándome placer. La primera vez siempre es difícil, pero ya verás que ahora no será igual, así que empieza a colaborar con mis deseos o ya sabes lo que te volverá a pasar.

Esa noche Alexandr Pávlov, aunque estaba más tranquilo, no dejaba de imponer su poder, pero, aunque se hubiera comportado como todo un caballero, Kaysa sólo podría sentir rechazo y asco por él, así que, mientras estuvo sobre ella, lo único en que podía pensar era en que el momento terminase lo más pronto posible. De lo que estaba agradecida era de que no la hubiera lastimado como la vez anterior; sin embargo, la había obligado a que lo masturbara, y también a que le practicara una felación. Era un ser abominable, a quien no le importaba nada de ella.

Fue una noche casi interminable, la había poseído una y otra vez y parecía que jamás se saciaría, hasta que por fin se quedó dormido.

Kaysa se hallaba abatida, hundida en el sufrimiento y la vergüenza. Disimular para que no la golpeará no resultaba tan fácil como había creído; resultaba una tarea sumamente difícil, pero, si quería continuar con vida, debía hacerlo.

Por la mañana, cuando Sasha estuvo listo para marcharse, hizo que lo

acompañara hasta la puerta de entrada. Cerró la abertura de su bata, como si le preocupara que alguien pudiera verla, y luego la besó largamente. Kaysa contenía la repulsión que sus besos le producían, pero se temió que, si no acababa pronto, no podría evitar comenzar con las arcadas.

—Lo pensaré.

—¿Qué? No te entiendo.

—Lo que me pediste, la chica rusa que era tu ayudante en la cocina.

Lo miró ilusionada, aunque de inmediato comprendió que no era bueno

demostrar demasiado entusiasmo, pero le costó disimular.

—Gracias, eres muy bueno conmigo.

—Te dije que pondría el mundo a tus pies, que serías mi reina.

Kaysa lo acarició con las manos temblorosas, se puso de puntillas y besó titubeante sus labios. Su estómago se retorció cuando hizo contacto con él. Sintió que estaba traicionándose a sí misma, pero necesitaba hacer algo por Nataliya.

—¿Cuándo regresarás? Voy a extrañarte —mintió, sabiendo que eso era lo que el *pakhan* de la *bratva* esperaba oír que dijera.

—¿Vas a extrañarme a mí o sólo estarás ansiosa esperando lo que decido?

Pávlov sonrió y acompañó ese gesto con una mirada ladina, demostrándole que no era tan fácil convencerlo y que él estaba donde estaba precisamente porque era un hombre muy perceptivo e inteligente, y, por supuesto, un hueso demasiado duro de roer. Pero Kaysa había aprendido a sobrevivir dentro del *gulag* y tampoco era tan tonta como él pensaba, así que, sin bajar la guardia, continuó con su actuación, esperando sonar convincente. En realidad no le quedaba otra opción.

—No importa lo que decidas, me arreglaré cada noche y te esperaré. Cuando vienes a verme, las horas pasan volando; es más, no quiero que te vayas, ¿no puedes quedarte conmigo hoy?

Alexandr la agarró por los hombros y le sonrió mientras asentía.

—No hay nada que desee más que quedarme todo el día enterrado en tu coñito, pero no puedo, hay muchas cosas que requieren mi atención; además, quiero ir a ver a mi hijo.

—¿Tienes un hijo? —Él asintió—. ¿La mujer que fue a la finca esa noche es...?

—Sí, es mi esposa. —Se detuvo a medio camino de la frase, pero decidió

continuar—: Nuestro matrimonio fue arreglado por nuestros padres antes de que ambos nacióramos, así que crecimos sabiendo que estábamos destinados a estar juntos. No tuvimos elección. —Se quedó pensativo y luego añadió—: No sé si alguna vez la he amado.

—Entiendo...

«No la amas, pero ella vive libre, y yo, con una tobillera electrónica que controla mis pasos, al igual que las cámaras que has hecho instalar en toda la casa.»

—¿En qué piensas?

—En nada...

—Dime, Kaysa, no me hagas enfadar; no arruines el momento, quiero saber lo que estás pensando, no me gusta asumir que me ocultas algo.

—Me preguntaba...

—Dilo de una vez, me estás haciendo cabrear.

—¿Qué sientes por mí? ¿Qué soy yo para ti?

Contuvo la respiración y esperó con temor una respuesta o, en todo caso, que la regañara por cuestionar sus sentimientos.

—¿Qué quieres ser?

—No sé si tengo derecho a ansiar ser alguien importante para ti.

—¿De verdad crees que no eres alguien importante para mí? Mira cómo vives.

—Hizo un gesto con el brazo, abarcando toda la casa.

—Lo sé, pero... deja, no quiero parecer una desconsiderada, sólo que me pregunto por qué la tobillera.

—Gánate mi confianza, Kaysa... Debes demostrarme fidelidad. No soy un necio, puedo sentirme realmente muy atraído por ti, pero no pondré nada en

juego por un coño. Demuéstrame que puedo confiar en ti y entonces, quizá, pueda pensar en darte más libertad.

—Me ganaré tu confianza, te demostraré lo agradecida que estoy contigo por tratarme de manera tan especial, por dejarme estar a tu lado y, sobre todo, te demostraré que soy merecedora de cada caricia que me das.

—Maldición, Kaysa, me pones tan caliente...

—Llévame a casa —le indicó a su guardaespaldas en cuanto subió al SUV.

Mijaíl lo miró por el espejo retrovisor y asintió.

—Claro, señor, aunque pensaba que iríamos al recinto. Ayer me ordenó que viniera a buscarlo para llevarlo para allá.

—¿Tengo que pedirte permiso para cambiar de opinión? Tú sólo haz lo que te ordeno.

—¿Recibió mi mensaje? El ucraniano volvió a ganar; estamos muy cerca de que nos den un lugar fijo en el *underground* de Atherton. Estuve hablando con mi hermano, ¿lo recuerda? —se refería al entrenador de los luchadores de la *bratva*—, y me dijo que Bohdan está en su mejor momento; el cabrón es una máquina en la jaula.

—Quiero que los saque a todos de en medio, es importante quedarnos con ese circuito; allí las apuestas son más fuertes que en cualquier lado... Necesitamos el control de esa ciudad para pasar a ser los que manejemos esas luchas y los que consigamos los arreglos con los funcionarios; como bien sabes, no sólo lo necesitamos por las apuestas clandestinas, sino que es imprescindible que nuestra organización desembarque en esa ciudad para que las redes del resto de las actividades de la organización se sigan expandiendo.

—Además —Mijaíl sonrió con sorna mientras le hablaba mirándolo a través del espejo retrovisor—, parece que el idiota se ha vuelto invencible desde que cree que, si gana, usted soltará a su hermanita. ¡Pobre iluso!

Ambos rieron sonoramente.

—Tiene que seguir creyéndolo. El estúpido está feliz porque la saqué del *gulag*... Si supiera lo bien que me estoy entreteniendo con ella, ansiaría que la devolviera allí de nuevo. Sin duda ha resultado ser un buen arreglo, y un buen hallazgo enterarnos de que la cocinerita era su hermana.

«En fin, todo queda en familia. Los hermanos Zelenko, sin sospecharlo, finalmente han resultado ser muy rentables para mí. Él me dará el poder que

necesito para convertirnos en la facción más poderosa de la *bratva* en Estados Unidos y así conseguiré lo que mi padre nunca obtuvo, y ella... además de darme el heredero que necesitaba, ahora también me procura el placer que la aburrida de Tatiana no me da. —Se relamió los labios y se tocó su polla abultada por encima de los pantalones—. Sin duda, cuando la elegí para inseminarla con mi semen y que tuviera a Misha, mi heredero, no me equivoqué, pues ahora, además, también me deleito con su coñito apretado... —Se le escapó un gemido al recordar cómo se había enterrado la noche anterior en ella—. Muy pronto pondré otro heredero más en su vientre y conseguiré que eso ocurra sin necesidad de otra fecundación artificial, lo haré de forma natural y disfrutando cada vez que me la follo. —Debía parar o se correría en los pantalones pensando en ella—. Fue grandioso tener su culo y sentir cómo la rompía por dentro cuando me metía en ella. ¡Maldita Tatiana, que nunca ha accedido a dármelo! Claro, ahora deberé ser más suave con Ekaterina, hasta tanto no sepa si ya la he dejado embarazada o no», pensó Alexandr mientras aparcaban en el garaje de su casa.

Al entrar en la sala, encontró a su hijo sentado en el suelo, rodeado de juguetes. Misha levantó la vista al oír la puerta y se puso de pie como un resorte para ir al encuentro de su padre.

—Papiiiiiiiii.

—Hola, mi pequeño giganteeeee —dijo éste, levantándolo en sus brazos al tiempo que lo hacía girar en el aire.

—Por fin apareces. —La voz de Tatiana resonó en el ambiente.

—¿Ya estás bebiendo? Compórtate delante del niño.

—Cómo pretendes que lo haga si no vienes a dormir y me paso todo el tiempo pensando dónde estás.

Caminó hasta Tatiana, le quitó el vaso de vodka que tenía en la mano y lo arrojó contra el suelo.

—¿Dónde has estado?

—Tu soplón ya te lo ha dicho, así que deja el *show*.

—Maldito cabrón. —Se abalanzó sobre él, pero Alexandr la detuvo.

El crío comenzó a llorar en sus brazos al ver cómo discutían sus padres.

—Mira lo que has conseguido, estúpida borracha; has asustado a Misha. Ya hijo, ya, no llores...

—Este bastardo es lo único que te importa, ¿no es así? Él y la puta que ahora te has llevado a la casa de la playa.

—Veo que te tienen muy al tanto de las últimas novedades. En cuanto descubra quién es tu soplón, te prometo que le cortaré el cuello frente a ti.

La niñera apareció al oír el llanto del niño, y Sasha se lo entregó para que se lo llevara y lo tranquilizara.

—¿Qué pasa?, ¿al gran *pakhan* se le escapa quién es mi informante? Creía que lo tenías todo bajo control. La zorra esa te está distrayendo demasiado, al parecer.

—Ella me da todo lo que tú no me das, ni podrás darme... —Se acercó a su oído y le habló—. Me calienta y me pone la polla tan dura como tú nunca conseguirás ponérmela.

—¿Por qué eres tan cruel conmigo? Sabes que te amo, Sasha, pero disfrutas humillándome con cuanta puta se te cruza.

—Deja de mentir. Tú amas el poder que significa ser mi esposa, y la ropa de diseñador que puedes comprarte gracias a ello.

—No es cierto, Sasha; te amo desde siempre. —Intentó abrazarlo y besarlo, pero él se deshizo de su agarre.

—Hueles a alcohol. Sal de mi vista, apesta.

—¿Cuándo dejarás de odiarme por ser estéril? Eso es algo que yo no elegí, ni tampoco lo sabía cuando me casé contigo. ¿Cómo tengo que decírtelo para que me creas?, ¿qué tengo que hacer?

—Mentirosa. Sé muy bien que tú y tu familia me embaucasteis. Sé que tu padre te obligó a callar y que sólo lo niegas para protegerlo.

—Eres una basura, no sabes cómo tratar a una mujer.

—¡Ja, no me hagas reír! Te mueres por tenerme entre tus piernas, me deseas, zorra estúpida, así que no engañas a nadie con ese discurso.

Pávlov la dejó de pie sola en la sala y caminó en dirección a su despacho.

—No quiero seguir discutiendo. Sasha, estoy harta de esta vida, firmemos una tregua. —Tatiana lo persiguió—. Intenta inseminarme de nuevo; quizá esta vez

sí logre llevar a tu hijo en mi vientre. No me importa que no sea con mis óvulos, pero al menos déjame intentar ser quien lo traiga al mundo.

—No hace falta; es inútil, tu útero no sirve ni para eso. Déjame en paz.

La empujó y cerró la puerta, encerrándose en el despacho.

Capítulo catorce

Zane finalmente consiguió que le practicaran la resonancia a Ziu y en ese momento lo estaban operando para tratarlo de la lesión que lo dejaría fuera de las luchas por un período no inferior a seis meses, ya que la fractura le había roto el tendón de Aquiles y también había trozos de hueso suelto que podrían inflamar la articulación; por tal motivo no había sido posible escayolarlo

simplemente, pues el único medio para curarlo dependía de una cirugía. Tras la intervención, Ariana tenía pensado quedarse con él, mientras su esposo acompañaba a sus otros luchadores a las competiciones de esa noche.

—Lláname en cuanto termine la operación, cariño.

—Quédate tranquilo; Ziu es fuerte, todo saldrá bien.

Zane entró en la sala donde Igor y Nix estaban cambiándose a la vez que guardaba su móvil en el bolsillo.

—¿Cómo está Ziu? —le interrogó Igor tan pronto como lo vio entrar.

—Ariana nos avisará cuando salga de quirófano. Vosotros concentraos en las luchas de esta noche. En quince minutos es tu turno, Nix, ¿estás listo? Lamento haber llegado tan tarde.

—No te preocupes, ya he hecho mi calentamiento habitual, todo está en orden.

—Bien. Recuerda: si lo tiras a la lona y quieres mantenerlo en el suelo, métele presión; tú sabes bien cómo hacerlo. Trabaja sobre él y no te distraigas; cuando sientas que no lo puedes aguantar más y presientas que la sumisión no llegará, te haces a un lado y das un paso atrás... No te agotes inútilmente, guarda energía para poder usarla en el momento oportuno, ese que signifique tu triunfo.

—Está todo claro, descuida.

—Déjame ver el vendaje que te ha hecho Tao —dijo Zane mirando al preparador físico, a quien le dio las gracias, y luego sostuvo los guantes para que Nix se los colocara.

La lucha duró sólo dos *rounds*, y Nix se hizo con otra victoria. Lo mismo sucedió cuando le tocó el turno a Igor, así que el equipo del santo grial del *underground*, como se hacían llamar los luchadores de Zane, iban de triunfo en triunfo y parecían imparables; su actuación sólo había quedado ensombrecida por la baja de Ziu. En el recinto no se hacía más que hablar del

ucraniano y la forma en la que éste lo había lesionado; había pasado un día, pero, en las gradas, ése era el murmullo constante del que todo el mundo se hacía eco. La popularidad de Phantom iba claramente en aumento y muchos ya fantaseaban con la lucha del año entre él y Viggo.

Después de que Zane felicitara a Igor por su victoria, decidió ir a la sala en la que estaba Viggo, supuso que concentrándose para el combate; la suya era la lucha estelar de la noche y la gente estaba ansiosa por verlo subir a la jaula.

De camino se cruzó con Ezra; el chico hacía un tiempo que trabajaba con ellos como *sparring* y tenía un futuro prometedor, pero aún le faltaba para ponerlo a luchar.

—Zane.

Chocaron sus manos a modo de saludo.

—¿Has estado tirando algunos golpes con Viggo?

—Sí, ahora me ha pedido que lo dejara solo. ¿Cómo está Ziu?

—Aún no hay novedades. Ariana todavía no ha llamado, pero lo hará pronto.

—Oye, no quiero que parezca que estoy haciendo leña del árbol caído, pero, con la baja de Ziu, te falta un luchador en el equipo. Me gustaría que lo pensaras y me dieras la oportunidad.

—Déjame ir ahora a ver a Viggo. Cuando regresemos a Atherton, lo hablaremos; te prometo que me lo pensaré.

Zane entró en la estancia en la que Viggo aguardaba su turno; él nunca compartía vestuario con nadie. No le extrañó que no le preguntase por Ziu; sabía muy bien que no se trataba de que no le importase saber de él, sólo que Viggo

tenía un ritual antes de cada pelea y por nada del mundo se apartaba de éste.

Sabía que la concentración era algo muy importante y se lo tomaba muy en serio. Apenas entró, lo encontró sentado en una silla, con los codos apoyados

en las piernas y las manos sosteniendo su frente; nunca le había preguntado lo que hacía, pero suponía que era algún tipo de rezo u oración.

De fondo, invadiendo toda la sala, sonaba a toda pastilla *Enter Sandman*, la canción que hiciera popular la conocida banda Metallica. Zane dejó que terminara y se pusiera de pie.

—Perdón, no quería interrumpirte.

—Estaba terminando.

En ese instante entró gente que tenía a cargo la organización de las luchas.

Esa noche peleaban en el sótano de un *nightclub*; allí se había montado un octógono, y no era la primera vez que asistían a pelear a Fresno, localidad del valle de San Joaquín, en California, donde también vivían muchos ricachones.

—Todo está listo —informó el organizador.

—Cinco minutos —indicó Viggo.

—Estaré esperando fuera con Kanu.

Cuando Zane salió, no esperaba encontrarse con quien lo hizo.

—Soy Alexandr Pávlov, encantado de saludarte.

—Sé quién eres —replicó Zane en un tono nada amigable, y lo dejó con la mano tendida.

—Lamento tu baja, pero ya sabes... a veces hay daños colaterales en esta pendiente por conquistar la cima. Espero que Ziu se encuentre bien.

—¿A qué has venido?

—Quiero que arreglemos una pelea entre Viggo y Phantom. La verdad es que

—se rio con ironía—, si mi chico sigue rompiendo luchadores, se quedará sin contendientes.

Zane cerró sus puños a los lados de su cuerpo y los apretó con fuerza.

Contuvo la respiración para no salirse de sus casillas y le contestó todo lo profesional que pudo.

—Pelearán cuando deban, y eso siempre que tu luchador se gane el lugar para hacerlo contra él.

—Quieres dilatar el momento; no te culpo, supongo que temes por tu luchador estrella.

En ese instante la puerta de la sala se abrió y Viggo cubrió toda la entrada. Su porte imponente amedrentaba a cualquiera. Llevaba un *short* de spandex en color negro y una camiseta del mismo material que se ajustaba a cada músculo de su torso. El pelo lo llevaba anudado en un moño que sostenía bien cada mechón de su larga cabellera. Iba descalzo.

—¿Qué pasa, Zane?

—Nada, vayamos hacia la jaula. Están anunciando al otro luchador.

Caminaron seguidos por el resto del equipo y dejaron atrás a Alexandr y su comitiva.

—Ese hijo de puta es el jefe de la *bratva*, ¿no?

—Concéntrate en el combate, no le des mayor importancia a ese desgraciado.

—Odio que esa gente ande a sus anchas por los pasillos del *underground*.

—No les hagas caso, sólo buscan provocarnos para que les demos una pelea, pero eso no sucederá.

—No le tengo miedo.

—Lo sé, pero, si quiere tu título, que se lo gane. Ahora sube a la jaula y destroza a tu contrincante. Demuéstrales a todos por qué las apuestas están nueve a uno a tu favor.

Capítulo quince

Cuando Viggo ganó, trepó a la jaula y se golpeó el pecho, reivindicando su poder. Luego saltó a la lona e inmediatamente tensionó los músculos para que se marcaran sus dorsales; de esa manera, el tatuaje que lucía en su espalda mostró a todos los presentes la oscuridad que él llevaba auestas.

Tras el triunfo en Fresno contra Puños de acero, Viggo se dio una ducha, con la idea de trasladarse luego al hotel para descansar mientras los médicos autorizaban a Ziu a viajar. Ya tenían noticias de él, sabían que la intervención quirúrgica había salido bien, así que Zane se había ido para el hospital en cuanto las luchas habían finalizado.

Daniel Carter aún seguía molesto. Le fastidió ver a Savannah en las gradas y también al ucraniano sentado en primera fila junto a su jefe. Para colmo, cuando salió de la sala del *nightclub* que había servido esa noche de local para el *underground*, se encontró con la chica, que lo estaba esperando apoyada contra la pared.

—Viggo, ¿puedo ir contigo? Celebremos tu victoria.

Savannah parecía no tener orgullo.

—Te agradezco que hayas venido hasta Fresno, pero no estoy de humor.

Se colgó la bolsa que llevaba en el hombro e intentó rebasarla.

—Puedo cambiarte ese estado de ánimo, o al menos ayudarte a que no pienses por un rato... —La chica se había apresurado y lo había vuelto a interceptar.

—Déjame en paz, Savannah. La última vez que nos vimos te fuiste llorando; sabes que no puedo darte lo que buscas en mí, ¿para qué insistes?

—Nunca me resignaré.

—Estás encaprichada. Regresa a tu casa.

—Déjame ir contigo, Viggo. Sé muy bien lo que te hace falta.

Ésta apoyó sus manos contra el pecho masculino y él bajó la cabeza para que ella no tuviera que levantarla tanto.

—Sólo un polvo, Viggo.

—Partimos en un rato para Atherton, nos vemos otro día.

—No me hagas rogarte, Viggo; al menos ahórrame esa humillación.

—No quiero que lo hagas. Ha sido un fin de semana extraño... Ziu está de baja, comprende que no es un buen momento.

La chica, frustrada, se puso de puntillas y lo besó. Él respondió al beso, pero la cortó de inmediato.

—Está bien, te veo en Atherton.

Viggo la miró, pero no contestó. Salió caminando por el pasillo, dejándola atrás.

Pasaron algunas horas hasta que Ziu se recuperó de la anestesia y, tras conseguir la autorización del cirujano para viajar, se trasladaron hacia una pista privada donde los esperaba su helicóptero particular, para llevarlos hasta la mansión que ocupaban en Atherton.

Capítulo dieciséis

Tras el paso de algunas semanas, Ziu seguía bastante deprimido. A pesar de que la recuperación de la cirugía iba bien, la frustración que sentía iba en aumento.

Tanto él como sus compañeros de equipo se pasaban horas y horas entrenando; la lucha era su vida y, cuando eso les faltaba, como era en ese momento su caso, no sabían qué hacer.

—Ey, cambia esa cara.

Viggo, quien se disponía a salir, lo vio sentado en la sala y decidió quedarse un rato con él, para intentar darle ánimos y hacerle un poco de compañía.

—Ya te ibas, no te detengas por mí.

—Lo hago porque me apetece. Cualquiera diría que te han cortado la pierna y no es así; sólo serán unos cuantos meses de inactividad, pero luego, cuando regreses, no te costará coger el ritmo de nuevo. Ya verás, será como si nunca hubieras dejado el octógono.

—Ya quisiera verte en mi lugar, dependiendo de todos para hacer cualquier cosa y todo el tiempo con el culo entumecido de tanto estar sentado con la pierna en alto.

Igor apareció en ese instante. Estaba recién duchado, pues lo había hecho justo después de terminar su entrenamiento.

—Juguemos a Dark Souls.

—Otro que me tiene lástima.

—Deja de decir tonterías; antes de que te lesionaras siempre jugábamos cuando teníamos un rato libre para hacerlo.

Viggo se levantó del sofá y salió de allí. No estaba de humor para oírlos discutir y, aunque pensaba hacer el esfuerzo de hacerle un poco de compañía a Ziu, la verdad era que tenía otros planes. Cargó la camioneta con provisiones para pasar la noche fuera y partió rumbo a Castle Rock; a menudo iba al parque

—situado en el condado de Santa Cruz y que también se extiende por el condado de Santa Clara y el de San Mateo— para practicar *boulder*, o búlder en español, deporte también conocido como escalada deportiva en bloque.

Esa noche, además, necesitaba alejarse de la casa y pasarla solo. Era el aniversario de la muerte de su esposa, y no quería que nadie fuera testigo de toda su mierda en su máxima expresión, así que prefería alejarse y emborracharse en su calvario.

Llegó pasado el atardecer, cuando el parque ya estaba cerrado al público, pero conocía al guardabosques, así que se acercó a la valla y éste, cuando lo

vio, salió de la caseta de madera y se acercó hasta él.

—Viggo, ¿qué haces tan tarde por aquí?

—He venido a pasar la noche, a hacer acampada.

—Hacía mucho que no aparecías por aquí más que para escalar.

—Tienes razón. ¿Puedo pasar? A esta hora ya no puedo pagar por ventanilla, debo hacer el registro automático y depositar el dinero en un sobre y meterlo en el cajero, ¿no es así?

—Deja, toma la llave del portón lateral, así entras por ahí; te queda más cerca de donde vas siempre.

—Muchas gracias. Te he traído entradas para la próxima lucha en Atherton.

—Uy, amigo, ¡qué bien!, te lo agradezco.

Viggo cogió las llaves con disimulo —no quería que las cámaras grabaran que se estaba saltando el procedimiento y perjudicar por ello al vigilante del parque—, al tiempo que le entregaba las tarjetas con los pases y se alejó rápidamente del lugar.

Preparó un anillo de fuego en una zona donde estaba permitido y encendió una fogata. Luego se sentó al lado de ésta, tras sacar de la camioneta uno de los dos *packs* de quince cervezas Guinness que había llevado. El whisky hubiera sido más efectivo para adormecer sus pensamientos esa noche, pero allí no se permitía la entrada con envases de vidrio, y no quería comprometer al guardabosques. Sacó un saco de dormir de la caja trasera de la camioneta y lo tendió junto al fuego que acababa de encender.

Llevaba consigo un álbum de fotos. Las chispeantes llamas servían para iluminar parcialmente el lugar y que no hubiera tanta penumbra a su alrededor.

Jamás se cansaría de admirar la belleza de London; sin duda era la mujer más hermosa que había conocido en toda su vida, y sabía que, por más que se lo propusiera, jamás dejaría de extrañarla. Ella siempre sería un hueco en su

pecho, uno que no podría llenar con nada. Lo que habían conseguido tener era demasiado perfecto, y quizá por eso se había acabado, porque, ante los ojos de los demás, sonaba como un amor irreal.

La añoraba demasiado... Cuando estaban juntos, todo era más fácil, y jamás pensó que se acabaría tan rápido; ellos siempre pensaron que envejecerían juntos.

Sin embargo, no había sido así.

El destino se la había arrebatado, y él nunca más sería feliz como lo fue con ella.

Por la madrugada, lo despertó el frío. El fuego se había apagado y su vejiga, además, estaba a punto de explotar, después de haber vaciado en su estómago quince latas de cerveza de casi medio litro cada una.

Había llorado hasta quedar exhausto, y se había dormido abrazado al álbum que contenía sus recuerdos. Lo miraba siempre que entraba en pánico ante la sensación desestabilizante de que pudiera olvidar su rostro.

Cogió su móvil para ver la hora y comprobó que era muy temprano, apenas las tres, así que se dijo que lo mejor sería volver a encender el fuego, pero antes debía orinar o mojaría sus pantalones en cualquier momento.

Se puso de pie y, mientras aliviaba su vejiga, desistió de hacer una nueva hoguera, pues le dio pereza hacerlo, así que pensó que lo mejor era coger la chaqueta de cuero que siempre llevaba con él en la camioneta y meterse luego dentro del saco de dormir; con eso debería ser suficiente para dejar de sentir frío.

Tras cogerla, se alumbró con el móvil y volvió a repasar las imágenes en el álbum de fotos, lo que lo llevó a beber más cerveza.

Al rato le pareció oír pasos y el sollozo de una mujer, así que permaneció alerta. Al cabo de algunos instantes, los pasos se alejaron y, en una fracción de tiempo muy corta, se oyó un grito. Ante esto, Viggo abrió el cierre del saco de dormir y se sentó, para luego ponerse inmediatamente de pie y empezar a

caminar en dirección hacia el lugar de donde procedía el chillido; quizá alguien necesitaba su ayuda.

Mientras se dirigía hacia allí, oyó unos tiros, a pesar de que las detonaciones fueron amortiguadas por un silenciador y por ello no retumbaron en el ambiente como normalmente lo hubiera hecho el disparo de un arma. En todo caso, igual captó un sonido que podía ser advertido claramente por el oído humano. Viggo apresuró su paso y se agazapó tras unos árboles cercanos, unas secuoyas gigantes; en ese instante vio a dos personas vestidas de negro que huían corriendo hacia donde Castle Rock lindaba con el campamento Waterman Gap Trail, en el extremo noroeste del parque estatal Big Basin Redwoods.

—¡Joder! —exclamó en voz baja, y permaneció agachado, esperando a que se alejaran. Cuando estuvo seguro de que se habían ido, encendió la linterna de su móvil para alumbrar el camino y empezó a andar hacia el sitio por el que los había visto aparecer.

No tardó en oír quejidos.

—No puedo verte; habla para que te encuentre y pueda ayudarte —dijo sin elevar demasiado la voz, por si a sus atacantes se les ocurría volver.

Sin embargo, la persona que probablemente estaba herida no emitió más sonidos. Comenzó a buscarla desesperadamente, hasta que por fin advirtió un cuerpo parcialmente sumergido en un arroyo que cruzaba el parque, que era el afluente de una pequeña cascada.

—Te encontré. Tranquila, estarás bien... —le dijo mientras saltaba sobre una piedra para acercarse a la chica que yacía allí, herida.

Cuando por fin la alcanzó, revisó sus signos vitales... aún estaba viva. Su abdomen presentaba una perforación de bala, pero, en ese lugar, y a oscuras, no era capaz de ver si tenía alguna herida más, y no era mucho lo que podía hacer por ella. Intentó marcar el número de la asistencia médica para denunciar el ataque e indicar dónde estaban para que mandasen ayuda, pero recordó que en el parque no había cobertura móvil, así que la cargó en brazos para sacarla de allí y que tuviera una oportunidad de sobrevivir. La llevó

hacia donde él estaba acampando, se quitó la chaqueta, también la camiseta y, con ésta, taponó la herida. Luego fue hacia la camioneta en busca de su maletín, donde siempre

llevaba algo de instrumental médico que pudiera servir para unos primeros auxilios. Daniel había hecho un juramento hipocrático mucho tiempo atrás y, aunque ya no se dedicaba a su profesión de médico, no podía mirar hacia otro lado y no ofrecer su ayuda a un ser humano que la necesitaba.

Cuando regresó, la movió para evaluar su estado; por suerte, si bien se había especializado en obstetricia, también era médico general, así que poseía los conocimientos suficientes como para asistirle.

Constató que tenía esa herida de bala sin salida en el abdomen, que era la que más le preocupaba; otro proyectil le había atravesado un brazo y un tercero apenas si le había rozado la pierna derecha. Evidentemente, quien le había disparado no tenía muy buena puntería, ni mucha experiencia, pues, en caso contrario, los tres disparos hubieran alcanzado partes del cuerpo que le hubiesen ocasionado heridas letales.

Nada de lo que llevaba en su maletín servía realmente para asistirle, así que se dijo que no había tiempo que perder y abrió la tapa de la caja de carga de la clásica camioneta blanca del año sesenta y cinco que conducía y la acomodó allí; después la cubrió con el saco de dormir y también con su chaqueta, y luego echó encima una lona —que había mandado hacer cuando restauró el vehículo— que cubría por completo la caja trasera, para que ninguna cámara lo pillara llevándosela con él. Incluso pensó en ponerla en el asiento del copiloto, pero dedujo que atrás iba a ir más cómoda y, además, de esa manera él podría estar más atento al camino y conducir a mayor velocidad, ya que era imperativo llegar cuando antes, pues estaba perdiendo mucha sangre.

Antes de ponerse en marcha, se cercioró de que el fuego que antes había encendido estuviera bien apagado, pues no quería ocasionar un incendio forestal, ya que amaba la naturaleza, y tampoco necesitaba buscarse problemas con la policía que pudieran conducirlos a descubrir la actividad ilegal que él y sus amigos practicaban. Debía pensar en todo.

Recogió todas sus cosas, las arrojó dentro del habitáculo de la Chevrolet C10

y se montó en ella. De inmediato salió a toda velocidad del parque; se llevó consigo la llave del portón lateral, luego la devolvería, y condujo por la carretera superando todos los límites de velocidad permitidos.

Finalmente llegó a la ciudad de Atherton, que estaba a tan sólo cuarenta y tres kilómetros del parque; recorrió ese trayecto casi en la mitad del tiempo que solía emplear por norma general y, cuando llegó a la casa, accionó el mando a distancia del portón de madera y entró en la villa italiana que compartía con el resto de los luchadores.

Lo que llevaba consigo, sin duda, eran problemas, pero no podía dejar a esa chica tirada ahí, y mucho menos llevarla a un hospital, en el que se arriesgaba a quedar capturado por las cámaras de seguridad cuando la dejara para que la asistieran de urgencia. De cualquier manera, si hubiese actuado así, eso también hubiese significado más problemas.

Entró con la camioneta y estacionó frente a la casa de huéspedes que él ocupaba. Había maniobrado de manera tal que la caja de carga del vehículo había quedado mirando hacia la entrada; apartó la lona, abrió la tapa y trepó para volver a revisar los signos vitales de la joven. Suspiró aliviado cuando comprobó que aún estaba con vida.

—Aguanta, pronto estarás bien, no dejaré que te mueras. Te prometo que haré todo lo que esté a mi alcance.

La entró en la vivienda, la dejó sobre la mesa y, al instante, corrió hacia la casa principal; necesitaba que lo ayudaran. Despertó a Zane y a Ariana, pues golpeó con fuerza la puerta de su dormitorio hasta que éstos le contestaron.

—Venid a mi casa, ha ocurrido algo.

Cuando éstos llegaron, adormilados, se encontraron con Viggo pinchando el brazo de la chica para colocarle una cánula y pasarle suero. Era normal que él tuviera tubos de suero allí, pues a menudo, para hidratarse rápido, los usaba con él o con sus compañeros.

—¿Qué mierda estás haciendo? —gritó Zane; su mujer sólo emitió un suspiro y se cubrió la boca.

—Ariana, necesito que saques mi instrumental quirúrgico de ese cajón; no es mucho, pero servirá. Ve a la cocina y esterilízalo.

Zane lo sujetó por el brazo, arrancándolo del lado de la herida.

—Qué mierda es esto, te he preguntado. Ariana no hará nada hasta que me lo expliques.

—Maldita sea, Zane, no hay tiempo que perder. La encontré malherida en el parque, en Castle Rock. Vi cómo dos personas le disparaban, y no podía dejar que muriese.

—¿Y la has traído a casa? ¿Qué coño tienes en la cabeza? Si fallece, ¿qué cojones haremos con su cadáver?, ¿lo has pensado?

—No, sólo he pensado en salvarla, no la dejaré morir... no hoy, ella no puede morir delante de mí precisamente hoy.

—Estás loco; definitivamente, estás loco.

Mientras ellos discutían, Ariana buscó el instrumental quirúrgico de cuando Viggo ejercía la medicina y fue con todas las herramientas a la cocina para hacer lo que él le había pedido, ponerlos a hervir. Cuando regresó, Viggo ya le había colocado una vía a la chica y le estaba tomando la presión.

—Su tensión arterial está descendiendo mucho. Necesito abrirla y sacarle la bala para suturar la posible hemorragia interna que tiene. Debo extraer la bala y arreglar lo que esté mal.

—Seré tu asistente.

—Definitivamente, los dos os habéis vuelto locos —gritó Zane, y salió de allí, dejando a Ariana con Viggo.

Los gritos y el revuelo de idas y venidas hacia la casa despertaron a los demás, incluso a Agatha, quien no tardó en acudir a echarles una mano a su

consentido y a Ariana.

Los demás estaban fuera con Zane, atónitos, esperando a que Viggo saliera y les dijera algo.

—Agatha, átame el pelo y ponme un pañuelo en la cabeza o una gorra... algo, no sé, lo que sea que evite el riesgo de que mi cabello caiga en la herida —le pidió Viggo mientras se lavaba las manos. Luego se colocó unos guantes y pidió que trajeran más luces para poder ver mejor la zona que estaba a punto de abrir.

Zane había vuelto a entrar, junto al resto de sus compañeros; en ese momento todos estaban colaborando, con el fin de que esa joven no se muriera en la casa.

Incluso Ziu, ayudándose con unas muletas, había ido hasta allí y estaba sentado en un rincón, viendo cómo todos corrían de un lado a otro. Por suerte Viggo siempre compraba anestesia para cuando cosía los cortes de sus amigos, así que

se la iba a inyectar en la zona de forma local. Esperaba que fuera lo suficientemente efectiva, puesto que una cirugía así necesitaba una anestesia total. Por otro lado, siempre tenía a mano un surtido de medicamentos; ésa era una costumbre que no había podido quitarse de la época en la que practicaba la medicina. Contaba con potentes calmantes y antibióticos, aunque esperaba que no surgiera ninguna complicación importante, porque la medicación que poseía a su alcance era bastante básica. No tenía nada para administrarle en el caso de que la joven entrara en paro, ni nitroglicerina ni tampoco ningún betabloqueante.

Además, la estaba operando a ciegas, ya que no tenía ningún registro cardiaco de ningún monitor; sólo contaba con las lecturas de las pulsaciones que Ariana intentaba tomar manualmente y con el tensiómetro.

Le costó encontrar la bala, pero finalmente lo hizo; estaba alojada en un tramo de intestino que cortó y volvió a unir. El disparo, por suerte, no había afectado a ningún órgano vital. Luego suturó la herida y después se encargó de limpiar bien las otras, menos graves, y coserlas también.

—Igor, tú eres donante universal, porque tienes grupo cero negativo. Sería bueno hacerle una transfusión de tu sangre, ya que ha perdido mucha.

—Joder... —exclamó éste, y se sentó, resignado, ofreciendo su brazo, para que Viggo hiciera con él lo que quisiera.

Capítulo diecisiete

Habían transcurrido varias horas desde que había terminado de operarla y extraerle la bala, pero la chica seguía inconsciente, aunque sus signos vitales eran casi normales.

En ese momento descansaba en su cama. En cuanto amaneció, envió a Nix a que comprara ciertos medicamentos con los que no contaba y que podían hacerle falta. Viggo no se había movido del lado de la joven, esperando a que ésta despertara.

Una vez había leído que los ángeles caídos pueden preferir arrepentirse para encontrar el perdón; quizá haberla encontrado justo ese día era una señal y el día de su juicio final había llegado. Tal vez esa mujer se había cruzado en su camino precisamente en esa fecha para que él limpiara de alguna forma su culpa y por eso Dios le había permitido que pudiera salvarla. Agitó la cabeza, sólo estaba divagando e imaginando algo muy místico; él no tenía perdón por el pasado.

Fue hacia el baño y se dio una ducha rápida con la puerta abierta para poder vigilarla mientras lo hacía.

Viggo salió con una toalla envuelta en las caderas y se acercó para poder echarle un vistazo de cerca; seguía durmiendo. Estaba seguro de que eso se debía al efecto de los calmantes y no por alguna cuestión médica, pues, como no había podido anestesiarla de forma correcta, la había drogado bastante con los analgésicos paliativos que tenía a su alcance.

Después de vestirse, pensó que era preciso cambiarla de cama, ya que la suya estaba muy manchada con sangre y secreciones de las heridas; eso era un foco de infección latente para alguien en su estado.

Sin embargo, para hacerlo necesitaba la ayuda de Agatha, así como la de algunos de los hombres para que cambiaran el colchón y trajeran otro de las habitaciones que estaban vacías en la casa principal. Llamó a Nix, pues no

quería alejarse de ella, y éste le contestó de inmediato. Le explicó rápidamente lo que había que hacer y su compañero le dijo que enseguida iba con un colchón limpio. Agatha no tardó en aparecer con sábanas, ya que Nix, de camino, le comentó el plan.

Entre Viggo y Nix sacaron a la chica del colchón en el que estaba y la depositaron, por unos pocos instantes, en el suelo; luego pusieron el que no estaba manchado y Agatha y Viggo hicieron rápidamente la cama con sábanas limpias.

Bajo el cuerpo de la chica pusieron una cortina de baño como protección y luego colocaron encima otra sábana, para que el colchón no volviera a mancharse con nada. Cuando Viggo se quedó solo con la muchacha, la lavó. Se tomó su tiempo para mirar con detenimiento una vieja cicatriz, hecha a la altura de donde se practica la incisión para realizar una cesárea. Pasó su mano por ésta y notó que una parte había cerrado formando un queloide. Cuando hizo la incisión en su abdomen mientras buscaba la bala, notó marcas en su útero también, que se correspondían con la externa; él era obstetra y ginecólogo y las conocía muy bien. Cuando se hace una cesárea, se cortan cinco capas: piel, grasa, aponeurosis muscular y peritoneo parietal; los músculos del abdomen no se seccionan, pero se hacen a un lado y, por último, se separa la capa que recubre al útero y lo une a la vejiga. Hay cicatrices que un médico no puede dejar de reconocer, y todavía más uno que se ha dedicado a traer bebés al mundo.

La cubrió con la sábana, y no pudo apartar sus ojos de ella. La chica era delgada pero con formas. Consideró que se veía pulcra, y también tuvo en cuenta que la ropa que llevaba puesta cuando la encontró era cara, de diseñador.

—¿En qué estabas metida para que quisieran matarte?

Capítulo dieciocho

—¿A dónde la has llevado?

—Jamás la encontrarás, ya me he deshecho de ella, y lo que no existe, deja de ser un problema. Tu puta no volverá, ha desaparecido.

Alexandr estaba furioso con Tatiana. Había evadido la seguridad de la casa y se había llevado con ella a Ekaterina, incluso le había quitado la pulsera para que no las pudieran rastrear, pero estaba seguro de que eso no lo había hecho sola, pues su diminuto cerebro no daba para tanto; así que, cuando por fin descubriera al que la había ayudado, le echaría mano a ese hijo de puta y le retorcería el pescuezo como si fuera una gallina.

Harto de exigirle en vano que hablara, perdió todos los estribos y arremetió contra su esposa, arrinconándola contra la pared y golpeándole la cabeza contra ésta.

—Dime de una jodida vez dónde la has llevado.

Tatiana se reía en su cara, sin parar.

—Dímelo, maldición, o te prometo que te haré daño.

—Te ves tan patético...

Alexandr volvió a abofetearla.

—Dímelo, maldita borracha inútil.

—La he matadoooooooooo, la he matadoooooooooooooo.

Pávlov trastabilló hacia atrás al oír sus palabras. Al principio se sintió aturdido ante la revelación, pero entonces reaccionó con furia: la cogió del cuello, iba a estrangularla con sus propias manos. Tatiana, al ver la enajenación de éste, temió realmente por su vida, pues nunca lo había visto tan fuera de sí.

—Hija de puta, eres una completa estúpida que no sirve más que para arruinarme la vida.

De pronto dejó de hacer presión en su cuello, cuando a ella apenas le quedaba un hilo de aliento. Tatiana intentaba arrancarle las manos de su cuello, pero Sasha tenía demasiada fuerza. Cuando finalmente la soltó, volvió a abofetearla, derribándola esta vez al suelo, como quien tira la basura. De inmediato, Alexandr salió de allí agarrándose la cabeza. La idiota de Tatiana no sólo se había deshecho de su amante, sino que tal vez también había matado a su hijo, pues quizá Kaysa ya estaba embarazada nuevamente de él.

Lo peor de todo era que, si el hermano de Ekaterina se enteraba de lo que había pasado, no seguiría luchando para que ellos pudieran conseguir hacerse con el control de las apuestas en Atherton, y las posibilidades de que su facción fuera la más poderosa de Estados Unidos quedarían truncadas.

Salió de la casa disparado, se subió al SUV y le indicó a Mijaíl que lo llevara al recinto. Necesitaba poder revisar el itinerario que había hecho la imbécil de Tatiana rastreando su móvil; una vez, el experto en informática ya la había rastreado así. Quizá de esa manera lograra encontrar el cuerpo de Kaysa.

Viggo estaba exhausto, lidiar con toda la situación lo había dejado agotado.

Hacía demasiado tiempo que su cuerpo no experimentaba semejante subidón de adrenalina. La sensación le hizo recordar las primeras veces que había entrado en un quirófano, y en su pecho experimentó un sentimiento que él se había afanado en extirpar de su ser.

Agitó la cabeza al considerarlo, y se trasladó hasta donde había un butacón tapizado en piel, de estilo *vintage club*, lo levantó y lo puso junto a la cama.

Necesitaba descansar un rato mientras ella continuaba durmiendo. Se apoltronó en el sillón y apoyó los pies sobre el colchón, acomodó la espalda contra el mullido respaldo y descansó el codo en el reposabrazos mientras que con la mano se sostenía la cabeza.

Fue casi instantáneo el sopor que sintió, y se quedó dormido de inmediato.

Abrió lentamente los ojos y miró a su alrededor. Cuando lo vio a él durmiendo a su lado, se envaró y una punzada recorrió todo su abdomen. Estaba aturdida, le dolía todo el cuerpo.

Bajó una mano y palpó allí donde sentía el dolor. Se tocó suavemente por encima de la sábana, y luego se dio cuenta de que tenía un tubo flexible enchufado a su brazo; lo siguió con la mirada hasta la bolsa de suero que estaba conectado a éste. Miró a su alrededor de nuevo, y vio claramente que no estaba en un hospital, ni tampoco en el *gulag*. El lugar no se parecía a ninguno que ella conociera; se trataba de un sitio cálido, con paredes acristaladas y cortinas que las cubrían del techo al suelo.

No oscurecían totalmente el ambiente. Por una rendija entraba un rayo de sol y observó el modo en el que éste iluminaba el pelo castaño y le cruzaba el rostro a ese desconocido que yacía a su lado.

Quiso moverse, pero sintió mucho dolor. Contuvo a duras penas un quejido que casi se le escapa; no quería despertarlo. Sin embargo, él pareció oírla y se agitó.

Aún no estaba preparada para enfrentar a ese hombre, así que cerró los ojos y fingió que todavía dormía.

Puso en alerta sus sentidos y lo oyó moverse. Estaba segura de que había bajado los pies de la cama y se había puesto de pie, inclinándose sobre ella para comprobar cómo estaba.

—Sé que estás consciente, abre los ojos.

Su profunda voz la hizo estremecerse.

Kaysa permaneció en silencio, insistiendo en mantener los ojos cerrados. Se sentía más a salvo si no lo enfrentaba aún.

—No voy a hacerte daño, sino todo lo contrario, te estoy ayudando.

Alexandr también le había dicho eso, que no la dañaría, así que ¿por qué iba a

creer a ese desconocido que, además, tenía un aspecto escalofriante y rudimentario a simple vista? Aunque debía reconocer que era atractivo, y que su exuberante y grandioso cuerpo se veía vigoroso.

La camiseta negra con la inscripción de Metallica, una banda muy conocida de rock, abrazaba su amplio y musculoso pecho. Le había bastado con verlo tan sólo unos segundos para advertirlo; incluso, en su escrutinio, percibió que llevaba una barba larga que enmarcaba su mandíbula, y consideró que le quedaba muy bien, le daba un toque más de misterio. Kaysa pensó que hasta se veía sexy.

«¿Por qué estoy pensando esto?»

Sus ojos se abrieron con sorpresa al ser consciente de dónde habían escalado sus pensamientos; había sido un acto reflejo, pues no se trataba de acatar la petición que aquel hombre le había hecho.

Pero, para su asombro, cuando los abrió, se encontró con una mirada serena y esperanzada, y una sonrisa que hacía que los ojos se le cerraran formando surcos pronunciados, por lo que parecía que sonriera más de la cuenta. Incluso sus cejas se elevaban y provocaba que se destacara más la cicatriz que tenía en una de ellas.

—¿Cómo te sientes? No tengo dudas de que estarás dolorida, pero, del uno al diez, ¿en qué intensidad sientes dolor? ¿Recuerdas lo que te ocurrió?

—¿Dónde estoy?

—En mi casa. Te encontré malherida. Soy médico; te traje conmigo y te curé.

¿Recuerdas lo que te pasó? —volvió a preguntarle.

Las lágrimas de Kaysa se derramaron por el rabillo de sus ojos.

—Shh, tranquilízate, te prometo que soy buena gente. Al igual que todos los que vivimos aquí, sólo intentamos ayudarte. Si me dices a quién quieres llamar de tu familia, los avisaré de que estás aquí.

Ella negó con la cabeza, pero sin hablar.

En ese momento Agatha golpeó la puerta.

—Adelante —contestó Viggo de inmediato.

La mujer traía un plato con comida para él.

—Oh, pero si se ha despertado. Tienes bastante buen aspecto; tu rostro ya tiene mejor color, tus mejillas se ven saludables, con buen tono, y tus labios ya no están pálidos.

—Agatha, no la agobies; acaba de despertarse.

—No la acapares, gruñón. Te he traído algo para que te alimentes; ella, ¿puede comer?

—Todavía no es conveniente, empezaremos con líquidos.

La regordeta mujer se acercó a la cama y le tocó la frente a Kaysa, y ésta consideró que parecía muy amigable, al igual que el desconocido. No tenían nada que ver con los guardianes del *gulag*, aunque él también estaba lleno de tatuajes... Su aspecto era un poco extraño para ser un médico, conjeturó. Luego la mujer se inclinó y le besó la frente.

—Estarás bien, no temas, has caído en muy buenas manos. Así, todo grandote y rudimentario como lo ves, asusta un poco, pero tiene un corazón que vale oro.

Se hace el duro, pero en el fondo es un blando; te lo digo yo, confía en mí.

—Agatha, no te ha pedido ninguna descripción. Ella puede conocerme y sacar sus propias conclusiones, y... —miró a la chica—... no te fíes de lo que te dice, no soy nada amigable. Ahora déjale que descanse, aún está muy fatigada.

Finalmente se quedaron solos, y él se sentó junto a ella en el butacón y devoró la comida que Agatha le había preparado. La joven todavía se sentía débil, y por momentos cerraba los ojos. Cuando terminó de comer, Viggo se puso de

pie y no le pasó desapercibido que la chica miraba hacia la salida, además de no quitarle ojo a él.

—En cuanto estés mejor, podrás irte. Si me dices a quién quieres que llame, lo haré —volvió a repetirle—. ¿Cuál es tu nombre?

—No lo sé —dijo ella con un hilo de voz, y él no supo si había oído bien.

—¿Cómo has dicho?

Viggo se alarmó, pues pensó que tal vez, cuando se había caído al arroyo la noche anterior, se había golpeado la cabeza con alguna piedra. Se aproximó a la muchacha y buscó algún impacto, pero antes ya la había examinado y no había visto ninguna contusión.

—Me llaman Kaysa, pero no estoy segura de que ése sea mi verdadero nombre. ¿Dónde estamos? —Volvió a preguntar.

—Mi casa queda en Atherton, ¿sabes dónde es eso?

Ella negó con la cabeza. Las preguntas que le hacía y las respuestas que él le daba, por alguna razón, le daban confianza; incluso no se le escapó que la puerta de entrada no tenía cerrojo y, además, él se había ofrecido dos veces a llamar a

su familia, lo que le daba la clara pauta de que ese hombre no tenía nada que ver con la *bratva*.

Todo cuanto decía parecía mostrar buenas intenciones de su parte.

—No me he presentado: me llamo Daniel Carter, pero desde hace un tiempo nadie me llama así, aquí todos me conocen como Viggo. Soy luchador de artes marciales mixtas, y ése es el nombre que utilizo cuando entro en la jaula a pelear.

Ella lo miró confundida.

—Oh, no te asustes, soy médico también. Me licencié mucho tiempo atrás, pero en la actualidad no estoy ejerciendo; sin embargo, mis conocimientos no

se han esfumado, por eso pude curarte ayer cuando te encontré.

Viggo volvió a sentarse a su lado y le sostuvo la mano; estaba helada.

—¿Tienes frío? Te pondré una manta.

—Estoy bien, siempre tengo las manos frías.

Daniel no soltó su mano, sino que se la frotó y le dio calor. Kaysa lo observó y notó que su mano parecía muy pequeña en comparación a la de él, casi se perdía en la envoltura de la suya.

Viggo se encontró de pronto pasando el pulgar sobre su mano en una caricia inesperada, y sintió una descarga eléctrica que le recorrió el cuerpo. Asustado ante aquella sensación, se la soltó y se puso de pie, masajeándose la frente.

—Tengo ganas de hacer... de ir al baño.

—Oh, Dios, claro. Espera, te buscaré una camiseta mía para que te la pongas y te ayudaré a ir al cuarto de baño.

—¿Se puede?

—Ariana, claro, entra. Mira, Kaysa se ha despertado. Has llegado en muy buen momento; quiere ir al baño, ¿nos echas una mano?

—Por supuesto, contad conmigo para lo que necesitéis.

Viggo se acercó a una cajonera y de ella sacó una camiseta.

—Bueno, no tengo ropa adecuada para ti, pero creo que esto servirá.

Le tendió la camiseta a Ariana; era de color negro y tenía una inscripción en la pechera en la que ponía «Nirvana», otra famosa banda de rock.

—Yo la sentaré, para que tú se la pongas —le indicó a Ariana—. Espera,

desconectaremos el suero un instante; tienes puesto un catéter, una vía intravenosa, así que será fácil.

No quería incomodarla, por lo que ladeó la mirada cuando las sábanas cayeron dejando al descubierto sus turgentes senos. Ese detalle no le pasó desapercibido a Kaysa, y se sintió agradecida; cada acción de esa gente le daba más confianza. A continuación Ariana la ayudó a colocarse la enorme camiseta.

—Te llevaré hasta el baño en brazos y luego te dejaré con ella para que te eche una mano. Puedes cogerte de mi cuello.

—Aaaaaaah —se quejó la joven cuando éste la levantó como si se tratara de recoger una pluma del suelo.

Daniel era un hombre muy fuerte, caviló sin temor a equivocarse; cuando se agarró del cuello de él con su brazo sano, notó que los músculos de éste eran potentes, y que su brazo casi se perdía abarcándolo.

—¿Te he hecho daño? Lo lamento.

—No, me ha dolido sólo un poco el brazo.

Sus rostros quedaron a escasa distancia, y ella no pudo dejar de mirar el color verdoso de sus iris.

Viggo la depositó sobre el retrete y salió de allí, dejándola junto a Ariana.

—Avisadme cuando hayáis terminado.

La chica se veía muy joven. No se había equivocado cuando la observaba mientras dormía. Su piel resplandecía tersa y lozana, con la elasticidad que tienen las pieles de los adolescentes. Cuando abrió los ojos, notó que era más bella aún que dormida. Tenía dos farolazos azules enormes que la hacían parecer más angelical todavía.

—¿Hace mucho que conoce al señor Daniel?

—¿Daniel?

—Al doctor...

—Oh, lo siento, Daniel, sí; es que casi nunca lo llamamos así.

—Me ha dicho su otro nombre, pero no lo recuerdo.

—Viggo.

—¿Él es su esposo? He visto que ambos llevan sortija.

—Noo, bueno, sí, tenemos sortija, y yo estoy casada, pero no con Viggo. Él también lo estuvo, pero su mujer murió. Hace tres años que lo conozco y te puedo asegurar que es un buen hombre. Mi marido es su entrenador, y en la casa vivimos con tres luchadores más: Igor, Nix y Ziu; seguramente muy pronto los conocerás. También vive con nosotros Agatha, la cocinera, y dos preparadores físicos, Tao y Kanu.

—Discúlpeme por preguntar, sólo intento entender quién es cada uno.

—No te preocupes. Viggo es un gran médico, lástima que se haya alejado de esa actividad, aunque también es muy bueno en las artes marciales mixtas. En realidad, es muy bueno en todo lo que hace, y es una gran persona... Ayer te salvó la vida, y no dudó ni un instante en hacerlo, en traerte aquí, aun sin saber si podía meterse en problemas por tu causa. ¿Quién te disparó? ¿Estás metida en algún problema? A simple vista no pareces una chica que ande en cosas turbias.

Kaysa empezó a temblar y de inmediato se arrancó a llorar.

—No llores... Se te puede abrir la herida, cálmate.

»Viggoooo.

Ariana abrió la puerta del baño y lo llamo a todo pulmón.

—¿Qué pasa?

—Llévala a la cama; no para de llorar y se le van a abrir los puntos.

Él la cargó en sus brazos y la llevó con sumo cuidado.

—No llores. Ya hablaremos cuando estés mejor; hace pocas horas que ha sucedido todo y seguramente aún estás atemorizada. —Ariana intentó tranquilizarla.

—Por favor, dejen que me quede aquí... Por favor, se lo ruego.

—Cálmate, Kaysa. Estás recién operada y no debes alterarte. Ariana tiene razón, tu herida puede abrirse.

Su voz sonó protectora cuando dijo su nombre.

—Aquí estás a salvo, ¿verdad, Viggo?

—Por supuesto; no dejaremos que nada te pase y, cuando estés preparada, avisaremos a quien tú quieras que avisemos para que venga por ti.

La chica asintió y guardó silencio; sólo intentó contener el llanto y aferrarse a las palabras que esa gente le decía. Prefirió creer que tal vez ellos sí pertenecían a los buenos. Al menos parecían preocuparse con sinceridad por ella.

Capítulo diecinueve

Viggo estaba en el gimnasio, entrenando. Necesitaba despejar un poco su mente, pues se había pasado todo el día haciendo de enfermero de esa chica, pero ella en ese momento dormía. Le suministró algunos calmantes que la ayudaron a que se relajara, ya que la joven parecía haber entrado en *shock* presa del miedo; la verdad es que no resultaría fácil para nadie un ataque como el que ella había padecido.

Agatha se ofreció a quedarse un rato con ella, así que él aprovechó para volver un poco a su rutina.

Por la mañana, cuando envió a Nix a comprar medicamentos, también le pidió que fuera hasta el parque estatal Castle Rock para devolverle la llave al guardabosques. No quería que su camioneta fuera vista por allí, ni tampoco él, por si alguna cámara de seguridad había captado algo. Cuando éste regresó, le dijo que no se rumoreaba nada y que todo estaba tranquilo, como si la chica

jamás hubiera estado ahí.

Una vez que terminó de entrenar, se dio una ducha en el baño del gimnasio y, tras asearse, fue hacia la casa de huéspedes; la muchacha seguía descansando, y eso estaba bien.

—Gracias, Agatha. Vete tranquila, yo me quedaré a pasar la noche a su lado; ve a acostarte para que tu espalda descanse como es debido.

—De acuerdo. Ahí te he dejado la cena, en el calentaplatos.

—Gracias.

Hablaban bajito, para que Kaysa no se despertara.

Viggo se sentó a la mesa para comer, pero antes se llevó consigo el portátil para buscar noticias de muchachas desaparecidas que estuvieran siendo buscadas en las últimas veinticuatro horas; le intrigaba que nadie hubiese reclamado a Kaysa.

«¿Dónde está su familia?, ¿es que nadie se preocupa por ella al ver que no aparece? Además, es una joven de corta edad, alguien debería estar buscándola.»

Barrió todas las páginas de noticia del derecho y del revés, pero nadie estaba siquiera preocupado porque una chica de las características de Kaysa no apareciera. Todo era muy raro, pensó. Cuando él la encontró, no parecía ser una chica que viviera en la calle, una sintecho, ni por sus vestimentas ni tampoco por el cuidado de su piel; estaba aseada, no aparentaba de ninguna manera ser una indigente ni nadie que estuviera pasando necesidades.

Cerró el ordenador y se pasó la mano por la frente; luego se puso de pie y fue a la nevera, de donde cogió un botellín de cerveza. Sorbió del morro y se acercó a la joven que dormía en su cama. Suspiró, cansado de tanto darle vueltas al asunto, y asumió que le tocaría otra noche de dormir incómodo en el sillón.

—Cof... cof... cof...

El sonido de una tos lo despertó en mitad de la noche. Se había quedado dormido con la cabeza apoyada en el colchón. Rápidamente se incorporó y estiró su espalda. Miró a Kaysa, que parecía estar ahogada; le levantó la cabeza alzándola por la nuca con una mano y le ofreció un poco de agua para que bebiera.

—Lamento haberte despertado, me estaba ahogando con la saliva.

—No hay problema, normalmente duermo muy poco. ¿Necesitas algo más?

—Ir...

—... al baño —concluyó él por ella—. Yo te ayudaré. Espera, te quitaré el suero, pues ya no lo necesitas. Así será más fácil.

La llevó al baño y la sentó en el retrete. Su camiseta de Nirvana le quedaba tan grande que casi le llegaba hasta las rodillas, como si fuera un camión.

—Toma papel, para que no tengas que estirarte; estaré fuera, llámame cuando acabes.

—Gracias, de verdad; es usted muy amable y ha sido muy considerado conmigo —le dijo cuando volvió a dejarla sobre la cama.

—Puedes tutearme; me haces sentir como si fuera un anciano, y no me siento nada viejo.

—No quiero hacer ni decir nada que pueda enojarlo.

—¿Enojarme? ¿A qué te refieres cuando dices enojarme? No te entiendo.

Ella se encogió de hombros.

—Olvidalo. ¿Tienes hambre, Kaysa?

—Un poco.

—Ya han pasado casi veinticuatro horas desde la cirugía y has tolerado bien el agua, así que iré a prepararte una sopa y te la traeré. Es preciso que sigas, durante unos días, una dieta líquida, ya que tuve que operarte el intestino; la bala que te extirpé estaba alojada ahí.

Ella asintió y bajó la cabeza, esquivando su mirada. Viggo extendió el brazo y abrió la mano y, como acto reflejo, Kaysa se protegió con las suyas; el brusco movimiento provocó que se quejara.

—Tranquila, sólo iba a tocar tu mentón para que no te escondieras de mí; no quiero hacerte daño, pero, si te molesta que te toque, no lo haré.

—Lo lamento.

—Te dejaré sola un rato, ¿está bien?

—Como usted disponga.

—Puedes llamarme Daniel, o Viggo, como más te guste y, por favor, tutéame.

—Viggo se rio cuando se lo pidió nuevamente, ladeó la cabeza y se puso un mechón de pelo tras la oreja—. Me haces sentir un viejo, de verdad lo digo.

—De acuerdo, Daniel.

—Bien; ahora vuelvo, no tardaré.

Viggo caminó a grandes zancadas con el fin de llegar con celeridad a la casa principal. Todos dormían, así que entró intentando no hacer demasiado ruido. Se dirigió a la cocina y buscó en la nevera lo necesario para hacer una sopa.

Al cabo de un rato volvió con un consomé de pollo; todo estaba dispuesto sobre una bandeja.

—Aquí estoy, espero no haber tardado demasiado. Por suerte Agatha siempre tiene la despensa llena, así que te he preparado un caldo de pollo y verduras.

Apoyó la bandeja sobre la mesilla de noche y después la ayudó a sentarse en

la cama, rodeándola de almohadas.

—Bien, ¿puedes sola o necesitas ayuda?

—No quiero abusar, pero soy zurda.

—Y justo es el hombro que tienes lastimado. Déjame a mí, creo que puedo hacerlo. Tú sólo abre la boca y te haré un avioncito si es necesario para que te lo comas todo —apuntó con ánimo bromista, y ambos rieron.

Capítulo veinte

Por la mañana abrió los ojos antes que él. Había dormido muy mal durante toda la noche, pero no había querido despertarlo porque lo que le sucedía no era nada relacionado con su salud. En plena madrugada, las pesadillas habían interrumpido su sueño en varias ocasiones; los monstruos que siempre la acechaban aparecieron nuevamente, una bestia hostil a la que le temía mucho... y desde que había descubierto los tatuajes de Mijaíl, eso le ocurría todavía con más frecuencia, hecho que la desconcertaba. Ella sabía que esa mano tatuada que aparecía en sus sueños tenía algún tipo de conexión con el pasado que había preferido olvidar a modo de defensa.

Alejando esos pensamientos, intentó moverse en la cama para poder espiarlo mientras él aún dormía, pero las heridas le tiraban considerablemente. Se sintió mal porque Viggo hubiera tenido que echarse en el suelo, sobre los almohadones del sofá, pero éste no quiso dejarla sola y se negó a irse a dormir a una habitación de la casa principal.

Por alguna razón, sentía que realmente la cuidaba.

Quien yacía ahí en el suelo era el doctor Carter, no el luchador. Esos días había dado paso a sus conocimientos, volviendo a ser, a ratos, el profesional que una vez fue.

Saliendo de su letargo, se refregó los ojos y estiró su enorme cuerpo. De inmediato apoyó una de sus manazas en la cama y asomó la cabeza para mirarla; se encontró con unos enormes y apabullantes ojos azules que lo observaban, supuso que con... agradecimiento.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Cómo te sientes?

—Mucho mejor.

—Me alegra oír eso. Me daré una ducha y luego curaré tus heridas. ¿Deseas ir al baño primero?

—Puedo esperar a que te hayas duchado.

—No lo haremos, porque te levantarás y caminaremos hasta allí.

Ella abrió sus ojos como platos.

—Será molesto —continuó diciendo, con talante de sabelotodo— sin duda — se atrevió a afirmar—, pero, cuanto antes te pongas en pie y empieces a caminar, más pronta será tu recuperación.

La cogió por debajo de las axilas y la ayudó a que se pusiera de pie. Ese hombre, en sólo unas pocas horas, había hecho más por ella de lo que podía recordar que alguien hubiese hecho jamás. Se quedó contemplándolo, estudiando sus facciones con disimulo; era atractivo, no había duda al respecto... Su recia mandíbula enmarcada por una tupida barba y su melena despeinada lo hacían verse sexy.

Ajeno a su escrutinio, Viggo la cobijó bajo su brazo y caminó lentamente a su lado, dando un paso tras otro a la vez que ella. Tardaron una eternidad en llegar, pero él parecía muy paciente.

Luego la devolvió a la cama y, al instante, se alejó para perderse dentro del baño.

Kaysa notaba que se estaba recuperando rápido de sus heridas y la idea la apabullaba, pues ¿qué sería de ella cuando estuviera bien? Cada minuto que pasaba se convencía más de que allí no la tenían prisionera, así que le afectó

pensar que, cuando estuviera repuesta, debería marcharse. Eso la inquietaba sobremanera; no quería volver a caer en las garras de esos traficantes de personas que dirigían su vida desde hacía tanto.

Unos minutos más tarde, cuando consiguió restablecer su armonía, decidió desechar esos pensamientos, ya que consideró que no era bueno adelantarse a los acontecimientos, que era mejor serenarse y aprovechar esos días de gracia que estaba viviendo en esa casa.

Viggo no tardó en abandonar el baño; salió con tan sólo una toalla enrollada a la cintura.

—Te pido disculpas, estoy acostumbrado a vivir solo y no me he llevado ropa.

Kaysa sintió que sus mejillas ardían y sólo atinó a asentir sin decir nada.

Su majestuoso físico combinado con su estilo, una mezcla entre lo desaliñado y lo sexy, por alguna razón le llamaba la atención. Estaba segura de que esa larga y ondulada cabellera, los ojos verdes y esa sonrisa tan auténtica podían enloquecer a cualquiera, y eso sin mencionar sus atributos traseros, pues tenía un culo de campeonato.

Cuando se giró, quedó obnubilada por su ancha y musculosa espalda, que estaba tatuada en su totalidad. Le intrigó el diseño, pero no quería ser pillada mirándolo; además, no era el único, ya que tenía otros tatuajes en el brazo y algunas perforaciones también.

Quizá lo que lo hacía más atractivo a sus ojos era sólo su melena despeinada, su espesa barba o los tatuajes y perforaciones —ella nunca había visto a un hombre de esas características antes—, o tal vez sólo se debía a que la trataba bien.

Fuera cual fuese la razón, era descabellado estar teniendo esos pensamientos.

«Pero ¿qué mierda me pasa?»

Viggo pasó de nuevo al baño, y ella se quedó enganchada en sus reflexiones,

sin poder dejar de considerar su físico.

«¿Era el dibujo de un ángel?»

—¡Basta! —se dijo a sí misma, bajito, reprendiéndose por ser tan indiscreta y por considerar que había perdido la cabeza.

—¿Has dicho algo?

—Eeeeh, no.

—Me lo ha parecido, entonces. Iré a ver qué nos ha preparado Agatha para desayunar, y luego le pediré a Ariana que te ayude a ducharte; así luego curo tus heridas.

Capítulo veintiuno

Viggo no regresó en toda la mañana, y eso la apenó. Había dicho que volvería a hacerle las curas, pero no lo hizo. En lugar de eso, envió a Agatha con un jugo de arándanos como desayuno, ya que debía seguir con la dieta líquida. Luego apareció Ariana y la ayudó con su aseo personal; la mujer tuvo la deferencia de buscar algo de ropa de ella y prestársela. En cierto momento se mordió la lengua, dominando la tentación de preguntarle por Daniel; seguramente éste tenía cosas que hacer y no podía pasarse todo el tiempo pendiente de ella.

Al mediodía, volvió a aparecer Agatha, esta vez con una sopa, para que se alimentara. Estaba exquisita; era evidente que aquella mujer tenía muy buena mano en la cocina.

—Está muy sabrosa, a mí no me sale tan apetitosa.

—¿Te gusta la cocina?

—Ésa ha sido mi última ocupación durante... cuatro años, tal vez un poco más

—comentó mientras comía con muchas ansias y sin dar mayores detalles; al instante se arrepintió de haber hablado cuando Agatha la interrogó.

—Trabajabas de cocinera, ¿dónde?

—En el comedor de un internado.

—¿Un internado por esta zona? No sabía que hubiera uno.

Kaysa cambió de ese tema a algo insustancial... que si esto, que si lo otro... y la fue llevando de conversación en conversación para situarse en una segura que no implicara dar muchas explicaciones.

Cuando terminó de comer, Agatha se lo llevó todo y Kaysa se sintió apenada por estar siendo una molestia para toda esa gente, así que recordó las palabras de Viggo de esa misma mañana: debía ponerse en pie y caminar, aunque le doliera.

Cuanto más pronto se pusiera en marcha, más rápido se podría ir... Aunque la idea no sólo no le gustara, sino que en realidad la asustaba, debía aceptar que era lo correcto, lo que debía hacer.

Ella no sabía a ciencia cierta si la casa en la que estaba se encontraba cerca del sitio donde la mujer de Alexandr la había llevado para asesinarla, ni tampoco tenía idea de si ese lugar estaba cercano a la casa donde Sasha la había mantenido cautiva las últimas semanas, y mucho menos sabía la ubicación del *gulag*.

Durante cuatro años, había vivido dentro de una burbuja y perdido toda noción de tiempo y espacio. Lo único que tenía claro era que debía largarse a una ciudad bien lejana de aquella en la que se hallaba, pero para eso necesitaba dinero, o un trabajo para poder reunirlos, cosa que implicaba que debía salir a la calle y exponerse a que la encontraran hasta conseguirlo.

Agitó la cabeza y miró el techo, aguantando las ganas de llorar; no veía salida para ella, pero debía dar con una.

Respiró profundamente, esperando serenarse, y luego se sentó en la cama, con los pies fuera de ella; conseguirlo le supuso un gran esfuerzo, pues sentía que la herida del abdomen se le iba a abrir en cualquier momento. Cuando lo

logró, se quedó un rato así, hasta recuperar el aliento; entonces se arrastró hasta la orilla del colchón para poder tocar el suelo con los pies. Cumplido ese objetivo, le costó otro gran esfuerzo ponerse de pie. Al hacerlo, intentó dar un paso, pero todo empezó a dar vueltas a su alrededor e hizo el amago de sostenerse de la mesilla de noche, pero no llegó a hacerlo porque sintió que dos fornidos brazos la atrapaban.

—¿Qué intentas hacer?

Al oírlo cayó en la cuenta de que era Viggo, que acababa de entrar. La cogió sin esfuerzo entre sus brazos y la devolvió a la cama.

—Aún estás débil. —Lo miró a los ojos y notó que no estaban nada vivaces

—. No puedes ponerte de pie sola; perdiste mucha sangre y, aunque te hice una transfusión para reponerla, todavía no te has recuperado del todo. Debes esperar a que alguien esté contigo para levantarte y caminar —afirmó en un tono que indicaba que estaba bastante encabronado.

—Lamento hacerte enfadar; por favor, discúlpame, no me castigues. —Las lágrimas bañaron sus pálidas mejillas; se sentía débil.

—¿Castigarte? Cómo crees que podría hacer eso —farfulló desconcertado.

Le secó las lágrimas con los pulgares e, intentando animarla, fue a buscar las bolsas con las compras que había hecho.

—He tenido que ir a Palo Alto a recoger el circuito electrónico de una máquina de gimnasia que envié a reparar hace algunas semanas y he aprovechado para entrar en el centro comercial de Stanford con la idea de traerte algo de ropa.

A juzgar por la pose, ella todavía estaba apenada.

—Perdóname por haber sido tan brusco; el caso es que me he alarmado al pensar que podías hacerte daño, ha sido imprudente ponerte de pie sola. — Estiró un brazo y con la mano le acarició el rostro, despejándolo de su cabello —. Jamás le haría daño a una mujer; quien golpea a una no es porque sea más

fuerte, sino porque es una mierda de persona.

Empezó a sacar lo que había adquirido para ella.

—Teniendo en cuenta lo que llevabas puesto cuando te encontré, creo que esto más o menos es de tu estilo. Te he traído calzado y también ropa interior; espero no haberme equivocado de talla, hace tanto tiempo que no compro ropa de mujer...

Kaysa miró las prendas y se guardó los pensamientos para sí. Ella no tenía un estilo de ropa determinado que le gustara usar, aunque lógicamente él había pensado que sí, así que no pensaba contradecirlo, pues su gesto había sido amable y considerado por su parte... pero lo cierto era que ése era el estilo que Alexandr quería que ella llevara. Odió las prendas, pero calló. Odió también tener que continuar mirándose al espejo y encontrarse con la persona que ese sádico quería hacer de ella, pero al parecer no tenía otra opción en ese momento.

Pensó en Ariana y en su aspecto; tal vez ése tampoco era su estilo... le gustaban los tatuajes de aquella mujer, pero no creía que a ella le fuera a quedar bien tanta porción de piel tatuada, aunque no le desagradaría hacerse uno chiquitito. Viggo también llevaba la piel cubierta con mucha tinta, y tuvo que aceptar que le encantaba; en él los consideraba *sexis*, pero quizá ella no se atrevería a tanto.

Alexandr no tenía tatuajes. Una de las tantas veces que él se había quedado a dormir con ella, le preguntó por ello y el idiota se rio antes de contestarle:

«Nunca he estado en prisión. Los delincuentes rusos que van a la cárcel los llevan, o los esclavos hebreos; no soy un esclavo, soy el *pakhan*».

La recorrió un escalofrío al recordar sus palabras; tuvo miedo, fue casi como un acto reflejo al comprender el poder de aquel hombre. Se llevó la mano derecha a la boca y miró a Viggo... Debía irse de allí, no podía implicar a toda esa gente, buena y solidaria, en los asuntos de la *bratva*. Si la encontraban con ellos, nadie quedaría vivo al suponer que ella podía haberles contado algo del *gulag*, donde se traficaba con mujeres y bebés.

—Kaysa, ¿me estás escuchando?

—No, discúlpame.

—Te decía que es hora de que hablemos. He sido paciente contigo y te he dado tiempo, pero creo que merezco algunas explicaciones.

—Sólo déjame recuperarme y me iré; créeme que es lo mejor, incluso es más seguro que no sepas nada.

Viggo entrecerró los ojos.

—Estás intentando decirme que los desgraciados que te hicieron esto son muy peligrosos, y eso no es una novedad para mí. Es obvio que así es, la gente decente no va por ahí perforando a balazos a los demás y dejándolos tirados en mitad de la noche para que mueran desangrados. Si yo no hubiera estado ahí, ése hubiera sido tu destino, así que, si quieres cambiarlo, lo mejor es que hables.

—No podrías hacer nada, créeme. Sólo necesito marcharme bien lejos.

Mientras no te vean ni relacionen conmigo, tú y todos en esta casa estaréis bien.

«Puede que por el encierro no tenga experiencia en muchas cosas y no sepa cómo desenvolverme en el mundo real, pero deberé aprender, y lo más importante es demostrarle agradecimiento a esta buena gente largándome a algún lugar remoto. Me robaron la identidad, la dignidad y los sentimientos, pero por salvarme no pondré la vida de nadie en peligro. Lo único que lamento es no poder hacer nada por mi querida Nataliya.»

La puerta se entreabrió y Nix asomó la cabeza por la rendija.

—No he llamado porque supongo que, con Kaysa aquí, no debes estar en modo ermitaño del bosque.

Viggo chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco.

Tras de Nix entraron Igor y Ziu, que caminaba ayudado por las muletas; en ese

momento llevaba puesta una bota ortopédica tipo Walker.

—Ariana y Agatha nos han dicho que ya estás mejor, así que hemos venido para que nos conozcas. Yo soy Igor, y gracias a los conocimientos médicos de nuestro gruñón amigo, que en realidad se hace el gruñón pero es un osito de peluche, pude donarte sangre, porque habías perdido mucha.

—Te estás pasando —le advirtió Viggo.

—Hola, gracias por tu sangre.

—Yo soy Ziu. Te juro que estuve a punto de coger el móvil y filmar a este hombre, todo valiente, con un escalpelo en la mano y metiendo las manos en tus tripas; te puedo asegurar que eso fue más espeluznante que cuando sube al ring y quiere parecer un superhéroe.

—Y yo soy Nix, el que fue a comprarte medicinas y también al sitio donde Viggo te encontró, para revisarlo y cerciorarme de que nadie hubiese visto el momento en el que él te cargó en su camioneta y te trajo.

—Kaysa...

—Estoy bien —le aseguró ella a Viggo, sabiendo que él había percibido sus temblores cuando Nix había mencionado que había ido a ese sitio.

«No volváis allí, no os acerquéis más ahí», quiso prevenirlos, pero su garganta parecía haberse cerrado.

—Con permiso... Me he enterado de que todos estabais aquí, así que he decidido venir.

Zane se abrió paso entre todos y rodeó la cama, posicionándose junto a ésta.

Le tendió la mano a Kaysa y se presentó. A continuación, de forma no precisamente amigable, le preguntó a Viggo, ignorando a la chica:

—¿Cuándo calculas que estará repuesta para poder marcharse?

—¿Qué mierda te pasa? ¿Dónde está el hombre solidario que conocí cuando

nos reclutó a todos nosotros?

—No necesitamos problemas, y sabes perfectamente que ella es uno muy grande.

—Me iré ahora mismo, señor. Les agradezco de verdad a todos lo que hicieron por mí.

—No es necesario que te vayas ya mismo, no quiero que creas que soy un desconsiderado, pero no te encontré magullada porque te hubieses caído de una escalera: te pegaron tres tiros, así que no resulta difícil suponer que estás rodeada de gente muy peligrosa que no arregla las cosas precisamente hablando.

—¡Zane! —le gritó Viggo—. Ninguno de nosotros somos santos para que la juzgues de esta manera.

—Ariana está embarazada, voy a ser padre, y no quiero más problemas de los que yo pueda buscarme. Ahora debo velar por el bienestar de mi hijo, además de por mi mujer. No vives solo en esta casa, y yo también tengo derecho a decidir quién entra y quién no. Por otra parte, sé que tú me entenderás tal vez mejor que nadie. Ella debe irse.

Igor, Ziu y Nix se habían ido ya, pues los dejaron solos cuando la discusión estalló; sin embargo, Zane no se quedó mucho más tras lanzar su ultimátum.

Capítulo veintidós

Resultaba casi inverosímil la manera como estaba reaccionando Zane.

—Ahora vuelvo; no hagas ningún caso a lo que ha dicho —le pidió Viggo a Kaysa, y salió a perseguir al mánager por un sendero de losetas que llegaba hasta la casa. Aunque no quisiera hacerlo, tendría que escucharlo.

Cuando entró en la sala, encontró a Ariana y a Zane discutiendo.

—¿Cómo vas a echarla? Esa chica no tiene a dónde ir; te dije incluso que, por lo poco que pude sonsacarle, no tiene siquiera familia. Además, está muerta de

miedo.

Viggo experimentó una gratitud infinita hacia Ariana por la manera en la que estaba resolviendo una situación embarazosa y forzada por él desde el principio.

—No voy a cambiar de parecer.

—Ésta también es mi casa, y nunca me he opuesto a la gente que entra y sale de aquí... y no se puede decir exactamente que vivamos rodeados de personas ejemplares; nos movemos en un círculo de gente bastante sórdida. Zane, ¿cuál es la diferencia con Kaysa? Además, nadie sabe que está aquí, aparte de los que habitamos la casa, y no creo que ninguno vaya a decir nada.

—¿Podemos hablar, Zane? Sólo se trata de un acto humanitario. La chica está sola; si no fuera así, cuando le ofrecí llamar a su familia en dos ocasiones, me hubiera dado los datos de inmediato.

—O tal vez está protegiendo a su familia y se caga en nosotros.

»Aunque no queráis reconocerlo, ambos sabéis que tengo razón. Ojalá me equivoque, y si es así lo reconoceré, pero estoy convencido de que no. Ahórrate las palabras, Viggo, Ariana ya se ha encargado de hacerle una buena defensa.

¿Qué más podrías añadir tú? —dijo Zane con aire resignado—. Que se quede por ahora, pero intentad descubrir con qué tipo de gente se relaciona, en qué está metida.

—Gracias, cariño. —Ariana se colgó de su cuello y lo besó en la boca—. No te arrepentirás de ayudarla. Estoy segura, al igual que Viggo, que esa chica ha vivido muchos horrores antes de que la quisieran liquidar a balazos; merece que alguien la trate bien y le dé amparo —afirmó.

—Recuerda que tú no eres una mamá gallina, Ariana.

—Gracias, hermano. —Viggo apretó un hombro de Zane y ocultó la sonrisa que le brotó en los labios—. Eres un tipo excepcional —agregó—, pero

podrías haberte resistido un poco más a la petición de tu mujer —se mofó finalmente, para romper ese ambiente gélido que se había generado.

—Es mentira que sean el sexo débil; ellas tienen el poder de convencernos de todo y más.

Los tres rieron, celebrando la broma.

—Dale tiempo a que se recupere. Mientras tanto, estoy trabajando en su confianza para que me cuente lo ocurrido —declaró Viggo con gesto sombrío—.

Creo, como Ariana, que ha sufrido maltrato; no sería la primera mujer en sufrir violencia de género.

Se quedó pensativo... «Siempre está a la defensiva, nos llama señor o señora, muestra la actitud típica de una persona sumisa que está acostumbrada a recibir órdenes o castigos, incluso utilizó esa palabra.»

—Si realmente, cuando desmadeje ese ovillo, considero que su situación nos puede poner en peligro, yo mismo la ayudaré a marcharse —declaró Viggo, y luego se fue.

Cuando entró en la casa de huéspedes, halló a Kaysa de pie, vestida con la ropa que él le había comprado. Medias de color negro opaco, una falda negra cruzada, camisa negra con diseños en dorado y zapatos planos de piel. Se sostenía de una de las sillas que estaban junto a la mesa y se notaba fatigada; al parecer se había detenido a tomar aliento cuando intentaba ponerse una chaqueta de cuero que también le había comprado.

De pie desde la puerta de entrada, Viggo se quedó mirándola.

—¿Te marchas? Todo está bien con Zane.

—Ya has hecho demasiado; créeme, has hecho en horas lo que nadie nunca hizo por mí.

—¿Por qué no esperas a estar más fuerte? Es imprudente que andes por ahí con esas heridas tan recientes; tuve que hacerte una colectomía parcial, es

decir, corté parte de tu intestino grueso y te hice una anastomosis... para que lo entiendas, lo suturé y volví a reconectarlo. No se trató de una cirugía menor.

Además, trabajé con lo que tenía a mano, así que no me caben dudas de que estás bastante dolorida porque no pude emplear técnicas que hubieran sido más adecuadas para este procedimiento. He trabajado con los conocimientos básicos de cirugía que te enseñan antes de licenciarte como médico general.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí, a ti y a todos. He cogido la ropa que me has traído, ya que no tengo otra cosa que ponerme.

—La compré para ti, es tuya.

Ella asintió, luego metió el brazo herido en la manga de la chaqueta y, cuando se movió para ponerse la otra manga, sintió como si su piel se volviese a desgarrar; cerró los ojos y aguantó el dolor.

Viggo continuaba mirándola sin moverse de donde se encontraba. Si ella creía que estaba lista para irse, tal vez era mejor no detenerla, pero estaba convencido de que no tenía la energía suficiente para hacerlo y que sola se daría cuenta de ello.

—Espera, cogeré una bolsa para que te lleves los medicamentos que debes continuar tomando, y también te prepararé todo lo que debes usar para curar tus heridas. Puedes llevarte también el resto de la ropa que he adquirido para ti; no es mucho, son dos mudas nada más, pero te harán falta.

—Gracias.

—¿Me dejas llevarte a donde sea que vayas?

—No es preciso. Sólo te pediré... —se retorció las manos—... no tengo dinero, pero necesito conseguir un billete de autobús.

—¿A dónde irás?

—Soy una chica sin rumbo. ¿A dónde me aconsejas ir?

—A tu casa, con tu familia.

Kaysa lo miró mientras luchaba con el nudo que se le había formado en la garganta y guardó silencio; estaba mortificada por el pánico. Conversando con

Viggo el primer día, supo que estaban en Atherton, dato que le había corroborado Agatha, un pueblo de California en el centro de Silicon Valley.

—Allí iré. Estaba bromeando contigo, voy a Nueva York.

Fue la única ciudad que se le ocurrió nombrar; cuando uno piensa en Estados Unidos, a la mente acuden Nueva York, Las Vegas, Los Ángeles, pero seguramente, si no eres de ese país, lo primero que se viene a la mente es la estatua de la Libertad sosteniendo la antorcha en su mano.

—¿Eres de Nueva York? Tardarás varios días en llegar hasta allí en bus —se mofó él, comprendiendo que mentía—, unos tres o cuatro por lo menos. Tal vez te vendría mejor coger un billete de avión y no uno de autobús.

Kaysa se tocó la cabeza.

—¿He dicho bus? Lo siento, no me he dado cuenta.

—Muy bien, te llevaré hasta el aeropuerto de San José para que cojas un vuelo a Nueva York. ¿A qué parte de Nueva York vas?

Ella no tenía ni la más puta idea de qué contestarle; estaba fallando estrepitosamente con las mentiras, porque sólo tenía idea del trecho que la separaba de la cocina de la finca a su celda.

—Te lo pregunto porque así sabemos si te conviene más coger un avión que vaya al aeropuerto de La Guardia o al JFK. —Viggo sacó su móvil del bolsillo

—. Dime, compraré tu pasaje *online*. ¿A nombre de quién saco el pasaje?

Necesito tu nombre completo, y tu documentación para rellenarlo con tus datos.

El problema... es que cuando te encontré no llevabas ninguna identificación encima, y cuando hagas el *check-in* te pedirán tus documentos.

Kaysa abrió su compuerta y se arrancó a llorar sin consuelo; había luchado contra las lágrimas, pero finalmente no pudo contenerlas. Él, sutilmente, la había guiado para que su lado más mísero saliera a relucir.

Viggo dejó el teléfono que tenía en la mano y se acercó a ella para arrebujarla contra su pecho; la envolvió con sus brazos y acarició su espalda mientras le decía:

—No llores, no me gusta ver llorar a una mujer; no lo hagas, cálmate. Aquí tienes un lugar donde quedarte.

—No lloro por lo que crees.

Se apartó de él y se secó sus lágrimas con las manos.

—Sé que es un abuso por mi parte, porque todo lo que has hecho por mí es más que suficiente, te debo la vida, pero, si me puedes prestar algo de dinero para alejarme de la ciudad, te estaré más agradecida aún, y, en cuanto consiga un empleo, te lo devolveré.

—Ok.

Viggo fue hasta la mesita de noche, de allí sacó su billetera y le dio algunos billetes de los grandes y todo el cambio que tenía; lo que le estaba dando era más que para un pasaje en autobús.

Ella lo cogió con mano temblorosa cuando él se lo tendió.

—Sólo quiero que sepas que soy una persona de bien, no soy una sinvergüenza.

—Lo sé, Kaysa; ve tranquila.

Se colgó la bolsa del brazo bueno y empezó a caminar muy despacio hacia la puerta; apenas si se podía mover, cualquier movimiento súbito le provocaba una oleada de dolor que la hacía estremecer.

—No olvides limpiarte las heridas.

—Lo haré.

—¡Espera!

—¿Qué?

Viggo se acercó a una estantería que contenía libros; en uno de los estantes había una caja, de la cual sacó un móvil y también un cargador.

—Toma, no lo uso. —Lo encendió, la batería todavía tenía carga—. No tiene mucha batería, así que, cuando puedas conectarlo a la corriente, ponlo a cargar.

—Tecleó algo en la pantalla—. Te he grabado mi número; puedes llamarme si necesitas algo. Tendrás que comprar una tarjeta SIM, porque no tiene ninguna puesta.

—Gracias una vez más, por esto también. —Levantó el teléfono que él acababa de regalarle—. Despídeme de todos, por favor.

—Llámame aunque sea para saber que estás bien, no importa si no necesitas algo.

Por alguna razón que todavía no comprendía, o en la que no quería pensar demasiado —porque si no lo hacía era como si no existiera—, dejó que se marchara. Después de abrazarla, no tuvo valor para detenerla. Sabía que era ruin y desalmado dejarla ir, pero no le importó. Viggo se sentó en la cama, apoyó los codos en sus rodillas y se sostuvo la cabeza con las manos, pensando en lo sucedido, y quiso creer que la había dejado partir porque finalmente había comprendido que Zane tenía razón y que la chica podía convertirse en un enorme problema para todos ellos.

Pero la verdad, aunque quisiera hacerla a un lado, era que se había comportado así porque se sintió demasiado cómodo cuando la abrazó; mientras la contenía entre sus brazos, incluso una sensación de cosquilleo le recorrió todo el cuerpo y eso lo asustó, pues él no estaba abierto a tener ningún sentimiento como ése por nadie.

—¡Kaysa se ha ido! —entró gritando Ariana—. No he alcanzado a detenerla cuando la he visto desde mi ventana subiendo a un taxi que Agatha le ha ayudado a conseguir.

—Ya sé que se ha ido.

—¿Y qué mierda haces ahí sentado? Se veía fatal, aún no estaba recuperada...

Ve a buscarla.

—¿Y qué coño querías que hiciera? ¿Que la atase al respaldo de la cama?

—Tal vez, si eso la retenía hasta que estuviera mejor; quizá era lo que deberías haber hecho.

—Para empezar, no me grites, Ariana, que no soy tu marido, y para seguir, a ver si retomáis vuestros buenos hábitos y volvéis a llamar a la puerta antes de entrar aquí. Y, ahora, fuera. Quiero estar solo, amo mi soledad. La chica se ha ido; Zane tenía razón, es un problema menos —agregó.

Capítulo veintitrés

Por la noche, Viggo le pidió a Agatha que le trajera la cena a la casa de huéspedes. No había aparecido por la casa principal en todo lo que restó del día después de la marcha de Kaysa. No deseaba que le preguntaran nada de ella, porque quería dejar de pensar en la muchacha... aunque ésa era una labor que le estaba costando, pues cada dos por tres se descubría revisando el móvil para ver si lo había llamado o le había enviado algún mensaje y él no se había dado cuenta.

Salió de darse una ducha y quitó las sábanas de la cama, olían a ella. Se colocó un *short* de chándal y caminó hasta la cocina, donde entró por detrás y se escabulló en el cuarto de planchado; allí consiguió sábanas limpias. Regresó a la casa de huéspedes y, tras hacer la cama, se acostó con las manos tras la nuca y mirando al techo, con la esperanza de conciliar muy pronto el sueño.

Con el dinero que Daniel le había dado, se había comprado una tarjeta SIM

que en ese momento intentaba colocar en el teléfono móvil que gracias a él llevaba consigo. Estaba sentada en una pequeña cantina, y esperaba a que le trajeran la sopa de pollo que había pedido. Estudiaba el aparato, pero no encontraba cómo abrir la parte de atrás para introducir la tarjetita. Se dijo que quizá estaba actuando de esa manera, como un acto reflejo, porque, antes de que la llevaran al campo de encierro, ella tenía uno seguramente en el que, probablemente, la SIM se colocaba ahí. Cerró los ojos para recordar algún momento de su pasado, pero nada llegó a su mente; a menudo le pasaba eso, no sabía cómo conocía o sabía tal o cual cosa, pero eran conocimientos que los tenía adquiridos por alguna razón.

—Su sopa —le informó la camarera, esperando que le hiciera sitio para poder dejar el plato sobre la mesa— y su agua.

—Gracias. Disculpe —le dijo antes de que se fuera—, ¿por casualidad no sabría usted cómo se pone la tarjeta SIM en este teléfono? No veo la forma de

quitarle la tapa de atrás.

La camarera miró el teléfono y le dijo:

—En ese iPhone va insertada en un lateral. —Se quitó uno de sus aretes y metió la punta en un orificio, haciendo que surgiera el compartimiento en el que debía ir embutida la tarjeta.

—Muchas gracias, soy un poco torpe con la tecnología.

—Descuide, no ha sido nada. Ahí a su lado tiene una toma de corriente, por si necesita recargar la batería.

—Genial.

Cuando la camarera se retiró, puso a cargar el teléfono, encendió el móvil y se puso a ver las aplicaciones. Reconoció el ícono de WhatsApp de inmediato; buscó el único contacto que tenía guardado y tecleó un mensaje.

Ya he comprado una tarjeta SIM, soy Kaysa.

La respuesta llegó casi de inmediato.

Me alegra saber de ti. No descuides tu herida. ¿Dónde estás?

Ahora mismo, en una pequeña cantina cercana a la estación de autobuses, comiendo una sopa.

Muy bien, sigue con la dieta líquida al menos durante una semana o diez días. ¿Seguro que estás bien?

Dolorida, como cuando salí de ahí, y también algo

cansada. Acabo de sentarme a cenar mientras aguardo la hora en la que sale mi bus. He comprado un pasaje para San Diego; parto de la terminal de autobuses Greyhound de San José. Cuando suba al vehículo, me tomaré los

calmantes, y seguro que dormiré todo el viaje.

Ok, cuídate. Cuando llegues, envíame una foto desde el Midway. [1](#)

Estuvo a punto de confesarle que no sabía lo que era eso, pero prefirió no hacerlo. Cuando llegase, seguro que lo averiguaría; parecía ser algo muy famoso en el lugar.

A pesar de sentirse hundida en una marea de confusión, debía encontrar las fuerzas suficientes como para salir adelante. Gozaba de una ventaja, la creían muerta, así que no la buscarían tan pronto, o tal vez no lo harían nunca más, pues después de todo ella no era nadie importante. Sólo debía ser hábil para alejarse lo máximo posible. Por eso, siguiendo una corazonada, compró el pasaje para San Diego; esperaba no estar equivocándose.

Aún faltaba una hora para que saliera su transporte. Miró a su alrededor; no podía creer que estuviera por las calles de la ciudad como cualquier persona, libre.

Salió del pequeño restorán y se colgó la bolsa en su hombro sano, metió el iPhone en el bolsillo de la chaqueta y, sin perder tiempo, se dispuso a cruzar hacia la terminal. En ese momento un ratero le quiso arrebatarse la bolsa, pero ella se aferró a ésta con las pocas fuerzas que le quedaban; forcejeó todo lo que pudo para retenerlo, pero finalmente tuvo que ceder.

Cayó literalmente de culo al suelo y vio que alguien la rebasaba con la intención de correr tras el ladronzuelo. El forcejeo la hizo quejarse tanto del dolor en el hombro como de la herida en el abdomen; la de la pierna no le molestaba casi nada.

No había podido contener la tentación de salir hacia donde ella le había dicho que estaba, así que se puso un vaquero de color verde oscuro, una camiseta sin mangas marrón y, sobre ésta, una chaqueta de cuero, se calzó las botas acordonadas que ni se preocupó en atar y salió disparado de la casa en su camioneta. Condujo como un loco por la ruta federal 101, sintiéndose agradecido de que estuviera bastante despejada. No quería pensar demasiado

en lo que estaba haciendo; no podía planteárselo, porque lo más probable era que, si lo hacía, se daría la vuelta y regresaría.

No tenía sentido buscarle explicación al asunto; simplemente aceptó que necesitaba por una vez sentirse vivo, como hacía mucho tiempo que no se sentía.

Apenas llegó, aparcó y lo primero que hizo fue buscarla en la estación de autobuses, pero ahí no estaba. Volvió a salir hacia la calle y empezó a caminar con la idea de localizar el pequeño local al que ella había hecho referencia.

Cuando giró la cabeza captó el momento en el que Kaysa salía de éste. Viggo se preparó para cruzar la calzada esquivando los coches; estaba tan ansioso que no esperó a que el semáforo le diera paso. Antes de que pudiera llegar hasta ella, vio cómo un ratero le arrebató la bolsa y, sin perder tiempo, salió tras de él.

—Maldita rata inmunda.

Tan pronto como pudo alcanzarlo y derribarlo, su puño se disparó hacia el rostro de éste; luego le aplicó otro guantazo, y otro y otro, hasta que la sangre que le cubría la cara no dejaba ver sus facciones. En ese instante se dio cuenta de que se había extralimitado; la furia cuando vio que la derribaba se abrió paso en él y lo cegó.

—Fuera de aquí, lárgate de mi vista, asqueroso desgraciado; vete antes de que siga golpeándote.

El ladronzuelo se colocó a cuatro patas y luego logró levantarse. Viggo, de pie junto a él, le sacaba más de una cabeza; éste parecía realmente enajenado, y tenía un aspecto pendenciero espeluznante. Le gruñó, amenazándolo, que iba a volver a golpearlo si no se iba pronto, y entonces el maleante, sin pensárselo, huyó despavorido cual rata de alcantarilla.

Viggo acomodó la coleta con la que llevaba atado su pelo en un nudo, volvió a ajustarlo, cogió la bolsa del suelo y se dispuso a avanzar a grandes zancadas hacia la otra esquina, donde Kaysa había quedado derribada. En cuanto alzó la vista, advirtió que ella aún permanecía en el suelo, y se apresuró para llegar a

su lado.

—¿Estás bien? —le preguntó apremiado.

—No, creo que la herida se ha abierto.

Kaysa se sostenía el vientre y, en cuanto dejó de hacerlo, vio que su ropa y sus manos estaban empapadas en sangre.

—¡Maldición! ¡Jodeeeeer! —gritó Viggo, y la cogió en brazos, levantándola del suelo.

La introdujo en la camioneta y se alejó rápidamente del lugar; se metió por unas callejuelas bastantes desoladas, hasta que frenó y encendió la luz de la cabina.

—Déjame ver tu herida.

Le levantó la camiseta, y descubrió que casi todos los puntos se le habían abierto.

—Tendré que volver a coserte. ¡Mierda!, espero que esto sea sólo por fuera, aunque lo más probable es que sí —dijo, tranquilizándola—. Ponte el cinturón, nena —añadió mientras se lo cruzaba por delante para abrochárselo—. Deberás aguantar hasta que lleguemos a casa.

Buscó en la bolsa de ella una de las camisetas que le había comprado y taponó la herida haciendo presión.

—Sostente esto —le indicó, y sin tiempo que perder se puso en marcha.

Capítulo veinticuatro

Entró con la camioneta hasta la casa de huéspedes, bajó rápidamente y, tras dar la vuelta más rápido aún, abrió la puerta del copiloto y la cogió en brazos para sacarla de ahí con urgencia.

—Ooooh... —Ariana empezó a dar saltitos asomada a la ventana de la planta

superior, la de su dormitorio; se había levantado como si tuviera un resorte en el culo cuando oyó el motor del vehículo—. Viggo ha vuelto con ella. Sabía que no iba a dejar que se fuera, esa chica le gusta.

—¿De qué hablas? —preguntó Zane, que ya estaba metido en la cama, haciendo *zapping* con el mando a distancia de la televisión.

—Ha traído de regreso a Kaysa; a Viggo le gusta la chica.

—Deja de alucinar y de adquirir esas novelas eróticas que lees que te comen el cerebro y ves deseo sexual en todos.

—Bien que te gusta que probemos las poses que se describen en esas obras, además de los juguetitos que compramos gracias a los conocimientos adquiridos con Grey.

—Bueno, algún beneficio tengo que sacar, ya que gastas tanto dinero en libros.

—La ha bajado en brazos de la camioneta... —reflexionó, volviéndose a meter en la cama—. ¿Será que no se encuentra bien? Viggo parecía apurado.

—Déjalos en paz, tal vez estaban apurados para meterse en la cama.

—No seas bruto, ella está toda cosida, no puede tener sexo.

—¿Ni siquiera si se queda quietecita y Viggo hace todo el trabajo?

—Hombres, creen que una siempre tiene que estar dispuesta sea como sea.

—Te ayudaré a desvestirte. Necesito limpiar la herida y volver a suturarte. Te recostaré sobre la mesa para trabajar más cómodo.

Puso una sábana sobre la madera y le quitó la falda y las medias, quedándose en ropa interior; por ello, con otra sábana le cubrió las piernas, para que no se sintiera tan expuesta ante él. Luego se fue a lavar las manos y se puso guantes.

Kaysa seguía atentamente todo el recorrido y la manera de proceder de Viggo;

actuaba de modo muy profesional como doctor, en contraste con el comportamiento del luchador; eran dos personalidades bastante antagónicas.

Cogió una pinza Kocher dentada y un trozo de gasa estéril, echó povidona en la gasa y, con movimientos circulares, pintó los bordes de la herida; inmediatamente, empezó a aplicar el anestésico. Una vez hecho eso, irrigó la herida con solución salina para limpiarla. De forma autómatas, al llegar a ese punto volvió a cambiarse los guantes y abrió un paño de campo estéril que colocó sobre la herida. —Se lo veía sumamente concentrado—. Cogió otras pinzas e inspeccionó la herida para asegurarse de que la sutura que había saltado sólo era la cutánea. Una vez comprobado eso, comenzó a coser.

—Listo, tu herida ha quedado bien cerrada de nuevo —anunció mientras le quitaba el campo quirúrgico y volvía a aplicar antiséptico sobre la zona que acababa de suturar.

—Te has convertido en mi ángel de la guarda por segunda vez —concedió, mirándolo a los ojos. Sus miradas se encontraron y permanecieron enganchadas en el espacio que los separaba.

—Vamos a la cama; ya ha sido suficiente trajín por hoy, debes descansar —expresó para cambiar de tema.

No quería que ella lo catalogara como un hombre compasivo, pero en realidad eso era lo que él había dejado entrever todo el tiempo desde el instante en que la encontró en Castle Rock.

La trasladó desde la mesa, posándola sobre el colchón, y se movió rápidamente para dejar de tocarla.

—Descansa, lo necesitas. Aquí te dejo estos calmantes por si sientes mucho dolor cuando desaparezca el efecto anestésico —comentó, señalando sobre la mesita de noche, y empezó a caminar hacia la salida.

—¿Te vas?

—Dormiré en una de las habitaciones libres de la casa principal —respondió

de forma escueta. No iba a decirle que se le hacía casi imposible continuar tocándola y viéndola junto a él sin pensar en cobijarla contra su pecho.

—¿Por qué has ido hasta San José?

Sus miradas volvieron a encontrarse y la atracción los alcanzó como si fueran imanes. Viggo guardó silencio mientras le estudiaba el rostro con ojos que la recorrían anhelantes y atrevidos. Decidió no decir nada; hacerlo era reconocerse a sí mismo la atracción que por ella experimentaba, que se palpaba. Continuó mirándola de manera obstinada... El brillo de su cabello castaño y tupido le provocó la descabellada idea de acercarse para entretejer sus dedos en él, la deseaba. Kaysa contuvo el aliento y le exigió, con mirada suplicante, que le diera una respuesta, y aunque el anhelo se tornó casi inmanejable, Viggo lo reprimió y salió de la casa de huéspedes sin dar explicaciones.

Caminó a paso rápido, cruzando el camino de losas hasta la casa, y se metió en una de las habitaciones que no se usaban. Tendido sobre la cama con las manos tras la nuca, repasó cada instante desde el momento en que la encontró en el parque estatal; se sintió mareado al comprender que hacía demasiado tiempo que no se sentía cómodo junto a una mujer, y el conocimiento de ese sentimiento le propinó una sacudida en el pecho. Se preguntó una y otra vez cómo había sucedido y entonces dilucidó que sólo se trataba de que se había permitido ser él mismo porque sabía que ella era un ave de paso; sin embargo, se sintió hipócrita al llegar a esa conclusión, pues, cuando ella decidió irse, sólo pensó en la forma de hacerla cambiar de idea.

«Es sólo porque sabes que aún no está en condiciones de hacerlo; simplemente estás intentando no ser un desalmado al que no le importa que esté convaleciente tras recibir tres balazos.»

Se movió rápidamente en la cama, se quitó el elástico con el que sujetaba su pelo, aporreó la almohada, acomodándola, y se abrazó a ésta para ponerse a dormir.

Capítulo veinticinco

Esa mañana, muy temprano, se despertó y salió a correr. A su regreso, pasó

por la cocina y allí encontró a Agatha, terminando de preparar el desayuno.

—Buenos días —la saludó y la besó en el cuello.

—Sal de aquí; estás todo sudado, ve a darte una ducha y regresa rápido a la mesa.

—Listo —dijo Ariana cuando entró—. Ya le he llevado el desayuno a Kaysa.

Aaah, estás aquí...

—Vivo aquí —contestó Viggo—; que yo sepa, no me he mudado.

—No, pero me he enterado de que anoche dejaste la cueva de ermitaño para que la princesa descansara sola.

—¿Cómo puedes tener tan pronto ganas de fastidiar? —replicó Daniel mientras cogía con los dedos una loncha de bacón crujiente que Agatha acababa de sacar de la sartén.

—Deja eso; odio que metan la mano en el plato cuando aún no he terminado de cocinar —protestó la mujer, y le golpeó la mano con la espátula, pero a él no le importó y cogió el tocino de todas maneras.

—Anoche vi cómo la traías de regreso; fuiste a buscarla. Me ha contado lo del asalto, y cómo llegaste oportunamente.

—¿Te lo ha contado o lo has averiguado tras mucha pregunta?

—¿Cuál es la diferencia?

—Kaysa es muy reservada, no creo que se haya puesto a hablar en cuanto te ha visto entrar.

—¡Qué bien la conoces! Parece que la has observado detenidamente a lo largo de estos días.

—No hay que ser demasiado observador para notarlo.

»Me voy a duchar, así luego regreso por mi desayuno y después voy a entrenar. No tengo tiempo para pasarme el día chismeando como algunas.

—Eres frustrante, grrr.

»Lo que no se soluciona pasando página, se soluciona cambiando de libro —

le gritó Ariana, mientras él salía de la cocina y se perdía en el camino hacia la casa de huéspedes.

—Deja de robar frases cursis de esos libros porno que lees.

—No es de un libro porno, bruto; pertenece a Kurt Cobain, se supone que eres fan de Nirvana.

Unos segundos más tarde entró en la casa de la piscina y pilló a Kaysa saliendo del baño, con el pelo húmedo y sólo una toalla envuelta alrededor de su cuerpo.

Una parte diáfana dentro de él se aventuró a desearla; la otra parte, oscura, deseó que no saliera del refugio que él mismo había construido para protegerse de los recuerdos sombríos y dolorosos que habitaban en él.

—He salido a buscar los medicamentos para curarme la herida.

—Se te ve mucho mejor hoy.

—Lo estoy gracias a ti. De no haber estado allí, hubiera tenido que ir a un hospital y entonces habría tenido que dar muchas explicaciones, cosa que aún no estoy preparada para hacer.

—Sólo he venido a buscar ropa; iré a ducharme a la casa y, luego, a desayunar y a entrenar.

Se movió, dándole la espalda para dirigirse hasta el armario. Kaysa permaneció en el sitio, mirándolo obnubilada, vislumbrando su ancha espalda y el sudor que se podía advertir perlándole la piel. Sintió un gran deseo de acercarse y olerlo.

Finalmente arrastró su cuerpo para coger el neceser de la bolsa que Viggo le había preparado para que se llevara, pues no quería ser pillada in fraganti observándolo de manera persistente y babeando por él. Cuando salió del baño, él ya no estaba. Se vistió con otra de las mudas de ropa que él le había comprado.

En el baño, intentó enjuagar las prendas manchadas con sangre de la noche anterior, pero, con un solo brazo y con los tirones que le daba la herida de la barriga, fue una tarea imposible de conseguir. Se sintió incómoda al comprender

que estaba de regreso allí donde Zane no la quería. Ariana había pasado por allí temprano por la mañana y había querido tranquilizarla con respecto a eso, pero ella, simplemente, no lo lograba.

Se sentó en el borde de la cama a pensar; estaba inquieta. Comprendió que su encierro de tantos años la había transformado en una mujer miedosa e insegura...

y, con lo ocurrido la noche anterior, sus esperanzas de salir adelante sola parecían más una fantasía que una tarea posible de alcanzar.

—Permiso, ¿se puede? —Ariana asomó la cabeza por una rendija de la puerta de entrada.

—Claro, pasa.

—Se me ha ocurrido que podías estar aburrida, así que te he venido a buscar.

—Te lo agradezco; la verdad es que no sé qué hacer. En las condiciones en las que me encuentro, soy bastante improductiva. He querido lavar la ropa que manché de sangre anoche y no he podido; he tenido que acabar desistiendo y dejar las prendas en el lavabo.

—Buscaremos un recipiente para ponerlas en remojo y luego las llevaremos al cuarto de lavado para hacer la colada. No te preocupes, en la casa hay una lavadora, no tienes por qué hacerlo a mano.

En el camino, se cruzaron con Viggo, que iba hacia la casa de huéspedes; parecía sudado nuevamente.

—¿Ya has terminado de entrenar?

—Controla a tu marido, Ariana, no me fastidies a mí. Aaah, ya que os veo juntas, indícale dónde se puede instalar, en alguna de las habitaciones libres de la casa; quiero recuperar mi intimidad.

—No seas bruto, le estás haciendo sentir a Kaysa que molesta.

—Yo no he dicho eso, sólo quiero dormir en mi cama.

—Está bien por mí.

—Discúlpate, Viggo, mira cómo se ha puesto. Ella no está acostumbrada, como nosotros, a tus descortesías.

—No es cierto, él ha sido muy generoso conmigo todo el tiempo.

—Hasta ahora, que ha dejado escapar una de sus groserías de ermitaño.

—Lo siento, no he pretendido ser desagradable. No te estoy echando, ya te he dicho que puedes quedarte en la casa hasta que te encuentres fuerte para partir y quieras hacerlo.

—Vámonos a hacer nuestras cosas —sugirió Ariana— y tú vete con tu malhumor a otra parte. —Continuaron caminando y entonces Ariana le explicó

—: No es que sea un misántropo, es sólo que a veces recurre a parecerlo porque no quiere ser la persona que fue en el tiempo en que se dedicaba a la medicina.

Simplemente se autocastiga con el aislamiento, porque se culpa de la muerte de su esposa.

—¿Fue culpa suya?

—No, pero él es tan terco que no entra en razón. Yo lo conocí después de que enviudara, pero sé por unos amigos a los que alejó de su lado, suponemos que porque le recordaban la vida fabulosa que tenía con London, que ellos se amaban con locura; eran una de esas parejas que ves y sólo puedes envidiar tener lo que ellos tienen.

—¿Tú te llevas mal con Zane?

—*Naaaa*, si es más bueno que Messi jugando para el Barça.

—¿Messi sigue jugando en el Barça?

—Kaysa, ¿dónde has estado viviendo, que no sabes eso?

—¿Te dolió mucho hacerte todos esos tatuajes?—preguntó con disimulo para cambiar de conversación.

—Doler, duele, no te voy a mentir; por más pequeño que sea el diseño, la piel igualmente es perforada. De todas formas, como es lógico, el dolor que debes soportar es proporcional al tamaño del *tattoo*, al tiempo que debe emplear el tatuador para realizarlo y al lugar donde te lo hagas. —Se apartó el pelo hacia un lado y le enseñó su cuello—. Este punto y coma es mi primer tatuaje; es el que más odio, pero es el más significativo también.

—¿Qué significa?

—Cuando me lo hice, no sabía el significado, me lo tatué por rebeldía. Quería algo pequeñito que mi padre no advirtiera, pero lo quería sólo porque no me dejaba hacérmelo; tenía dieciséis años y estaba harta de verlo emborracharse cada noche y golpear a mi madre hasta dejarla tirada en la cama durante varios días. ¡Maldita bestia! —soltó Ariana, dejando que sus pensamientos fluyeran en

voz alta, y no se le escapó que Kaysa bajó la mirada, como si quisiese enterrar su cabeza en la tierra—. Había que hacer siempre lo que él decía, porque, en caso contrario, te castigaba. —Agitó la cabeza, alejando sus recuerdos—. No fue hasta que me hice el segundo que supe el significado del primero. Significa: no todo está perdido ni es el fin, siempre hay oportunidad de seguir.

—Guau, es un significado precioso.

—Tendría que habérmelo borrado, pero lo que significa se convirtió en mi fuerza para continuar.

—¿Cuántos tienes?

—Perdí la cuenta hace tiempo; ahora me centro más en rellenar espacios libres.

—¿Así que estás embarazada?

Ariana giró la cabeza y casi se rompe el cuello por el ímpetu con el que lo hizo.

—¿Cómo lo sabes? Se supone que aún no se lo hemos contado a nadie; estamos esperando a que me vea el médico y diga que todo está bien.

—Lo siento, no le digas a Zane que te lo he comentado... Él se lo dijo a Viggo cuando le pidió que me fuera. Sólo Viggo y yo lo sabemos, los demás ya se habían ido.

—Está bien, no te preocupes. No es que fuera un secreto de Estado... es sólo que me ha cogido por sorpresa, porque se suponía que todavía no se lo íbamos a decir a nadie.

—No quiero enojar a Zane, Ariana, por favor.

—No lo hará. Estás temblando; tranquilízate, te prometo que no tienes nada que temer.

Capítulo veintiséis

Cuando fue el momento de cenar, quiso hacerlo en la cocina para no incomodar a Zane con su presencia, pero Ariana se empeñó en que se sentara junto a todos. Le gustó saber que, a pesar de que Agatha era la cocinera, también tenía un sitio asignado en la mesa del comedor principal. Vivían sin sobresaltos económicos, a la vista estaba el lujo que se podían permitir, pues la vivienda era una mansión, aunque todos ellos eran muy sencillos.

Viggo fue el gran ausente, y Kaysa tuvo que morderse la lengua durante toda la noche para no preguntar por él, cuestión a la que no dieron importancia, pues a nadie pareció extrañarle ni llamarle la atención que él no estuviera allí.

Zane, por suerte, se mostró más amigable con ella, pero en el fondo intuía que aún no estaba conforme con tenerla en la casa. Fue una gran sorpresa para Kaysa cuando se enteró de que le faltaba una pierna; él bajó a comer vistiendo un *short* de chándal y realmente quedó asombrada al descubrir su mutilación. Ariana le explicó rápidamente que su marido era un excombatiente de las fuerzas estadounidenses que pelearon en la guerra de Afganistán, y también le contó que se conocieron cuando ella pasó a ser su fisioterapeuta.

Aunque no se veía más mayor que los luchadores, se notaba a simple vista que lo admiraban como si él fuera la voz de la experiencia. Tal vez la fortaleza que irradiaba al haber salido adelante con semejante lesión le otorgaba ese aire de respeto que todos le tenían.

Esa noche, después de cenar, se fue a dormir a la nueva habitación que le habían asignado. Estaba exhausta; todavía se sentía débil, aunque podría decirse que estaba mucho mejor.

El dormitorio era un espacio muy amplio, con el suelo y las paredes en tonos claros y los muebles, al igual que la carpintería de las puertas y ventanas, de madera oscura muy lujosa. En ese momento, en el que estaba un poco más

relajada, admiró la arquitectura de toda la casa, concluyendo que se trataba de una propiedad muy suntuosa, con acabados y accesorios de iluminación que eran piezas de arte.

Se puso un pijama que Ariana le había prestado y se preparó para meterse en la cama. Se impresionó por la comodidad del colchón; no se parecía en nada al fino y duro que usaba en la cama del campo de reclusión; también lo comparó con el de la casa del acantilado, y concluyó que ése no le había parecido cómodo porque ésa seguía siendo una prisión, aunque lujosa.

—El de la cama de Viggo también es confortable —sentenció.

El móvil que Viggo le había dado vibró sobre la mesilla de noche; supuso que

era Ariana, ya que ella había descubierto que lo tenía y de inmediato le había pedido su número para registrarlo en su agenda de contactos.

Para su sorpresa, no era ella, sino Viggo, que le enviaba el ícono de una mano que saludaba.

Por alguna razón incomprensible, estaba enfadada con él... tal vez por la dureza con la que la había tratado por la tarde, expulsándola de su espacio personal, o quizá simplemente porque estaba contrariada por no haberlo podido ver durante la cena.

¿Qué necesitas?

Lo preguntó con dureza, aunque leyendo el mensaje él no podía advertir la entonación que su respuesta había tenido; de todas maneras, era una frase cortante.

Estoy cansada, así que ya me he metido en la cama;

estaba a punto de dormirme.

«¿De dónde he sacado esa forma de contestar?», se preguntó de inmediato y se desconoció a sí misma. En el *gulag* jamás se hubiera atrevido a decir algo así; eso, sin duda, merecería una paliza y ayuno por un período no inferior a tres días.

Viggo siempre había sido amable con ella, salvo esa tarde. Su reacción la había desestabilizado, pero debía reconocer que le debía la vida y su libertad,

aunque... pensándolo bien, su libertad se la debía a la mujer de Alexandr; aunque ésta la había sacado de esa prisión de cristal para matarla, correspondía tenerle cierta gratitud por haberla alejado de las garras de su esposo.

Sintió náuseas al recordar sus manos y su lengua sobre ella; sintió asco al imaginarlo encima de ella y hasta pudo notar el peso de su cuerpo aprisionándola sobre el colchón mientras se introducía en su interior. Se obligó a serenarse, inspiró con fuerza, cerró los ojos y pensó en algo bonito

que hiciera que los malos recuerdos se alejaran. Increíblemente, la imagen que acudió a su mente fue la amplia sonrisa de Viggo, y la musculosa espalda con el tatuaje alado que llevaba en su piel.

El móvil que sostenía en su mano vibró y la sustrajo de sus cavilaciones; desbloqueó la pantalla y leyó.

Sólo quería asegurarme de que estabas bien, algo así

como que soy tu médico y me preocupo por ti.

Aaah, ya entiendo: sólo estabas examinando el estado

de tu paciente;

lo entiendo.

Buenas noches, que descanses.

No le devolvió las buenas noches; total, ya no estaba en línea. Actuar de esa manera había sido una especie de arrebató, pues esa reacción era desconocida para ella, no formaba parte de su esencia, pues estaba acostumbrada a ser cordial y respetuosa, pero últimamente era como si quisiera hacer y decir todo lo que había reprimido durante los cuatro largos años que la habían mantenido en cautiverio.

Con el talante contrariado, se puso de pie y se acercó al ventanal, desde donde se podía ver la casa de huéspedes que Viggo ocupaba. Le pareció vislumbrar una sombra en la ventana cuando ella se aproximó, pero, aunque miró con insistencia, no logró volver a ver nada.

Respiró profundamente y abrigó en su pecho una emoción casi irreconocible para ella. Las luces nocturnas, situadas estratégicamente, iluminaban el césped, creando espacios artísticos que admirar; además, la piscina estilo *resort* y las

fuentes escalonadas constituían una visión que la hicieron sentirse privilegiada.

Admirando todo eso, acababa de caer en la cuenta de que podía andar por donde quisiera; aunque aún le faltaba deshacerse de la prisión que significaban los recuerdos, se sintió confiada.

Estaba demasiado exaltada para dormir. Titubeó un instante antes de bajar, pero, cuando comenzó a hacerlo, se dijo que no tenía por qué temer: en ese momento, por fin, ella era la única dueña de sus decisiones; allí todo el mundo hacía y decía lo que quería, sin tener que pedir permiso por nada. Convivían como personas normales, con la capacidad de aceptar el hecho de pensar y sentir diferente.

Sintió frío, pero no le importó. El viento nocturno le golpeó en la cara y le pareció una sensación magnífica. Se sentó junto a la piscina y admiró las estelas que se formaban en la superficie del agua a causa de las ráfagas de aire.

—¿No puedes dormir?

Conocía esa voz. Viggo salió de entre las sombras.

—Por lo visto tú tampoco.

—Siempre duermo muy poco.

Kaysa miró la brasa del cigarro que Viggo sostenía entre los dedos.

—¿Fumas? Si no me equivoco, eso no es compatible con tu vida de deportista.

Viggo dio una calada al cigarrillo y luego fusionó el tabaco con un sorbo de cerveza que bebió directo del botellín que agarraba con la otra mano. Iba descalzo y llevaba sólo unos pantalones vaqueros negros que le caían en las caderas; una cadena de gruesos eslabones colgaba de la trabilla de su pantalón y se perdía en el bolsillo trasero, sujetando su billetera. Caminó hasta que estuvo junto a ella y se sentó a su lado.

Era un hombre con una constitución física privilegiada, alto, muy bien formado; en su abdomen no había ni un gramo de grasa, todo era músculo definido.

—Iba hacia el gimnasio a entrenar un rato, pero te he visto aquí sentada y aquí estoy.

—No te detengas por mí; no quiero invadir tu intimidad, ahora que la has recuperado —le soltó con ironía, emulando las palabras que él le había dicho esa misma tarde, cuando mandó que le preparasen una habitación en la casa principal.

Su contestación dibujó en el rostro de Viggo una sonrisa fanfarrona que no se preocupó en ocultar.

Se terminó la cerveza del tirón y comenzó a jugar con el botellín, haciéndolo girar sobre el borde atérmico de la piscina.

Dio la última calada a su cigarrillo y lo apagó aplastándolo en el mosaico; después lo metió en el botellín para que la colilla no volara.

—No fumo siempre, sólo cuando necesito apagar la ansiedad que me carcome por dentro. Empecé a hacerlo cuando mi esposa murió. —Levantó la mano y le enseñó la alianza que aún llevaba puesta—. Soy viudo.

«¿Qué se decía en esos momentos?» Ella no era buena para eso, se sentía un poco insegura acerca de cómo tratar con la gente; le costaba actuar con normalidad, pues había vivido durante cuatro años acatando reglas y de su vida anterior no recordaba absolutamente nada.

—Lo lamento... Da la sensación de que la extrañas.

Él asintió vagamente, dejó el botellín quieto y lo apoyó por la base, para poder anudarse el pelo, ya que el viento lo desparramaba, cubriéndole la cara, y era obvio que le estaba resultando molesto.

—Cada maldito día de mi vida. Nunca nada ha sido igual sin ella.

—¿Hace mucho que falleció?

—Se cumplieron cuatro años el día que te encontré herida en Castle Rock. ¿Y

tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Estás casada? ¿Tu marido es el que te maltrata? ¿Por eso estás huyendo de él? ¿Él es quien te quiso matar?

Fue una batería de preguntas, como si todas las hubiese tenido guardadas desde hacía tiempo y sólo hubiera estado buscando la oportunidad de formularlas.

—No... —Kaysa agitó su cabeza, confundida—, no tengo marido.

—Pero tuviste un hijo. ¿Dónde está?

—¿Cómo sabes eso? —preguntó más confusa todavía.

—Soy médico, precisamente la especialidad en la que me desempeñaba era en obstetricia y ginecología. Sé reconocer la cicatriz de una cesárea. La vi cuando te extraje la bala... Vi la exterior y también la que llevas por dentro, en el útero.

—No soy una mala persona, no abandoné a mi hijo.

—¿No? Entonces, ¿dónde está?

—Con sus padres.

—Sus padres... —repitió, intentando entender el concepto—. ¿Acaso lo entregaste en adopción? Por eso tiene otros padres.

—No... sí...

—No... sí... Decídate, eres un poco ambigua en tus respuestas. Dices que no lo abandonaste, te pregunto si lo entregaste en adopción y tampoco me puedes contestar a eso.

—No sé dónde está, ¿vale?

—¿Cuántos años tienes, Kaysa?

Se tocó el pecho y recordó que había perdido la medalla que siempre llevaba prendida del sujetador; era su única conexión con el pasado. En ella decía

«Quince años» y, en el reverso, «Tu familia» y una fecha: 24 de febrero de 2014.

Todo estaba escrito en alfabeto cirílico.

—Diecinueve

—Diecinueve. —Se puso de pie y comenzó a alejarse—. Suponía que eras joven, pero... no creía que tanto.

—¿Qué pasa? Soy mayor de edad, y estoy a punto de cumplir los veinte.

Agitó la cabeza y la dejó allí sentada, como si ella fuera una brasa candente en sus manos. Se alejó a grandes zancadas hacia la zona donde estaba el gimnasio.

Se sintió perturbado por haber tenido fantasías con ella, por haberse sentido atraído por aquella chica; era muy joven.

Instándose a tranquilizarse, se aferró a las últimas palabras que Kaysa le había dicho: era mayor de edad y le faltaba poco para cumplir los veinte. Luego pensó en tantas parejas famosas que se llevaban hasta veinte años de diferencia y a

veces incluso mucho más, y sin embargo funcionaban, y sintió lo mismo que se siente cuando sales de debajo del mar para coger oxígeno.

Se sorprendió por estar conjeturando todo eso. ¿A él qué narices le importaba la edad que ella tuviera? No tenía razón para estar calculando los años que le llevaba...

Entró en el gimnasio y encendió sólo algunas luces. Se dirigió directo al saco de boxeo que colgaba en una esquina y, de inmediato, empezó a golpearlo fuertemente. No se había vendado ni puesto los guantes de práctica; necesitaba

sentir dolor, así que ignoró el que sentía. Lanzó algunas patadas también, pero después volvió a golpearlo con los nudillos; precisaba palpar el sufrimiento de los golpes. Su mente estaba más jodida que de costumbre; una montaña rusa de emociones invadía su cuerpo, y necesitaba alejarlas.

De repente levantó la cabeza y la vio a través del espejo de la pared. Quiso gritarle que se largara, pero no pudo hacerlo; golpeó más fuerte el saco con una combinación de golpes que terminaron rasgando sus nudillos.

Entonces se alejó, como si la descarga de adrenalina que conseguía efectuando esos golpes no fueran suficiente, y empezó a subir por el muro de escalada. Antes de empezar a ascender se untó las manos con resina, y a continuación trepó sin descanso hasta que logró llegar a la cima. Kaysa lo seguía atentamente con la mirada, impresionada por la fuerza de sus manos y piernas, y contemplando anonadada el modo en el que sus músculos se abultaban debido al esfuerzo.

Era asombrosamente atractivo.

Cuando Viggo no tuvo más altura para escalar, se lanzó hacia atrás y oyó el sonido agónico que emitió Kaysa cuando se arrojó al vacío. Hubiera querido tranquilizarla y decirle que nada iba a pasarle, pero no podía detenerse. En la caída, atrapó la soga que colgaba del techo y quedó asido a ella, hasta bajar con una agilidad sorprendente. Luego caminó hasta quedar frente a la muchacha. Su cuerpo, fatigado, se detuvo, conteniendo la respiración, y levantó la mano para reseguirle con el pulgar los labios. Kaysa gimió mientras se apoyaba contra su palma, para recibir la caricia.

Viggo agitó la cabeza al verla entregada, y se marchó dejándola allí de pie, sola... y rechazada.

Capítulo veintisiete

«¿Que había hecho mal? —se devanaba los sesos preguntándose una y otra y otra vez—. ¿La rechazaba porque creía que era una mala madre que había abandonado a su bebé? ¿Acaso era por eso?»

La había cogido por sorpresa cuando la abordó en el borde de la piscina con tantas preguntas, y resultaba evidente que ella no había sido nada clara; no quería que él la repulsara, porque ella misma sentía asco de todas las cosas que le habían obligado a hacer. Sin embargo, cuando le dijo su edad, fue como si ése constituyera el verdadero problema para él.

Los días siguientes, Viggo permaneció esquivo. Sólo se dejaba ver cuando alguien más estaba en la casa, y sus respuestas y conversaciones eran bastante escuetas con todos.

Kaysa, físicamente, se sentía mucho mejor. Habían pasado algunas semanas y sus heridas sanaban a la perfección; incluso, en uno de sus profesionales contactos, Viggo le sacó los puntos. Se sintió apenada, pues eso significaba que pronto debería marcharse. No quería pensar en ese momento, pues le aterraba, pero tampoco podía continuar abusando de la generosa hospitalidad de esa gente.

—Acompáñame al centro comercial en Palo Alto, iremos a comprarte ropa.

No puedes seguir vestida sólo con los tres conjuntos que Viggo te compró.

Además, mañana es noche de lucha; tú y yo iremos a apoyar al equipo, y no puedes ir vestida con ese estilo tan formal que usas... No sé en qué estaba pensando Viggo cuando te eligió eso.

—¿Qué tiene de malo mi ropa?

—Nada, pero es demasiado... seria. Ese vestido, por ejemplo, te hace parecer mucho más mayor de lo que eres en realidad, y no tiene estilo.

—No, Ariana, no quiero que gastes dinero en mí; no tengo cómo devolvértelo. Demasiado hacéis permitiéndome quedar aquí sin que aporte nada.

—Blablablá... Di lo que quieras, que yo sé muy bien lo que debo hacer, y en cuanto a que no aportas nada, te pasas el día ayudando en los quehaceres domésticos.

—No quiero ir al centro comercial; prefiero quedarme en la casa, de verdad...

No me gusta salir, ya te lo he dicho.

Después de su última experiencia en San José, cuando tuvo intención de coger al autobús que debía llevarla a San Diego, temía salir de la casa. Además, se había puesto a pensar que alguien de la organización de Sasha podía reconocerla, y ése sería su fin. No tenía manera de saber dónde quedaba el *gulag*, tal vez en un sitio mucho más cercano de lo que suponía, y salir significaba correr un riesgo excesivo.

—Nunca quieres ir a ningún lado, hoy no vas a rechazar mi plan —insistió Ariana—. Además, aunque aún estás convaleciente, le has aliviado la tarea en la cocina a Agatha. Anoche todos se chuparon los dedos con la comida rusa que preparaste. Ya me parecía que tenías un acento bastante raro cuando hablabas, a pesar de que tu inglés es casi perfecto.

Kaysa se pasó la mano por la frente al comprender la cantidad de mentiras en que estaba incurriendo, pero se avergonzaba tanto por haber pasado por infinidad de cosas aberrantes que prefirió crear una historia bonita. No quería que le tuvieran lástima, y mucho menos que la miraran con aversión. Lo que más le pesaba, sin duda, era no saber dónde estaba su hijo, porque, aunque no tenía ni idea de quién eran los espermatozoides con que la habían inseminado, sabía perfectamente que los óvulos que emplearon fueron los suyos.

—No entiendo, ¿eres ucraniana pero hablas ruso? —le había preguntado Ariana mientras cenaban la noche anterior.

—Hablo la lengua eslava madre. Ucrania formó parte de la antigua URSS y nosotros usamos el alfabeto cirílico de la antigua Rus de Kiev... y cuando llegó la decadencia de ese estado eslavo antiguo, se formaron otros nuevos y los dialectos fueron evolucionando y transformándose en dos idiomas diferentes,

algo similar a lo que pasó con el español y el portugués, pero es muy común que los ucranianos sean bilingües y hablen ambas lenguas.

No estaba mintiendo. Durante los días en que Alexandr no se presentaba en la

casa, ella se pasaba las horas leyendo acerca de Ucrania, con la esperanza de que la historia y la geografía de ese país despertase la parte de su cerebro que tenía adormecida.

—¿Irás así o vas a cambiarte y a ponerte otro atuendo?

—No insistas, Ariana; no iré.

Experimentaba una fragilidad de ánimo que no estaba pudiendo manejar. En unos pocos días debería irse del refugio que significaba esa casa, así que tal vez lo mejor era empezar a probar a salir de allí... pero, cuando lo pensaba detenidamente, sus temores la paralizaban. No podría volver a soportar caer en manos de la *bratva*, antes prefería morir.

Ariana había salido de la cocina, de estilo *gourmet*, refunfuñando por no poder convencerla. Tras ella entró Viggo y, para eludirlo, Kaysa hizo el amago de ponerse de pie para marcharse.

—Espero que esta noche vengas a ver los combates. Me gustaría verte ahí cuando suba a la jaula.

—Creía que mi presencia te molestaba; me has estado esquivando durante todos estos días.

Kaysa intentó salir, pero él la sujetó de un brazo, imponiendo su dominante presencia.

Se miraron con fijeza.

—¿Te estás escondiendo de los que te dispararon? —Él parecía saberlo todo acerca de ella—. ¿O se trata de alguien más?

Kaysa negó con la cabeza. Muchas veces le había dado vueltas a lo que diría cuando las preguntas aparecieran, aunque en esa casa todos eran muy prudentes y respetaban su silencio; la más audaz siempre era Ariana, pero por suerte a ella no le interesaba nada que tuviera que ver con el ataque... y a los demás parecía

que tampoco. En realidad estaba casi segura de que eso se debía a que allí todos tenían pasados turbios, con actos de los que avergonzarse.

—¿Quieres saber la verdad? Te diré la verdad: no soy tan pura e inocente como crees. Me lie con un hombre casado y su mujer quiso quitarme de en medio, liquidándome.

—¿Qué pasó con tu bebé?

—No era mi bebé; alquilaron mi vientre para una gestación subrogada. Ayudé a una pareja que no podía tener hijos, ambos querían ser padres; debía sobrevivir, no es fácil.

—Mientes fatal.

—No estoy mintiendo.

—Sí, lo haces.

—A ver, sabelotodo, ¿qué te hace pensar que te engaño? —se apresuró a preguntar.

Viggo profirió una carcajada y se acercó demasiado a ella, tanto que su aliento le hizo cosquillas.

—La edad de la madre subrogada en Estados Unidos va de los dieciocho o veinte años hasta no más de treinta y cinco o cuarenta, dependiendo de las leyes de cada estado; además, otro de los requisitos indispensables es que haya pasado por una gestación propia previamente, con un embarazo y parto sin complicaciones. Creo que, en cualquier caso, lo principal de todo es que te faltan años, puesto que ahora tienes diecinueve y la cicatriz que vi no es reciente, sino que como mínimo tiene dos años. Para más datos, no hay signos de que hayas tenido otro parto... además de que no creo que estés emocionalmente preparada para la subrogación. Si te parece que éstos no son motivos suficientes como para afirmar que mientes, a eso también podemos sumarle que es requisito indispensable tener una situación económica buena, para cerciorarse de que lo que te mueve a alquilar tu vientre no es sólo el

dinero.

Se sintió estúpida, e insignificante. Había caído en su propia trampa, pues no se le había ocurrido comprobar los requisitos necesarios una vez que ésa le había parecido que era una buena opción; la había encontrado una noche, navegando desde su teléfono móvil, buscando en Internet.

—No voy a juzgarte si es eso a lo que le temes; aquí, en esta casa, nadie lo hará, ya que nadie puede arrojar la primera piedra. Estás en el lugar correcto.

Con su pulgar, recogió una lágrima que estaba resbalando por la mejilla de Kaysa y luego se chupó el dedo.

—Eres muy dulce, no me equivoqué.

La estupidez que le acababa de soltar hizo que ella riera. Viggo le guiñó un ojo y después se inclinó y la besó en la comisura de los labios.

—Esta noche conocerás el *underground*. Debes saber que, cuando a Ariana se le mete algo en la cabeza, no hay quien se lo quite, así que ve haciéndote a la idea de que saldrás de aquí.

Capítulo veintiocho

El fervor de la gente que acudía a esos lugares era ensordecedor. Viggo podía oír desde el pasillo cómo gritaban su nombre; era la primera vez en mucho tiempo que se atrevió a pensar que podría estar disfrutando de su popularidad en ese santo grial que era el *underground*... e incluso dedujo el motivo y estuvo decidido a no evitarlo; por el contrario, sintió que la adrenalina empezaba a circular por su cuerpo mucho antes de que entrara en la jaula. A decir verdad, no podía distinguir a ciencia cierta si era la adrenalina o las mariposas que revoloteaban en su estómago, porque sabía que Kaysa estaría sentada junto a Ariana. La anticipación hizo que saltasen chispas por todo su cuerpo.

—Nos quedaremos aquí hasta que oigamos tu música —le informó uno de los organizadores— y, tras cuarenta segundos, comenzaremos a caminar, para darle tiempo a la cámara a enfocarte.

El dinero que movían los combates de ese tipo era mucho, y habían conseguido poner en funcionamiento, con la venia de varios funcionarios corruptos, un circuito cerrado de televisión exclusivo, en el cual se transmitían las luchas sólo para el público que participaba en el campeonato mediante fuertes apuestas. El mundillo del *underground* era muy exclusivo y sólo la élite participaba en estos eventos. Todo estaba minuciosamente cuidado para que no saliera nada a la luz.

—¿Falta mucho? Me estoy impacientando —planteó Kaysa.

En el octógono ya estaba Dinamita Hunter, el contrincante que desafiaba al número uno.

—Ahora saldrá, ésa es la canción de Viggo —le informó Ariana en el momento en el que de fondo comenzó a sonar *Jungle*.

—Cinco... cuatro... tres... dos... uno... adelante —ordenó el encargado del espectáculo de manera estridente, mientras Viggo era seguido por todo su séquito.

El cámara caminó hacia atrás, y se ocupó de no desperdiciar la oportunidad de obtener los mejores planos cortos del luchador que todos estaban esperando ver combatir esa noche. Éste ocultaba su rostro mirando hacia el suelo.

El poder de los dos combatientes podía percibirse en el ambiente, y la concentración del campeón emanaba de su cuerpo mientras avanzaba por el pasillo para encontrarse con ese luchador que lo retaba, quien ya estaba sobre el octógono. Sólo faltaba que el guerrero vikingo, Viggo, hiciera su entrada triunfal, entrada que ya formaba parte del *show* y a la que la gente que apostaba y pagaba para poder verlo estaba acostumbrada.

Las luces del local se apagaron; era como estar en un MGM, 1 pero un poco más reducido y subterráneo. Los reflectores robóticos empezaron a girar por encima de la cabeza de la gente, hasta que finalmente todos los focos se detuvieron, iluminando la entrada de los camerinos. Un halo de luz envolvió entonces la descomunal figura que apareció en el centro, y delimitó los sinuosos bordes de su musculado cuerpo. La imagen que podía verse a través

de las pantallas gigantes lo mostraba con la cabeza inclinada hacia delante, mirando hacia el suelo, y con una bandera sobre su espalda. Cuando empezó a caminar nuevamente, levantó el rostro y se lo enseñó a sus fans... Parecía un dios que emergía de las profundidades de la oscuridad, desplegando su fuerza y su poder.

Kaysa se sintió mareada al ver cómo comenzaron a gritar todos los presentes; hasta ese momento no había sido consciente de quién era Viggo dentro del *underground*. Lo había visto entrenando algunas veces en la casa —él lo hacía dos veces al día—, al igual que al resto de los luchadores del equipo, pero en su mente nunca imaginó lo que se vivía en los confines de ese sótano, en aquello que ellos llamaban santo grial.

Ése no era el único combate a lo largo de la noche, pues había habido más.

Sin embargo, aunque la popularidad de todos los luchadores era extraordinaria, ningún fervor era comparable a lo que estaba pasando en ese instante.

Ziu estaba sentado junto a ellas como espectador, ya que todavía se estaba recuperando de la lesión en el pie.

—Es un hijo de puta, la gente lo adora.

—¿Por ti también gritan así?

— *Naaaa*, Kaysa, ni de coña enloquecen como con Viggo. Él es el único que tiene el poder de eclipsarnos a todos, lo idolatran.

No había celos entre ellos; los luchadores del equipo de Zane formaban una gran familia, y ella lo sabía porque estaba conviviendo con todos ellos.

Esa noche Kaysa aprendió que las luchas se dividían por categoría, de acuerdo con el peso de cada luchador. Viggo se inscribía en la categoría media, igual que Ziu, mientras que Nix lo hacía en peso pluma e Igor, en peso ligero.

Viggo se abrió paso entre las personas que se levantaban de sus asientos y lo

querían tocar y, aunque no fue grosero, no les hizo ni caso. Zane, Tao y Kanu caminaban a su lado, así como otras personas que parecían formar parte de la organización del encuentro; iban trajeados y llevaban unos cables rodeándoles la nuca que se perdían en sus oídos. Kaysa miraba concentrada y determinó que esos hombres eran guardaespaldas. Le llamó la atención el despliegue de seguridad llevado a cabo en torno a él, pues con otros luchadores que habían desfilado a lo largo de la velada no había sido necesario.

De un salto, subió a la jaula y entró en ella realizando un salto mortal en el aire y cayendo con ambos pies. A continuación hizo un gesto que indicaba poder: levantó ambos brazos a la vez que giraba sobre sí mismo para que toda la gente lo pudiera admirar, y después desplegó la bandera con el logo de su equipo, una calavera alada y coronada que chorreaba sangre. El público no paraba de gritar su nombre. Luego se paró frente a donde estaban sentados esa noche Kaysa, Ariana y Ziu; un poco más alejado de ellos, pero en la misma fila, vio al guardabosques de Castle Rock, en compañía de una rubia muy bonita. En la misma hilera, pero en una esquina, bastante apartado, divisó a Phantom. No estaba acompañado por el jefe de la *bratva*, sino por otros integrantes de dicha organización que había visto el día de la pelea con Ziu; el malnacido lo miraba con aire sobrado.

— *Ladies and gentlemen* —señoras y señores, anunció el presentador—, bienvenidos a la lucha estelar de esta noche. Ha llegado el momento de presentar a los contrincantes de hoy en el peso medio: por un lado tenemos al retador, el temido y explosivo Dinamita Hunter, que sube al ring con un peso de ciento

ochenta y seis libras y un récord de dieciocho peleas ganadas y cinco perdidas; de las que ha salido victorioso, dos triunfos han sido por sumisión y dieciséis, por *nockout*.

Fueron muy pocos los que lo aplaudieron, la mayoría de los presentes lo abuchearon. Kaysa se sintió apenada por el pobre tipo, pues resultaba obvio que no era el favorito del público. Se removió en el asiento cuando se dio cuenta de que Viggo no dejaba de mirar hacia donde ellos estaban sentados. Allí, dentro de la jaula e iluminado por los focos, resplandecía de manera fenomenal. Cada músculo de su cuerpo parecía acentuarse más, y la uve de sus oblicuos apuntaba directa al premio mayor que había bajo su *short* de

spandex.

Mientras Kaysa lo contemplaba, dejó de oír al maestro de ceremonias, hasta que notó que él no paraba de reírse por lo embobada que ella parecía.

Cuando se dio cuenta de ello, esquivó su mirada, pero era demasiado tarde, pues Ariana ya la había descubierto también.

—Descuida, no eres diferente a las otras mujeres en el *underground*, así que es posible que pases desapercibida.

Roja de la vergüenza, se centró nuevamente en las palabras del locutor.

—Sí, aquí está él, a quien estaban esperando: el mejor, el único, el amo y señor de este santo grial, que sube al octógono con un récord de veinticinco peleas ganadas de forma consecutiva y un peso de ciento noventa y nueve libras.

Él es el extraordinario guerrero vikingooooViggoooooooooooooooooo.

La gente pareció enloquecer el doble. La intensidad de los gritos era nociva para los tímpanos de cualquiera. Viggo bailoteó en el ring y sacudió su cuerpo y sus brazos; luego movió el cuello de un lado a otro y también hizo un movimiento como si destrabara su mandíbula; con el protector bucal de color negro puesto tenía un aspecto más atemorizante.

Cuando el presentador volvió a tomar la palabra, poco a poco la gente hizo un silencio, pero sólo momentáneo, porque de inmediato estallaron otra vez cuando la voz del centro del octógono gritó:

—*It's the moment!* —¡Es el momento!, concluyó diciendo el maestro de ceremonias y la lucha comenzó de inmediato cuando él se alejó y el timbre sonó, dando inicio al primer *round*.

Viggo parecía muy tranquilo. Llevaba el pelo recogido en un nudo bien ajustado. Estaban midiéndose, ninguno de los dos lanzaba golpes aún, pero entonces el vikingo favorito de la gente hizo un gesto provocador, dando a entender que Dinamita estaba asustado. Ese gesto, ciertamente, surtió efecto,

porque el contrincante intentó sorprenderlo de repente con una patada dirigida a la cabeza, que Viggo por supuesto esquivó; luego le lanzó una combinación de golpes de boxeo, pero el guerrero no permitió que ninguno impactara en su cuerpo. El retador entraba y salía rápido en cada intento, ya que sabía que no le convenía que Viggo lo alcanzara y lo derribase; él era muy bueno en el suelo, allí resultaba letal; en realidad, era letal de cualquier forma. Finalmente, Viggo lo alcanzó con el puño y cortó su arco superciliar izquierdo, y la sangre manó al instante de su ojo, tornándole borrosa la visión. Sin perder tiempo, intentó aplicarle una volea, pero cambió a un *uppercut* que dejó a su oponente tambaleando.

—Remátalo, Viggo —gritaba la gente—; acaba con él, guerrero.

Sin embargo, Viggo se alejó y volvió a medirlo, dándole tiempo para que se repusiera. Kaysa no entendió por qué se comportaba así, y se angustió cuando vio que Dinamita Hunter empezó a conectar golpes de puños, patadas y codazos.

—¿Que está pasando?, ¿por qué no lucha?

Ziu se rio, y Ariana simplemente le contestó muy tranquila.

—Es su marca registrada antes del *knockout*. No temas.

El retador cogió confianza, esperando que algún golpe fuera efectivo, pero en lugar de parecer a punto de ser derrotado, Viggo tenía aspecto de aburrido y ni siquiera se lo veía cansado.

—¿Eso es todo lo que tienes para ofrecer? —le preguntó a su oponente.

Kaysa, desde su emplazamiento, pudo ver que le estaba hablando al otro luchador, pero fue incapaz de leer en sus labios para saber qué le estaba diciendo.

—No te preocupes, lo está trasteando —le gritó Ziu al oído para que ella pudiera oírlo, ya que había mucho ruido en el ambiente.

La gente de pronto estalló en vítores cuando Viggo sacó un puñetazo que fue

directo al estómago de Dinamita, quitándole el aire... y entonces los golpes se transformaron en una sucesión de puñetazos y patadas a las piernas, convirtiéndose en una constante por parte de Viggo, que hizo que a su oponente empezara a costarle mantenerse en pie ante tanto castigo. Volvió a apartarse en vez de rematarlo con un golpe eficaz que lo sumiera en un *knockout* y bailoteó a su alrededor, provocando que Zane gritara desahogado desde fuera de la jaula, pero Viggo no le hizo ningún caso.

—¿Qué mierda estás haciendo? Remátalo de una vez.

En ese momento Viggo volvió a bajar su guardia y dejó que su oponente le aplicara unos cuantos golpes; sin embargo, ninguno le hizo demasiado daño, ni siquiera la patada que su rival le dio en el bazo logró desestabilizarlo, aunque seguro que al día siguiente iba a dolerle de la hostia.

Kaysa, a ratos, se cubría la cara con ambas manos, y volvía a mirar cuando Ariana la alentaba a que lo hiciera.

—Debes ver esto, no te lo pierdas, ya llega el final.

El público pareció enloquecer después de que Viggo recibiera la patada; ese hombre simplemente parecía estar hecho de hierro sólido. De inmediato, el vikingo miró al cielo, como siempre hacía cuando estaba a punto de rematar a su oponente, y entonces saltó y le aplicó una rodilla voladora en el rostro, terminando con todo, ya que Dinamita se desplomó, quedando totalmente inconsciente en el suelo.

Ziu saltó del asiento, olvidándose por un instante de que no podía apoyar un pie, cogió la muleta y llegó hasta la jaula; allí, Viggo ya estaba encaramado a ésta, con los brazos en alto pero con una expresión sombría en la cara, como si no estuviera disfrutando del triunfo. Zane entró en la jaula y le entregó la bandera para que se la colocara a la espalda. Atrás había quedado la euforia inicial que sintió al saber que Kaysa iba a estar allí, viéndolo. Él sólo actuaba para disfrute de la gente, no por su propia satisfacción; se metía en la jaula porque deseaba sufrir, sangrar, que lo golpearan; de esa forma, en cierta manera, lograba extirpar una pequeña parte de su eterna culpa.

Kaysa continuaba paralizada en su sitio; no podía creer la máquina de luchar que era Viggo, no podía creer en la persona despiadada que se convertía allí dentro.

Ésa era su victoria consecutiva número veintiséis, y sólo le faltaban dos peleas para tener el mayor récord como luchador invicto en la historia de ese *underground*.

Ariana corrió hacia la jaula también, saltando eufórica.

Todos parecían felices, menos él. Los ojos de Viggo y de Kaysa se encontraron y sus miradas se enlazaron, sabiendo de lo que se trataba.

«Cuando pruebas el dolor y te hundes hasta el fondo, pierdes toda avidez de confianza en ti mismo para encontrar la dirección que te lleve a emerger de las profundidades de donde te encuentras», pensó Kaysa, y fue como si sus pensamientos estuvieran siendo leídos por los verdes y tristes ojos de Daniel, porque Viggo no era más que una persona inventada, un hombre profundamente dolido que se metía en la jaula para convertirse en el verdugo de su propio destino.

Capítulo veintinueve

—Vayamos con Viggo y el resto del equipo.

Las chicas se pusieron una a cada lado de Ziu para protegerlo, ya que temían que alguien chocara con la muleta y éste perdiera la estabilidad.

Mientras caminaban advirtieron una pequeña trifulca casi en la entrada del pasillo que conducía a los vestuarios. Ariana alcanzó a ver a Zane sosteniendo a Viggo, pero la gente les impidió acercarse más.

—¿Qué mierda está pasando?

—No sé, Ariana; sólo he visto a Zane llevándose a Viggo —contestó Ziu.

—Lo mismo he visto yo.

—No se puede pasar —acotó Kaysa.

Los organizadores muy pronto disolvieron a los curiosos, sacándolos del lugar; por suerte todos conocían a Ziu, así que a ellos tres los dejaron avanzar.

Cuando llegaron a la puerta de la sala que siempre ocupaba Viggo, los de seguridad que flanqueaban la entrada permitieron que entraran.

Tan pronto como lo hicieron, Ariana se abalanzó sobre Zane y lo besó en la boca.

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó Ziu.

—Phantom ha provocado a Viggo y, como aún está con la adrenalina a tope por el combate, éste se ha prestado a su estupidez —le informó Igor.

—¿Dónde está Viggo? —La voz de Kaysa sonó estridente y todos la miraron.

—Duchándose —contestó Zane, mientras besaba la sien de su esposa y acariciaba su espalda.

Los demás estaban recogiendo todas sus pertenencias y se preparaban para irse.

—Quiero que os vayáis a casa —intervino Zane—. No sabemos con lo que nos vamos a encontrar a la salida. Kanu, tú llévate a las chicas y también a Ziu;

ahora aviso a Gio para que acerque el coche a la entrada.

—Yo me quedo —replicó Ziu.

—De ninguna manera, tú te vas; recién operado y con muletas sólo pones tu recuperación en peligro.

—Avísame cuando estéis en camino, cariño; así nos quedaremos tranquilos.

—Lo haré, preciosa. —Zane besó a Ariana—. Descuida, estaremos bien.

Igor, Nix, Ezra, el chico que hacía de *sparring*, junto con Zane y el preparador físico, Tao, se quedaron a esperar a Viggo, quien no tardó en salir del baño

envuelto en una toalla.

—Me ha parecido oír la voz de Ariana.

—¿La de Ariana o la de Kaysa? Esta última es quien ha preguntado por ti —
le informó Nix.

—Las he enviado a casa con Kanu. No quería arriesgarme a que salieran con nosotros y ponerlas en peligro; no sabemos si estos idiotas todavía andan por aquí, así que me ha parecido más sensato que fueran por delante.

Sonó un golpe en la puerta y de inmediato un tipo de los de seguridad se asomó y miró a Zane para que éste se acercara.

—Es Savannah, con sus amigas.

Viggo negó con la cabeza y Zane no fue lo suficientemente rápido como para cerrar la puerta, así que lo más probable era que la chica lo hubiera visto rechazándola.

—Yo me encargo —dijo Igor saliendo hacia el pasillo.

—¿En qué cojones estabas pensando para entrar tan estúpidamente en su juego? —increpó Zane a Viggo.

—No empieces con el sermón, Zane. Si Phantom quiere pelear conmigo sin ganarse el sitio, tendrá que ser fuera de la jaula; en caso contrario, que siga intentando llegar a mi posición de la manera correcta.

»Yo no bajaré a su categoría, como pretende.

—Por supuesto que no lo harás y, por eso mismo, si él no sube a la tuya, que se quede con las ganas de medirse contigo. Además, los organizadores todavía no están muy seguros de su inclusión en este circuito, pues, si bien es un vale todo, no aprueban demasiado sus argucias... Esto es un *underground* clandestino,

cierto, pero, aparte de la ilegalidad de las apuestas, no quieren verse

relacionados con delitos más graves que involucren vidas.

—El idiota ha venido a fanfarronear, diciéndome que le rompió el pie a Ziu a propósito. Tú mismo lo has oído. Me ha dicho que fue benévolo, porque no quiso dejarlo lisiado de por vida, que si no ya serían dos los mutilados en nuestro equipo.

—Y tú has caído en su provocación. No eres un inexperto, Viggo. ¿Qué coño te pasa?

—Me pasa que vosotros sois mi familia, eso me pasa; si se meten con uno de vosotros es como si se metieran conmigo.

—No me cabe duda de eso, pero debemos ser más inteligentes que ellos.

Necesitamos sacarlos de este *underground*, y entrando en su maquiavélico juego no es la forma en que lo haremos.

—Todo está listo, Zane —anunció Tao, en un intento de que dejaran de discutir; esos dos eran unos testarudos.

—Bien, tú ve por delante y lleva las bolsas. Ezra, por favor, acompáñalo y acercad el Cadillac a la entrada trasera. Si veis algún movimiento extraño, avisadnos. Nosotros cuatro iremos por detrás con las manos libres por si acaso.

—Perfecto, Zane; no tardaremos.

Caminaron por el poco iluminado corredor como si los cuatro fueran un conglomerado de músculos. Zane y Viggo lo hacían por delante, pues no había sitio suficiente como para que todos fueran en una única fila.

Sonó el móvil de Zane, era Tao.

—Zane, sólo están las *groupies* de siempre.

—Perfecto, la verdad que no tenía ganas de más problemas.

Desde que se había enterado de que sería padre, intentaba por todos los

medios esquivar los conflictos.

Cuando Zane se alejó el teléfono de la oreja, se dio cuenta de que el móvil se le había apagado, no tenía batería. No sabía si Tao había oído lo último que le había dicho, pero no era nada importante; al menos él sí había llegado a oír que la salida estaba despejada.

Zane Mallic cogió la barra antipánico y empujó la puerta, haciéndose a un lado para dar paso a Viggo y a los demás.

No tuvo tiempo de atajar a Viggo cuando éste se abalanzó sobre Savannah para sujetarla por el brazo y arrancarla de las garras del ucraniano.

La estúpida muchacha estaba entre las piernas de Phantom, que permanecía apoyado contra un SUV de color negro.

—Vete al Cadillac, Savannah. ¿Qué mierda haces aquí?

—Déjame en paz, Viggo; yo estoy con quien me da la gana. Es la segunda vez que me ignoras; lo hiciste en Fresno y también lo has hecho hoy cuando he ido al camerino... y ahora, porque me encuentras con alguien que sí me ve, de pronto quieres tener derechos sobre mí... pues no soy tu chica, te has encargado varias veces de dejarlo claro.

Phantom soltó una risotada, y Viggo lo miró de arriba abajo.

El desgraciado vestía un traje a medida de color azul y camisa blanca con corbata roja; aparentaba llevar un estilo de vida que Viggo sabía muy bien que no tenía, porque no era más que un esclavo de la *bratva*.

«Payaso, sólo un estúpido descerebrado puede llevar gafas de sol por la noche», pensó mientras se contenía para no arrancarle la cabeza.

Intentó tirar de la chica, pero ella volvió a resistirse.

—Déjala, Viggo; no es tu problema con quién quiere estar Savannah —

intervino Zane, procurando hacerlo entrar en razón—. Vámonos.

—Ya la has oído, no quiere ir contigo —se mofó el ucraniano.

—Si no quieres venir conmigo, vete a tu casa, Savannah; luego hablaremos

—le dijo Viggo cambiando el tono de voz y haciendo un gran esfuerzo por no borrarle la sonrisa al idiota luchador de la mafia rusa.

Él no era un desalmado como siempre quería aparentar ante la gente, pues tenía códigos éticos y morales que no podía eludir; por consiguiente, no podía dejarla allí. Esos tipos eran traficantes de personas, y asesinos; eran la peor calaña humana que existía sobre la faz de la tierra y él lo sabía.

Volvió a coger a Savannah del brazo y miró a Phantom, desafiándolo a que se atreviera a impedirsele. En ese momento las puertas del SUV se abrieron y de él descendieron tres hombres más, con aspecto de matones.

Zane, Igor, Nix y Ezra se prepararon para lo que fuera que pasara, mientras

que Teo se quedó al volante, con el Cadillac en marcha por si había que salir a toda prisa del lugar.

—Púdrete, no entraré en tu juego.

Viggo escupió al suelo y agarró a la testaruda muchacha, tirando de ella y echándosela sobre un hombro. Caminó con ella a cuestas hasta la limusina.

Savannah no dejaba de protestar, pero él la ignoró, la metió dentro del vehículo y luego entró él, seguido por todos los demás.

La chica estaba enfurecida y no dejaba de soltarle reclamaciones que él aparentaba no oír, hasta que finalmente soltó:

—Hacedla callar, por favor; que alguien se lo explique, o juro que abriré la puerta y la tiraré del coche en marcha.

Se quedó mirándola, haciéndole entender que no estaba bromeando en absoluto.

La muchacha pareció comprender el mensaje y se calmó. El resto del viaje lo

hicieron en silencio.

—He intentado advertirte, Zane, pero cuando te he llamado me ha saltado directamente el contestador —se justificó Tao.

—No te preocupes.

Zane puso a cargar su móvil para poder enviarle un mensaje a Ariana, para tranquilizarla.

Capítulo treinta

—El *pakhan* quiere hablar contigo, coge el teléfono —le indicó uno de los guardias que estaba con él.

Iban de regreso al *gulag*, al lugar de donde lo habían sacado sólo para montar el circo de esa noche.

—Sí, diga.

—¿Por qué coño no has continuado provocándolo? —le ladró Pávlov desde el otro lado de la línea.

—Porque, si lo golpeo en la calle, nunca conseguiré la posibilidad de que nos metamos en la jaula a luchar, y lo que usted quiere es hacerse con el dominio del *underground*. Necesita que los organizadores me consideren más valioso que ellos.

—No lo has golpeado porque eres un miedoso; tenías que llevarlo al límite para que accediera a luchar contigo.

—Y usted hace días que prometió reunirme con mi hermana y tampoco lo ha hecho. Quiero ver a Katia, usted y yo tenemos un trato.

—La verás cuando yo lo decida, a mí nadie me da órdenes y menos un esclavo ucraniano como tú. Ya te enseñé las cintas de las cámaras de seguridad de la casa, incluso pudiste ver las cámaras en vivo desde el control. No tendrás más que eso hasta que cumplas con tu parte del trato. Haz tuyo ese *underground* y liberaré a tu hermana; de lo contrario, la verás sufrir... y mucho.

El portón de madera se abrió y el Cadillac entró en la propiedad de la calle Camino Por Los Arboles. Giovanni, el chófer que había ido por delante con las

mujeres, Ziu y Kanu, los esperó a un lado para encargarse de meter la limusina en el garaje.

—No bajas —le indicó Viggo a la muchacha—. Gio, por favor, lleva a Savannah hasta su casa.

—Claro, Viggo, yo me ocupo. Por cierto, felicidades por el triunfo de hoy.

Viggo le palmeó el hombro en señal de agradecimiento.

—No necesito de tu caridad, puedo irme sola —gritó la chica y descendió de todas formas del vehículo.

—Bien, si no quiere que la lleves, pídele un taxi. Es tarde para que ande sola por ahí, y hazme caso, Savannah: no te quiero ver cerca de esa gente. No son buenas compañías para nadie.

—No te hagas el que te interesas por mí, porque sé que no es cierto.

—Deja de gritar, mujer, me aturdes. ¿Cuándo llegará el día en que no te comportes como una histérica? No he hecho más que hacerte un favor.

Viggo le contestó sin dejar de caminar. Se dirigía por el camino de losetas hacia la casa de huéspedes. Necesitaba ponerse hielo cuanto antes en los golpes que se había dejado dar o, a la mañana siguiente, parecería el muñeco de los malvaviscos, 1 de lo hinchado que estaría. Además, el frío le ayudaría a bajar no sólo la inflamación, sino también el dolor.

No se percató de que Savannah lo seguía hasta que oyó la fatigosa respiración de ella antes de conseguir alcanzarlo. Se giró de repente y sorprendió a la chica que iba decidida a atacarlo por la espalda; se apartó haciendo un paso al lado, esquivándola, y la muchacha terminó aterrizando de bruces en el suelo; se raspó el mentón, las manos y las rodillas al caer contra las losetas.

Viggo negó con la cabeza y luego se inclinó para ayudarla a que se levantara.

Savannah no cesaba de llorar, avergonzada.

—Mira lo que has conseguido por comportarte como una niñaata.

La cargó en brazos; le limpiaría las heridas y le haría entender que entre ellos todo había terminado, y esperaba de buena gana que finalmente lo comprendiera.

—Abre la puerta —le indicó, pues él tenía las dos manos ocupadas cogiéndola.

La casa de huéspedes era un gran espacio abierto, donde todo estaba a la vista, desde la cama hasta la cocina; lo único que contaba con una división, para proporcionar un poco de privacidad, era el baño.

Tan pronto como entró, quiso arrojar a Savannah al suelo o tener, en su defecto, un mando a distancia, como en la película *Click*, que le permitiera atrasar, adelantar o detener el mundo que lo rodeaba.

Kaysa estaba sentada a los pies de la cama, esperándolo, y sobre la mesa había varios paquetes de alimentos congelados que era obvio que había preparado para ponerle sobre los golpes.

Viggo bajó a Savannah y la acomodó en una silla. Al unísono, Kaysa se puso de pie, dispuesta a marcharse; estaba rabiosa, y se sentía una verdadera estúpida.

Lo peor de todo era que se había dejado convencer por Ariana para traerle las bolsas de congelados para que aliviara con ellos las contusiones que le habían producido en la jaula.

Se recuperó enseguida del aturdimiento que sintió al verlo entrar con esa chica en brazos, quien a simple vista se veía muy de su estilo: *short* de cuero, tacones negros de plataforma dorada, una camiseta ajustada con la estampa de un águila sosteniendo una dinamita con una pata, quizá aludiendo al

contrincante que Viggo había enfrentado esa noche; tenía la nariz perforada y llevaba los brazos tatuados por completo con brillantes y coloridos diseños; también lo estaba su escote, los dedos de la mano y el cuello. Sus ojos grises, aunque eran de una tonalidad hermosa y resaltaban más por el pelo oscuro, le devolvían una mirada insensible y perversa.

Desde luego que Kaysa no necesitó explicación, entendió a lo que Viggo se refería cuando dijo que necesitaba recuperar su intimidad.

Cabreada, pero conteniendo la ira para no sentirse más humillada aún, atinó a salir de allí; sin embargo, en el momento en el que pasó por su lado, él la detuvo cogiéndola por el brazo.

—Y, ésta, ¿quién es? —preguntó de forma insolente la morena que llevaba el pelo corto hasta los hombros, en un estilo asimétrico.

—Ella es Kaysa. —Sus ojos, mientras hablaban, no dejaban de mirar con insistencia a la susodicha—. Kaysa, te presento a Savannah; es sólo una amiga.

Acaba de caerse y la he traído aquí para limpiarle los arañazos.

Kaysa asintió con la cabeza; se sentía una tonta.

—¿Es muda?

—Savannah, te estás pasando de la raya. Te traeré antiséptico para que te limpies y luego le pediré a Giovanni que te pida el taxi y así te vas.

Kaysa dio otro paso, esperando poder marcharse. Miró la mano de Viggo, que no la soltaba, y luego lo miró a los ojos, fulminándolo, y le dijo:

—Te dejaré solo —su tono sonó mordaz—, con tu intimidad —remató con ironía, utilizando una vez más sus propias palabras.

Viggo la liberó para que se fuera, pero se arrepintió enseguida que ella hubo salido por la puerta; estaba hecho un blando.

—En el baño tienes todo lo necesario para limpiarte la herida, incluido el

antiséptico —informó a Savannah—; luego te vas —volvió a recalcarle.

—Viggoooooooo... —Savannah gritó su nombre, pero nada lo detuvo. Él corrió tras de Kaysa y, cuando la alcanzó, la giró y la agarró por los hombros.

—Cuando dije lo de mi intimidad, no lo dije en el sentido que crees.

—No le di ningún sentido... hasta hoy, en que me ha quedado muy claro, además, que no tengo ningún derecho a cuestionarte nada.

—Kaysa, esa muchacha no significa nada para mí. Un hombre no debería decir lo que voy a decir, porque no es de caballero, pero ella sólo es una *groupie* a la que le permití conocerme un poco más, pero no tengo nada con ella.

Él la soltó y la chica salió apresurada hacia la casa; aún no estaba en condiciones de hacerlo al trote.

Se sentía devastada. Se sentía avergonzada y en ese momento sabía que había sido un error escuchar a Ariana y haber creído en sus conjeturas. Como una estúpida, incluso había pensado en las mariposas que Nataliya le había contado que aparecían cuando una mujer se sentía atraída por un hombre.

«Créeme, sólo con pensar en él, sentirás que revolotean en tu estómago», le había dicho su única amiga.

Se tocó la frente. Nada le salía bien; estaba cansada, deprimida y de malhumor.

Entró en la casa por la cocina, pues no deseaba encontrarse con nadie y supuso que todos estarían cenando en el comedor principal, como a menudo

hacían, pero ni siquiera eso le salió bien esa noche, porque estaban todos sentados comiendo sobre la enorme isla de la gigantesca cocina de estilo *gourmet*.

—Ven a cenar, Kaysa —la invitó Ariana—. Lo que nos ha preparado Agatha está exquisito.

—No, gracias; me voy a dormir.

Todos se miraron, pero nadie dijo nada. La chica parecía a punto de llorar.

Ariana quiso levantarse y seguirla para ver qué le ocurría, pero Zane la detuvo.

—Déjala, no te metas.

Viggo entró en ese momento.

—¿Qué le has hecho? —le espetó Ariana en cuanto lo vio entrar.

Viggo se centró en hablarle a Gio, ignorando la pregunta de la esposa de su amigo y entrenador.

—Giovanni, ve a buscar a Savannah, que está en mi casa, y llévala a la suya.

Si se sigue negando a que lo hagas, pídele el taxi como te he solicitado antes, pero asegúrate de que se va de aquí.

—No lo he hecho antes porque he visto que iba tras de ti; estaba esperando tus órdenes —se explicó el chófer.

—Está bien. Gracias.

Ariana lo miró mordaz. Si sus ojos lanzaran cuchillos, sin duda todos hubiesen ido a parar a la yugular de Viggo.

—Eso os pasa por enredaros con las *groupies*; luego no os las podéis quitar de encima. Pensáis solamente con lo que tenéis entre las piernas.

Nadie dijo nada; todos parecieron hundir mucho más su cabeza en el plato.

Viggo bufó sonoramente y buscó una bolsa de alimentos congelados de la parte inferior de la nevera; no quería regresar a la casa de huéspedes mientras Savannah no se hubiese ido de allí; esa mujer tenía el maldito poder de sacar su lado grosero.

—¿No vas a cenar? —quiso saber Zane.

—Primero quiero ponerme hielo, me duele un poco el bazo.

—Esa manía de hacerte golpear sin razón —soltó Ariana, y se levantó de la mesa, siguiendo a Viggo hacia la sala—. Para pasar al siguiente capítulo, debes

dejar de releer el último.

—Ariana, creo que las hormonas del embarazo te tienen impulsiva e hiperactiva; será mejor que eches el freno. Muchas mujeres que esperan un bebé creen que, porque están en ese estado, se les debe permitir todo... y eso no constituye una ley que deba aplicarse.

Ella se sentó junto a él y le quitó la bolsa de guisantes congelados para sostenérsela contra las contusiones, a la vez que apoyaba la cabeza en su hombro y recogía los pies bajo su trasero. Viggo se reclinó más en el sofá y pasó un brazo por detrás de su espalda, para cobijarla.

—Relájate, debes de estar cansado —dijo amortiguando su voz en su pecho

—. Ha sido realmente un gran espectáculo el que les has dado hoy a tus seguidores, pero sabes que no era necesario dejarte golpear como lo has hecho.

—No empieces. No me puedo ir a mi casa porque está la desquiciada de Savannah allí, así que te ruego que me des un poco de paz.

—Está bien. Yo te cuidaré; sabes que te quiero y que te considero como mi hermano mayor... aunque bien has podido gozar de los cuidados de otra persona, pero lo has arruinado con la furcia que has traído.

—No está aquí por los motivos que crees. Zane te lo contará luego, pues ahora necesito descansar.

—Debes comer e hidratarte, ha sido un combate duro. Lo bueno es que ahora podrás disfrutar del descanso de tres meses; este mes han sido seis peleas, pero ahora los ricos se van a esquiar a Aspen, o a Suiza, así que no queda nadie en la ciudad.

—Lo sé.

Capítulo treinta y uno

Despertó sobresaltada.

Kaysa se sentó en la cama, apoyó la cabeza contra el respaldo y se hizo un ovillo, sosteniéndose las piernas y haciéndose tan diminuta como se sentía.

Respiraba muy agitada aún, así que intentó serenarse. Trató de centrarse en el lugar donde estaba, hasta que comprendió que era la habitación de la casa en Camino Por Los Arboles.

—Tranquilízate —se instó a sí misma, convenciéndose de que estaba a salvo allí.

Todavía no podía moverse, el terror la paralizaba.

Días atrás estaba durmiendo mucho mejor, y se sintió aliviada al notar que las pesadillas recurrentes que siempre invadían sus sueños, interrumpiéndolos en mitad de la noche, no estaban sucediendo, pero esa noche habían regresado, y esa vez la mano que empuñaba la pistola y disparaba, salpicándola con la sangre de su víctima, pertenecía a Mijaíl, había visto su rostro.

—Él no tiene forma de saber que estás aquí. Sólo se trata de que estás mezclando todos tus terrores y unificándolos en una sola pesadilla —se dijo, intentando darle un sentido al sueño que había tenido.

Estaba sudada, con el pijama empapado, al igual que las sábanas, y aún sentía la sensación del pegote de la sangre en su cara.

Esa noche la pesadilla había sido más intensa y desesperante, tal vez porque su mente había incorporado el rostro del guardaespaldas personal de Pávlov. Se levantó de la cama y se metió en la ducha; el agua terminó de convencerla de que estaba despierta y también de que no tenía de qué temer, porque sólo había sido un mal sueño. Salió con una toalla envolviendo su cuerpo y con otra en el pelo. Se aproximó a la cama y quitó las sábanas.

Se dirigió al armario y buscó las de repuesto que Agatha le había dejado, y

cogió también otro pijama limpio que ponerse entre la ropa que Ariana le había comprado el día anterior.

Como una autómatas, fue hasta el baño y se desenredó la melena; cogió el peine y se sintió agradecida por todas las cosas con que Ari la había surtido para su higiene personal, aunque aún podía sentir en su cabello dejes del aroma asqueroso del jabón con antiséptico que le daban en el campo de encierro y con el cual debía lavárselo todo; esperaba que muy pronto el olor de los productos que usaba lo reemplazaran.

Ariana llevaba adelante la casa junto con Agatha y estaba en todos los detalles; ansiaba estar repuesta del todo para poder colaborar y retribuirles con trabajo todo lo que habían hecho por ella, pero entonces los ojos se le llenaron de lágrimas cuando comprendió que en ese momento debería partir.

Pensó en Viggo y en la atracción que sentía por él, y en lo que le dijo Ariana... Ella estaba convencida de que la atracción era mutua, y le aseguró que ambos se comían con los ojos cuando el otro no se daba cuenta.

Por su parte sabía que eso era cierto, pero lo atribuía a que sólo se trataba de que estaba enormemente agradecida con él por salvarle la vida y que por tal motivo lo idealizaba.

Sin embargo, verlo llegar con esa mujer había despertado en ella un sentimiento que nunca antes había experimentado: unos celos terribles e incontrolables.

Su estómago rugió, y recordó que se había ido a la cama sin cenar. Daniel le había dicho que empezara a incorporar alimentos sólidos a su dieta; sonrió cuando pensó en el momento en el que él, todo profesional, le preguntó si ya había empezado a evacuar el intestino. Kaysa se había puesta roja como un tomate maduro por tener que hablar de sus excrementos con él, puesto que le preguntó el color y la consistencia, incluso si había experimentado dolor.

Ella, al principio, se murió de la vergüenza, pero entonces él le explicó que con esos datos podía determinar si la sutura de los intestinos estaba sangrando o, por el contrario, cicatrizaba de forma correcta. Después de ese día, insistió

en comprobar sus heridas.

En la casa nadie lo llamaba Daniel, pero ella a menudo pensaba en él como en dos personas diferentes dentro de un mismo cuerpo.

Le gustaba la profesionalidad del médico y se sentía atraída por la fuerza del guerrero que se metía en una jaula para luchar con sus propios demonios; su aura, cualquiera que fuera el caso, le aceleraba las pulsaciones con sólo pensar en él.

Lo recordó sobre el octógono y su mente fue invadida por la sórdida imagen de su espalda. Varias veces, cuando lo había tenido cerca, había sentido la necesidad de pasar sus dedos por encima, recorriendo el dibujo de aquel ángel caído que llevaba tatuado. No era la primera vez que la imagen la obnubilaba.

Sobre el ring, con todos esos focos iluminándolo, la expresión del dibujo se transformaba en una más triste aún. Recordó lo que había leído días atrás, cuando se intrigó y buscó en páginas de tatuajes el significado de ése. Descubrió que era un ángel expulsado del cielo, que cayó en la oscuridad del infierno. Se enteró también de que eran considerados antagonistas dentro de la batalla entre el bien y el mal, debido a su naturaleza rebelde. Kaysa sabía casi a ciencia cierta que la representación tenía que ver con la muerte de su esposa, pero no tenía claro el sentido que él le daba, porque desconocía los detalles.

Despertó desorientado y sudado. Se había quedado dormido en el sillón de la sala y esas imágenes que jamás podría borrar de su cabeza, una vez más, interrumpieron su sueño, martirizándolo.

Estiró la pierna y sacó el móvil del bolsillo para mirar la hora; aún faltaba bastante para que comenzara a amanecer. Su estómago rugió y sintió, además, la boca pastosa, debido a que no se había hidratado correctamente después de la lucha.

Se puso de pie y se apretó las sienes; las imágenes de la pesadilla todavía nublaban sus pensamientos. Se quitó la camiseta e hizo una bola con ella;

luego se la pasó bajo las axilas, para secar parte de su sudor. Se olió y, aunque no olía mal, decidió de todas maneras darse una ducha, pues se sentía todo pegajoso,

pero antes de marcharse a hacerlo pasaría por la cocina para hacerse con algo de comida.

—Seguramente Agatha ha dejado algo para mí —expresó en voz alta.

Abrió la nevera y lo primero que cogió fue una botella de Powerade, una bebida isotónica para deportistas; la abrió y se la bebió del tirón. Dejó el recipiente vacío sobre la encimera y cogió otra botella para después. Encontró salmón al horno, arroz cocido, coles rizadas y brócoli, y se lo sirvió todo en un plato grande que se disponía a meter en el microondas cuando Kaysa irrumpió en la estancia.

Ella quiso retroceder y volver tras sus pasos, pero comprendió a tiempo que resultaría demasiado infantil hacerlo.

—No muerdo. —Viggo había adivinado sus intenciones—. ¿Qué te trae en mitad de la noche a la cocina?

—Anoche no cené.

—Yo tampoco, así que... siéntate, calentaré comida para los dos. —Le señaló una de las banquetas altas de la barra y se dirigió al refrigerador para servir otra ración de lo que había sacado para él, sólo que obvió las coles y el brócoli para ella, pues aún no podía ingerir ese tipo de alimentos.

Kaysa admiraba su espalda mientras él se movía por la cocina, preparándolo todo.

«Maldito cuerpo traicionero que no deja de jugarme malas pasadas admirando a este hombre», pensó ella.

Se dijo que no debía continuar mirándolo, así que desvió la vista y se puso a escudriñar las vetas del mármol de la barra; algo estúpido, nada inteligente, pero no sabía qué otra cosa hacer para dejar de observarlo. Vio su camiseta

hecha una pelota y empapada y, sin pensar, le preguntó:

—¿Has estado entrenando? Anoche tuviste la pelea, ¿acaso quieres morir extenuado en el gimnasio?

—¿Por qué supones eso? —preguntó Viggo mientras le alcanzaba un vaso y cubiertos.

Ella miró la camiseta, pero se mantuvo callada.

—Aaaah, nooo... He tenido una pesadilla y me he despertado empapado en sudor.

—¿A ti también te ocurre eso?

—¿Tienes pesadillas nocturnas? Por eso tu pelo está húmedo, seguro que te has dado una ducha para despertarte por completo. Suelo hacerlo.

Ella asintió, comprobando que tenían cosas en común.

Viggo colocó su plato frente a ella y se apartó para coger el suyo; luego se sentó a su lado y ambos comenzaron a comer en silencio.

—Sueño con mi esposa, ella no tuvo una muerte natural.

—¿Murió en un accidente?

—Prefiero no hablar de eso —dijo después de no entender por qué le había mencionado eso antes.

—Entiendo. Yo sueño con un arma empuñada por una mano con tatuajes, que dispara... y, cuando lo hace, la sangre me salpica el rostro. La sensación me quita la respiración y ya no puedo volver a dormir si no me quito el efecto pegajoso que siento por estar bañada en sangre. Por eso debo ducharme, para sentirme limpia, pero nada tiene que ver con el ataque que sufrí cuando tú me encontraste.

Viggo cogió su mano y la sostuvo; estaba helada y había comenzado a temblar

en cuanto había empezado a contárselo.

—¿Pasaste anteriormente por algún otro hecho traumático que involucrara el uso de armas?

—No, realmente no tiene sentido en mi mente. —Viggo acarició con su pulgar el dorso de su mano en un movimiento incesante e inconsciente. Kaysa sintió una sensación de alivio con su contacto y se quedó mirando sus manos unidas.

—Lo siento, disculpa, no me he dado cuenta de que te estaba tocando. Creo que ha sido un acto reflejo cuando me has empezado a relatar tu pesadilla.

Ambos guardaron unos instantes de silencio y entonces Kaysa arrancó diciendo:

—Lamento haberme metido en tu casa sin tu permiso. Ariana me instó a que te llevara las bolsas con los alimentos congelados para que te las pusieras en los golpes; debería habértelas llevado y luego marcharme de allí sin esperarte. Tuve la estúpida idea de hacerlo porque quería saber cómo te sentías. El otro luchador

te golpeó duro, aunque —ladeó la cara y le sonrió— tú golpeaste más fuerte que él.

—Estoy bien, gracias por preocuparte. Como te dije ayer, Savannah no es nadie para mí, no debería...

—¿Fue tu novia?

—No. Desde que mi esposa falleció, nunca he vuelto a tener una relación seria. No me lo merezco.

—¿Por qué?

—Porque no —replicó cortante. Soltó su mamó y se dispuso a comer.

—Soy muy *preguntonta*, lo siento.

—¿*Preguntonta*?

—Sí, es como decir que hago preguntas tontas... sólo que de esa forma ahorro palabras. Con mi amiga Nataliya teníamos la costumbre de unir palabras para hablar más rápido y que no nos regañaran en el trabajo por estar chismeando.

—¿Dónde trabajabas?

—En el comedor de un internado. —Se ciñó a lo que le había dicho a Agatha cuando le planteó la misma pregunta—. Te parezco infantil, ¿verdad? —añadió para apartarlo de ese tema y que no se pusiera a pensar si en la zona había o no internados.

—Me pareces... hermosa.

—Eso no contesta mi pregunta.

—Creo que eres muy madura y centrada, incluso muy discreta. Las chicas de tu edad alborotan más, hablan a gritos y se ríen por todo.

Ella asintió y se quedó mirándolo.

—Y, yo, ¿te parezco un viejo gruñón?

—¿Viejo? Tú no eres viejo.

—Tengo treinta y uno.

—Sólo doce más que yo, no me parece tanto.

Kaysa dejó el tenedor en el plato y se puso de lado sobre la banquetta para enfrentarlo.

—Por si no lo sabes, resulta bastante intimidante cómo me estás mirando, además de que es una falta de respeto mirar a alguien cuando está comiendo.

—Sólo estaba pensando.

—¿En qué?

—Me preguntaba cómo sería un beso tuyo, qué sentiría.

Viggo se atragantó y necesitó beber algo, así que cogió la bebida isotónica y se la zampó entera. Luego dejó el botellín en la encimera, se acarició su barba y le preguntó:

—¿Quieres que te bese?

—Si tú quieres...

Kaysa cerró los ojos y se quedó esperando. Viggo bajó de la banqueta sin quitarle los ojos de encima; tenía la vista clavada en sus mullidos labios, pues ella poseía unos labios gruesos y rojos, muy tentadores... demasiado. Su ancha mano la cogió por la nuca y su pulgar llegó hasta acariciarle los labios, esos que había deseado desde el primer día que la vio.

—Abre los ojos, Kaysa, para saber que estás segura de que quieres que lo haga. —Le habló tan cerca que su respiración le hizo cosquillas.

Kaysa obedeció y se lo quedó mirando; era absolutamente guapo. Su color de piel, bronceada, acentuaba, en conjunto con sus cicatrices, su masculinidad. Fijó su vista en la cicatriz de la ceja y, sin darse cuenta de que había levantado la mano, se encontró resiguiéndola.

—Fue un botellazo. Cuando murió mi esposa, enloquecí —tragó saliva— y me pasaba la vida de bar en bar, emborrachándome y buscando pelea. El día que conseguí esa cicatriz fue cuando conocí a Zane; en realidad ya la tenía, pero ese día se hizo más notoria.

Kaysa bajó su mano y le acarició el pecho; era más sólido de lo que había imaginado, y en ese momento estaba agitado... y, cuando ella lo tocó, lo insufló más. Su contacto, en vez de calmarlo, lo estaba alterando.

—Daniel, quiero... necesito saber qué se siente cuando te dan un beso deseado.

Una leve contracción en el ceño de Viggo se formó al oír sus palabras, deteniendo el recorrido de sus ojos, que luego continuaron para volverse a fijar en su boca; sus pupilas se dilataron y el espacio entre ellos se convirtió en casi inexistente.

Viggo primero pasó su nariz por su boca, luego estimuló su cuello y volvió de regreso lentamente a enfrentarla; estaba luchando contra sus demonios, pero su cuerpo sabía lo que quería, y la quería a ella.

Sacó la lengua para humedecerle los labios, probándola, y el momento se transformó en uno de esos instantes en los que sientes que todo va a cambiar, para bien o para mal, pero eres consciente de que no pasará inadvertido... como si todo lo que te privaste de sentir sólo hubiera sido para acumular ansias para lo que ocurriría a partir de entonces.

Viggo volvió a sacar la lengua y volvió a humedecerle los labios. Estaba siendo suave, medido, aunque le estaba costando contenerse... sin embargo, no podía acallar en su cerebro las palabras que Kaysa había dicho, y por tal motivo quería que el beso que él le diera no se pareciera en nada a lo que antes había tenido. Tenía una responsabilidad y no quería fallar, así que se tomó su tiempo y se concentró en oír el cambio en su respiración, ese indicativo que le hizo saber que ella estaba fundiéndose de deseo igual que él. Percibió un tenue jadeo que Kaysa no pudo contener, y lo tomó como la señal que necesitaba para devorarla sin control; fue como si se hubiera accionado un interruptor en ambos, porque el instinto sediento de los dos se abrió paso.

Se besaron con intensidad. Kaysa abrió la boca y él deslizó la lengua en su interior buscando la suya, y ella no dudó en entregársela. En ese preciso instante en el que el cerebro pareció apagarse regido por el deseo, todo fluyó entre ellos..., sus lenguas se enredaron, devorándose, probándose, chocándose una y otra vez, como si nada fuera suficiente. Viggo tuvo que hacer gala de toda su resistencia para no acercarse y apoyar sus caderas contra ella, para no cogerla por el culo y arrimarla más a él, y aunque el apetito de hacerle sentir cuánto lo excitaba era demasiado, estaba dispuesto a que sólo fuera un beso. Ella se lo había pedido y él no era nadie para negárselo.

Un sexy grito escapó de los labios de la muchacha y fue la evidencia de que todo estaba pasando a la siguiente fase, hecho que, además, le estaba marcando el momento exacto de detenerse.

Viggo rompió el beso y nunca nada le había costado tanto como eso. Se quedó mirándola, sin creer que con un simple beso su cuerpo pareciera renacer.

Se obcecó en sus labios, los miró con insistencia; se notaban más rojos e hinchados por el roce de su barba, y quiso volver a hacerlos suyos, pues uno solo no parecía ser suficiente. Kaysa tenía aspecto de adormilada, como si estuviera flotando en éter; le gustó verla así, porque él había logrado ese estado en ella.

Ambos respiraban agitados, y Viggo entonces se acercó y dejó un último besito, casto, sobre sus maltratados labios para finalmente apartarse.

Sentado nuevamente en la banqueta alta, sin desenlazar sus miradas, le preguntó:

—¿Y? ¿Qué te ha parecido?

—Tal cual como me dijo Nataliya que lo sentiría: irreal, mágico, insaciable, ardiente, arrasador. Lo he sentido aquí —se tocó el pecho—, aquí —se tocó la cabeza—, aquí también —se pasó unos dedos por encima de la boca—, aquí —

se tocó el vientre— y también lo he sentido... —se detuvo—... en todas partes.

Todo mi cuerpo ha sentido tu beso. Ahora sí que puedo decir que he sido besada.

Viggo sonrió y se anudó el pelo. Había logrado su propósito, pero no sólo había hecho eso, sino que, además, acaba de corroborar que Kaysa era demasiado inocente como para corromperla con su oscuridad, pues él era un hombre sin alma ni sentimientos, pero sobre todo cada vez estaba más convencido de que alguien la había lastimado, y mucho, y ese conocimiento lo hacía todo más imposible. Él no era el indicado para salvarla. ¿Cómo podía hacerlo si ni siquiera se sentía capaz de salvarse a sí mismo?

Capítulo treinta y dos

Terminaron de comer en silencio, asearon la cocina y, cuando ya no quedaba más que hacer, Viggo indicó:

—Ve a descansar; yo haré lo mismo, me daré una ducha e intentaré dormir.

Kaysa se quedó mirándolo, pensando si tal vez había hecho algo mal. Él se mostraba distante, como si el contacto con sus labios no hubiera sido tan mágico como sí lo había sido para ella. Por supuesto que era una inexperta, pero le parecía que él también lo había disfrutado. Su única experiencia había sido con el salvaje de Alexandr, pero eso para ella no contaba, era algo que quería dejar de recordar; ansiaba que besos verdaderos borraran todo el mal sabor que los suyos le habían dejado.

—Hasta mañana —contestó desalentada, y empezó a caminar hacia la escalera que la conducía hasta su habitación. Cuando comenzó a subir, la voz de Viggo la detuvo.

—A mí también me ha gustado el beso, es sólo que yo... no puedo, Kaysa; no merezco sentir lo que he sentido cuando te he probado.

Viggo dio media vuelta y desapareció en la cocina; por ahí el camino a su casa era más corto.

Se tendió en la cama. Las sábanas recién colocadas olían muy bien, a jabón y suavizante, era un aroma sedativo. Quería dormir, pero no podía dejar de rememorar la forma en que se habían besado. Se sintió feliz, porque a partir de entonces, cuando pensara en un beso, recordaría ése y no los de Alexandr Pávlov.

Viggo le había dicho que también le había gustado, y eso hizo que se sintiera esperanzada. Meditó en silencio y se cuestionó si era normal sentir así, si no estaría siendo muy indecente por desearlo como lo deseaba. Todo estaba pasando muy rápido. Se sintió un poco tonta, o mejor dicho fuera de órbita; había vivido encerrada tanto tiempo que no tenía ni idea de cómo actuar ante un hombre. La constatación de su inexperiencia provocó que lanzara una maldición. Esos malnacidos le habían robado cuatro años de su vida.

—No —dijo resentida—, no han sido cuatro, sino diecinueve, porque ellos se llevaron también los recuerdos de todo mi pasado.

Después de darse una ducha, se metió en la cama y se quedó pensando durante un largo rato en cómo Kaysa y él habían conectado. Se sentía inquieto; había pasado demasiado tiempo desde que no se entregaba tanto a un beso como lo había hecho con ella, y lo descolocaba saber que no le había mentado al decirle que le había gustado. Lógicamente, después de la muerte de London no se había convertido en célibe; sin embargo, para él las relaciones sexuales se habían convertido en un simple acto fisiológico, una simple manera de liberar endorfinas y nada más, puesto que consideraba que no tenía derecho a enamorarse y ser feliz nuevamente.

Sin embargo, desde que se había topado con Kaysa, su corazón no dejaba de dar saltos e incluso hasta varias veces había hecho volteretas en el aire sin que él se lo propusiera.

Mientras consideraba las sensaciones que había experimentado, el cansancio tras haber combatido en la jaula se abrió paso y Morfeo lo atrapó sin que se diera cuenta del momento en el que se quedaba dormido.

Después de algunos minutos, tuvo toda la sensación de que el colchón se hundía a su lado. Su sueño siempre era muy frágil y se despertaba con facilidad por cualquier movimiento o ruido extraño... Tuvo miedo de estar empezando a tener otra pesadilla, y volvió a sentir que la cama se hundía un poco más.

Abrió los ojos, aturdido, para corroborarlo.

Al principio no supo si era cierto lo que estaba viendo o simplemente se encontraba dentro de un sueño en el que Kaysa era su fantasía, puesto que aún podía sentir el sabor de su boca en él.

Levantó una mano y tocó su mejilla; ella lo miraba cautelosa, con sus enormes y cálidos ojos azules.

—Necesito no sentirme tan sola esta noche, ¿puedo quedarme a tu lado?

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo?

—Sí, me estoy metiendo contigo en la cama.

—Kaysa... yo no soy bueno para nadie; estoy dañado, no quiero dañarte.

—Sólo quiero dormir a tu lado, sentirme protegida. Sé que no tengo derecho y, si de verdad no me quieres aquí, me iré, pero...

—Shh, ven conmigo. —Viggo se apartó del centro de la cama y le dejó más espacio. Estiró un brazo y la invitó a que se apoyara sobre su pecho; no era lógico nada de lo que hacía, él no era un hombre que cediera fácilmente, pero por mucho que lo intentara parecía no poder resistirse a ella.

¿Qué había pasado con eso de que no se acurrucaba con nadie, si al parecer hasta estaba disfrutándolo en este momento?

—No quiero lastimarte. ¿No te duele donde te golpearon?

—Es del otro lado, no te preocupes. Además, de todas formas estuve poniéndome hielo y también me tomé unos calmantes que son tan fuertes que pueden dormir a un caballo. Por cierto, si me oyes roncar, es por eso.

—Gracias por dejarme quedar.

—No tienes que agradecermelo, me siento... —dudó en continuar hablando, pero estaba tan harto de reprimirse que con ella liberarse y decir lo que sentía resultaba muy fácil—... afortunado de que hayas venido. Sé que, aunque no lo digas, estás asustada. No se me ha pasado por alto que no quieres salir de la casa.

Kaysa se movió y se ajustó más a su torso.

—Creo que sería conveniente que me pusiera un bóxer.

—¿Estás desnudo?

—Es más cómodo dormir así; además, vivo solo en esta parte de la villa.

Viggo se levantó y le dio la espalda, y ella lo miró atentamente moverse en la semioscuridad; el reflejo de las luces nocturnas del jardín que entraban a través

de las ventanas cincelaba su cuerpo y lo iluminaban parcialmente para que ella lo pudiera admirar.

Se relamió los labios y se sintió lasciva, tal vez hasta un poco indecente, pero lo que sentía por Viggo la hacía sentir viva, y ella había estado conectada a un respirador automatizado durante demasiado tiempo.

No podía entender del todo lo que le pasaba, pero no lograba apartar sus ojos de él. Quizá, en ese momento en el que había conseguido su libertad tras pasar tantos años bajo unas reglas inquebrantables y abusivas, quería vivir y hacer lo que cualquier persona normal hace.

Cuando lo vio llegar con Savannah, los celos y un extraño sentimiento de posesión se apoderaron de ella, y no pudo reprimir el enfado y la frustración que sintió cuando imaginó que Viggo, la noche anterior, había regresado a la casa de la piscina, donde esa chica lo esperaba; la enojaban, además, las escasas explicaciones que él le había dado. Y para qué hablar del cabreo que le provocó pensar que Viggo estaba curándole las heridas. No quería que él pusiera sus manos en esa mujer ni en ninguna otra; sus manos sólo podían curarla a ella.

Incluso se aferró a las palabras de Ariana; ella le había asegurado que no estaba mal visto que un hombre vigoroso como él y una mujer bella y joven como ella se sintieran atraídos; le había aseverado mil veces más que no era indecente seguir los deseos del corazón, porque ambos eran libres. Así que eso era lo que estaba haciendo de nuevo, dejándose llevar por los sentimientos... sentimientos que creía que nunca iba a experimentar, porque jamás imaginó que iba a tener la oportunidad de salir del *gulag*.

Viggo regresó a la cama, se acostó junto a ella y volvió a cobijarla contra sí.

—Sé que estás cansado, pero, aunque he intentado contenerme, no he sido capaz de hacerlo y he venido. ¿Te parezco una facilona por venir aquí y meterme en la cama contigo?

—No. Lo que creo de ti es que eres tan fuerte con tus escasos diecinueve años que realmente me asombra la madurez mental que tienes. Recibiste tres balazos y te repusiste de tus heridas con tanto estoicismo que no puedo dejar de asombrarme.

»Cuando yo tenía diecinueve años, no podía imaginar sobrevivir sin mi

madre; ella murió cuando yo tenía tu edad. Me metí en tantos problemas que casi me echan de la universidad, ya que, en vez de hacerle las cosas más fáciles a mi padre, se las compliqué, como si él no estuviera sufriendo, igual que yo, por haber perdido al amor de su vida; porque, si bien después pasó página y volvió a casarse, sé que, si mi madre no hubiera muerto, ellos hubiesen sido felices durante toda la vida.

»Kaysa, no todos estamos preparados para asumir ciertas cosas a esa edad.

—A veces en la vida hay acontecimientos que hacen que tus ojos vean ciertas cosas que te obligan a madurar a la fuerza; cosas que te marcan para siempre y que te obligan a crecer; cosas que no crees que sean reales hasta que te pasan.

Viggo la besó en la coronilla y la abrigó más en su abrazo, y un silencio cómodo y apacible los envolvió, sabiendo que el silencio muchas veces podía no resultar incómodo, sino cómplice.

De pronto Kaysa lo oyó roncar, y eso le provocó ternura. Por suerte Viggo había tenido el tino de avisarle de la medicación que había tomado, porque, si no, hubiese pensado que lo había aburrido y que por eso se había dormido.

La muchacha casi no había pegado ojo, pues se había pasado toda la noche viéndolo dormir y, cuando empezó a amanecer y la luz del día comenzó a entrar por los ventanales a través de las cortinas, su esculpido cuerpo se convirtió en una tentación. Nunca creyó que, después de su única y espantosa experiencia con Sasha, se iba a sentir tan suelta con otro hombre; no obstante, así era. Viggo le había inspirado confianza desde un principio, incluso la había tratado siempre con respeto, y eso hizo que en esos pocos días de conocerlo la atracción se convirtiera en algo imposible de evitar. Algo así como que era el

indicado para poder sanar todas sus heridas.

Muchas veces, cuando se había planteado sus sentimientos, había temido que sólo estuviera confundiendo lo que sentía con agradecimiento, pero luego, cuando pensaba en los otros luchadores que vivían en la casa y que eran tan guapos y carismáticos como Viggo, ninguno le atraía ni siquiera como para tontear. No era como si sólo quisiera ir por la vida buscando la compañía de un hombre. No.

Lo que le pasaba con Viggo era algo inevitable.

En algún momento del amanecer, finalmente se quedó dormida.

Cuando despertó, él ya no estaba a su lado. Se sentó en la cama y estiró los brazos y el cuerpo. Rápidamente se recriminó que debería haberse ido cuando había empezado a clarear el día, puesto que en ese momento tendría que hacer frente a las miradas inquisitorias de todos en la casa; lo que le esperaba era el camino de la vergüenza, ya que nadie se creería que ellos sólo habían dormido en la misma cama.

Se levantó, fue hasta el baño y se miró al espejo. No estaba distinta, pero se sentía diferente. A sus diecinueve años, le habían dado su primer beso, ese que ella había elegido que le dieran, y se sentía feliz y no había nadie que pudiera quitarle esa felicidad.

Hizo pis y se lavó un poco la cara; no tenía un cepillo de dientes, así que se dijo que cuando llegara a su habitación se los lavaría. Salió del baño y se dirigió a la puerta; permaneció escasos instantes frente a ésta y, tras realizar una profunda respiración antes de abrirla, salió.

—Brrrrr, qué frío. —La temperatura había bajado considerablemente, y ella estaba descalza y en pijama, una preciosa forma para hacer su entrada y que todos se dieran cuenta de que no había dormido en su cama.

Por suerte, Agatha era la única en la cocina, así que respiró aliviada. La regordeta mujer miró sus fachas, pero no dijo nada. Simplemente se limitó a pedirle que se apresurara, para estar lista antes de que empezaran a llegar

todos.

Subió la escalera casi corriendo y, cuando estaba a punto de llegar a la cima, oyó la puerta de una habitación que se cerraba. Se quedó petrificada, pero comprendió que era inevitable cruzarse con quien fuera que venía hacia la escalera y decidió seguir adelante.

—Buenos días, Ziu. ¿Cómo va tu pie? —saludó cuando éste se atravesó en su camino, y se sintió secretamente agradecida de que fuera él y no Ariana.

—Buenos días. Muy bien, hoy me toca consulta con el médico.

—Genial.

Continuó caminando; hubiera salido corriendo, pero eso hubiese hecho muy evidente que quería desaparecer, así que hizo su camino lo más tranquila posible.

Se dio una ducha y tardó un millón de horas hasta que decidió qué ponerse; quería verse atractiva, no formal y decorosa..., así la había descrito Ariana cuando le entregó la ropa que le había comprado... Le había comentado que su estilo era formal, decoroso y aburrido. Utilizó todos esos adjetivos para definirlo cuando ella se quejó por el dinero que había gastado, y añadió también que necesitaba atuendos más acordes a su edad.

Finalmente optó por unos *leggings* de color negro y un suéter de cuello alto en color azul; era un día muy invernal, lo había comprobado cuando tuvo que cruzar el camino de losetas hasta la casa.

Viggo regresaba de correr, y a lo largo de todo el camino no había podido dejar de pensar en ella; era como un maldito martilleo en su cabeza que no cesaba. Le dio una y mil vueltas a lo que había significado haber despertado abrazado a Kaysa, acurrucado contra su cuerpo, con la cabeza hundida en su cuello, respirando su aroma, invadiendo su espacio... y con una tremenda erección bajo su bóxer que por poco traspasa la pierna de la muchacha.

Hacía demasiado tiempo que no tenía un despertar como ése, que no se sentía feliz.

«Desde el día de la boda de Ryle y Weston, cuando desperté abrazado al vientre de London», recordó con tristeza.

De inmediato sintió que la estaba traicionando, porque automáticamente el dulce rostro añorado de Kaysa se abrió paso en sus pensamientos al reconocer lo mucho que le había gustado despertar así, junto a ella.

Lo enojó incluso recordar que deseó agitar sus caderas y frotarse perezosamente contra ella para que sintiera su erección matinal; había deseado despertarla diseminando un millón de besos por toda su piel y hacerle el amor despacio y durante largo rato, hasta arrancarle varios orgasmos y que ella siguiera pidiéndole más.

Ése fue el preciso momento en el que decidió que lo mejor era salir de la cama. Se había deslizado sigilosamente de su lado y había resuelto que necesitaba salir a correr, para que su cuerpo liberara todas las endorfinas contenidas.

Comprendió que cada vez se le hacía más difícil negar lo que la chica le provocaba, un *tsunami* de emociones que él se había obligado a dejar de sentir y que ella, en sólo algunas semanas, había desterrado.

Comparó el sentimiento con el que tuvo cuando conoció a London, y cayó en la cuenta de que era algo muy parecido; lo de ellos también fue enamoramiento a primera vista. Se sintió peor aún, se sintió terriblemente desleal; detuvo su carrera y se apoyó las manos en las piernas, se inclinó hacia delante mirando el suelo y respiró con dificultad; se tocó el pecho, pero lo que sentía no era nada físico.

Estaba asustado.

No sabía de qué forma detener lo que estaba sintiendo por Kaysa.

Tal vez no había sido una buena idea dejarla quedarse en su cama.

Cuando ella llegó, él ya había tomado los calmantes de los que echaba mano tras una pelea para que los niveles de adrenalina en su cuerpo descendieran y le permitieran dormir para que sus músculos se recuperaran del esfuerzo. Sin embargo, pensar que su debilidad para no rechazarla se debió a los medicamentos no era leal por su parte, pues no estaba tan narcotizado como para no tener conciencia de lo que hacía.

Viggo se consideraba una persona verdaderamente honesta, demasiado como para no aceptar que no pudo resistirse al dulce gesto en su rostro y admitir que la poca voluntad que le quedaba para rechazarla se fue al garete.

Continuó corriendo para completar los kilómetros de su rutina de resistencia en los que alternaba velocidad e intensidad.

Llegó a la villa en el Camino Por Los Arboles y pasó directo hacia la casa de huéspedes. En cuanto abrió la puerta, sintió una punzada en el pecho al ver que la cama estaba revuelta y vacía; Kaysa se había ido.

Fue hacia la nevera, sacó una bebida energética y, después de bebérsela, se metió en la ducha. Al salir, cogió el móvil y, casi sin pensarlo, tecleó un mensaje.

Sé que te dije que no podía... pero...

me ha gustado demasiado amanecer

a tu lado.

Tiró el móvil sobre la cama. Ya estaba hecho, había cedido a lo que sentía, no había marcha atrás ni arrepentimiento... e incluso disfrutó las mariposas que revolotearon en su vientre mientras escribía el mensaje, una sensación que había olvidado desde hacía mucho tiempo.

Recordó lo que Ariana le dijo la noche anterior, cuando estaban sentados en el sofá de la sala.

—Transforma tu flaqueza en pluma y reescribe la historia de tu vida; sólo tú puedes modificar el final. Déjalas ir, Viggo, deja que descansen en paz... y

entonces tú también lo harás. Suéltalas, nadie merece tanto castigo por algo que no provocó. Si lo haces, si te atreves a ser feliz, no sólo lo estarás haciendo por ti, también será por ellas; será un homenaje al amor que London te enseñó a sentir. Libérate y permite que tu corazón sane, lo mereces.

Se secó las lágrimas, sorbió por la nariz y buscó ropa que ponerse para ir a desayunar.

Capítulo treinta y tres

Viggo entró en la cocina, y como cada día se acercó a Agatha y le besó la cabeza; luego robó una tira de bacón del plato para provocarla y finalmente se dignó mirar a los que estaban sentados allí; al verla, decidió cambiar su rutina.

—Buenos días —saludó con una sonrisa.

Todos levantaron la cabeza para ver si habían oído bien, y él comprendió que ése era un nuevo comienzo, así que era preciso que empezara a dejar salir al Daniel que tenía enterrado bajo capas y capas de dolor.

—Buenos días —le respondieron.

Miró a Kaysa y luego a su alrededor, y notó que no llevaba el móvil con ella, lo que indicaba que ése era el motivo por el cual aún no había leído el mensaje.

Se dirigió a la nevera para prepararse él mismo su batido de proteínas.

Mientras lo hacía, se percató de que junto a Kaysa había un sitio libre, así que se sentó junto a ella. En ese momento Ariana y Zane entraron en la cocina; al parecer habían salido muy temprano de la mansión.

—Ey, ¿en qué andáis metidos vosotros dos? —preguntó Ziu al verlos vestidos con ropa de calle.

—Venimos del médico —los informó Zane.

—¿Por algo de tu pierna? —preguntó Nix.

—No, hemos ido por mí —contestó Ariana.

—Queríamos estar seguros de que todo estaba bien antes de contároslo, porque no nos queríamos hacer falsas ilusiones, como nos ha pasado con los otros embarazos.

—Oh, ¡Dios mío! —exclamó Agatha, y retiró la sartén del fuego para que el tocino no se le acabara quemando.

Después de eso no los dejó que terminaran de hablar, porque fue directa hacia ellos y los abrazó a los dos, llenándolos de besos, y lo mismo hicieron los demás.

—Muy pronto habrá un crío caminando por la casa... Eso suena muy loco —fantaseó Nix.

—Aún no ha nacido y tú ya lo estás viendo corretear; creo que te estás adelantando mucho.

—Oye, viejo —le golpeó el hombro a Igor—, no me quites mis fantasías; es obvio que primero tiene que nacer, pero ya me lo imagino con nosotros en el gimnasio mientras entrenamos.

—Puede ser una niña —intervino Viggo.

—La llevaremos a entrenar igual.

—¿Y que aprenda las bestialidades que vosotros decís? Por encima de mi cadáver —aseguró Zane.

La mañana se volvió atípica con la noticia, no se hablaba de otra cosa.

—No veo la hora de empezar a sentir las pataditas.

—Eso ocurre alrededor de la semana dieciséis, a veces un poco antes, pero por lo general es en ese tiempo —le informó Viggo, demostrando que sabía de lo que hablaba.

—Estoy de seis semanas, faltan diez.

—Es una sensación tan mágica... y es el momento en el que realmente todo comienza a ser más real, porque entonces puedes sentir que verdaderamente hay una vida dentro de tu cuerpo —comentó Kaysa sin pensar y de inmediato todos la miraron.

—¿Has tenido un hijo? —preguntó Igor.

—No —negó ella.

—Fue madre de vientre subrogado —acotó Viggo aun sabiendo que eso era mentira, pero estaba seguro de que nadie lo notaría, pues no todos tenían por qué estar al corriente de los requisitos imprescindibles para serlo; él los conocía por su profesión de obstetra.

—¿En serio? —planteó, asombrada, Ariana.

—Sí, ayudé a una pareja que no podía tener hijos. —Miró con nerviosismo a Viggo y éste, disimuladamente, le acarició la pierna.

—Eso es fantástico. ¿Y has vuelto a saber del bebé?

—No.

—Se firma un contrato en el que hay ciertas cláusulas que no se pueden romper —la ayudó Viggo de nuevo.

—¿Y cómo se hace eso?

—Se lleva a cabo una inseminación artificial. No creerás que tuvo que mantener relaciones sexuales con el padre del bebé, ¿no? Nix, preguntas estupideces —soltó Viggo contrariado.

—¿Por qué no la dejas hablar a ella?

—Es como dice Viggo, Nix; sólo fui el envase que llevó al bebé durante nueve meses.

—Estoy un poco perdida —intervino Ariana—. ¿Cómo es que tú lo sabías?

—Vi su cicatriz cuando le retiré la bala. Fui obstetra antes que luchador, y médico general antes que obstetra, pero eso vosotros ya lo sabéis. ¿Ha terminado ya la inquisición? Me voy a entrenar.

—Y yo, a buscar la ropa para hacer la colada —anunció Kaysa, y se levantó de la mesa—. Agatha, deja todos los cacharros sucios en el fregadero; ahora bajo y me encargo —le pidió mientras recogía los que ella acababa de usar—.

Permíteme sentirme útil, por favor.

«Eres una estúpida», se recriminó en silencio mientras subía la escalera hacia su dormitorio para ir en busca de las sábanas que había cambiado la noche anterior.

Cuando llegó al segundo descanso de la escalera, se pegó un susto de mil demonios al encontrarse con Viggo, quien, sin mediar palabra, la besó de una manera arrebatadora y voraz. El beso fue muy diferente del que le había dado la noche anterior; éste era desesperado, urgente. Finalmente se apartó y le dijo:

—Tenemos que hablar.

—¿Ahora? —inquirió sintiendo que sus rodillas le temblaban.

—Luego, ahora debo ir a entrenar. ¿Dónde está tu móvil?

—Eeeh... creo que lo he dejado en el dormitorio.

—Ok, después hablamos.

Él le robó otro beso, pues volvió a estrellar su boca contra la de Kaysa, pero esta vez todo fue mucho más lento, aunque igual de intenso... Sus lenguas se buscaron de inmediato, chocándose y enredándose una y otra vez, y todo resultó

tan apasionado que Kaysa pensó que su corazón iba a estallar en cualquier momento; no quería que se acabara, simplemente quería continuar sintiendo el

sabor de Viggo, pero él volvió a romper la conexión.

«Qué suerte que uno de los dos sea consciente de que estamos en la escalera besándonos, porque por mi parte he perdido toda la razón con sus besos», se dijo al instante.

—Me tengo que ir —le informó Viggo mientras apoyaba su frente en la de ella y respiraba con dificultad.

Luego se apartó y empezó a descender, y Kaysa se quedó apoyada contra la pared, hecha un gran lío.

Cuando entró en su habitación se sentía confundida. La noche anterior él le había dejado claro que nada podía ocurrir entre ellos, y luego ella fue a la casa de huéspedes; lo había hecho para llevarse consigo, al menos, el recuerdo de haber sentido el calor de su cuerpo, aunque sólo fuera durmiendo junto a él. La idea era conseguir un billete para irse a San Diego tan pronto como se levantara esa mañana, cumplir con los planes que había emprendido la noche que la asaltaron en la terminal de autobuses y salir de la vida de todos ellos. Sin embargo, cuando despertó, como era una cobarde, no tuvo el coraje de seguirlos.

Se convenció de que lo haría en un rato, después de desayunar... pero en ese momento él acababa de decirle que debían hablar, e incluso la había salvado en la cocina soltando un montón de mentiras por ella.

La confusión aumentó. Se tocó la cabeza. Respiró profundamente, dejándose caer en la cama. Apenas lo hizo se dio cuenta de que había aterrizado sobre su teléfono, así que se puso de pie como un resorte para recuperarlo y tocó la pantalla para comprobar que no se había estropeado, y fue entonces cuando vio la notificación de un mensaje de él.

Sus manos temblaron mientras desbloqueaba el aparato para leerlo. Cuando lo hizo, si era posible que su confusión se incrementara un poco más, así fue.

Estuvo todo el día ansiosa, pero él no volvió a aparecer por la casa, y tampoco le envió ningún mensaje más. Para colmo, Ariana no se despegó en ningún momento de su lado; estaba eufórica y no paraba de mirar la ecografía

que le habían hecho. Por suerte no preguntó nada más acerca de la subrogación de

vientre y se sintió agradecida por su buena fortuna; no podía comprender en qué mierda estaba pensando cuando habló delante de todos.

«En nada», se dijo.

De pronto se percató de los gimoteos de Ariana. Ambas estaban en la sala, sentadas, conversando del único tema del que se hablaba desde la mañana, el bebé.

—¿Qué te pasa? —Kaysa tocó su vientre—. ¿Acaso te encuentras mal? Iré a buscar a Viggo.

—No, no..., ven aquí. Lloro porque me encantaría que mi madre estuviera aquí, compartiendo este momento conmigo.

—¿Y por qué no la llamas y le pides que venga?

—Mi madre murió, Kaysa.

«Tierra, trágame, ¿cómo puedo ser tan bruta?», pensó la chica.

—Mi padre, en una de sus tantas borracheras, la estampó contra la pared. Fue por mi causa: había descubierto mi tatuaje y le decía que era por su culpa, que seguramente me había alentado a desafiarlo... La verdad es que cualquier excusa le venía bien para usarla de saco de boxeo. —Un gemido lastimero salió de su boca—. Le rompió el cráneo; fue una lesión que le provocó la muerte de forma instantánea y... yo estaba allí, presenciándolo todo y...

—No tienes que contarme más si te hace daño. Perdóname por tener tan poco tacto, a veces soy demasiado espontánea y no pienso antes de hablar.

—Lo maté, Kaysa.

Un silencio cayó sobre ambas.

—Estuve detenida durante algún tiempo, hasta que, gracias a las declaraciones

de los vecinos, la policía supo todo lo que pasó esa noche, y todo lo que pasaba las anteriores también... Los gritos y golpes no les pasaban desapercibidos a los habitantes del edificio donde vivíamos, pero, como pasa siempre, nadie se metía. Tal vez no te interesa escuchar mis miserias.

—No —Kaysa y Ariana entrelazaron sus manos—; puedes seguir si eso te hace bien.

—Resulta catártico contarlo; no es algo de lo que me enorgullezca, pero tampoco es algo de lo que me arrepienta; por el contrario, me culpo, porque tendría que haber reaccionado antes de que él la matara.

Kaysa frotó sus manos y se las besó.

—No fuiste presa, entonces.

—Salí bajo fianza —Ariana sorbió por la nariz antes de continuar—, pero fui juzgada como adulta, ya que acababa de cumplir los dieciséis, y en Wisconsin, donde vivíamos, la ley que trata los delitos penales te considera adulto a esa edad. Finalmente, gracias al abogado que pagó mi abuela, la justicia dictaminó que había actuado bajo emoción violenta, pero lo que me eximió de ir a prisión fue que lo consideraron un acto de legítima defensa hacia mi madre; cuando me lo cargué, yo no sabía que ella ya estaba muerta, sólo pensé en protegerla.

»Crecí con mi abuela; ella me dio todo el amor que pudo y me ayudó con mis estudios, y yo procuré que estuviera muy orgullosa de mí. Era la madre de mi padre, pero jamás me juzgó por haber terminado con la vida de su único hijo; mi abuela era una mujer muy justa. Murió el mismo año que conocí a Zane; ella no llegó a conocerlo, pero sé que lo hubiera adorado.

»Crees que soy un monstruo —afirmó Ariana simplemente.

—No, hiciste lo correcto. Si yo no le hubiera tenido tanto miedo, también lo hubiera matado, sólo que me golpeaba tanto que me dejaba sin fuerzas para hacerlo.

—¿Hablas de tu padre?

Kaysa negó con la cabeza.

—¿Quieres contármelo?

—No...

—Está bien, no llores, ven aquí; no dejes que los recuerdos te paralicen, y recuerda que en esta casa estás a salvo. Perdona por sacar este tema y hacerte recordar... —Ariana se estiró para coger los pañuelos desechables de una caja que estaba en la mesa baja frente al sofá donde estaban sentadas, y repartió para ambas; luego abrazó a Kaysa y se quedaron así durante varios minutos—. Sólo debes saber que, cuando quieras desahogarte, aquí estaré.

Ariana tenía un talante alegre, así que era muy fácil seguirla, porque era contagiosa la forma en que disfrutaba cada momento. Eso hizo que a Kaysa no le costara demasiado volver a animarse y a ella tampoco.

—Basta de lloriqueos, quedarse demasiado tiempo recordando el pasado sólo nos detiene, y la vida es demasiado corta como para no continuar.

»Necesito contestar unos correos electrónicos y después le echaré mano a Viggo... Me ha explicado que el golpe que recibió anoche en las costillas le causa muchas molestias, pues, cuando ha trabajado con el saco, lanzándole golpes durante el entrenamiento de hoy, casi no ha podido hacerlo con el brazo de ese lado, así que le daré una sesión de crioterapia; eso le ayudará, ya que el frío es antiinflamatorio, analgésico, antiespasmódico, relajante muscular y, además, ayuda a la reabsorción de edemas y hematomas.

—Suenas como muy milagroso.

—Aunque no lo parezca, lo es.

Por la tarde, Kaysa estuvo atenta al momento en el que Viggo apareciera por la casa para que Ariana le diese su sesión de fisioterapia, así que, en cuanto lo vio, lo interceptó antes de que entrara. Apenas él reparó en ella, una sonrisa

amplia y diáfana resplandeció en su rostro; a cambio recibió una tímida y nerviosa.

—¿Qué haces aquí? Hace frío, ¿por qué no estás dentro?

—Te estaba esperando; me he enterado de que vendrías a que Ariana te tratase tu lesión.

—Sí, me ha estado molestando un poco hoy —afirmó mientras se tocaba su costado izquierdo.

—Esta mañana me has dicho que debíamos hablar, y luego tu mensaje me ha tenido todo el día pensando.

—A mí también me ha tenido todo el día pensando.

—Te estaré esperando en la casa de huéspedes cuando termines con Ariana, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto.

Estaba inquieta; los minutos parecían interminables mientras aguardaba su llegada. Permanecía de pie, inmersa en sus cavilaciones, al tiempo que miraba a los pájaros que revoloteaban en las copas de los árboles que rodeaban la propiedad, y no lo oyó entrar.

Dio un respingo cuando percibió dos manos apoyándose en sus hombros.

—Ya estoy aquí —le dijo Viggo al oído, dejándole al instante un beso en el espacio tras la oreja que le hizo cosquillas.

Se dio media vuelta y lo enfrentó; de inmediato se aferró con fuerza de su torso y hundió su rostro en su pecho. Viggo la envolvió con sus brazos y acarició su espalda.

Ella empezó a hablar; su voz le hacía eco dentro del pecho, y Viggo quiso

conservar para siempre esa sensación de sentirse atiborrado.

—Anoche, cuando vine a dormir contigo después de que me dijeras que nada podía ser posible... bueno, exactamente me dijiste que tú no podías... se me hizo difícil creerte tras ese beso que me habías dado, pero, aunque quería transformar eso, iba a aceptarlo, pues nadie puede obligar a una persona a tener sentimientos por otra.

Él quiso levantar su rostro y que lo mirase, pero ella se empeñó en seguir en la posición en la que estaba y se aferró más a su enorme y vigoroso cuerpo.

—Déjame escuchar tu corazón; de esa forma podré identificar tus sensaciones ante mis palabras. El corazón de una persona no miente jamás; hablar así es como una prueba de polígrafo.

Daniel besó su cabeza y le acarició la espalda.

—Ok, conectémonos al polígrafo, entonces; continúa.

—Vine porque quería llevarme el aroma y el calor de tu cuerpo, pues estaba decidida a comprar un billete por la mañana y marcharme.

—¿Has comprado un pasaje? —exclamó alarmado, y la separó de él de todas maneras para mirarla fijamente a los ojos—. No quiero que te vayas, quédate.

Sin pensarlo, la besó; cuando se apartó de ella rompiendo el beso, una súplica salió de su boca.

—Por favor, no te vayas.

—Si realmente es lo que quieres, me quedaré.

Viggo la acercó a él y metió sus manos bajo el suéter para acariciarle la espalda. De inmediato la besó de nuevo; ella se agitó entre sus brazos y él creyó que iba a apartarlo, pero no lo hizo; por el contrario, subió sus brazos y se aferró a su cintura, metió sus delgadas manos, levantándole la camiseta, y le acarició el ancho músculo dorsal de la espalda, haciendo que el recorrido de sus manos provocase un escalofrío en él.

Viggo intensificó el beso cuando se juzgó deseado; a la vez experimentó una sensación de calma en su interior, que al instante dio paso a un incendio dentro de él, como si se tratara de avivar una llama latente que hacía años que permanecía apagada en todo su cuerpo.

Bajó sus manos y la tomó por las nalgas para levantarla, y ella se aferró con sus piernas de su cintura, se apartó de su boca y lo miró a los ojos, y luego volvió a besarlo.

Con su lengua, le lamió los labios, mientras seguía aferrada a él de sus sólidos trapecios. Dejó escapar un gemido que hizo que Viggo retomara el control del beso, caminó hasta la cama y la dejó allí. A continuación se tendió sobre ella, pero sin descansar por completo el peso de su cuerpo sobre el suyo, cuidando de no hacerle daño.

Levantó más sus piernas y presionó el bulto de la erección que se le había formado bajo los vaqueros contra su entrada; se frotó en ella mientras continuaba besándola, devorándola.

—Espera... —pidió ella sin aliento—... espera, por favor. —Su voz sonó urgente.

—Sí, Kaysa. —Viggo habló entrecortadamente; estaba demasiado excitado, pero sin duda que iba a parar si ella le pedía que lo hiciera—. ¿Sólo dime qué ocurre? Iremos a tu ritmo, cariño —declaró, cogiendo otra bocanada de aire—.

Si no quieres que siga, no lo haré.

La muchacha apoyó sus manos sobre el pecho masculino, esquivando su mirada.

—¿De verdad que pararás?

—Por supuesto. ¿Qué sucede, nena? Dímelo para que pueda saber cómo actuar.

En ese instante Viggo se apartó de encima de ella y apretó los dientes,

esperando que no se le fueran a romper y ansiando que ella no le confesara lo que hacía tiempo que él imaginaba: que había sido forzada por alguien.

Respiró con más dificultad todavía, pero por la ira que de pronto se estaba acumulando en su interior.

Se sentó en la cama y se arrastró en ella para apoyarse contra el respaldo.

—Ven aquí, déjame abrazarte.

Kaysa gateó sobre la cama y se acurrucó contra él.

—¿No estás enfadado porque te haga esperar?

—No, nena, no lo estoy, te lo prometo. Ven, siéntate a horcajadas sobre mí, para que te pueda mirar y también tú a mí, y así verás que no te estoy mintiendo; no estoy enojado.

—Hay algo que tienes que saber... no soy virgen.

—Si eso es lo que te preocupaba, no tiene por qué hacerlo. —La cogió por el mentón y levantó su rostro para que lo mirara a los ojos; ella parecía muy apenada—. Has tenido un hijo, me lo imaginaba.

—Lo que sucede es que...

—Dime, Kaysa. Puedes contarme lo que sea, te lo prometo.

—Aunque pensaba que podría acostarme contigo, creo que tengo mucho miedo. —Se retorció las manos y él se las sostuvo y se las besó.

—Miedo, ¿de qué?

—Miedo... de que no me guste; de que sienta asco de ti; de que, cuando te subas sobre mí y te deslices en mi interior, no pueda soportarlo.

—Kaysa, sólo haremos lo que tú quieras que hagamos, tú tienes el control de lo que pase entre nosotros. Si me dices que pare, lo haré, como te acabo de demostrar. Te respeto y no haré nada que te dañe.

Sus lágrimas se deslizaban por su mejilla; estaba rota, muy rota.

—Tengo miedo de que, cuando te diga que pares, no te detengas.

—¿Por qué piensas que me comportaré así? —Él ya sabía la respuesta, pero ella tenía que decírselo para que lo extirpara de su interior.

—No soy virgen...

—Ya lo sé, ya me lo has dicho y te he afirmado que no hay ningún problema con eso.

—Es que no lo entiendes...

—Te prometo que lo hago. ¿Por qué piensas que no me detendré? No me has contestado.

—Porque... él... no lo hizo.

Apoyó el rostro en el pecho de Viggo y lloró durante largo rato. Él la contuvo, paciente, y acarició su espalda una y otra vez.

—No soy tonta —dijo ella finalmente.

—No creo que lo seas.

—No, me refiero a que no soy una tonta, que sé diferenciar a las personas...

Desde que te conozco, aunque no hace tanto, te he estado observando y sé que eres diferente. Tú siempre me tratas bien, tus besos incluso me gustan... y mucho, y todo lo que acaba de pasar también. Además, anoche me pareció maravilloso dormir a tu lado, me sentí muy bien. Pero... cuando tu erección me ha empujado, aun sabiendo que los dos estábamos con la ropa puesta, me he paralizado porque he tenido miedo.

Viggo respiró profunda y sonoramente, y le preguntó:

—¿Quién te hizo eso? Dímelo para ir a buscarlo, dímelo para molerlo a golpes.

—No quiero hablar de él, quiero olvidar todo eso. Quiero que tus besos y tus caricias reemplacen todo lo malo que viví. —Lo agarró de la cara con ambas manos—. No quiero que lo busques, no quiero eso; él es una persona muy mala, por eso jamás te diré quién fue.

—Yo no soy como él.

—Lo sé, pero, aun así, aun ansiándote tanto, no puedo dejar de tener miedo.

»Me atemoriza pensar que, cuando nos quitemos la ropa, si te pido que te detengas, tú no lo hagas.

—Ya te he demostrado que voy a parar, acabo de hacerlo.

—Pero aún no estamos desnudos. Es que tú no sabes lo que realmente pasó, era mi primera vez... —dijo, tragando el nudo que se le atravesaba en la garganta y se le mezclaba con las lágrimas que no podía contener.

Viggo, cuando oyó eso, quiso gritarle y exigirle que le dijera de una maldita vez quién había sido, para que sus puños hicieran justicia por ella, pero no quería asustarla más. Intentó serenarse.

—Kaysa, cariño, no llores más. Estás aquí conmigo y voy a cuidar de ti.

—Él también dijo que me cuidaría, que me trataría como a una reina, pero no lo hizo. Fue malo, me infligió mucho dolor, me hizo sangrar; fue salvaje, despiadado... y, como no le bastó con violarme por delante, también lo hizo por detrás, y eso me dolió mucho más. No podía ni caminar y él seguía metiéndose en mí sin importarle cuánto me lastimaba.

Viggo cerró los ojos cuando oyó eso, y tuvo que hacer acopio de todo su control, haciendo un gran esfuerzo, para soportar permanecer tranquilo. Quería romperlo todo, quería matar al que le había hecho eso.

—Mi dulce Kaysa.

—¡No vuelvas a llamarme así, nunca más! —gritó ella mirándolo horrorizada, y saltó de la cama como si un hierro candente la hubiera quemado.

Deslizó su espalda contra la pared y se hizo un ovillo en el suelo. Viggo bajó de la cama y se arrodilló delante de la chica.

—Kaysa, no te alejes de mí. Déjame levantarte del suelo y permíteme acostarme a tu lado en la cama, igual que como lo hicimos anoche. Sólo quiero abrazarte y sostenerte; ni siquiera nos quitaremos la ropa y, si no lo deseas, tampoco te besaré.

La muchacha levantó la vista y se arrojó a su cuello, enredando sus brazos en él.

—Te necesito.

—Lo sé, y aquí estoy, siempre estaré aquí.

Viggo la puso en la cama, fue a por un vaso de agua para que bebiera y se tranquilizara y luego se acostó a su lado, la abrazó con fuerza y la arrulló hasta que ella se durmió.

Cuando estuvo seguro de que estaba profundamente dormida, se levantó con precaución de la cama para no despertarla. Se quedó contemplándola, con sus manos enlazadas tras su nuca, calculando todas las implicaciones de su revelación, y sintió que estaba a punto de enloquecer. La furia acumulada en su

cuerpo estaba por hacerlo explotar. Se sentía impotente; necesitaba buscar una manera de saber quién la había dañado tanto; necesitaba hacérselo pagar al malnacido que la había vejado y sodomizado, pero, por encima de todo, necesitaba sanar todas sus heridas, que al parecer eran más de las que él había curado sobre su piel.

Un golpeteo en la puerta lo sacó de sus reflexiones y se apresuró a dirigirse a la puerta para que no volvieran a llamar y la despertasen. Abrió sólo una rendija y se asomó.

—¿Qué quieres, Ariana? —demandó entre susurros.

—¿Por qué hablas en secreto?

—¿Has venido por algo en concreto? ¿Qué deseas? Dímelo de una vez.

—Estoy preocupada por Kaysa.

—Shh, no hables alto.

—¿Estás con alguien?

Viggo puso los ojos en blanco y salió, cerrando la puerta tras de sí.

—No soy tu marido para tener que estar dándote explicaciones. Dime de una vez a qué has venido y lárgate.

—¿No estarás otra vez con Savannah?

—Y si estoy con ella, ¿qué? Tú no me vas a venir a decir con quién debo estar y con quién no.

—Por supuesto que no, pero me desilusionaría que fueras tan necio.

—¿A qué has venido? —preguntó resignado.

—No encuentro a Kaysa y hoy la he dejado mal, Viggo. —Lo cogió por los brazos—. Creo que ha sido maltratada por su pareja.

—Kaysa está durmiendo, está bien.

—¿Kaysa está aquí contigo? Daniel Carter, no te atrevas a romperle el corazón a esa chica, porque lo tiene demasiado hecho trizas como para que tú también le sumes tu mierda. Un momento..., te acabo de decir que ha sido maltratada y ni siquiera te has inmutado... o bien eres más hijo de puta de lo que yo jamás creí o sabes algo...

—¿Has acabado? Ya te he dicho que está conmigo, vete.

—No lo haré hasta que me digas lo que sabes.

—Yo no te diré nada.

—Eso quiere decir que lo sabes. Admítelo.

—Lo admito, pero no te lo contaré. Ariana Wang, regresa a la casa.

—Bien; la próxima vez que me cuente algo, tampoco te lo diré.

—Ven aquí. Si te dice algo, dímelo, por favor; necesito saber quién le hizo daño.

—Viggo, ¿te das cuenta? En esta casa todos somos como el ángel caído de tu espalda. Es increíble, ¿no?

Salió del baño secándose el pelo con una toalla. Había tenido la precaución de llevarse ropa para cambiarse allí dentro, por si Kaysa despertaba mientras él estaba duchándose. No quería hacerla sentir incómoda con su desnudez. Sin embargo, fue a comprobar cómo estaba y vio que todavía dormía. No era extraño: en el agua, él le había echado un calmante para que descansara y se tranquilizara. Se acercó a la nevera y destapó una Guinness. Mientras bebía no dejaba de repasar mentalmente cada revelación que ella le había hecho; incluso conjeturó que tal vez había mucho más, pues aún le faltaba echarle luz al misterio de ese bebé al que dio vida.

Adormilada aún, empezó a desperezarse en la cama. Se restregó los ojos y buscó a su alrededor, hasta que lo vio de pie contra la encimera, bebiendo y sin quitarle los ojos de encima, quizá bebiéndola a ella también.

—Ven aquí. —Estiró su mano, atrayéndolo hacia ella, y él no se resistió. Se acercó a la cama, apoyó sus manos en el colchón y se inclinó para besarla.

—Tienes espuma de la cerveza en tus bigotes.

Él elevó sus cejas, sonrió exageradamente e hizo muecas; luego sumergió su rostro en el cuello de ella, para transferirle la espuma por toda la piel... y de paso aprovechó para hacerle cosquillas con la barba; cuando a ella ya le faltaba la respiración de tanto reír, se apartó.

—Viggo, por favor, me duele la herida de tanto que me haces reír.

—No importa, porque ese dolor es por la risa, y siempre quiero que sea así,

quiero que te duela la barriga de tanto reírte y no por otra cosa. Quiero verte sonreír eternamente. Es el sonido más exquisito que te he oído hacer desde que llegaste aquí.

Ella lo cogió con ambas manos por el rostro y estiró su morro para alcanzar

sus labios.

Se besaron lentamente, degustándose con calma y suavidad.

—¿Quieres darte una ducha y luego cenamos algo? Tengo comida en el calentaplatos; estaba esperando a que te despertaras.

—Está bien, pero... ¿qué hora es?

—Tarde, seguramente en la casa todos están ya durmiendo.

—¿Tanto he dormido? Ariana querrá saber dónde me he metido.

—Ya sabe que estás aquí conmigo. —Estudió su rostro—. ¿Algún problema?

—No. Si tú no tienes problema con eso, yo tampoco. Iré a darme una ducha.

¿Me prestas una camiseta?

—Sabes dónde están, son todas tuyas.

Ella fue hasta la cajonera en la que sabía que las guardaba y sacó esa en la que ponía «Nirvana» en la pechera; era la que él le dio para que se pusiera al día siguiente de rescatarla.

—Parece que le has cogido cariño a ésa.

—Me trae buenos recuerdos, del día que desperté y vi a mi salvador.

—Ve a ducharte, así luego comemos algo; me muero de hambre.

Cuando terminaron de cenar, se sentaron en el suelo apoyando la espalda contra el sofá situado junto a la chimenea, que Viggo había encendido previamente porque la temperatura había bajado más. Entrelazaron sus manos.

—Estás temblando. Deberías haberte secado el pelo.

—Estoy bien. ¿No tienes sueño? Yo he dormido toda la tarde, pero tú...

—¿Quieres que me vaya a dormir?

—No.

—Relájate, no pasará nada que no quieras que pase. No importa cuánto tengamos que esperar para hacerlo... El sexo no lo es todo, es una parte importante, pero también se puede disfrutar de una conversación —la besó en la mejilla— o de una comida juntos, como hace un rato. —Le besó la otra.

—No soy muy conversadora.

Echó la cabeza hacia atrás cuando se rio exageradamente y se peinó la barba con los dedos.

—Yo tampoco; en realidad dicen que soy bastante aburrido; ya sabes, en la casa todos opinan que soy un ogro. ¿Te parezco un ogro?

—Eres muy tierno.

Viggo se volvió a acercar, la tomó por la nuca y empezó a besarla. Se atiborró de la sensación de su lengua enredada con la de ella; luego bajó a su cuello y dejó besos húmedos ahí... y después estiró el escote de la camiseta y también le besó el hombro. Se deslizaron hasta el suelo y se recostaron en la alfombra. Él estiró la mano y cogió la manta que estaba en el sofá y los tapó a ambos. A continuación volvió a apoderarse de sus labios y en determinado momento movió sus caderas sin darse cuenta y Kaysa sintió el tamaño de su erección bajo los pantalones.

—Lo siento —se disculpó.

—Sigue besándome; tus besos me hacen olvidarlo todo, no te detengas.

—No lo haré si eso quieres, cuenta con la palabra de este *boy scout*.

Los besos continuaron, hasta que Viggo sintió que debía parar o terminaría corriéndose en los pantalones... o, peor aún, hospitalizado con las bolas azules.

Había olvidado los días de la adolescencia en los que sólo te queda apañarte

con tu propia mano después de una sesión de besos con la chica que es tu novia y que sólo te permite eso.

—Debemos parar; no soy de piedra, cariño.

Kaysa le acarició la erección sobre el pantalón con la mano temblorosa; se negó a que dejara de besarla.

—Intentemos algo más, necesito quitarme el miedo. Nataliya me dijo que, si se hace con el hombre adecuado, no tiene por qué doler.

—Kaysa, quiero que estés segura, no que sea por complacerme.

—Quiero que me hagas tuya, no hay nada que desee más.

Volvió a besarla, metió la mano bajo la camiseta y le acarició las nalgas. Las hubiese apretado con fuerza, pero se reprimió. Luego subió con las caricias por

su espalda. Viggo estaba demasiado duro; quería frotarse en ella, pero sabía que debía ir despacio.

—Espera... Supongo que no usas ningún plan anticonceptivo, así que iré a buscar un condón para el caso de que lo necesitemos.

Regresó rápidamente y se arrodilló frente a ella.

—Me quitaré la camiseta, sólo eso, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Ella se aferró a sus bíceps y luego le acarició el pecho; pasó las manos por sus abdominales y los resiguió uno por uno mientras él gemía. Viggo se inclinó y volvió a besarla, no podían apartar sus bocas. Despacio, empezó a levantarle la camiseta a Kaysa para descubrir su cuerpo.

—Vamos a quitarte tu camiseta, para que nos sintamos piel contra piel.

Él ya la había visto desnuda cuando le practicó la cirugía, pero en ese

momento todo fue muy profesional; ahora estaba admirando su cuerpo con lujuria, con pasión y con algo más. Le recorrió la piel con suaves caricias; ella primero intentó cubrirse los senos, pues no llevaba puesto un sujetador, pero luego él, lentamente con sus caricias, fue apartándole sus manos poco a poco. Se inclinó y le dejó un beso muy suave en el canalillo, por donde también pasó su lengua despacio. Sus pechos eran grandes a pesar de que ella era delgada. Los acarició con la palma abierta y luego, poco a poco, la cerró; comprobó que verdaderamente eran grandes porque rebosaron de su mano y las suyas eran de buen tamaño.

—Quiero sacarme el pantalón.

—Está bien.

Kaysa respiraba con mucha dificultad, pero, a pesar de que el miedo estaba ahí presente, latente, también eran muchas las ganas que tenía de avanzar. Viggo estaba siendo muy cuidadoso, y se tomaba su tiempo con cada movimiento que hacía, esperando a que ella le diera el okey para continuar.

Su bóxer se veía monstruosamente abultado.

—Bésame —casi le ordenó, y cerró los ojos muy fuerte.

Viggo sonrió antes de volver a caer contra su boca; parecía que los besos eran mágicos y la ayudaban a no pensar, así que la besaría eternamente con tal de hacerla olvidar.

Volvió a acariciar sus pechos, primero uno, luego el otro. Inmediatamente probó alejar los labios de su boca y bajó la cabeza muy despacio para besarle uno de sus senos; primero Kaysa se tensó, pero cuando vio que sólo estaba lamiendo sus puntas, se relajó. La notó más laxa, su respiración había cambiado y, aunque era agitada, su cuerpo no estaba en tensión, sino excitado. Viggo levantó la cabeza y buscó su mirada sin dejar de succionar sus pezones.

Bajó lentamente la mano y le acarició el vientre, luego, lentamente también, metió su mano bajo el tanga y acarició su pubis con la palma abierta. Esperó a que ella dejara de estar tensa y, cuando se relajó, probó a bajar con uno de sus

dedos para encontrar su clítoris.

Kaysa gritó, pero abrió más sus piernas, y él asintió. Hizo círculos sobre su brote y ella sintió que iba a perder la razón. Viggo apartó la mano y cogió su tanga para quitárselo; luego volvió a acariciarle el clítoris. Había conseguido que Kaysa estuviera muy mojada, lo que indicaba que estaba lista para algo más que caricias superficiales, así que resbaló sus dedos y le acarició la hendidura, desparramando su excitación, mientras observaba atentamente cada reacción de su cuerpo y de su rostro.

—¿Puedo? —le preguntó deteniendo uno de sus dedos en su entrada.

Kaysa tragó saliva.

—Si me dices que pare, pararé, lo haré, Kaysa, y si no quieres que en este preciso momento sigamos, todo estará bien. Te lo prometo.

—Continúa.

Viggo metió un dedo poco a poco; sus dedos eran largos y gruesos. Lo dejó quieto hasta que ella se relajó, luego probó a moverlo. Todo eso era por ella, pero ciertamente estaba asombrado de su resistencia; si seguía a ese ritmo, no llegaría a terminar y mucho menos llegar a donde pretendía, estar dentro de esa chica.

Lo metió y lo sacó varias veces; después, sin avisarla, metió otro más. Buscó su boca y lamió sus labios para distraerla.

—Necesito entrar en ti; te juro que me estoy muriendo por hacerte el amor, pero te cuidaré, seré tan suave como lo he sido hasta ahora. Por favor, Kaysa, dime que sí, que puedo.

—Probemos, por favor.

Se sentó dándole la espalda; no quería asustarla con su tremenda erección, así que se colocó el preservativo pero no se quitó el bóxer. Luego se acomodó entre sus piernas, apoyó los antebrazos a sus costados para amortiguar su peso y la miró fijamente a los ojos.

—Eres irreal de tanta hermosa.

Mientras él le hablaba, metió una mano entre ambos y liberó su polla; se frotó por su hendidura para conseguir humedecer su miembro con su propia esencia, aunque estaba seguro de que no era necesario, pues ella estaba muy resbaladiza ya.

—Estás húmeda, ¿lo notas? Quiero que toques lo resbaladiza que estás; no tengas vergüenza, es algo muy natural. Sólo quiero que lo hagas para que puedas comprobar que, cuando me deslice en tu interior, no te dolerá, porque tus fluidos ayudarán a que entre fácilmente.

Con mano temblorosa, hizo lo que él le había indicado.

—Relájate y abre más las piernas para darme entrada, cariño. No te dolerá, te lo prometo.

Viggo metió la mano entre ambos nuevamente y cogió su polla para posicionarse en la entrada de ella. La miró a los ojos y sufrió junto a ella cuando notó la fuerza con la que cerraba los ojos y lo aterrorizada que estaba; entonces se acercó a sus labios y le habló.

—Iré lento, Kaysa; mi cielo, no te dolerá, te lo prometo.

Viggo empujó, y la cabeza de su miembro se introdujo.

—Ya estás dentro —dijo ella, asombrada.

—Sólo un poco; aún falta, pero iré despacio.

Se introdujo un poco más. Cuando sintió que ella se aflojaba, terminó de hacerlo del todo y creyó que el calor de su coño lo haría correr de inmediato. Se quedó quieto, un poco para serenarse él y otro poco para darle tiempo a ella a que se acostumbrara a su grosor; a continuación agitó las caderas lentamente y paró de nuevo.

—Mi corazón va a estallar. Dime que no te duele para saber que puedo

moverme.

«No digas que te duele, por favor, no lo hagas», suplicó en silencio y luego sintió cómo ella movía las caderas, dándole permiso para que se moviera... y fue la señal que él necesitaba, que ella supiera que todo estaba en su mente y que no le haría daño.

Agitó levemente las caderas varias veces, disfrutando la forma en la que su polla era abrazada por el calor de su coño; metió la mano entre ambos y le masajeó el clítoris para ayudarla a llegar, ya que él no podría aguantar mucho tiempo más, y bombeó intentando contener el ímpetu con que se la quería follar; en apenas unos segundos y tras unas cuantas estocadas, la sintió apretar los músculos de su vagina, y supo que ella estaba a punto correrse, así que continuó acariciando su clítoris y bombeando su sexo hasta que la oyó gritar y clavarle las uñas en la espalda; entonces él se dejó ir, y de inmediato notó que ella lloraba.

—¿Te he lastimado? —le preguntó afligido.

—No, ha sido lo más hermoso que he vivido en mi vida. Ha sido especial, único, y ha borrado toda sensación que mi cuerpo conociera.

»Gracias, Daniel; gracias por cuidarme tanto.

Se quedaron abrazados en silencio, acariciándose uno al otro mirando las llamas que centelleaban en la chimenea.

—¿Estás bien?

—Sí, me siento feliz, me siento protegida, y una persona un poco más normal.

—Siempre has sido una persona normal. Kaysa, vayamos a la cama; estaremos más cómodos que en este duro suelo.

Permitió que ella se levantara primero. La chica se cubrió con la manta, pues aún se sentía pudorosa de mostrar su cuerpo, y Viggo sonrió. Él, por el contrario, no tenía problema con su desnudez y esperaba que muy pronto ella tampoco, pero aún mantenía su bóxer puesto, tras quitarse el preservativo.

Caminó detrás de ella y se metieron casi al unísono bajo las sábanas y el edredón. Inmediatamente la invitó a que se acurrucara en su pecho.

—¿Te duele algo?

—No, nada; lo prometo.

—Quiero hacerlo nuevamente, y quiero que esta vez sea más especial que antes, ya que estabas muy asustada por momentos. Ahora sabes que nada te pasará, y que no te lastimaré.

Se sentó a horcajadas sobre él apenas éste terminó de hablar.

—Yo también quiero hacerlo. —Se inclinó y lo besó, acarició su pelo, sus cejas y su barba—. Quiero que vuelvas a besar mis pechos, eso lo he sentido... allí abajo —dijo ruborizándose.

—Lo sé. Tienes unas tetas muy bonitas. Luego incluso quiero dormirme sobre ellas.

La giró rápidamente y la dejó bajo su cuerpo.

—Voy a quitarme el bóxer, Kaysa; quiero que no haya nada esta vez entre nosotros, quiero sentirte y que me sientas.

Viggo se movió y deslizó sus calzoncillos por sus piernas; ya estaba duro de nuevo, así que, apenas se lo bajó, su pesada erección cayó sobre la pierna de Kaysa.

Empezó besándole los labios, pero no se detuvo mucho ahí, pues inició un lento recorrido por toda su piel; le dejó besos en el cuello, en el escote, jugueteó un poco con la lengua en sus pezones, aunque tampoco se detuvo demasiado ahí, le besó el abdomen, bajó por sus piernas y volvió a subir, abrió sus muslos lentamente y la admiró... Su vagina era rosada y ya podía ver que estaba húmeda. Enterró su cara en su entrepierna y sacó su lengua para lamerla; juntó su humedad y luego rodeó su clítoris y lo succionó, haciéndola gritar y provocando que ella cerrara las piernas.

—Déjate llevar, cariño; afloja las piernas, me estás ahogando.

Viggo hizo que pusiera las piernas sobre sus hombros y volvió a lamerla; pasó su lengua despacio, humedeciéndole los labios vaginales, y luego la metió en su entrada..., la entró y la sacó, y finalmente regresó a su clítoris mientras introducía uno de sus dedos en ella.

La oyó gemir y agitar sus caderas mientras él la extasiaba con su lengua.

Kaysa lo agarró por el pelo y lo hundió un poco más contra su pelvis.

—Viggo, por favor, no puedo más.

—Córrete, cariño —le pidió mientras sus dedos continuaban moviéndose en su interior; había introducido uno más.

Regresó con su boca sobre ella y continuó lamiendo sus pliegues, torturando su clítoris con pequeños pellizcos de los dientes; sabía, además, que su barba ayudaba a multiplicar sus sensaciones, así que también alternó con ese contacto.

Kaysa chilló de modo irrefrenable, y Viggo supo que acababa de alcanzar el orgasmo, porque, además, apretó espasmódicamente sus dedos.

Entonces se estiró y buscó sobre la mesilla un condón, se arrodilló en la cama y se lo puso.

—No quiero que cierres los ojos, cariño; quiero que me veas a mí, quiero que sepas en todo momento que soy yo quien te está haciendo el amor.

Mientras le hablaba, fue introduciéndose lentamente en ella hasta que estuvo por completo en su interior. Se sintió exacerbado de placer cuando su calor lo rodeó; su apretado coño era perfecto, y esta vez no pensaba moverse tan despacio como lo había hecho antes, así que agitó las caderas un poco pausado al principio, esperando que ella se acostumbrara a él, y luego comenzó a moverse más fuerte. Sus músculos se quejaban por el esfuerzo, y Viggo no podía creer que estaba dentro de ella sintiendo todo lo que estaba sintiendo... lujuria, placer, necesidad y amor; se asustó al considerarlo y se

enterró en ella deteniéndose durante unos instantes. La miró y acarició su rostro, mordió sus labios sin poder creer lo que ella estaba haciendo con él, sin poder concebir la forma en que había conseguido que bajara la guardia, y en cómo lo había tomado por completo.

Volvió a moverse, a bombear su necesidad de ella, y su corazón se abrió como lo hace una flor cuando florece; se sintió en paz por primera vez en muchos años, sintió que estaba donde debía estar, y supo que no se había equivocado cuando la encontró, que efectivamente ella era una fuerza superior y que no era casualidad que él estuviera allí en ese momento, porque en ese instante estaban salvándose mutuamente.

Gruñó y tensó todos sus músculos, se enterró un poco más, se miraron a los ojos y ella clavó sus uñas en sus bíceps y se quedó sin aliento.

—Viggo...

«Sí, cariño, ahora es Viggo el guerrero quien te está haciendo el amor, quien está arrancándote este orgasmo que hace que te veas maravillosa», pensó.

Balanceó las caderas de nuevo y volvió a enterrarse muy profundo cuando sintió que los chorros de semen comenzaban a expulsarse de su polla. Echó la cabeza hacia atrás y esperó hasta que saliera la última gota.

Sin aplastarla, dejándose caer sobre ella, escondió su rostro en el hueco de su cuello para llenarse de su aroma.

Al cabo de unos minutos, recobró el aliento y quiso moverse.

—Espera, necesito seguir sintiendo que estoy llena de ti.

Él levantó la cabeza y la miró a los ojos; le despejó el pelo del rostro y resiguió sus facciones admirando lo bella que era. Kaysa también lo acarició, enredó sus dedos en sus largos mechones y lo miró con adoración.

Permitió que ella fuera primero a lavarse y, cuando regresó, se levantó de la cama y fue él.

—Tienes mejor culo que yo.

—Sentadillas, cariño. Cuando estés repuesta del todo, te llevaré al gimnasio conmigo y haremos que Kanu te prepare una rutina.

—Te tomo la palabra.

Permanecieron abrazados en la oscuridad.

Le quedaban pocas horas a la noche, y casi no durmieron. Viggo, por su parte, se sentía feliz, pero esa felicidad también traía consigo cierto grado de culpa; no quería ponerse a pensar, pero era inevitable. Acarició la cabeza de Kaysa y aspiró su olor, para saber que ése era su presente; necesitaba dejar atrás el pasado de una vez por todas; necesitaba continuar, pero no era fácil. Había vivido demasiados años aferrado al recuerdo de London, había vivido arraigado al pasado por temor a olvidarla; sin embargo, estaba empezando a comprender que nunca lo haría. Un escalofrío lo recorrió entero y quiso apartar el cuerpo de Kaysa, pero intentó tranquilizarse; ella no tenía la culpa de los demonios que lo acechaban, ni mucho menos de sus culpas no resueltas.

Capítulo treinta y cuatro

Viggo se levantaba siempre muy temprano. Para estar en forma resultaba indispensable no apartarse de la rutina física y alimenticia que seguía a rajatabla, ya que la excelencia sólo se consigue con disciplina y esfuerzo. A pesar de que tenía por delante tres meses de descanso antes de regresar a las luchas, debía continuar manteniendo su buen estado para hacerlo de manera óptima cuando los combates arrancaran nuevamente. Sin embargo, esa mañana se permitió remolonear.

No quería abandonar el cuerpo de Kaysa, no quería apartarse de allí; necesitaba continuar percibiendo su olor para no caer en arrepentimientos.

Ella dormía de costado a su lado, y él la tenía abrazada por detrás. Su cuerpo se amoldaba perfectamente al suyo y el calor que su piel irradiaba era todo lo que precisaba para saber que todo iba a estar bien.

Se sentía insaciable, pero no podía seguir follándosela, debía darle un

descanso, aunque era lo único que ansiaba: enterrarse en ella, terminar y volver a hacerlo.

Consciente de que, realmente, lo lógico era conseguir un poco de normalidad, se deslizó a regañadientes, apartándose de ella.

Se sentó en la cama con la idea de meter los pies en la prenda y enfundarse el bóxer, cuando captó que el colchón se movía. Su pequeña mano inmediatamente rodeó su cintura, y su voz adormilada lo golpeó.

—¿Te vas? —preguntó Kaysa, ansiosa por saber cómo estaban las cosas entre ellos entonces, cuando la luz del día se había abierto paso. Quizá la noche se había llevado la atracción y él ya no quería continuar teniendo nada con ella.

—Iba a ir a buscar el desayuno. He desistido del entrenamiento de la mañana

—le explicó mientras se giraba para apartarle el pelo y besarle el rostro—, pero debemos alimentarnos. ¿No tienes hambre?

—Un poco.

Él se giró de nuevo y continuó poniéndose los calzoncillos.

—Viggo, ¿es normal que quiera que lo hagamos otra vez?, ¿o sólo se trata de que algo está mal en mí, debido a que todo lo he conocido de forma perversa?

Viggo se puso de pie subiéndose del todo los bóxer, y luego se sentó junto a ella al oír sus preguntas.

—Tú no eres una enferma; el sadismo no es algo que se contagia. Además, yo también tengo ganas otra vez, y sólo se trata de que nos atraemos demasiado...

¿o acaso antes tenías deseos?

—No. Él me daba mucho asco, no quería que se me acercara.

—Ves... Yo también tengo ganas de acostarme otra vez contigo, pero creía que quizá estabas un poco dolorida. —Él tocó su pelvis—. ¿No te duele aquí?

—Tal vez un poco.

—Entonces iré a buscar el desayuno. Luego nos daremos una ducha y haremos otras cosas, y así tendrás tiempo para sentirte mejor. Desearse es bueno; además, cuando un hombre y una mujer se acaban de conocer y empiezan a intimar, es lo más común que no quieran despegarse; la necesidad por descubrirse hace que sea de esa manera.

—Eso me dijo Nataliya, que el día que encontrara al adecuado iba a querer hacerlo con mucha frecuencia... pero luego pensé que me había mentado.

—¿Quién es Nataliya? La has nombrado varias veces desde que llegaste aquí.

—Mi amiga, mi única amiga, sólo que tuvimos que separarnos. Espero que esté bien.

—¿Por qué no va a estarlo?

Kaysa se encogió de hombros y no contestó.

—¿Y a ti no te duele nada?

—No, cariño; soy yo quien se mete dentro de ti.

—Pero tu pene se hincha mucho —se cubrió la cara antes de preguntarle—,
¿no te duele?

Viggo sonrió y se contuvo de no soltar la carcajada, y se preguntó dónde había vivido esa chica para ser tan inocente; no quedaban mujeres de diecinueve años con la ingenuidad de Kaysa.

«Comentó que trabajaba en un internado, quizá era una de las internas. ¿Se habrá escapado de ahí? Pero, en ese caso, sería menor de edad. ¡Joder! Deja de alucinar, Viggo... En los internados las tienen hasta los dieciocho, y además no viven en una burbuja, como a ratos da la sensación que ella haya vivido. Incluso hay internados mixtos y, en los que no lo son, el alumnado tiene acceso a toda la información, que hoy en día está al alcance de la mano de cualquiera gracias a Internet. No voy a preguntarle nada porque, simplemente, se cerrará

en banda, como hace siempre, pero necesito comprender el misterio que la rodea y que la hace ser como es», caviló para sí, y luego respondió a su pregunta.

—No te escondas de mí. —Apartó sus manos de su rostro y, cuando logró que lo mirara, la besó y le contestó—: Cuando estoy muy excitado, sí, duele un poco, pero ese dolor es porque necesito aliviarme; después de correrme, el alivio es inmediato, y además siento saciedad... pero contigo eso no me pasa, porque siempre quiero más.

—¿Te parezco muy tonta por preguntar todo esto? Lo que sucede es que no tengo experiencia. Par mí tú eres el primero.

—Lo sé, y me gusta que lo sientas así.

»¿Te gustaría que nos montásemos en mi camioneta y nos fuéramos a acampar? Podríamos pasar unos días en alguna cabaña, cubrirnos por la noche con algunas mantas y, si el clima y la temperatura nos lo permiten, hacerte el amor bajo las estrellas, aun a riesgo de que se me congele el culo. —Ambos rieron a carcajadas—. ¿Qué te parece si vamos al parque nacional de Kings Canyon? ¿Lo conoces?

Ella agitó su cabeza, negando.

—Después podríamos cruzar a Yosemite; no creo que pueda escalar en roca, en estas fechas —se aventuró a suponer él y continuó explicándole—; soy amante de los deportes de riesgo, pero en invierno todo está nevado y hay muchas zonas cerradas.

Ella estaba muy callada.

—¿Qué te preocupa?

—¿Es un lugar muy concurrido, ese al que quieres ir?

—No, es solitario. Allí podremos estar en contacto con la naturaleza y

disfrutar al aire libre... y disfrutarlos sin interrupciones. Te gustará, y además nos alejaremos de la casa. Ya sabes, todos querrán saber lo que ocurre entre

nosotros y de esa forma podremos estar solos —le explicó tentándola con un beso.

Kaysa parecía pensarlo.

—Todo tu plan suena muy atractivo y podría ser una gran experiencia. Eso...

¿queda lejos de donde me encontraste?

—Muy lejos. —Le colocó un mechón de pelo tras la oreja—. Tenemos que cruzar la bahía de San Francisco a través del puente Dumbarton. ¿Quieres que nos quedemos aquí? Has ido a las luchas y nada te ha pasado; lo de San José fue un hecho circunstancial, nadie está exento de ser víctima de un robo... Tal vez ese ratero te estuvo observando y vio la oportunidad. Estás a salvo conmigo, Kaysa; sabes que no dejaré que nada te pase.

—Lo sé. Está bien, vayamos donde dices, ¡aventurémonos!

—Si fuera verano podríamos ir en mi motocicleta, pero hace frío, así que mejor será llevarnos la camioneta. Levántate o se nos hará tarde; debemos llegar antes de que el parque cierre o no nos dejarán entrar. Le pediremos a Ariana que te preste ropa de abrigo, la mía te quedaría gigante. Necesitaremos llevar agua y alimentos de emergencia para el caso de que nos tengamos que quedar más días, todo dependerá del clima; ya sabes, si nos pilla alguna nevada y no podemos salir del parque, no tendremos que preocuparnos por morir de inanición si vamos preparados.

—Eso no suena divertido.

Él se carcajeó.

Avanzaron contra el aire gélido del jardín que los separaba de la casa principal y entraron en la cocina. Agatha estaba sirviendo el desayuno.

—Te ayudaré, Agatha —dijo Kaysa con las mejillas arreboladas ante los interrogantes en las miradas de todos los presentes.

—¿Qué pasa? —soltó con cara de pocos amigos Viggo, al notar la incomodidad de la muchacha—. Hemos dormido juntos, si eso es lo que os

estáis preguntando. Somos adultos y no creemos que tengamos que darle explicaciones a nadie. ¿Alguien tiene algún problema?

Ariana extendió un puño al aire y festejó la confirmación.

—¡¡¡Síiiiiiiiiiiiiiiiiiiii!!!

—Ari, por favor —rogó Kaysa mientras recogía los platos y los colocaba sobre la barra del desayuno.

Cerca de media mañana, partieron. Viggo se encargó de reservar una cabaña en Grant Grove, así que fueron directos a ese punto de Kings Canyon. Tan pronto como llegaron, él encendió la estufa de leña; hacía mucho frío. Luego se ocupó de entrar la comida de la camioneta, ya que los osos siempre andaban merodeando para encontrar alimento. Habían sido advertidos de su presencia por el guardabosques cuando entraron en el parque, y Kaysa se había quedado sin respiración al oír eso.

—¿Estás seguro de que sabes a dónde nos has traído?

—Tranquila, nena, no estamos en medio de la nada; a media milla de aquí está el centro de visitantes: hay un pequeño supermercado, un restaurante, una tienda de regalos y la oficina de correos. Todo eso, rodeado de un fabuloso bosque de secuoyas; cuando lo veas, no podrás creer lo magníficas que son las vistas, te encantará.

—¿Tenemos las cadenas para los neumáticos como te preguntó el guarda?

—Todo está en la caja de la camioneta. No es la primera vez que vengo, Kaysa, confía en mí. Pasaremos unos días únicos rodeados de naturaleza; saldremos a hacer caminatas y otras actividades. ¿Sabes esquiar?

Ella negó con la cabeza.

—Tendré que enseñarte. Cuando crucemos a Yosemite, habrá muchas actividades para hacer en la nieve. Serán unos días inolvidables, ya verás.

Después de instalarse, la noche empezó a caer, así que Kaysa comenzó a preparar la cena mientras él leía un libro.

La muchacha le había pedido a Agatha que, además de las provisiones que Viggo quería llevarse, también pusiera ingredientes para preparar *solyanka*, una

sopa tradicional de Rusia y Ucrania, y también hizo que agregara algunas otras cosas más.

—Mmm, esto estaba exquisito. ¿Dónde aprendiste a cocinar tan bien? ¿Te enseñó tu madre o estudiaste cocina? —inquirió Viggo mientras rebañaba el plato con un trozo de pan.

«No lo sé», estuvo a punto de confesarle, pero se quedó pensando rápidamente en las implicancias de contarle la verdad y desistió.

—Aprendí de mi madre, era una gran cocinera.

Intentó sonar convincente, para no tener que dar demasiadas explicaciones.

Resultaba difícil explicar su amnesia sin relatar el resto de la historia que no quería explicarle, así que decidió que se apegaría a la versión de que era ucraniana y su familia estaba allí; no quería mezclarlo con la *bratva*; mantenerlo al margen de eso era lo mejor y lo más seguro.

—¿Era?, ¿murió? Lo lamento.

—¿He dicho *era*? Es que a menudo hablo en pasado, porque se me hace tan difícil pensar en viajar para verla... Hablemos de otra cosa, me entristece recordar lo lejos que están.

Se quedó mirándolo; no le gustaba mentir, se sentía incómoda al hacerlo. Tal vez estaba equivocada y en realidad lo mejor sería hacer todo lo contrario, hablar para que supiera a qué atenerse.

«¿Y si me rechaza? ¿Y si me aparta de su lado porque se da cuenta de que soy un gran problema?»

—Te ayudaré a lavar los platos —propuso él, y de inmediato se pusieron a recogerlo todo.

Viggo se empecinó en lavarlos; ya que ella había hecho la cena, alegó que era lo justo.

—Ven aquí —le dijo cuando terminaron de secar el último cacharro.

Le quitó la servilleta de la mano y luego la arrojó sobre la pequeña encimera.

—Mmm, espero que ya no estés tan dolorida, porque tengo muchas ganas de hacerte el amor.

—Si estoy dolorida no planeo decírtelo, porque también tengo muchas ganas de que me hagas el amor.

Viggo la subió a sus caderas y Kaysa enredó sus piernas a su alrededor. Tan pronto como empezó a besarla, sus respiraciones se tornaron dificultosas. A menudo, desde que habían llegado, se había detenido a pensar en lo fácil que se le hacía compartir tiempo con ella, y se sintió asombrado.

La dejó en el borde de la cama y le hizo levantar los brazos para quitarle el suéter. Después la despojó de la camiseta y admiró sus senos, rebosantes bajo el sujetador.

La inclinó en la cama y le quitó las botas, los calcetines y los vaqueros, y volvió a admirarla. Kaysa era bellísima y su piel, tersa y lozana; era la antítesis total a él, que tenía un aspecto rudo, tosco, y cuya piel estaba llena de cicatrices.

Empezó a desvestirse con prisa, despojándose de toda su ropa bajo la atenta mirada de la muchacha, que en ese momento no parecía para nada asustada. Las horas pasadas juntos sin duda habían obrado positivamente en su confianza.

Viggo, de inmediato, se recostó junto a ella; los dos sólo llevaban puesta la ropa interior.

Empezó a besarla lentamente, tan despacio y tan profundo que a ambos, por

momentos, les faltaba el aire. Pasaron largo rato así, y sólo se apartaron para que uno y otro pudieran obtener oxígeno, pero luego volvieron a empezar... Rozó su lengua una y otra vez de manera incansable con la de Kaysa, chupó sus labios, los lamió, los mordió y después volvió a introducir su lengua en su boca.

—Estoy enamorado de tus labios —le dijo sin dejar de chuparlos, y recomenzó con otra sesión de besos.

—Viggo... —alcanzó a decir ella cuando le dejó tomar aire.

—¿Qué sucede?

—Los besos están comenzando a doler.

—Lo sé. Quiero hacer que te corras besándote, quiero que sepas que la penetración no es la única forma en que dos personas que se atraen pueden llegar al orgasmo. Quiero enseñártelo todo, Kaysa. Quiero que conozcas el placer a mi lado.

Continuaron besándose hasta que ella empezó a agitar sus caderas, cruzó una pierna sobre la de él y, sin pensarlo, empezó a frotarse; necesitaba con urgencia algo que aliviara el dolor y la punzada que sus besos le provocaban en la

entrepierna. Viggo intensificó los besos, y muy pronto sus gemidos fueron como un concierto en la cabaña que lo inundó todo, hasta que de pronto ella se quedó sin aliento y él supo que había llegado.

—Ven aquí —le dijo alejándose de ella. La subió más a la cama y la desprendió del sostén, liberando sus pechos. Se sintió borracho mirándolos, eran perfectos.

Le quitó las bragas; estaban empapadas y tuvo la necesidad de olerlas, de lamerlas, y no se abstuvo.

—Kaysa, eres lo más hermoso que puede existir sobre la tierra.

Se quitó rápidamente el bóxer y su erección saltó.

—¿Todo eso estuvo dentro de mí? —preguntó alarmada al ver su tamaño. Era la primera vez que se atrevía a mirar su miembro, pero además él estaba muy cerca. Su erección se presentaba ante ella de manera persistente; su polla estaba hinchada y las venas que la surcaban estaban abultadas, como si estuvieran a punto de explotar. Según su dictamen, lo que él tenía entre las piernas era gigante.

—Y te gustó mucho, nena, y hoy te gustará más, y me pedirás que no pare.

Su punta estaba desenvainada, y se veía brillante y violeta. Se frotaron tanto uno contra otro mientras se besaban que su glande quedó al descubierto. Viggo cogió su erección con su bronceada y enorme mano y desparramó la gota de líquido preseminal que se derramaba de su polla; se estiró para coger de su billetera un condón y, después de colocárselo, se ajustó de inmediato entre sus piernas para posicionarse en su entrada.

Kaysa sentía palpar su sexo y no podía calmarse; lo necesitaba dentro de ella para que la aliviara. Necesitaba sentirlo frotando sus paredes internas y bombeando hasta que la dejara exhausta de placer.

Viggo en esa ocasión no se enterró tan lentamente como había hecho las otras veces, tal vez porque ambos estaban bastante descontrolados. Cuando lo hizo, un sonido áspero y voraz partió de su garganta, asemejándose a un quejido, como si estuviera herido. La miró a los ojos y su mirada rebosante de deseo le indicó todo lo que estaba sintiendo.

La respiración de Kaysa se aceleró sin control cuando lo sintió irrumpir en su interior; sus pechos subieron y bajaron debido a su agitada respiración, y notó que sus pezones palpitaban y dolían mucho. Tuvo la necesidad de tocárselos para darles alivio e, inconscientemente, lo hizo: de pronto se encontró con sus manos retorciendo sus puntas y se sintió feliz de no sentir vergüenza, comprendiendo de inmediato que él lo había conseguido.

Aún dentro de ella pero sin mover sus caderas, rápidamente cogió su rostro con sus callosas manos y la besó; pasó su lengua por sus labios, dándole un beso que la dejó sin respiración mientras aún seguía sumergido en ella,

haciendo presión pero quieto, y finalmente le dijo:

—No me abandones; he esperado tanto para darme permiso a sentir que no podría soportar otro abandono.

—No lo haré, no quiero hacerlo; estoy exactamente donde quiero estar, nunca querré otra cosa.

—Kaysa, cariño, no sé si voy a poder ser tan suave hoy, pero no voy a lastimarte; sólo quiero que ambos nos soltemos y dejemos de contenernos.

—Sé que jamás me harías daño; a partir de ahora ya no tienes que avisarme de cualquier cosa que quieras hacer, sólo hazla. Sé que lo que hagas lo disfrutaremos los dos.

La expresión de Viggo fue dura, excitada, vehemente, mientras salía de ella y volvía a enterrarse más profundamente aún. Tenía la mente nublada por el placer, por la lujuria y por la necesidad por esa mujer que no dejaba de verlo como si él fuera su dios. Sus caderas se convirtieron en un implacable látigo y sus respiraciones agitadas comenzaron a confundirse. Kaysa también movió las caderas, para mostrarle que su ritmo le gustaba, provocando que él cogiera más vigor y volviera a enterrarse más hondo todavía.

—Kaysa... ¿Notas lo perfecto que encajamos?

—Sí, lo noto.

Viggo cogió más empuje y se enterró sin descanso, entrando y saliendo, hasta que ella gritó su nombre en el momento exacto en el que llegó. Viggo se percató de ello porque su cuerpo estaba sonrosado y estremecido, y eso lo enloqueció más... y supo que ya no podría aguantar. Entonces sus manos se aferraron con fuerza a su cadera, mientras salía y volvía a enterrarse una vez más, hasta que su

cuerpo se colapsó, entregándose, comenzando a convulsionar cuando el calor de su violenta eyaculación se abrió paso, subyugándolo. Su polla tembló hasta expulsar el último chorro de placer. Kaysa sintió de pronto que las extremidades le pesaban, pero se aferró de su fuerte cuerpo y volvió a estallar;

cerró los ojos tan fuerte que le pareció ver estrellas, y al instante se sintió sin fuerza y extenuada.

Sin embargo, Viggo aún tenía planeado mucho más para ellos esa noche.

Quería quitarle todos los miedos, así que hizo un movimiento rápido, saliendo de ella, y la puso boca abajo. Notó cómo se tensaba, pero entonces la besó en la espalda, para que se relajara.

—¿Te ha gustado? —Su voz aún estaba cargada de lujuria, aunque ambos habían alcanzado el orgasmo.

—Sí, mucho.

Le acarició la cintura y percibió cómo lentamente se desarmaba con su contacto. Entonces decidió penetrarla desde atrás; él aún continuaba muy duro, así que la metió en su vagina. Todavía no pensaba tomar su culo, pero necesitaba darle confianza y que ella supiera que el misionero no era la única postura existente para hacer el amor.

Viggo la reclamó nuevamente y ella gritó. Cuando se dio cuenta de que no entraba por donde había temido que lo hiciera, se relajó al instante y empezó a recibir el placer que él tenía planeado darle; gimió y chilló, aceptándolo, se movió para encontrarlo y se sintió insaciable. Viggo empezó a bombearla desde atrás, mientras respiraba en su oído y le mordía la espalda, y la castigó con su polla una y otra vez, hasta que ambos empezaron a ponerse rígidos, preparándose para un nuevo orgasmo. Viggo mantuvo un ritmo agónico, y gruñó cuando estaba a punto de llegar; entonces se enterró más fuerte, dejándose ir cuando oyó que ella rezaba su nombre una y otra vez.

—Daniel... Daniel... Daniel...

El placer se extendió por toda su piel. Kaysa giró la cabeza para mirarlo; estaba tan excitada que sólo ansiaba tener la fuerza suficiente como para pedirle que no parase; finalmente lo hizo, sin saber cómo pudo poner a andar su voz.

—Más, Viggo, más...

—¿Quieres más? Mmm, mi hermosa e insaciable Kaysa quiere más; me encanta que me pidas eso.

Kaysa se percató, mientras jadeaba, de que él hizo que ella levantara su trasero y que sus rodillas estuvieran apoyadas contra el colchón; la tenía a cuatro patas y él bombeaba salvaje y rudo desde atrás. Su coño parecía no cansarse recibéndolo, incluso se sintió morbosa cuando notó cómo sus pechos rebotaban una y otra vez, pareciéndole magnífica la forma en la que se bamboleaban, porque eso daba muestra del poder de sus estocadas. Viggo también lo notó, así que estiró una mano, cogió uno de sus pezones y se lo retorció; sus ojos brillaban mientras su cadera se estrellaba sin descanso contra su trasero, mientras miraba cómo su polla se perdía dentro de su coño. No pudieron contener los feroces sonidos que salieron de sus gargantas, comprendiendo que la excitación había llegado en ambos al máximo. Él se enterró una vez más y juntos alcanzaron un nuevo clímax. De inmediato, cayeron en la cama, enredados, sin lograr dejar de tocarse, sintiéndose extenuados e inmensamente saciados.

Después de un rato en el que permanecieron acariciándose, Viggo se quitó el condón, fue hasta el baño, regresó con una toalla húmeda y le limpió entre las piernas; luego hizo lo propio con él. A continuación se alejó, pero sólo para echar leña en la chimenea, así el fuego duraría toda la noche, y cuando volvió la única luz en la cabaña era la que proporcionaban las llamas, y ella se maravilló al ver cómo iluminaba su cuerpo, haciéndolo resplandecer. Kaysa se sentía cansada, pero también sumamente feliz; no podía apartar sus ojos de su magnífico físico mientras él deambulaba por allí. Se asombró incluso de su energía, pues parecía estar aún muy entero; era un hombre muy viril y con mucha fuerza.

Viggo la acomodó en la cama y la cubrió con las mantas; luego se colocó a su lado, haciendo que se apoyara contra su pecho, levantó su rostro para que lo mirase y la besó lentamente.

—¿Te ha gustado?

—Mucho, ¿y a ti?

—Mucho también. El ambiente huele a nosotros, tu piel huele a mí, y eso me

encanta, aunque también me encanta cómo hueles tú, pero la mezcla es narcotizante.

Noto cómo temblaba entre sus brazos.

—¿Qué pasa?

—Nada, no quiero arruinar este momento.

—No hay nada que pueda quitarnos lo que vivimos y lo que sentimos estando juntos. Puedes decirme lo que sea.

—Se trata de lo que acabas de decir.

—¿Qué he dicho?

—Que huelo a ti. Cuando me forzó la primera vez, no veía el momento de que todo acabara; sin embargo, aunque yo estaba sangrando, no le importó hacerlo dos veces más. Me dolía todo, no había sido suave, nada suave... No le importó en absoluto que yo gritara... No había opción a que me resistiera, pues sabía que tomaría como fuera lo que quería y, si peleaba contra él para intentar evitarlo, sin duda terminaría mucho peor. —Kaysa estaba llorando y sus lágrimas caían sobre el pecho de Viggo—. Finalmente, después de correrse tres veces, se durmió. Me sentía muy sucia, me sentía... nauseabunda. Su aroma me daba asco y me resultaba repugnante, así que me levanté lentamente y fui al baño, y lloré por lo que me había pasado, por lo indigna que me sentía, y por todo lo que me había robado, y luego me lavé; quería borrar su huella de mi cuerpo. Sólo pensaba en eso, aunque sabía que el asco que él me causaba jamás desaparecería de mi piel, que la sensación de tenerlo sobre mí siempre me perseguiría. Al día siguiente, por la mañana, se dio cuenta de que no olía a él y fue cuando se enfadó y, después de golpearme mucho porque me había duchado, me tomó por detrás. Dijo que era el castigo que merecía por haberme atrevido a lavarme sin su consentimiento; me dolió más que por delante, dolió mucho, muchísimo, y me lastimó tremendamente; pasé días sin poder moverme y sin poder caminar.

»Lo odio, lo odio porque a veces creo que esas sensaciones nunca se irán de

mi cuerpo... como acaba de suceder ahora, que una palabra que tú has dicho, que debería haber sido seductora, ha despertado todas estas sensaciones en mí, trayendo todos estos recuerdos que ansío olvidar.

—Quiero encontrarlo y hacerle pagar todo lo que te hizo. Necesito que me digas su nombre... Kaysa, sólo tienes que darme su nombre y yo me encargaré de todo.

—No lo haré.

—¿Por qué mierda lo proteges?! —gritó ofuscado, y la apartó de su lado.

«Estoy protegiéndote a ti; no es por él, él me importa un carajo, le deseo la muerte», pensó mientras lloraba, pero permaneció callada.

Viggo se había sentado en la cama, y su espalda estaba en tensión.

—Entiendo que le temas —dijo sin mirarla—, pero, por lo que te hizo, no puede quedar impune. ¿Fue ese malnacido quien intentó matarte? —Se dio media vuelta y la enfrentó; su gesto era duro—. Cuéntamelo, Kaysa, no te cierres. Me estás volviendo loco... Quiero golpearlo, quiero destrozarlo a puñetazos, quiero hacer justicia por ti, ¿es que no lo entiendes?

—No, no fue él quien me disparó. Me tuvo encerrada en una casa y su esposa se enteró... y fue quien me sacó de allí para matarme —le escupió mientras lloraba desconsoladamente—. Si ella no me hubiera sacado de ese infierno, aún estaría violándome.

—Ven aquí, no llores más.

Viggo la cobijó contra su pecho.

No quería que ella advirtiera la pena que estaba sintiendo, porque además tampoco quería sentirse así, pero ese malnacido la había dañado tanto que ella se sentía agradecida con la hija de puta de la mujer por haberla sacado de allí para asesinarla.

—Sólo quiero dejar todo eso atrás; me encontraste y me salvaste, sólo quiero

olvidar. Quisiera poder borrar todos mis recuerdos.

Viggo no había renunciado a averiguar quién era el bastardo que la había sometido; sabía que tarde o temprano ella se lo acabaría confesando y, entonces, sin importar el tiempo que hubiese transcurrido, le haría pagar por todo.

Finalmente, aunque a ambos les había costado dormirse, lo consiguieron.

A mitad de la noche, ella, entre sueños, oyó que alguien lloraba... era un llanto desgarrador. Cuando fue consciente de ello, de que no soñaba, se dio cuenta de que quien lloraba era Daniel, a su lado. Parecía muy angustiado, y no sabía si despertarlo o no. Se revolvía en la cama y se quejaba, luchaba además

contra algo. Cuando se decidió a despertarlo, tocó su hombro y él le tiró un manotazo que le dio de lleno en la boca; de inmediato Viggo abrió los ojos y se sentó. Peleó con las sábanas, que las tenía enredadas en su cuerpo, y las apartó, al igual que hizo con las mantas. Después se levantó trastabillando, mirando a su alrededor e intentando ubicarse, saber dónde estaba.

—Estamos en la cabaña, Viggo. Ya has despertado, tenías una pesadilla.

Él la miró, vio que su labio sangraba y se sintió terriblemente mal.

—Kaysa, cariño, te he lastimado.

—No es nada. Sólo me he mordido el labio.

Estaba sudado; la sensación de estar salpicado de sangre era desesperante.

Quería revisar a Kaysa, pero necesitaba, cuanto antes, quitarse la sensación que sentía en el cuerpo.

Kaysa sabía muy bien lo que se sentía, así que no le costó nada comprenderlo cuando vio la desesperación con la que se metía bajo la ducha.

Era inaudito verlo tan frágil; él era un hombre enorme, que medía un metro noventa y tres... Empezó a oírlo sollozar dentro del cuarto de baño, y no sabía qué hacer, pero, aunque corría el riesgo de que la echara, se movió de todas

formas para ir a su encuentro. Entró en la ducha y lo abrazó por detrás; él primero quiso apartarla.

—No quiero que me veas así, Kaysa. No pretendo ser grosero contigo, pero vete.

—No lo haré. Tú no me dejaste cuando yo estaba aterrada, así que, aunque seas muy grosero, no me alejaré de ti. Quiero que sepas que puedes apoyarte en mí de la misma manera en la que tú me dejas hacerlo en ti. La pesadilla tiene que ver con tu mujer, ¿no es cierto?

—Sueño con el día de su muerte. Veo cómo agoniza desangrada y no puedo hacer nada por evitarlo..., reproduzco el momento en el que murió.

Viggo la hizo a un lado, cogió una toalla y salió de la ducha.

—No te metas, Kaysa, son mis recuerdos. Ya te he dicho que no quiero ser grosero contigo... e incluso te he hecho daño en el labio. Mira cómo te he dejado.

Por eso siempre duermo solo, por eso ocupo la casa de huéspedes, para que nadie sea testigo de mis miserias.

—No vas a lograr que me aleje de ti, Viggo. Estabas dormido y no me has golpeado, me he mordido yo sola.

—Tal vez lo hagas cuando sepas que mi mujer y mi hija fallecieron por mi culpa, yo las maté.

Viggo salió del baño dando grandes zancadas y a continuación empezó a deshacer la cama y a recogerlo todo.

—¿Qué haces? —preguntó ella cuando salió.

—Nos iremos apenas amanezca.

Forcejeó con él, quitándole las cosas de las manos, y lo abrazó.

—No creo lo que me has dicho; no te creo, eres demasiado bueno como para

que eso sea verdad.

—Pero lo es. Siempre me sentiré culpable, siempre será así. No tendría que haber sentido que tenía derecho a redimirme junto a ti, porque no tengo perdón.

Se sentó en el suelo y continuó llorando. Kaysa se arrodilló frente a él y cogió su rostro para que la mirase. Él se resistió un poco, pero luego lo hizo; ella también lloraba.

—Cuéntame cómo pasó —le pidió.

Viggo negó con la cabeza.

—Cuéntamelo —le exigió entonces—; déjame compartir tu dolor, de la misma forma que tú te ofreciste a compartir el mío. Yo me sentí más aliviada cuando te lo conté; dame ese privilegio, permíteme hacer algo por ti o, al menos, inténtalo.

Viggo se rascó una ceja, luego cerró los ojos y se los apretó con los dedos.

—Estábamos en una fiesta. Nuestros mejores amigos se habían casado; ambos son médicos como yo. En realidad yo los conocí primero y, cuando empecé a salir con London, se los presenté y los cuatro nos hicimos inseparables.

»Sonó mi teléfono, era por una paciente que estaba a punto de dar a luz; su marido me llamó para explicarme que su esposa tenía una hemorragia; el embarazo de esa joven ya estaba a término, así que, como mi padre también estaba en la fiesta, que además ya estaba a punto de terminar porque faltaba poco para que Riley y Weston se marcharan a su luna de miel, dejé a London con mi

padre y su esposa y me fui a atender a mi paciente. Era un embarazo de alto riesgo el de esa chica, pues había perdido los tres bebés anteriores a ése.

Cuando salí, al dirigirme al coche, me crucé en el aparcamiento con unos chicos que salían de otra fiesta; lo deduje por sus ropas. En Los Ángeles es muy normal amanecer en las fiestas, así que no le di importancia... Ellos

salieron disparados, yo me subí a mi vehículo y decidí seguir mi trayecto. Sus coches eran dos deportivos descapotables; cuando los rebasé en un semáforo, miré por el retrovisor y me di cuenta de que estaban detenidos allí porque se estaban picando e iniciando una carrera. Vi el humo que provocaron cuando quemaron los neumáticos contra el pavimento al acelerar y sólo atiné a hacerme a un lado, porque a ellos no les importaba quién estaba delante; me dije que lo más probable era que estuvieran bebidos, cosa que después se comprobó que era así.

Cuando me adelantaron en la bocacalle, no frenaron... y un coche que venía por la calle perpendicular a la nuestra chocó con ellos. Uno de los descapotables se incendió, el otro volcó y el tercer vehículo, accidentado por la imprudencia de esos jóvenes, terminó incrustado en la playa.

Bajé del coche y los ayudé. Era médico, así que los atendí, dándoles atención primaria. Ya había llamado al 911, así que tan pronto como la asistencia médica llegó, me fui de allí y seguí mi camino hacia el hospital, donde me esperaba mi paciente. Cuando llegué, el médico de guardia me comentó que todo se había complicado, que la habían llevado a quirófano y que no habían podido salvar ni a la niña ni a la madre. El marido, cuando me vio llegar vestido de esmoquin, se ensañó conmigo. Me culpó, echándome en cara que me había quedado en la fiesta y que por eso no había llegado a tiempo para salvar a su mujer y a su hija.

No me dejó explicarle lo que había sucedido, sólo me golpeó. La seguridad del hospital tuvo que intervenir; yo no quería golpearlo, pues estaba destrozado... así que lo sedaron. El pobre hombre sólo quería una explicación a su desgracia, y lo más fácil era hacerme responsable a mí.

—Hiciste lo correcto, no podías dejar a esa gente malherida ahí. Tu paciente estaba en un hospital, donde había otros médicos; no es lo mismo que si la hubieses dejado sin atención.

—Yo también creí eso, pero no fue así.

»London estaba de treinta y cinco semanas de gestación, así que faltaba muy poco para que mi hija naciera. Poco después, volvía de mi turno en el hospital y no lograba comunicarme con ella, por lo que empecé a preocuparme.

Cuando llegué a casa, la encontré en la cocina, atada a una silla, pero se la veía bien, así que supuse que habían entrado ladrones y ya se habían marchado, dejándola amordazada. Me incliné para quitarle la cinta que tenía en la boca y ella gritó «cuidado», pero fue demasiado tarde: sentí un fuerte golpe en la cabeza y perdí la consciencia. Cuando desperté, yo también estaba atado de pies y manos, pero en el suelo. Además, tenía la boca precintada para que no pudiera gritar. London lloraba, así que me quise acercar a ella y cuando lo hice... lo que vi fue cómo la hoja de un cuchillo se hundía en su vientre.

Viggo empezó a llorar desconsoladamente, envolvió sus propios brazos alrededor de su cuerpo y Kaysa se acercó y le ofreció su hombro para que llorara en él.

—Lo lamento, tuvo que ser horrible para ti. ¿Detuvieron a los ladrones?

—No eran ladrones... Cuando levanté la vista, vi el rostro del marido de la mujer que yo no había podido salvar. Él mató a mi London de veinte puñaladas, la mató a ella y a mi bebé, porque la hoja también llegó a perforar su cuerpecito dentro del vientre.

»Ahora sientes lo mismo que siento yo, porque tú no quisiste salvar a mi mujer —me dijo—. Ahora sentirás lo mismo que yo, porque no tendrás oportunidad de salvarlas tampoco.

»Después de eso sacó un arma y se pegó un tiro en la sien frente a mí; murió instantáneamente, dijeron más tarde los peritos.

»Yo estaba bañado en sangre, la sangre de mi mujer y de mi hija. Quería desatarme para ayudarlas, pero, cuando lo logré, era demasiado tarde, ya estaban muertas... se habían desangrado. Salí a la calle y comencé a deambular bañado en sangre; había perdido la razón, me sentía muerto en vida.

»Después supe que los vecinos oyeron el disparo y llamaron a la policía, y ellos me encontraron vagando por ahí y me llevaron de regreso.

»Yo las maté; ese tipo se ensañó con ellas por mi culpa.

—No fue culpa tuya, Daniel; ese hombre enloqueció.

—Es muy difícil no sentirse culpable. El tipo llegó a London a través de mí.

¿Ahora entiendes por qué me costó tanto seguir adelante? —Levantó una mano y acarició su labio—. Se está hinchando.

—No me duele, te lo prometo.

—Quizá no sea tan bueno para ti... ¿Te das cuenta de la oscuridad que guardo en mi interior?

Ella se acercó y lo besó.

—Tú eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Eres lo único bueno que he tenido desde que tengo recuerdos.

Él no sabía lo ciertas que eran esas palabras, no tenía ni idea.

A regañadientes, accedió a quedarse. Tenía miedo de volver a soñar y volver a golpearla, pero rara vez las pesadillas se repetían en una misma noche. Además, por alguna razón, se sentía un poco más aliviado después de contárselo todo a Kaysa.

Capítulo treinta y cinco

Finalmente la escapada no fue como él había imaginado que sería; pasaron juntos momentos muy bonitos de mucha intimidad y también de complicidad, junto con otros que era mejor olvidar y que, aunque les costó, acabaron superando... Sin embargo, todo se enrareció bastante; de todas formas, esa excursión sirvió para que se conocieran un poco más.

Regresaron a la casa después de cuatro días. Allí todo parecía normal, cada uno apegado a sus rutinas, así que se dijo que urgía que él retomara la suya. Tan pronto como Ariana los vio llegar, acaparó la atención de Kaysa y se la llevó con ella.

—¿Te ha tratado bien?

—Por supuesto, Ariana. Viggo es un caballero.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

—Sí. Pienso en él y sólo quiero salir corriendo y abrazarlo; además, después de pasar estos cuatro días pegados, ahora será difícil.

Ariana le dio un codazo.

—¿Así que habéis estado muy pegados?

—Ya sabes. Ha encontrado siempre un momento para robarme un beso... pero además ha servido para que nos comprendamos mejor. Me ha dicho que soy mejor que una tarjeta de felicitación Hallmark, pero creo que se estaba burlando de mí. No comprendo qué quiere decir con eso, ¿me lo puedes explicar?

Ariana soltó una carcajada.

—¿Eso te ha dicho? Es un bruto. ¿Cómo te va a comparar con una tarjeta Hallmark? Bueno, en realidad me parece que ha pretendido hacerte un halago, pero como es tan rancio... Lo que sucede es que, en cierto momento, estas tarjetas estaban tan de moda que todo el mundo deseaba recibir una. Viggo se ha quedado atrapado en el pasado.

—Me ha contado cómo murió su mujer.

—¿Te lo ha contado? No habla con nadie de eso... Es obvio que te considera especial. Me alegro muchísimo de que os estéis entendiendo.

Viggo entró en la cocina, iba hacia la casa de huéspedes. Estaba sudado, había terminado con su rutina en el gimnasio, y Kaysa estaba lavando unas verduras para ayudar a Agatha con la cena. Le pegó un azote en el trasero cuando pasó y luego le robó un beso. Él siguió caminando y ella luchó con las ganas que sintió de seguirlo. Se lamió los labios, retorció las piernas y luego cerró el grifo y salió corriendo de allí.

Cuando entró en su casa, se oía el ruido del agua de la ducha, así que se desnudó rápidamente para sorprenderlo.

Se estaba aclarando el champú del pelo cuando ella abrió la puerta. Viggo se

refregó la cara, advertido por la ráfaga de aire, y la vio. Su erección se hizo presente inmediatamente, apuntándola; esa muchacha iba a dejarlo sin fuerzas, no se saciaba nunca.

«No seas hipócrita —pensó, y abrió la puerta de la mampara, invitándola a unirse a él—. Te tiene fascinado», concluyó.

En cuanto ella entró, la subió a su cintura, agarrándola por las nalgas.

—Ya te extrañaba.

La chica apoyó los brazos en sus fuertes hombros cuando comenzó a moverla mientras devoraba su boca y la deslizaba en su erección.

—Dios, Viggo...

Kaysa cerró los ojos cuando entró en ella y, de inmediato, la apoyó contra la pared y comenzó a mover las caderas y a penetrarla muy profundo; estaba siendo egoísta, pero ella lo había cogido por sorpresa, así que eso lo había calentado mucho. A menudo ella esperaba que él fuera quien avanzara, así que ni de coña iba a desaprovechar esa oportunidad. Kaysa lo deseaba y estaba dándole todo lo que ella extrañaba de él. Cada músculo de su cuerpo se puso en tensión, bajó la boca y capturó uno de sus pezones; después la sujetó por el culo y flexionó un poco más sus caderas para que su polla se frotase contra su brote de placer. Eso la hizo gritar; ahí no estaban en medio del bosque y podían oírlos, así que le

cubrió la boca con un beso y continuó moviéndose, enloqueciéndola, llevándola al límite.

—Así, Viggo, así, no pares, por favor. No pares... —le rogó.

Sus piernas se enredaron con más fuerza en su cintura y él supo que ella estaba a punto de llegar, rotó las caderas y se introdujo más hondo todavía, y Kaysa se aferró a sus hombros, le clavó las uñas y su sexo palpitó una y otra vez, haciéndole perder todo el control a él. Viggo también gruñó con fuerza; no era un hombre escandaloso, pero con ella perdía todo su dominio. La movió lentamente, sacó su polla de su interior y terminó fuera.

—Joder, Kaysa, no nos hemos puesto un condón.

Ella sentía las piernas temblorosas, pero no se preocupó cuando la bajó para depositarla en el suelo, porque sabía que él no la dejaría caer.

—Él me hizo pruebas para cerciorarse de que estuviera sana.

—Mierda... —blasfemó Viggo—. ¿Has tenido el período?

La pregunta salió disparada cuando comprendió que ese hijo de puta la había follado sin protección.

—Sí, lo he tenido.

—¿Dónde se corría él?

—Dentro, siempre.

—Aunque hayas tenido la menstruación, iremos a hacerte una prueba de embarazo por las dudas... y quizá también estaría bien descartar, además, las ETS. —Se refería a pruebas para comprobar que no tuviera ninguna enfermedad de transmisión sexual—. Yo también me las haré para que tú estés tranquila y sepas que estoy limpio.

—¿Crees que esa bestia me pudo haber contagiado alguna enfermedad o dejado embarazada?

—Tu período, ¿fue normal?

—Sí, lo fue. Nunca se me pasó por la cabeza... Menos mal, hubiera estado tan angustiada... De hecho, ahora lo estoy.

—Seguro que no hay de qué preocuparse, todo es por precaución. Si dices que te hizo pruebas, lo más probable es que se preocupaba de que estuvieras sana porque él también lo estaba.

Salieron de la ducha. Viggo parecía contrariado; los momentos especiales siempre se acababan estropeando por culpa de ese hijo de puta.

—Estás enfadado, ¿he hecho algo mal? Ya sé, estás así porque no me he acordado del preservativo...

—Kaysa, ¡basta! Tú no tienes la culpa de nada, yo tampoco me he acordado de ponérmelo, nos hemos dejado llevar. Lo que me enoja es que siempre terminemos peleando por lo mismo, porque no me quieres dar su nombre para que le haga pagar todo lo que te hizo. Los momentos así siempre acaban arruinados por lo que pasó.

Ella empezó a vestirse rápidamente, estaba a punto de marcharse.

—Espera, no he querido decir eso. Me he expresado mal.

—Has dicho lo que querías decir, tú siempre lo haces.

Kaysa se deshizo de su agarre y se marchó.

Viggo no había aparecido por la casa principal; se había quedado en su refugio de ermitaño y ella no pensaba ir a por él. Lo que le había dicho había sido grosero, así que era él quien tenía que disculparse esa vez.

Cenaron en el comedor de la mansión y luego Kaysa le dijo a Agatha que no se preocupara, que ella se encargaba de ponerlo todo en orden.

—Gracias, tesoro. Entonces aprovecho y me voy a mirar la tele y a reposar los huesos; esta vieja anda toda destartada con este frío.

Acabó de guardarlo todo en su sitio y se fue a su habitación. Ariana y Zane ya se habían ido a dormir, pero le extrañó ver que el resto de los hombres estaban arreglados como para salir; iban vestidos con ropa de calle y también muy perfumados. Estaba intrigada, pero no quedaba bien andar preguntando lo que Igor, Nix y Ziu pensaban hacer; en ese grupo había que incluir también a Ezra.

Gio, al parecer, sería el encargado de llevarlos a donde quiera que fueran. Oyó que el motor del Cadillac se ponía en marcha y le pareció captar la risa de Viggo.

Saltó de la cama y lo vio justo cuando entraba en el coche. Lo maldijo, pues se sintió traicionada, aunque no supo por qué.

—Al menos podía haberme avisado de que iba a salir. Me siento una estúpida.

Pensó en mandarle un mensaje a Ariana y preguntarle si ella tenía alguna idea de a dónde iba todo el grupo, pero no lo hizo. Él estaba dejando claro que ella sólo contaba para él para follársela.

—Maldito. —Respiró hondo y se dejó caer en la cama—. Tal vez ya se ha cansado de que mi pasado, invariablemente, esté metido en medio de nosotros dos. —Volvió a respirar hondo—. Bueno, él siempre está hablando de su esposa fallecida y yo no sé cómo lidiar con el recuerdo de su mujer. —Se tocó la cabeza

—. Joder, qué bruta soy, la pobre está muerta. —Volvió a sentarse en la cama —.

No, está cabreado porque me niego a darle su nombre, eso es lo que sucede. Pues que siga así, porque no se lo voy a dar.

La ira y la frustración estaban haciendo estragos en ella. Todo estaba en silencio, únicamente se oía de vez en cuando el ulular de un búho en algún árbol cercano. Se obligó a cerrar los ojos y procurar dormir, pero, cuando lo hizo, no pudo parar de imaginarlo en algún *nightclub*.

—Tal vez allí está Savannah.

No iba a poder dormir, lo tenía más que claro, así que se sentó otra vez en la cama. Se sintió una estúpida; seguramente él estaba divirtiéndose y ella, en cambio, ahí estaba, amargada pensando en él, sin pegar ojo.

—Que te den por culo, idiota.

Se acostó de nuevo y, aunque lo intentó, no pudo conciliar el sueño; así estaba cuando, mucho después, oyó el sonido del Cadillac entrando. Miró la hora: la una y media de la madrugada.

Se levantó para espiarlo por la ventana y vio cómo se iba hacia su casa sin

mirar atrás.

El día siguiente no fue diferente, volvieron a ignorarse. Ella había preparado unas galletas de nueces y se las ofreció a todos menos a él cuando se sentaron a desayunar. Kaysa sirvió dos tazas de café y las puso en una bandeja, junto a otro plato de galletas, y salió de allí.

Kanu y Tao eran los primeros en levantarse, porque eran los encargados de organizar el gimnasio, así que se fue para allá.

—Buenos días. Os he traído esto para desayunar.

—Gracias, Kaysa; eres muy amable.

—Hola, Ezra. No tenía ni idea de que estuvieras aquí; de haberlo sabido, te hubiese traído un café también.

—No te preocupes; por lo general los viernes no vengo.

—Lo sé.

Se quedó mirando cómo propinaba algunos golpes al saco de boxeo mientras Kanu se lo sostenía.

—¿Es muy difícil golpear sin hacerte daño? —preguntó de pronto.

—¿Te gustaría aprender, Kaysa? —le preguntó Kanu.

—Me gustaría saber cómo defenderme en el caso de que vuelva a sufrir un robo en la calle, para no hacérselo tan fácil al ladrón.

—Llevas puesta ropa deportiva. —Ezra la miró—. Te buscaré unos guantes.

Mientras Kanu le daba algunas indicaciones, Ezra fue a buscar unos guantes, tal como le acababa de decir.

—Bien: lo primero que debes saber son los puntos débiles del cuerpo humano.

Kanu le pidió a Ezra que se pusiera frente a ella y comenzó a marcárselos

sobre su cuerpo.

—En el puente de la nariz hay un punto nervioso: si se aplica un golpe energético sobre éste, puede producir la inconsciencia. También hay una parte muy sensible entre el labio y la nariz: si golpeas ahí con el canto de la mano, tu atacante quedará desorientado.

»Otro impacto que le puede quitar la respiración a tu oponente es que lo golpees en la nuez. Si lo haces con fuerza, le obstruirás la laringe. Ni siquiera es necesario que lo hagas con el puño cerrado, puedes usar la punta de los dedos.

Así... —Kanu continuó enumerándole cada punto hasta que llegó al final—.

Obviamente, si no tienes un buen entrenamiento para adquirir ciertas técnicas, conocer esos puntos puede servirte de poco o de nada, porque puedes hacerte daño a ti misma queriendo golpear. Hay una manera correcta para lanzar un puño y, además, debes colocar las piernas en cierta posición para afirmarte bien en el suelo y que el golpe salga con potencia. Ponte a su lado, Ezra, y enséñale a colocar los pies y a rotar la cadera para lanzar el puño. Ves, Kaysa, mira cómo

pone los pies, alineados con los hombros, un poco más abiertos... Luego levantas el talón del lado con el que vas a lanzar el golpe, giras la cadera y ahí es cuando tu mano sale, y después debe volver al lugar de defensa; las piernas deben estar siempre ligeramente flexionadas.

Kaysa empezó a lanzar golpes.

—Bien, ésa es la técnica. Aún te falta practicar, pero ya la tienes. Ahora mírame, Kaysa. Ezra, dame unas manoplas. —Éste se las alcanzó—.

Concéntrate en dónde debes golpear.

Ezra se puso tras ella y cogió sus brazos para que viese cómo tenía que salir con los puños; luego se alejó y la dejó sola en el momento en el que se dio cuenta de que Viggo los estaba observando desde la entrada con cara de culo.

Kaysa acertó algunos golpes, otros fueron a la nada; estaba muy concentrada intentando hacerlo mejor, cuando lo vio pasar junto a ellos.

—A la jaula, Ezra —le ladró.

Kaysa y Kanu continuaron a lo suyo, pero de inmediato se percataron de que algo no iba bien cuando oyeron la voz de Zane.

—Viggo, si lo rompes, no tendremos con quién entrenar. ¿Qué cojones te pasa?

Ella dedujo enseguida que él la había visto cuando Ezra la ayudaba, así que bajó los puños y lo miró rabiosa. Luego se quitó los guantes, se los devolvió a Kanu y se largó.

Viggo salió tras ella; sólo tuvo que dar unas pocas zancadas para alcanzarla.

—¿Qué mierda crees que hacías coqueteando con Ezra?

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco?

—Sé muy bien lo que he visto.

—Según parece sólo has visto lo que querías ver. Eres un idiota.

—¿Te excita que él te entrene?

—No, sólo me estaba ayudando, igual que Kanu, a... No tengo por qué darte explicaciones. Anoche te fuiste por ahí y ni siquiera tuviste el detalle de decirme que te ibas después de que pasáramos cuatro días durmiendo día y noche juntos.

Logró frenarse a tiempo cuando estaba a punto de preguntarle si se había encontrado con Savannah; no lo haría, no quedaría como una tonta resentida.

—Sólo fuimos a tomar unas cervezas.

—¿Y no se te ocurrió pensar que podías avisarme? Déjame en paz, Viggo. —

Ella quiso caminar, pero él la agarró por el codo.

—No me dejes con la palabra en la boca. ¿Estabas coqueteando con Ezra porque querías vengarte de mí porque anoche salí?

—¡No! —le gritó furiosa—. Sólo le he preguntado a Kanu cómo se debe actuar en el caso de sufrir un robo como el que me ocurrió en la calle. Kanu ha involucrado a Ezra en su explicación, para que sirviera de ejemplo para mí de un movimiento correcto.

Viggo la quiso abrazar, pero ella forcejeó con él. Se sintió un estúpido cuando se percató de que estaba actuando como un tonto inmaduro celoso; él jamás dejaba ver sus debilidades, pero con ella todo era posible. Kaysa simplemente tiraba por tierra todos sus cánones de vida.

—Lo siento, me he desquiciado. No haber dormido contigo esta noche ha hecho que me levante de mal humor, y cuando te he visto con él... Soy un imbécil.

—Déjame, Viggo, no me interesan tus explicaciones. Si no he dormido contigo ha sido porque tú me hiciste a un lado. Ayer te enfadaste porque no te di su nombre y por la noche te fuiste para castigarme; aquí tú eres el que actúa de manera infantil, no yo.

La dejó marchar; ella tenía razón, era un inmaduro... pero lo cierto era que ella lo estaba volviendo totalmente loco, y muy vulnerable.

El altercado en el gimnasio no pasó desapercibido para nadie; en realidad, lo que más los asombró fue ver tan fuera de sí a Viggo. Él nunca estaba dispuesto a mostrar sus debilidades; era un hombre que, a través de la disciplina que obtenía de la lucha, había conseguido mantener sus flaquezas a raya... pero era obvio que Kaysa era su gran debilidad, su talón de Aquiles y el sitio por donde perdía todo el juicio y la razón.

Esa noche cenaron en el comedor principal junto a los demás, pero ella lo ignoró todo el tiempo. Ni siquiera le dio las gracias cuando él, solícito, le alcanzó la fuente con ensalada para que se sirviera. Tampoco lo hizo cuando llenó su copa con agua, y mucho menos cuando buscó en la mesa el aderezo de crema *smetana* que le ponía a todo y él se levantó para ir a buscarlo a la

nevera para que ella no tuviera que hacerlo.

—No es posible que un cadáver desaparezca. O bien no la mató y sólo la dejó ir, o bien, quien la ayudó, es alguien que sabe cómo ocultar un cuerpo, lo que me hace pensar que no es un novato. Cuando descubra quién es el traidor, lo mataré con mis propias manos... a él y a esa *suka*. —Se refirió a su mujer como una perra, utilizando la lengua rusa.

—Hemos barrido toda la ciudad y no hay señales del cuerpo, *pakhan*.

Nuestros contactos en la policía nos han asegurado que no hay ningún NN, ningún sin nombre, con esas características. El hermano se está poniendo pesado con que quiere verla.

—Ese esclavo no está en condiciones de exigir nada. Si sigue molestando con eso, muéstrale cómo tener un poco de respeto, ¿o acaso te has vuelto un blando, Mijaíl? Te he visto torturar, amenazar y asesinar; sé que puedes ser muy convincente.

—Haz callar a ese crío, Anoushka —dijo Tatiana a la niñera—; se pasa todo el día chillando. Ah, ¿estabas aquí? —preguntó cuando vio a Alexandr en la sala.

—Vivo aquí.

—De vez en cuando lo recuerdas, qué bien.

—¿Sales?

—Es el cumpleaños de Yelena, quedamos en cenar juntas.

—He estado esta mañana con Nikolay y no me ha comentado que fuera el cumpleaños de su mujer.

—En realidad cumple el mismo día que tu madre, mañana, así que, como sé que no podré librarme de ir a tu casa, le propuse que saliéramos hoy.

—No he visto a tu guardaespaldas cuando he llegado.

—Gracias, cariño, ¡cómo te preocupas por mí! —Se acercó, lo sujetó por el mentón y le dio un beso—. Debo irme.

Tatiana salió de la casa hablando por teléfono.

—Yelena, ahora mismo estoy saliendo de casa para ir a buscarte; espero que estés lista cuando llegue, odio cuando tengo que esperarte.

Cuando subió al automóvil, cogió otro teléfono que llevaba oculto en uno de los compartimentos de su cartera y tecleó un mensaje.

No podré verte, a Alexandr se le ha ocurrido pasar por casa y estoy segura de que le ha mandado a Mijaíl que me siga. Llama a Yelena y dile que esté lista, que en diez minutos paso por ella. Está paranoico desde que maté a su furcia.

El texto se marcó como visto, pero esa persona no contestó. Inmediatamente, Tatiana eliminó el mensaje.

—¿Tatiana, te has vuelto loca? Si Alexandr te descubre, te matará.

—Estoy muerta en vida. —Sorbió de su copa de vino; estaban cenando en el restaurante Michael Mina, en San Francisco—. Ya lo sabes, a Sasha y a mi padre lo único que les importa es el maldito poder; en cambio, él me trata con cariño.

Me he enamorado... Antes jamás había reparado en él porque siempre me inculcaron, desde pequeña, que estaba destinada a ser la mujer de Alexandr; lo idealicé y crecí esperando tener la edad suficiente para casarme con el futuro *pakhan*, pero ¿qué he obtenido a su lado? Humillaciones, malos tratos, dolor; está loco y enfermo de poder. No aprendió nada de su padre; por el contrario, sólo estaba esperando que se muriera para quedarse al mando de todo.

—Tania, él no es diferente. Sé que sólo estás desesperada porque alguien te ame, pero él sólo quiere el poder de Alexandr. No seas tonta, te está utilizando.

Sabes que te adoro y que te apoyaré en todo lo que pueda, pero estás jugando con fuego: si Alexandr descubre que estás robando documentos de su ordenador, te matará, amiga.

Oyó un golpe en la puerta de su habitación y de inmediato la puerta se abrió y él asomó la cabeza.

—No te he dicho que pudieses pasar.

—Dejemos de pelear, Kaysa; no quiero volver a dormir sin ti. Hoy en el gimnasio me he comportado como un idiota; ya le he pedido disculpas a Ezra.

Me gusta que estés interesada en tomar clases de defensa personal, es un buen comienzo; más adelante, cuando tengas cierto nivel, podríamos hacer un poco de muay thai juntos; es la disciplina en la que más destaco, junto con el jiu-jitsu.

Viggo se sentó en la cama y se acercó para besar su suave piel sobre la clavícula.

—¿Me perdonas?

Ella pretendía no ser tan débil, pero la verdad era que, tan pronto como lo había visto asomar por la puerta, había querido saltar sobre él. Sin embargo, iba a hacer que rogase un poquito más, aunque claramente no estaba segura de si él iba a continuar tan dócil.

Kaysa puso los ojos en blanco.

—Kaysa, me estás haciendo rogar como nunca le he rogado a nadie. Incluso he tenido que soportar todo el día las tomaduras de pelo de todos.

—Ha sido muy feo que me dijeras que estaba coqueteando con Ezra.

—Estaba fuera de mí, no sabía lo que decía. Te he pedido perdón.

—Ni siquiera coqueteé contigo antes de que estuviéramos juntos.

—Lo sé. Vámonos a la casita de huéspedes, allí tenemos más privacidad.

—Hace frío para salir de aquí —adujo, con un tono un poco añinado y dando por terminado el enojo.

—Te taparé con el edredón de la cama y te llevaré en volandas.

—¿Estás loco?

—Tal vez un poco; tú eres la culpable.

En cuanto llegaron a la casa que Viggo ocupaba, se rindieron en la cama a las caricias y los besos, a esa entrega que parecía única y siempre era poca. Luego ella se sentó a horcajadas sobre él mientras Viggo aún continuaba jugueteando con uno de sus pezones.

Durmieron abrazados después de que volvieron a hacer el amor y, día tras día, no tardaron en entrar en una muy cómoda rutina.

No había signos evidentes de ninguna enfermedad de transmisión sexual, pero para estar seguros fueron hasta Stanford. Allí se practicaron ambas pruebas de ETS y luego pidieron turno con un ginecólogo e iniciaron un programa anticonceptivo para Kaysa.

Viggo parecía otro hombre del que era cuando ella llegó allí. Antes siempre estaba malhumorado y taciturno; en cambio, en ese momento se lo veía sonreír a menudo, era como si hubiese recuperado la alegría de vivir.

Kaysa sabía que no podía continuar ocultando todo lo que ocultaba, así que cada día pensaba más en la posibilidad de sincerarse.

El vientre de Ariana estaba empezando a notarse, pues estaba a punto de entrar en los cuatro meses.

El tiempo de descanso de los luchadores había pasado volando. Los combates comenzaban de nuevo la semana siguiente, y Kaysa se sentía inquieta. La vez

que había ido a ver a Viggo, ellos todavía no tenían nada, pero entonces creía que no podría soportar ver que lo golpearan. Sin embargo, él estaba empeñado en que ella fuera, y Kaysa no podía negarse a nada que él le solicitara.

Sus clases de lucha habían avanzado mucho en esos meses, pero no eran su prioridad. Se había estado informando para estudiar algún curso de chef, pero, cuando pensaba en que era una indocumentada, obviamente todo se complicaba.

Capítulo treinta y seis

Finalmente, el día de retomar las luchas llegó. Ziu aún no estaba recuperado y, aunque había hecho grandes esfuerzos con su pie, todavía le quedaban unos tres meses más de recuperación para estar al ciento por ciento.

Ariana afirmaba que la adrenalina que experimentaba viendo a los luchadores en el ring no la perjudicaría y, aunque había tenido que hacer su batalla con Zane, finalmente había logrado convencerlo de que la dejara ir. Claro que éste le hizo prometer que se lo tomaría todo con calma y que no se pondría a gritar como una loca.

Esa noche vieron combatir a Igor, quien consiguió un importante triunfo, al igual que Nix.

El descanso, sin lugar a dudas, había renovado las energías de los combatientes, porque todos estaban muy animados con reiniciar la actividad. La gran desilusión para todo el equipo procedía de que ese día Ezra debía debutar en la categoría en que luchaba Ziu, pero por la mañana había recibido la peor noticia, su madre había fallecido, así que Zane le dijo que no se preocupara, que había tiempo para el debut, y lo mandó a Sonora, una ciudad en el condado de Tuolumne dentro del estado de California, donde vivía su familia.

Las apuestas no eran demasiado problema cuando los luchadores eran nuevos, ya que casi nunca sumaban demasiado, salvo que el contrincante fuera muy popular, así que Zane las pagaría.

Esa noche Kaysa se quedó con los ojos abiertos como platos cuando vio que entre lucha y lucha también había peleas de mujeres. Mientras estaban esperando a que empezara la próxima, Kanu vino a por ella para llevársela.

—Viggo quiere verte antes de subir al ring.

Se puso de pie y lo siguió. Cuando estaban a punto de llegar, Zane lo llamó para que fuera a la sala que ocupaban Igor y Nix.

—Son dos puertas más allá —le indicó éste, y ella continuó avanzando.

Antes de llegar, la puerta anterior se abrió y el hombre que salió de allí le produjo escalofríos. Su aspecto sombrío la atemorizó; iba tatuado de los pies hasta el cuello; la única parte libre de tinta era su rostro.

—¿Katia?, Ekaterina, ¿eres tú?

—Disculpe, está equivocado; mi nombre es Kaysa.

—Soy Bohdan, ¿no me reconoces?

Ella lo miró con el ceño fruncido, pero estaba segura de que no había visto a ese hombre en toda su vida, jamás.

—Creo que se está confundiendo de persona.

—¿Con quién has venido? —Él seguía insistiendo.

La puerta del vestidor de Viggo se abrió y, cuando éste se percató de que el ucraniano no la dejaba pasar, se acercó y le propinó un empujón para que se apartara.

—¿Qué mierda te pasa? ¿Otra vez estás fastidiando? Deja a mi mujer en paz.

El ucraniano no reaccionó; se quedó de piedra, incluso parecía perdido.

—Te juro, cariño, que no me ha faltado al respeto. Todo está bien, cálmate. —

Kaysa apoyó sus palmas en su pecho; quería empujarlo para que se metiera en

su sala, pero era imposible moverlo—. Viggo, cielo, vamos..., de verdad que todo está bien. —Finalmente lo convenció y accedieron dentro.

—No te quiero ver cerca de ese tipo. Pertenece al equipo de la peor escoria humana que pueda existir sobre la tierra. No te ha tocado, ¿verdad?

—Ya te he dicho que no me ha hecho nada; tranquilízate, sólo me ha confundido con otra persona... Cuando has salido, estaba explicándole que no era yo.

Kanu apareció en ese momento para vendarle las manos. Kaysa se quedó el tiempo que tardó en hacerlo, y no se le escapó que Viggo estaba oyendo música.

A menudo lo hacía cuando entrenaba o cuando salía a correr. Esa noche sonaba una canción que a veces ponía cuando quería tomarse mucho tiempo para hacerle el amor: *Breathe*.

Se besaron antes de que ella se fuera. Uno de los hombres de seguridad la acompañó hasta su asiento junto a Ariana.

—¿Qué quería que no podía esperar?

—Nada —dijo ruborizándose—, sólo darme un beso.

—No puedo creer cómo has domesticado a ese hombre —le indicó su amiga sin disimular su asombro.

De pronto el ambiente empezó a prepararse. El presentador anunció la pelea y de inmediato al ring subió el que iba a enfrentarse a Viggo, uno que se hacía llamar Ninja.

Las luces, después de que el contrincante subiera a la jaula, finalmente se apagaron, y en las pantallas gigantes ya se lo podía ver a él.

Back in black, de AC/DC, empezó a sonar y en segundos el lugar estalló, enloqueciendo. Sus fans no dejaban de corear su nombre.

La pelea comenzó enseguida tras las presentaciones, y el corazón de Kaysa

empezó a latir desbocado cuando los luchadores comenzaron a bailotear dentro de la jaula. Viggo arrancó dando el primer golpe, y el público se puso de pie; en apariencia quería que la pelea terminara muy pronto, pero luego fue conectado con una patada en las costillas que lo hizo tambalear, y otra en las piernas que logró que su hombro rebotase contra la jaula. Ninja aprovechó entonces el desconcierto del campeón, lanzándole más golpes en las costillas, pero Viggo logró alejarse; bailó un poco y pareció recuperarse... y con la mano izquierda lo alcanzó, consiguiendo hábilmente controlar su cuello. Se apoyó rápidamente con la pierna derecha en el tatami, y lo derribó con una tijera; todo pasó muy rápido.

En el suelo lo empezó a estrangular, hasta que el luchador logró zafarse de él y se puso de pie.

Viggo lanzó un *uppercut* que no alcanzó a conectar del todo y la gente no hizo más que impacientarse; Kaysa también, incluso le gritó desahogada, pidiéndole que acabara de una vez.

Cuando estaba a punto de culminar el *round*, Viggo consiguió derribarlo nuevamente y, aplicándole una llave mata león, maniobra con la que casi lo ahorcó, aprovechó el desconcierto de su oponente poniéndose a horcajadas sobre éste; sus puños, entonces, no perdieron la oportunidad de aplicarle una seguidilla de golpes en el rostro. La sangre brotó por todas partes; lo estaba destrozando, estaba furioso con él mismo por no haber estado más atento y permitir que le

diera todos esos golpes. Él venía con la idea de subir y que todo fuera un simple trámite, pero la contienda se había complicado.

Viggo continuó golpeándolo una y otra vez, hasta que el árbitro detuvo el combate y lo dio como ganador a él por sumisión.

De inmediato se armó una trifulca en la tribuna, porque se pusieron a discutir acerca de que Viggo no había peleado bien, así que Gio apareció de inmediato allí donde estaban las mujeres, lo hizo junto a Nix y a Igor, y las sacaron de allí por la puerta de atrás.

Ariana, Ziu y Kaysa se fueron protestando, aun sabiendo que ni Zane ni Viggo

pondrían en riesgo la seguridad de ninguno de ellos. Finalmente empezaron a caminar, al ver que no les quedaba más remedio que aceptarlo. Dos horas después, todos los demás llegaron a la casa.

—¿Qué ha pasado, que traéis esa cara? —preguntó Ariana, pues los conocía a todos muy bien.

—La próxima lucha será con Phantom. Los organizadores lo han anunciado hoy. Él y Viggo pelearán por el título —informó su marido.

—Quiero ir a descansar, la noche de hoy ha sido demasiado rara —anunció Viggo, y se fue hacia la casa de huéspedes.

Kaysa no tardó en llegar, con una bandeja con frutas, bebidas para que se hidratara y hielo para que se colocara en los golpes.

Estaba seguro de que era ella, pero Katia no pareció reconocerlo.

Necesitaba hacer algo, necesitaba llegar a ella y descubrir más. Sospechaba que le estaban mintiendo para utilizarlo: Ekaterina ya no estaba con ellos, pero jamás se lo dirían.

—Pero, entonces, la chica que he visto en los vídeos, ¿quién es? —se preguntó. Bohdan sabía que tenía que buscar las respuestas personalmente.

Fue muy fácil reducir a sus guardias. Ellos lo habían convertido en una máquina de luchar y en ocasiones también de matar, así que se trató de un simple

juego de niños. Les rompió el cuello y dejó abandonado el SUV; estaba convencido de que todos sus automóviles tenían un tipo de rastreador.

No sabía aún como haría para conseguir la dirección de Viggo, pero necesitaba imperiosamente hacerlo.

Cogió un taxi con el dinero que les había robado a los guardias y regresó al *underground*, ya que se le ocurrió que quizá allí, de alguna forma, conseguiría

saber dónde estaba su domicilio.

Por suerte engatusar a Savannah fue muy fácil, así que averiguarlo todo le resultó muy sencillo. No sabía qué haría para que lo escucharan, pero, aunque fuera a la fuerza, Viggo tendría que hacerlo.

Cuando llamó a la puerta, Zane fue quien lo atendió y, para su asombro, se mostró muy interesado.

—Si no me dices para qué lo quieres ver, no lo harás.

—Quiero hablar de su chica.

Zane casi desestimó ir a llamarlo, porque le resultó muy presuntuosa la forma de presentarse del ucraniano, pero entonces le propuso que primero lo escucharía él y luego, si lo consideraba oportuno, se lo relataría grosso modo a Viggo. Tras sus explicaciones, lo hizo entrar.

—Espérame aquí.

No quería que nadie viera a Phantom en la casa, así que lo dejó en el gimnasio y fue a buscar a Viggo, pues consideró que debía oír todo aquello sin intermediarios.

—¿Tiene que ser ahora, Zane?

—Viggo, si no creyera que es importante, no estaría aquí.

Entraron en el gimnasio y, apenas vio al ucraniano, se sintió descolocado.

—Tienes que escucharlo.

—No vengo en busca de problemas —le aseguró éste.

Viggo empezó a escucharlo a regañadientes, pero entonces las piezas del puzle que resultaba ser Kaysa empezaron a encajar.

—¿Cómo dices que se llama?

—Ekaterina Zelenko. Mi nombre es Bohdan Zelenko, y ellos nos trajeron a la fuerza desde Ucrania hace algo más de cuatro años. Trafican con personas todo

el tiempo, y de una u otra forma se cobran las deudas. Nosotros fuimos el pago que ellos consideraron suficiente por el dinero que mi padre les debía.

—¿Dices que fuiste forzado a luchar para la *bratva*? —lo interrogó Zane.

—Ellos me convirtieron en lo que soy; nos robaron la vida, lo hacen con todos los que reclutan. Necesitaba sobrevivir para hallar la manera de liberar a mi hermana; se lo prometí cuando nos separaron.

—¿Tienes dinero? —le preguntó Viggo cuando terminaron de hablar.

—No. Además, me van a estar buscando por todas partes, así que me será muy difícil ocultarme; lo mejor será que me aleje lo máximo posible. Pávlov va a enloquecer. Tiene contacto directo con muchos funcionarios corruptos. Una organización como la que él lidera no es fácil de manejar si no es con la vista gorda de quienes le liberan la zona. A él no sólo le interesan las apuestas del *underground*, sino poner en funcionamiento el resto de sus actividades ilegales en esta ciudad.

—Vete de aquí, Zane; quiero hablar con él a solas. —Éste lo miró dudando—.

Vete, ¿no me has oído?

—Estaré fuera —dijo el entrenador, no muy convencido de dejarlos a solas.

—Necesito que me confirmes de alguna manera que ella es tu hermana y que no te estás inventando toda esta historia.

—¿Qué ganaría con eso, si ya he conseguido la pelea contigo? Sólo para darte el gusto, te diré que mi hermana tiene una cicatriz en la pierna izquierda, casi llegando al muslo; es de una mordida de perro, de cuando tenía ocho años, y tiene la forma de una fresa. —Se quedó pensando un instante antes de continuar

—. La mordió por mi culpa; era el perro de nuestro vecino, y me gustaba

asustarla provocando al animal. —Sacudió la cabeza con tristeza.

—Sé de qué cicatriz hablas.

Conversaron durante un largo rato más y Phantom le dio detalles de las crueldades que esa gente era capaz de llevar a cabo. Viggo estaba intentando calmarse, pero su interior era como una olla a presión a punto de explotar.

Finalmente Phantom se marchó...

—¿Le crees?

—Zane, sólo estoy pensando en la manera en la que mataré a Pávlov con mis propias manos. Le ha hecho cosas aberrantes a Kaysa, ¿eso contesta tu pregunta?

—Tú no harás nada. Escúchame bien, esa gente es muy peligrosa.

—Me importa un carajo.

—Viggo, ¿te has vuelto loco? Es la mafia rusa, no son unos simples matones... ¿Quieres que terminemos muertos tú, ella y todos nosotros? Porque no dejarán a nadie con vida. Esto no se arregla peleando en una jaula.

—Kaysa es mi mujer, Zane, así que no me quedaré de brazos cruzados.

¿Sabes cuánto tiempo llevo esperando para saber el nombre del hijo de puta que hizo de su vida un infierno? Sé que te haces una idea de lo que hablo; aunque no te lo diga, estoy seguro de que tu mente puede imaginar las perversiones que ese tipo fue capaz de hacerle a ella. Esta vez conseguiré justicia por mi mujer; con London y mi hija no pude hacerlo, porque quien las mató no me lo permitió, pero, ahora, nada me detendrá.

Viggo entró en la casa de huéspedes y de inmediato vio a Kaysa tendida sobre la cama; se había quedado dormida. La dejaría descansar, no tenía sentido despertarla en ese momento, aunque lo único que ansiaba era desentrañar todos los misterios en torno a ella.

Decidió no tomar nada fuerte para aliviar el dolor de los golpes, pues necesitaba permanecer con todos sus sentidos en alerta.

Se puso bastante hielo para desinflamar las contusiones y se ocupó de hidratarse bien. Luego se metió en la cama.

A mitad de la noche, Kaysa despertó llorando, seguramente presa de los terrores nocturnos que aún se hacían dueños de sus sueños.

—Estás a salvo, nena. ¿Qué sucede? Cálmate, estás bien, sólo ha sido una pesadilla.

Kaysa no dejaba de llorar.

—Habla conmigo. ¿Quieres darte una ducha?

Viggo había encendido la luz de la mesilla de noche.

—No.

—¿Es el mismo sueño de siempre?

Ella parecía más aterrada que de costumbre y no le contestó. Las lágrimas no dejaban de brotar de sus ojos.

—Kaysa, ¿qué has soñado?

La muchacha se mordió el puño, aguantando las ganas de hablar; no podía decirle que el sueño acababa de cobrar sentido en su mente, de que por fin todo lo había visto nítido y que por alguna razón sabía que no era una pesadilla, sino el reflejo de su realidad.

—No te cierres. Si no me hablas, no te puedo ayudar.

—¿Cómo podrías? Nadie puede, él es demasiado poderoso.

—Te refieres a Pávlov.

—¿Cómo te has enterado? ¿Hace cuánto que lo sabes? —le preguntó

horrorizada.

—¡Joder!

«Ese hijo de puta pagará todo lo que te ha hecho», se prometió, pero guardó esos pensamientos para sí; no quería angustiarla más.

Él la abrazó y la acunó contra su pecho, y fue paciente.

Kaysa lo veía todo borroso porque no podía controlar el mar de lágrimas en el que estaba inmersa. Viggo ya sabía de Alexandr, así que, ¿qué sentido tenía continuar callando?

—Creo que él es mi hermano —consiguió decir finalmente y sintió un alivio enorme—; ese hombre que hoy me ha interceptado en el pasillo del *underground*, es mi hermano. Él finalmente ha venido a rescatarme. Estoy un poco confundida, porque todo ha aparecido en mi sueño, pero he podido ver a mis padres muriendo. La sangre que me salpica es... —gritó desesperada al comprenderlo—... la de mi mamá, y Mijaíl fue quien la mató —continuó relatando su sueño, el que por fin sabía que era realidad y no producto de su imaginación—. Las indicaciones que dio fueron: éstos van para América; ella va al campo de reclusión del *pakhan* Semyon, es demasiado joven para las calles, y él es fuerte, irá al *gulag*. El guardia de Pávlov decidió nuestro destino; antes era el cobrador en Ucrania y ahora es el custodio personal de Pávlov. Me tuvieron prisionera durante cuatro años. —Tocó su vientre—. Traficaron con mi bebé..., lo deben de haber vendido quién sabe a quién. —Se arrancó a llorar nuevamente hasta que rato después se calmó—. Viggo, prométeme que no te vas a acercar a

él; por favor, dime que no harás nada y que sólo intentaremos continuar como hasta ahora. No podría soportar que algo te pasara. Yo te amo.

—Y yo a ti, cariño.

—Creo que mi verdadero nombre es Ekaterina.

—Tu hermano ha estado hace un rato aquí.

—Me van a encontrar, me volverán a llevar al *gulag*. —Se desesperó; estaba aterrada y no podía controlarse.

—Tranquilízate... no, él sólo ha venido a advertirnos. Ni yo ni él permitiremos que eso pase.

Despertó agotada de tanto llorar. Viggo no se había movido de su lado; todavía la tenía abrazada contra su pecho, él era su roca.

—Hola, nena.

—Hola.

—¿Cómo te sientes?

—Confundida. Hay cosas de las que no tengo recuerdos, todo es una gran nebulosa en mi memoria. Los únicos recuerdos fuertes que tengo son los que se remontan a cuatro años hacia atrás, y luego lo que pude deducir en el sueño.

—

Se tocó la cabeza.

—Creo que lo que tienes es una amnesia disociativa; es la que surge ante un acontecimiento traumático que produce mucho estrés; en ese caso la mente se queda imposibilitada de recordar cierta información importante. Hay terapias conductivas para revertirla, e incluso la hipnosis a veces puede ser muy útil para recuperar los recuerdos. Eso lo resolveremos; aunque ahora te angustie mucho, le encontraremos una solución.

Epílogo

El día de la pelea llegó, aunque Kaysa y Ariana estaban convencidas de que ésta tendría lugar la semana próxima; les habían mentido para poder alejarlas de la ciudad. Las enviaron a la casa de Malibú que el equipo poseía en la playa, con el fin de que Kaysa se distrajera.

Para llevar adelante el plan de desbaratar la organización de Alexandr Pávlov

necesitaron un aliado; quizá era el menos pensado de todos, pero había accedido a colaborar.

Bohdan Zelenko, Phantom, como era conocido en el *underground*, fue otra de las piezas principales.

En lugar de huir, tuvo que regresar al *gulag*; ésa era la clave para que Pávlov no sospechara de nada. Sólo adujo que había necesitado tomarse unos días de descanso y que por eso se había fugado, pero que no era su intención traicionarlo. Como el *pakhan* estaba tan ciego de poder, se lo acabó creyendo todo, convencido de que Zelenko sólo se había ido de putas hasta el día de la pelea. Sólo Dios sabía lo mucho que le había costado fingir y no matar a todos esos hijos de perra que habían arruinado su vida y la de Ekaterina; si antes no lo había hecho, sólo había sido porque creía que ella todavía se encontraba cautiva.

Viggo y Phantom se subieron al ring y simularon ser los más feroces contrincantes. Se golpearon como si estuvieran haciéndolo de verdad y Viggo resultó el vencedor.

Lo cierto es que en eso no había ningún trato; el triunfo, aunque agónico, fue realmente suyo; las apuestas estaban hechas y no había manera de dar marcha atrás.

—Eres un inútil, escoria ucraniana, no sirves para nada. Serás toda la vida un esclavo. Y me cobraré esta derrota con tu hermana —le gritó Pávlov a Bohdan en el vestuario, y quiso golpearlo.

El muy cobarde se sentía amparado por el hecho de estar rodeado de matones que lo defenderían, pero el chico no estaba dispuesto a que ninguno de ellos volviera a ponerle un dedo encima. Durante todo el tiempo que lo tuvieron cautivo, hicieron de él una máquina de destrucción y eso era lo que obtendrían por su parte. Mijaíl sacó su arma cuando Bohdan noqueó a su jefe de un solo trompazo y lo apuntó a la sien, pero su extrema rapidez le permitió desarmarlo; le hizo una llave en el brazo y se lo rompió como quien parte un mondadientes, y luego comenzó a patearlo. Su entrenador, el hermano de Mijaíl, se quedó en un rincón —sabía muy bien que Phantom era imparable y no pensaba arriesgarse a nada—, pero los otros guardianes pensaron que

podían intervenir; sin embargo, también obtuvieron su merecido. Bohdan parecía desquiciado, estaba fuera de sí, y les estaba dando a esos hijos de puta el merecido que le había prometido a Viggo que les daría... Cada puñetazo, y cada patada, no sólo eran por él, también lo hacía por su hermana, y por sus padres. Los había noqueado a todos y en ese momento estaba sobre Pávlov, estrangulándolo, pero de pronto las puertas del camerino se abrieron e irrumpieron agentes uniformados fuertemente armados.

—No vale la pena —le dijo uno de ellos—. No te conviertas en lo que ellos quisieron hacer de ti; podemos devolverte tu vida.

Trastabillando, se apartó de Pávlov en el instante en el que las palabras hicieron mella en su conciencia. Aunque sabía que nadie podría devolverle la vida que esos desgraciados le habían robado, tuvo claro que una parte era cierta: estaba cansado de ser un asesino, alguien para quien el valor de una vida no era nada.

Mientras tanto, y en coordinación con lo que estaba ocurriendo allí, un operativo dirigido por el FBI y la DEA se estaba desarrollando para desbaratar todas las actividades que dirigía la *bratva* en California; se habían hecho muchas detenciones.

Cuando Alexandr Pávlov recobró la conciencia, fue detenido junto a Mijaíl Voroviov y el resto de sus secuaces.

Viggo no pudo contenerse y se acercó al ver salir por el pasillo a ese maldito violador. Lo miró a los ojos y el llanto de Kaysa retumbó en sus oídos; así

mismo, la única visión que tuvo fue el terror del que a su mujer aún le costaba deshacerse.

—Fuera de mi *underground*, basura.

Cogiéndolos a todos desprevenidos con su forma de actuar, y antes de que los agentes lograran contenerlo, se echó sobre Pávlov y lo golpeó en el estómago; su puñetazo fue brutal... quería hacerle daño, romperlo, así que, cuando éste se inclinó sin aire, le dio un rápido y potente rodillazo en la cara, que hizo que su sangre salpicara por todas partes. En ese momento, Zane logró refrenarlo; lo

cogió por detrás y, aunque forcejeó bastante con él, se lo llevó lo más pronto que pudo.

—¿Te has vuelto loco? ¿En que habíamos quedado? —le recriminó cuando entraron en la sala. Lo empujó contra la pared, empleando todas sus fuerzas.

—No he podido contenerme. Han debido dejar que continuara golpeándolo; han debido dejar que lo desfigurara... para que, cuando se mirase al espejo, se acordara siempre de mí.

—Estaba todo magullado. Bohdan había hecho ya lo que te prometió que haría, no era preciso que te expusieras.

—Necesitaba ser yo quien consiguiera un poco de desagravio por parte de Kaysa, necesitaba ser yo... —repitió, abriendo y cerrando los puños.

El testimonio principal, a la hora de aportar pruebas contra Alexandr Pávlov, fue el de Tatiana Vólkova, que figuraba en la nómina de testigos protegidos del FBI; el Departamento de Justicia de los Estados Unidos ya se había encargado de borrar su identidad y estaba a punto de colocarla en una ciudad donde tendría un nuevo nombre y una vida nueva.

Aunque Tatiana creyó estar enamorada de su cuñado, cuando el agente del FBI se puso en contacto con ella para que el fin de una dinastía *bratva* en Norteamérica fuera posible, acabó comprendiendo que lo de ellos nunca podría ser, que su deber era terminar con toda la podredumbre que significaba esa organización. Tatiana estaba realmente cansada de consentir los delitos que ellos

cometían. Callándose, viviendo entre ellos, era tan culpable como todos los demás.

Por otra parte, el hermano de Alexandr no era diferente a él... ¡Si hasta la había ayudado a matar a esa pobre chica, que era una víctima, igual que ella! Por suerte, había tenido la lucidez mental suficiente como para entender que su cuñado sólo le había hecho ensuciar sus manos de sangre inocente para

utilizarla en su propio beneficio, pues, si bien fue ella quien empuñó el arma, él la incitó a que lo hiciera, porque lo que deseaba era que lo ayudara con la traición que fraguaba en contra de su hermano, y así tenía algo con lo que presionarla, por no decir chantajearla y obligarla a conspirar con él.

En ese momento, Tatiana sólo esperaba poder redimirse de alguna manera, porque, viéndolo todo con más claridad, esa muerte le pesaba, y mucho, en la conciencia.

—¿Cómo te sientes? ¿Estás más tranquilo? —le preguntó Zane a Viggo, cuando se alejaron del *underground*.

—Impotente. Hubiese querido terminar yo mismo con Pávlov.

—Se va a hacer justicia de todos modos.

—Pero yo no he tenido la revancha que quería, Zane, y lo sabes.

—Es mejor así. Hemos colaborado con el FBI y no nos hemos puesto en evidencia. Van a encerrarlos el resto de su vida. Todos creen que Kaysa está muerta, y ésa es tu carta blanca y la de ella para ser felices. Ahora sólo tienes que seguir adelante y no permitir que el rencor, la ira y la sed de venganza te detengan. Esos sentimientos se apoderaron de ti una vez y te obligaron a estancarte, así que no permitas que nadie te quite lo que has construido junto a Kaysa, ni te quite tu futuro.

—Me he controlado sólo por ella, para darle una nueva vida.

—Has hecho una buena elección, y tú también mereces una nueva vida. Con el tiempo te darás cuenta de que no has sido un cobarde, pues no merecía la pena recibir un balazo en la frente sólo para quitarte las ganas y hacer justicia con tus propias manos.

Tras la pelea —y transcurridos varios días, en los que todo quedó arreglado

—, Zane y Viggo se fueron a Malibú para reunirse con sus mujeres. Cuando llegaron, Kaysa no entendía quién era el niño de no más de dos años y medio que él llevaba en brazos.

—Te presento a Misha. Él es... tu hijo, cariño, el que te quitaron y no sabías dónde estaba.

Kaysa lo miró desconcertada. Al principio le costó creerlo, pero luego Viggo empezó a explicarle lo sucedido y todo comenzó a cobrar sentido.

—Si te parece bien, desde hoy lo llamaremos Daniel Carter Júnior. El FBI cree que darle una nueva identidad al pequeño lo protegerá. Aunque, si no quieres que lleve mi apellido, puede llevar sólo el tuyo. Aquí tienes tus nuevos documentos: puedes elegir entre llamarte Ellie Brown o bien Ellie Carter, como prefieras —le informó mientras le tendía dos carnets de identidad.

Los tres se abrazaron. El niño era muy dócil; en realidad se llevaba bien con cualquiera que le mostrara un poco de cariño. Kaysa no quería alejarse de su hijo; desde que había llegado, lo había tenido en sus brazos y no dejaba de mirarlo y besarlo, pero permitió que Zane y Ariana se lo llevaran dentro para que ellos pudieran conversar, y Daniel le contó con todo lujo de detalles lo sucedido; se quedaron sentados en la playa, cogidos de la mano y mirando el mar, asimilándolo todo.

—No saldrá nunca más de la cárcel —afirmó él, con la idea de darle un poco de tranquilidad—; es tanta la cantidad de crímenes por los que será juzgado que no tiene posibilidad de sobrevivir a tantas condenas, al igual que Mijaíl.

—No puedo creerlo, no puedo creer que sea libre. ¿Qué ha pasado con el *underground*?

—Tiene que dejar de ser clandestino para que pueda seguir funcionando.

Veremos cómo lo logramos, pero, al menos, como hemos colaborado en las detenciones, nadie irá preso.

—¿Y Bohdan? ¿Qué ha sido de él?

—Vamos dentro y te lo contaré.

A ella le extrañó la petición, pero se puso en pie y lo siguió.

Cuando entraron, Kaysa casi se muere de la emoción cuando vio sentada en el sofá de la sala a Nataliya y a su hermano; los tres, víctimas del tráfico de personas, estaban disfrutando una nueva oportunidad. Sería un largo proceso, porque los traumas que ellos les dejaron no serían fáciles de dejar atrás, pero lo más importante era que empezarían a comprender que eran héroes que habían sobrevivido al calvario que les habían impuesto.

Bohdan debía cambiar su identidad y entrar en la nómina de testigos protegidos, no tenía otra opción. Si hubiese optado por quedarse con Kaysa, sin duda la hubiera puesto en peligro... a ella y a su sobrino.

Allí donde se lo llevaban contaría con ayuda, tanto laboral como psiquiátrica, para recuperarse psicológicamente y poder seguir adelante.

El caso de Nataliya era distinto: sería devuelta a su ciudad para reencontrarse con su familia.

—Nata, ¿estás segura de que quieres regresar?

—Amiga, me encantaría quedarme aquí, pero necesito recuperar a mi familia... y mi vida.

—Lo entiendo. Te extrañaré, pero me siento feliz porque, al menos, ahora sé que estarás bien... y con los tuyos.

—Yo también te echaré de menos. He pasado tanto miedo por la suerte que hubieses podido correr... No sabía lo que esos malnacidos te habían hecho, hasta que anoche me pusieron en contacto con Viggo y, cuando él me contó todo lo sucedido, a pesar de todas las penalidades que has soportado, me alegré por ti, por este inesperado final.

Bohdan y Ekaterina salieron a caminar por la playa; necesitaban pasar un rato a solas para hablar.

—Me duele demasiado no tener recuerdos de ti.

—Shh... Los recuperarás, no debes afligirte.

—Pero tú ya no estarás aquí, porque a pesar de todo nos tenemos que separar.

—Buscaremos la manera de vernos; sólo hay que esperar a que las aguas se calmen. Katia, los desgraciados que nos secuestraron son muy peligrosos; querrán tomar represalias. Debemos separarnos por Misha; ellos te creen muerta y así debe seguir siendo.

Se abrazaron...

—He sobrevivido, he cumplido la promesa que te hice.

—Lo sé, y yo también he cumplido la mía.

—No es justo nada de lo que nos ha pasado, y tampoco es justo que ahora debamos alejarnos..., me resisto a hacerlo.

—Shh... no llores. —Se paró frente a ella y le secó las lágrimas—. Tú sólo debes ser feliz; tienes a tu lado a un hombre que te protegerá de todo y de todos.

Debes hacerlo por la memoria de papá y de mamá; nuestros padres se adoraban y nos adoraban a nosotros.

—Contigo a mi lado, mis recuerdos regresarían más rápido.

—Debemos ser cautos, Katia..., al menos hasta que todas las células de la organización sean desmembradas. Entiendo lo que me dices, y sabes que yo también desearía que fuera posible que siguiéramos juntos, pero eso es lo que nos ha tocado vivir, y no podemos bajar los brazos ahora. Tú y yo somos dos supervivientes, y tenemos que tirar adelante para que ellos no consigan quedarse con nuestras vidas.

Finalmente los tres se despidieron, ya que a Bohdan y a Nataliya los esperaban en el aeropuerto, donde un avión del FBI los iba a llevar a las ciudades en las cuales habían decidido rehacer sus vidas. Allí se encontrarían con un trabajo, apoyo y atención psiquiátrica para superar todos sus traumas.

Por la noche, Daniel Júnior, que era poco más que un santo, después de corretear tanto por la casa, quedó exhausto tras el baño y la cena, así que en ese momento dormía en una de las habitaciones vacías del enorme chalet de la playa.

Ambos se quedaron observando cómo dormía.

—¿No te importa que sea su hijo?

—Kaysa...

—Ellie —lo corrigió de inmediato—; tenemos que acostumbrarnos a mi nuevo nombre.

—Tienes razón. Ellie —volvió a nombrarla—, el niño no tiene la culpa de nada; por suerte todavía es muy pequeño y podrá crecer sin esa parte de la historia de su vida. Tú eres su madre y eso es lo único que me importa. Además

—cerró la puerta mientras la invitaba a caminar junto a él—, si tú me aceptas a tu lado, planeo que tengamos muchos hijos más. Por cierto, todavía no me has dicho el documento de identidad que has escogido.

—¿Aún tienes dudas sobre cuál es? Si tú nos aceptas en tu vida, cosa que creo que será así, queremos llevar tu apellido. —Se besaron—. Un momento, eso no significa que te vas a salvar de una boda... Aunque ya figuremos para todos como marido y mujer, quiero mi ceremonia nupcial y mi vestido de novia.

Él se carcajeó, la abrazó y la hizo girar en el aire.

—Shhh..., vamos a despertarlos a todos.

La cargó en sus brazos y la llevó hacia la playa.

La dejó donde había unas mantas esparcidas sobre la arena. La noche ya había caído por completo en Malibú. Comieron algo de fruta y él bebió cerveza y ella, agua. Luego él le pidió que cortara una piña para que pudieran comérsela.

Cuando Ellie lo hizo, se encontró con una caja de joyería dentro. Lo miró a los ojos y Viggo le dedicó un guiño.

La chica cogió la cajita y la abrió. Un anillo con un pedrusco enorme brilló bajo la luz de la luna.

—¿Quieres ser mi esposa? —le preguntó.

Ella se lanzó a sus brazos.

—Sí, acepto, acepto... —aseveró entre beso y beso.

Luego Viggo los cubrió con una manta y allí, bajo las estrellas, hicieron el amor. Cuando se corrieron, él permaneció dentro de ella y enterró su rostro en su cuello, para luego buscar su oído para hablarle.

—Ellie Carter, no entraba en mis planes evitar la boda, tú siempre me subestimas. Sólo espero que no te retrases mucho con los preparativos, porque

quiero concretar nuestra unión lo antes posible. —Dicho esto, levantó la cabeza y la miró a los ojos, impregnándose de su cristalina mirada.

Se sonrieron, y la felicidad de sus rostros fue imposible de ocultar.

—Para la ley, ya soy tu esposa.

—Pero yo deseo que también lo seas ante Dios.



Biografía

Fabiana Peralta nació el 5 de julio de 1970,

en Buenos Aires, Argentina, donde vive en la actualidad.

Descubrió su pasión por la lectura a los ocho años. Le habían regalado *Mujercitas*, de Louisa May Alcott, y no podía parar de leerlo y releerlo. Ése fue su primer libro gordo, pero a partir de ese momento toda la familia empezó a regalarle novelas y desde entonces no ha parado de leer.

Es esposa y madre de dos hijos.

Siempre le ha gustado escribir, y en 2004 redactó su primera novela romántica como un pasatiempo, pero nunca la publicó.

Muchos de sus escritos continúan inéditos.

En 2014 salió al mercado la bilogía «En

tus brazos... y huir de todo mal», formada por *Seducción y Pasión*, bajo el sello Esencia, de Editorial Planeta. Que esta novela viera la luz se debe a que amigas que la habían leído la animaran a hacerlo. Posteriormente ha publicado: *Rompe tu silencio*, *Dime que me quieres*, *Nací para quererte*, *Hueles a peligro*, *Jamás imaginé*, *Desde esa noche*, *Todo lo que jamás imaginé*, *Devuélveme el corazón* y *Primera regla: no hay reglas*.

La autora se declara sumamente romántica.

Encontrarás más información de la autora y su obra en:
www.fabianaperalta.com





Referencias a las canciones

Enter Sandman, Copyright: © 1991 Metallica, interpretada por Metallica. (*N. de la e.*)

Jungle, Copyright: © 2014 KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por X. Ambassadors & Jamie N. Commons. (*N. de la e.*) *Breathe*, Copyright: © 2018 Verona, interpretada por Verona. (*N. de la e.*) *Back in black*, Copyright:

1980 Leidseplein Presse B.V., interpretada por

AC/DC. (*N. de la e.*)

Notas

[1.](#) *Папа*: papá, en ruso.

[2.](#) *Мама*: mamá, en ruso.

[3.](#) Desert Eagle: pistola semiautomática de grueso calibre, grande y pesada, accionada por los gases del disparo. Fue diseñada por la corporación privada estadounidense Magnum Research y fabricada principalmente en Israel por IMI, Israel Weapons Industry.

[4.](#) *Shestyorka*: rango dentro de la mafia rusa. Se trata de una especie de asociado, un chico de los recados dentro de la organización; es el rango más

bajo con el cual se inicia un miembro. También se lo llama *seis*.

5. *Pakhan*: jefe dentro de la mafia rusa; dirige la *bratva*.

6. *Nu, ty ponimaesh*: En fin, tú ya me entiendes, en ruso.

7. *Gulag*: proviene de *Glávnoie upravlenie ispravítelno-trudovyy lagueréi i koloni*, es decir, Dirección General de Campos de Trabajo Correccional y Colonias. Ése es el nombre con el que pasó a la historia la rama del NKVD que dirigía el sistema penal de campos de trabajos forzados en la Unión Soviética. Según explica la escritora Anne Applebaum en su libro *Gulag*, la palabra ha venido a denominar, además, no sólo la administración de los campos de concentración, sino también el sistema soviético de trabajos forzados en sí mismo, en todas sus formas y variedades, de manera legal o ilegal.

8. *Bratva*: en ruso significa hermandad, y, junto con mafia rusa o mafia roja, son los nombres utilizados para designar una gama de organizaciones del crimen organizado originarios de la ex-Unión Soviética.

9. *Obshchak*: cobrador.

10. *Ya tebya lyublyu!* : te quiero, en ruso.

11. *Nie*: no, en ruso.

12. *Ya obeshchayu*: lo prometo, en ruso.

1. *Pomogi mne, Bozhe!*: ¡Ayúdame, Dios!, en ruso.

1. Hitman: apodo sacado del famoso videojuego y que quiere decir sicario.

2. *Suplex* vertical: El luchador, de frente al adversario, mete la cabeza de éste bajo su brazo y traba la suya bajo el brazo de su rival. Generalmente presiona las piernas, o el vientre, para levantar al oponente, alzándolo verticalmente, con la espalda recta en el aire, para luego hacerlo estrellar con ésta contra el suelo.

1. *Uppercut*: golpe que se da con el puño de abajo hacia arriba y que tiene

como destino el mentón o el plexo solar del oponente.

2. *Dojo*: término procedente del Japón que se emplea para designar el lugar donde se practican las artes marciales; también se usa para referirse al espacio destinado a hacer meditación.

1. *Midway*: histórico portaaviones convertido en museo, anclado en Navy Pier en San Diego, California.

1. MGM: grupo empresarial que posee y gestiona casinos, hoteles y grandes espectáculos en todo el planeta. Uno de los hoteles más famosos del mismo está en Las Vegas, donde se organizan las peleas MMA por el campeonato del mundo.

1. Se refiere a la mascota de los malvaviscos marca Stay Puft que son famosos en Estados Unidos.

Viggo

Fabiana Peralta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702

19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© fotografía de la autora: archivo de la autora

© Fabiana Peralta, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.
Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura
coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20707-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

NOVELA ROMÁNTICA



¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Document Outline

- [Sinopsis](#)
- [Portadilla](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Cita](#)
- [Prólogo](#)
- [Capítulo uno](#)
- [Capítulo dos](#)
- [Capítulo tres](#)
- [Capítulo cuatro](#)
- [Capítulo cinco](#)
- [Capítulo seis](#)
- [Capítulo siete](#)
- [Capítulo ocho](#)
- [Capítulo nueve](#)
- [Capítulo diez](#)
- [Capítulo once](#)
- [Capítulo doce](#)
- [Capítulo trece](#)
- [Capítulo catorce](#)
- [Capítulo quince](#)
- [Capítulo dieciséis](#)
- [Capítulo diecisiete](#)
- [Capítulo dieciocho](#)
- [Capítulo diecinueve](#)
- [Capítulo veinte](#)
- [Capítulo veintiuno](#)
- [Capítulo veintidós](#)
- [Capítulo veintitrés](#)
- [Capítulo veinticuatro](#)
- [Capítulo veinticinco](#)
- [Capítulo veintiséis](#)
- [Capítulo veintisiete](#)
- [Capítulo veintiocho](#)

- [Capítulo veintinueve](#)
- [Capítulo treinta](#)
- [Capítulo treinta y uno](#)
- [Capítulo treinta y dos](#)
- [Capítulo treinta y tres](#)
- [Capítulo treinta y cuatro](#)
- [Capítulo treinta y cinco](#)
- [Capítulo treinta y seis](#)
- [Epílogo](#)
- [Biografía](#)
- [Referencias a las canciones](#)
- [Notas](#)
- [Créditos](#)
- [¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)